

An hourglass with red sand is the central visual element. The sand is falling from the top bulb into the bottom bulb. The background is dark with a faint, repeating pattern of a diamond shape.

Por la autora
de la trilogía
«La chica de servicio»

PATRICIA
GELLER

NO ME PRIVAS
DE TU PIEL

se

*Esta dedicatoria va para cada uno de los lectores que están ahí,
por leerme y dedicarme su tiempo. Espero que vivas y sientas
la historia con la misma emoción que yo al escribirla*

Agradecimientos

A cada uno de mis lectores que han apostado por la trilogía: *La chica de servicio*, publicada por editorial Planeta, en su sello Esencia. Para más tarde seguirme con *Culpable* y *No juegues conmigo*, lanzadas por Zafiro. Y espero que continuéis con *No me prives de tu piel...* Gracias por no dejar de acompañarme. Gracias al grupo de L@s Bipolares De Patricia Geller, en Facebook; sois grandes.

Nunca me olvido de mi familia y amigos. Por supuesto, tampoco de personas que han ayudado a que esto siga siendo posible: Noelia, Tiaré, M.^a Luisa y Esther, mi editora, gracias por la confianza en mí.

Ella te contará su presente...
Él te adentrará en su pasado...

Prólogo

Más decidido que nunca a tomar las riendas de mi vida, a salir de entre las sombras en las que me había visto obligado a refugiarme, entré en Prohibido, el famoso local de moda al que me había invitado Eloy Cárdenas, mi amigo, y, gracias a su generosidad, ahora mi socio. Lo conocía desde que éramos adolescentes, aunque habíamos perdido el contacto al acabar los estudios.

Sin embargo, como necesitaba huir con desesperación de la precaria situación económica en la que me veía envuelto, lo había buscado dos meses atrás, cuando me planteé retomar mi trabajo como arquitecto y afrontar mis problemas, recuperar mi fortuna y dejar al cobarde en el que me había convertido en el pasado. Recién divorciado, con treinta y dos años... y de nuevo solo.

Con toda la vida por delante. Un buen futuro. Grandes planes.

Esa era la primera noche que, después de mucho tiempo, salía con la intención de disfrutar plenamente de mi libertad; una noche en la cual, y por fin, no me avergonzaba de tener la mejilla marcada, incluso me la dejé al descubierto; sin ser perfecto pero sin secretos, siendo yo mismo, tras tomar la desesperada decisión de poner punto final a mi calvario.

Me colgué el casco de la moto en la muñeca de la mano derecha y me peiné el pelo hacia atrás con los dedos. Quizá no iba de lo más elegante... pero sí cómodo. Camisa amplia de color crema, cazadora oscura, pantalón vaquero con algunas arrugas y botas negras sin abrochar.

—Entra —me invitó Eloy—. Mi «chica» —dijo en tono jocoso— ya está dentro, arreglando sus cosas. ¿Qué, con ganas?

—Me tomaré una copa y me voy. Mañana estaré temprano en el estudio con los últimos trámites.

—Anda, no seas amargado, ya me dirás luego si te quedas o no —se burló, entrando él primero—. Ya eres libre, que le den a esa tía. Además, por fin vas a conocer a Pamela, la tienes intrigadísima.

Reí sin ganas. Sí, el momento de coincidir con su novia se había postergado ocho semanas. Pero acababa de decidir que ya era hora de exponerme ante la gente con total naturalidad, y de enterrar los recuerdos de la fatídica noche en que mis planes se truncaron... Y, tras fracasar en dos relaciones, debido en cierta parte a ello, no podía seguir escondiéndome.

Dos mujeres: Viviana... y Eva Castillo.

Esta última mi ruina.

Después de los cambios habidos, iba dispuesto a acostumbrarme, a aceptar las reacciones de las personas al verme con la cara descubierta; era una prueba para mí mismo, lo necesitaba antes de enfrentarme a mi trabajo la próxima semana. De momento, no había notado rechazo y eso me daba cierta esperanza de poder hacer una vida normal.

—Y todo por la marca que tienes en la mejilla, ¿no? —aventuró Eloy. Resoplé, poniéndome la chaqueta de cuero—. Es una chorrada.

—No cuando se hizo.

—Pero ahora ya no te importa, si no, no saldrías... Lo hemos estado preparando todo, encerrados. Ya te has acostumbrado —insistió, haciendo un aspaviento—, si lo sabré yo.

—Lo estaba intentando hasta que me lo has recordado, Eloy. Te gusta tocar las narices.

—Un poco..., pero sabes que tengo razón.

Opté por ignorarlo.

—¿Qué te parece? —me preguntó él, señalando a su alrededor.

—Está bien. Diferente.

El elegante local se hallaba en las afueras de la famosa capital. Eloy me había comentado que Prohibido abría de viernes a domingo. Y siempre estaba abarrotado de un morbosos público.

Era amplio, con espacios abiertos. Los clientes lo pasaban bien, bebiendo u observando a las desinhibidas bailarinas, que se contoneaban cargadas de erotismo y, por supuesto, ligeras de ropa.

—Un martini seco, por favor —pedí, sentándome a la barra. Me sentía

agobiado al estar casi en la ruina. Creer que el dinero sería eterno y esconderme había sido mi gran error—. Doble.

—Otro para mí —dijo Eloy a mi lado. Lo miré de reojo y sonrió picarón—. Lo necesito para el aburrimiento —se excusó alegremente.

—¿Aburrimiento? —repetí. Y apostillé—: ¿Te aburres aquí?

—Sí, esto no es para nada mi rollo, pero mi «chica» —repitió la última palabra con aquel tono especial. «Pesado»— tiene una amiga que es bailarina y no quiere perderse su esperada actuación, ya que esta noche estrenan algo. No sé qué ni me importa... ¡Me cae fatal! En fin...

—Ya las conoces —respondí divertido y, curioso, añadí—: ¿Cuál es?

Enseguida torció el gesto.

—La amiga —aclaré divertido, alcanzando la copa.

—Está en el camerino, la Gata saldrá en breve. —Enarqué una ceja al oír el llamativo apodo—. Así la llaman. Se ha convertido en la mujer más deseada de aquí... No entiendo por qué.

Mi curiosidad aumentó a una velocidad de vértigo.

—Ahora la verás —dijo, levantando el vaso—. Bienvenido, Leo, no seas nenaza y tíratela, que tiene pinta de ser muy fogosa.

—Paso...

—¡Cómo está de disciplinado mi querido arquitecto...! Te hace falta una buena noche de sexo. Sí, sí —se rio—, cómo echaba de menos estos momentos.

—Por nuestra amistad. —Chocamos las copas para brindar.

—¡Porque esta noche pilles y metas hasta el fondo!

Negué con la cabeza, mojándome los labios.

—Por cierto —me dijo más serio—, tienes la tarjeta de crédito de la empresa a tu total disposición; utilízala como quieras y para lo que quieras.

—Gracias —susurré asqueado—. La casa está en venta, espero encontrar pronto un comprador.

—Pues es cara, ¿eh? Pero ¡he dicho que no te preocupes, hombre!

Me dio un apretón en el hombro. Yo opté por beber y olvidar.

—¡Ya estoy...! —Una voz femenina se interrumpió en seco. Miré detrás, encontrándome con una rubia que nos sonreía a los dos—. Perdón —se excusó con Eloy—, no sabía que estabas acompañado... Soy Pamela. —Me

saludó con la mano y añadió—: Ya va a salir mi gatita.

«¿Gatita?».

—Leonardo Ferrer... —me presenté cortés, sin decir nada de su amiga.

—Ay, Pam —suspiró Eloy—. Ve preparándote —le susurró luego—. Tenemos una cita, no te olvides.

—No. —La cara de Pamela cambió y, al mirarme de nuevo, se percató de la marca en mi rostro. Me incomodó, aunque lo disimulé y ella trató de hacer lo mismo—. No sabes cuántos regalos le han llegado, ¡el camerino está lleno!

Sonreí, rascándome la nariz y conteniendo una carcajada, pues Eloy la estaba ignorando mientras ella, ajena a eso, parecía entusiasmada con los obsequios de su amiga. Pamela era guapa, con buen cuerpo y cursi. Menuda joya.

—Voy a arreglárselo un poco. —Caminó dos pasos hacia atrás, despidiéndose con la mano, y al tercero se cayó sentada en una silla.

»¡Coño! —exclamó.

—Anda, ve, anda. —Eloy la ayudó, soltando otro largo suspiro—. Te espero, cariño.

—Sí...

Habría que ver cómo era la amiga, pensé, pidiendo otra copa, a punto de reír.

La música empezó a sonar, al principio baja, pero poco a poco fue subiendo de tono. Me tomé el martini doble, aunque dejando pasar los segundos entre trago y trago, pues ya no bebía como antes, y, girando el taburete, paseé la mirada por un grupo de mujeres que salían juntas al escenario.

Eran unas cinco. Todas altas, atractivas... engreídas... Se notaba que el club era de nivel, es decir, un sitio selecto y exclusivo.

¡Un momento!

De pronto mi cuerpo se alertó, haciendo incluso que me levantase del asiento y cobrando vida propia. La bilis se me subió a la garganta. El corazón me dejó de latir. No, no podía ser cierto. Entrecerré los ojos, confirmando cruelmente mi alucinación. Un intenso dolor se abrió paso en mi pecho y me desgarró por dentro.

Me quedé atónito al ver a una de las bailarinas. Me impactó, me

impresionó, pues la conocía muy bien. A ella, sus curvas y su ahora iluminada y renovada mirada... De la que muchas noches me había privado, aun estando juntos en el mismo espacio.

Por un segundo no supe cómo actuar... hasta que reaccioné. Era ella.

Tuve ganas de subir y pedirle explicaciones, gritarle que no tenía derecho a estar contenta cuando yo, por su culpa, lo había intentado con otra sin conseguir nada, por haberla dejado ir con él.

Parpadeé no sé cuántas veces, rompiéndome en pedazos. Pero no se evaporaba, era una realidad que había necesitado con desesperación y a la que me había impuesto no volver a ver... Odié encontrarla allí. Provocándolos a todos, riéndose.

—No me lo puedo creer. —Eloy rompió a reír—. ¡Qué rápido has sucumbido! Se te cae la babita... Anda, tíratela. Es morbosa, seguro...

—¿Se acuesta con los clientes? —pregunté, estático y descompuesto. Tuve que agarrarme a la barra, pues mi cuerpo sufrió un bajonazo, incluso sentí arcadas ante su desvergüenza. La diversión se acababa—. ¿Eloy? —reclamé.

—Que yo sepa, no. Va de digna.

Intenté evitarla desviando la mirada, pero sin conseguirlo. Con ella sólo una vez había tenido poder de decisión sobre mis acciones. Mis ojos no podían apartarse de Eva, aunque sufría al verla. Llevaba una falda muy corta, azul eléctrico, a conjunto con un top que marcaba a la perfección sus exuberantes pechos, muy juntos y subidos. Acentuando su explosivo escote, el canalillo... con la perfecta ondulación de un seno al otro.

Sus ojos grandes, azules y perfilados con un intenso color negro. Labios rojos, generosos y sensuales. Un color que le gustaba... Mi cuerpo llevaba la prueba de ello. El cabello de color de chocolate, a la altura de los hombros y alborotado como el de un león. Salvaje. El calor que empezó a recorrer mi cuerpo se hizo insoportable. Me sentía ardiendo y a punto de explotar. Imágenes calientes del pasado me asaltaron sin control. Sin compasión.

Imágenes de Eva confesando su amor por otro. Su... engaño. Y me dolía.

—¡Venga, lánzate! —me empujó Eloy.

—No seas pesado —gruñí, apartándolo.

La curva del vientre plano de Eva, bien trabajado, como yo le había

enseñado a hacerlo, casi me hizo perder la cabeza de deseo y decepción. Aquella cintura seguía siendo un pecado, decorada con purpurina, sin permitir que su color de piel bronceado deslumbrara por sí solo. Me puso cardiaco, no sólo por el precipitado calentón, ya que aunque allí había muchas más mujeres con las que poder desahogarme, yo no deseaba a otra: ella era única.

Había sido mi salvación, algo muy mío; por mí aprendió a cuidarse, a quererse. Ambos nos enseñamos a aceptarnos tal como éramos. Fue mi fiel compañera en la intimidad... Eva Castillo.

La mujer a la que había echado de mi vida tras un descontrolado y desmesurado encuentro sexual. La humillé, le hice daño, la avasallé con palabras y con las exigencias de aquella loca madrugada... en la que descubrimos mucho más de lo que debíamos saber. Me hizo daño conocer detalles y mentiras.

No volvió tras pedírselo yo, y quise creer que sería lo mejor.

«Qué equivocado estaba».

La miré abiertamente y estuve a punto de darme cabezazos contra la barra. ¿Cómo podía haberse recuperado tanto? ¿Pensaría aún en mí? Cerré los puños y me contuve para no subirme al escenario y llevármela de allí, aunque fuera a la fuerza. Y obligarla a recordar lo que vivimos juntos. Las eternas noches de pasión, la forma en que su cuerpo reaccionaba a mis caricias, pidiendo cada vez más. Ahora no era ella... ya no la reconocía.

—Esto no puede ser... —siseé.

—¿Qué?

—Nada, Eloy —mascullé destrozado—, pídemme otra copa, por favor.

—Pero ¿qué pasa? ¡Me parto de risa!

Eva se colocó en el centro del escenario con las piernas separadas, de espaldas a todos los que la mirábamos, destacando por encima de las demás. Soberbia, juguetona... e irreconocible. Una diosa. Empezó a mover las caderas, a sacudirse, provocando sensualmente a los hombres, que gritaban por ella.

Los celos empezaron a apuñalarme como cuchillos afilados.

—¿Está con alguien? —le murmuré alterado a Eloy, quien se volvió al mismo tiempo que yo la apuntaba con el dedo.

—No, hace meses que lo dejó con su novio. Creo que se llamaba Abel...
—aclaró, sin dejar de descojonarse—. Soltera y entera.

Vacié los pulmones. ¿No había vuelto con él?

—Joder, Leo, te acabas de separar.

—¿Y qué? —mascullé.

—¿De verdad quieres complicarte la vida? Te recuerdo que es amiga de Pamela, que estará cerca. Es complicado para querer sólo una aventura... Es más lioso que todo eso. Leo, ¿me oyes?

—¡Que sí!

—¡Vaya! Joder, con Eva.

La recordaba cada noche... Dejó huellas, muchas. También me hizo daño, me traicionó mientras estaba en mi cama, originó un rencor que nunca conseguimos olvidar los dos y que me empujó a comportarme como lo hice. Experimentaba por ella sentimientos que rozaban la obsesión, intensos, que se convirtieron en agonía al perderla. Traté de mantener la calma, de pensar que podría estar bien con otras. En medio de aquella oscuridad en la que nadie podía verme.

A ciegas, igual que con ella, pero nada funcionó.

Por su culpa, para borrarla de mi vida, me casé con una mujer que me hizo daño... Y que no me hizo sentir como Eva, pues, cuando la tocaba, era a ella a quien veía, su dulzura, la que ahora parecía haberse evaporado encima de aquella tarima, mientras se contoneaba para los demás.

Hacía dos meses que había tomado la determinación de recuperar mi vida sin la máscara que ocultaba mi cicatriz. Eva ya estaba olvidada. Pero esa noche, al volver a verla, mi mundo dio un vuelco, se distorsionó y mis planes cambiaron. Sin salida. No podía negármelo ni cometer otro error: la necesitaba, la echaba de menos aunque no sabía hasta qué punto. No tenía ni idea de qué sentía, pero lo averiguaría al precio que fuese. Lucharía.

Darí marcha atrás a todos mis planes. Necesitaba saber qué pasaría, qué sentiría al volver a tocarla. Me escocían las manos ya de pura necesidad...

—Anda, bebe —me incitó Eloy.

Cogí la copa a tientas, fatigado.

—Por Dios, ¿qué tiene esa tía? —se quejó.

—No lo sé... pero quiero conocerla cuanto antes.

A ella no podía decirle que yo era el mismo hombre al que acariciaba a oscuras, al que se entregó durante cuatro meses, casi todos los fines de semana... en una habitación... Tenía que ganármela sin confesarle que era aquel que la había lastimado, o no me daría la oportunidad ni me perdonaría. Un poco de misterio tampoco nos vendría mal. Ella se había construido fácilmente otra vida en la que no había sitio para mí, mientras yo la añoraba.

«¿Cómo será su vida?».

¿Le gustaría sin la negrura que antaño nos envolvía?

Ahora sería yo, con luz, y sin máscara... no me reconocería.

Sin recordarle al hombre que le había hecho daño, recuperando al Leonardo que fui mucho antes de conocerla: directo, aunque dando una de cal y otra de arena... Jugando con ventaja y a la vez propiciando que me necesitara. De ese modo y poco a poco conseguiría que dependiera de mí... de nuevo. Hasta recuperarla si confirmaba que no soportaba alejarme otra vez de ella y, entonces, no volver a dejarla escapar.

¿Y si no quería estar con ella más allá del sexo?

¿Y si con una noche me bastaba para descubrir que sólo quedaba algo de deseo y nada más? Que ya no existía aquella especie de magia, como antes... Pero ¿y si me quedaba enganchado de Eva más que antes? Tendría que luchar...

Y si luchaba lo haría con las ideas claras, así lo olvidaría a él, sería completamente mía, no sólo físicamente. Me impondría a mis propias decisiones. A mi orgullo. Eva había sido mía... pensando en él, pero eso me bastaba.

La máscara y mi voz susurrante, baja, la oscuridad ocultándole quién era yo... ¿Y ahora? Desde aquel mismo momento, aprovecharía para poner mi plan en marcha. Averiguaría si entre nosotros seguía habiendo algo... Algo profundo más allá de mi anhelo o de una mera obsesión por el simple hecho de no tenerla.

Vería si podría pasar al olvido con una sola noche de intimidad, cuando se entregara a mí tan fácilmente como me temía que podría suceder con aquella nueva Eva a la que, por más que contemplara, seguía sin reconocer.

—Preséntamela —le ordené a Eloy sin mirarlo.

—¡Lo sabía! ¿Un babero?

—¡Eloy! —exclamé cerrando los ojos, prohibiéndome ver cómo aquellos babosos se la comían con la mirada—. Ya basta, tío. Quiero conocerla.

—Ya veo. —Suspiró—. Tranquilo, Pam y yo tenemos previsto dar una fiesta para la inauguración de nuestro negocio, y de paso daros una noticia —explicó, mientras me apretaba el hombro de nuevo, ahora más serio—. Déjame unos días para que lo organicemos todo y el próximo fin de semana podrá ser toda tuya.

¿Podría esperar? Tendría que fingir que no la conocía. ¿Podría? Y solo... No. No podía seguir aparentando sin tener ningún apoyo.

—Eloy, tengo que contarte algo. —Él asintió extrañado. Me acerqué y le advertí—: No puede saberlo tu novia.

—Tranquilo, si es de Eva, por supuesto. No la trago.

Carraspeé incómodo.

—Conozco a Eva y necesito tu ayuda.

Le conté cómo aquella mujer había llegado a mi vida... y que verla allí me estaba consumiendo. Que seguía siendo mi debilidad y que no sabía si la quería de vuelta.

1

La nueva Eva

¿Qué es lo que suena? ¿Estoy soñando que tengo frío o...? Mejor sigo durmiendo. ¿O estoy despierta? ¡Qué aturdimiento! Sí. Definitivamente, tengo frío y también sueño... Tiro de la fina sábana y me cubro hasta la barbilla, acomodándome mejor en la cama. Qué gustito. Espera, ¿ya es de día? Abro un poco el ojo derecho, el otro se resiste, pegado como está.

La persiana casi bajada, lo suficiente para que no entre ni un leve rayo de luz. Miro el despertador que tengo en la mesilla, en el lado izquierdo. ¡Oh, no! Le doy un pequeño golpe, lo apago y, desmadejada, intento sentarme medio recta. Me cuesta.

Estiro los brazos, me desperezo. Entonces oigo un ronroneo cerca de mis pies. Bajo la mirada y le sonrío a la bola de pelo blanca que me mira como quien no quiere la cosa.

«¡¿Será posible?!».

—*Miau*, ¿cuántas veces te he dicho que en mi cama no? —lo regaño con voz mandona. Cierra los ojos y yo, por fin con los míos abiertos, gateo por el colchón hasta llegar a su lado. Lo beso—. Buenos días, gatito desobediente.

Vuelve a ronronear y yo a besarlo con ternura. Hace un mes que lo tengo y nos llevamos muy bien. Me hice cargo de él al encontrarlo cojeando en la calle. No pude abandonarlo y ahora es mi nuevo compañero de piso.

—Hora de ponerse en marcha —le anuncio.

Me levanto de la cama echándole un vistazo a la hora. Son las ocho de la mañana. He tenido una noche mala, no sé por qué apenas he pegado ojo. Precisamente ahora que desde ayer estoy más relajada, ya que mi padre ha decidido irse un mes a Barcelona, con unos familiares, aliviándome de la carga que me supone a veces su presencia. Nuestra relación es fría, cada día más inexistente... por sus problemas con el alcohol tras la inesperada marcha de mi madre.

Voy al baño, que tengo al fondo de la habitación, para darme una ducha rápida. Tengo todo tipo de jabones, y de los más diversos aromas, aunque siempre elijo el olor a vainilla, mi favorito. Me quito el delicado camisón de seda, pensando que no sé por qué he pasado tanto frío, si apenas estamos entrando en el mes de septiembre.

Una vez en ropa interior, me doy la vuelta y evito mirar en el enorme espejo las dos cicatrices que tengo en el cuerpo: una en la espalda y la otra en la ingle y destierro los malos recuerdos.

—¡Ya! —grito. No quiero lamentarme—. Soy la «nueva Eva» —me digo —, estoy sobreponiéndome poco a poco

Me quito las braguitas de encaje negro y las dejo caer junto al retrete. Antes de abrir el grifo, me quedo como mi madre me trajo al mundo. Pero a lo lejos oigo que suena mi móvil. ¿Quién será tan temprano?

Vuelvo al dormitorio, desnuda, y miro la pantalla. ¿Pamela a estas horas? Preocupada, le doy a responder.

—*Hello?* —saluda mi mejor amiga, cantarina. Niego riendo, relajándome —. Señorita Castillo, ¿cuándo dispondrá de tiempo para mí?

—Hmm. Rápido, he de ducharme, desayunar, comprar té...

—¡Stop!

Me taladra el tímpano. Pongo los ojos en blanco, porque así es ella de desesperante.

—A ver, ¿qué pasa ahora? —pregunto, y como sé que tardaré, voy sacando mi atuendo del día del vestidor—. Soy toda oídos.

—Te tengo una sorpresa —comenta riendo—. ¿Quieres oírla?

—Pam... —la regaño, mientras rebusco entre las perchas—. Tengo prisa, por favor. ¿Quedamos a las nueve menos cuarto en la cafetería de siempre?

—Eva...

—No, Pam —la interrumpo. Cojo una camisa blanca con volantes en la pechera y una falda recta de color negro. Salgo del vestidor, dejando ambas prendas sobre la cama—. Son diez minutos de ducha y mientras me termino de secar el pelo, maquillar, etcétera, otros diez. Quince en llegar con el coche hasta allí. Me sobran diez para desayunar.

—¿Eso lo has mirado en tu agenda? —me dice con malas maneras—. Eva, ¿necesitas controlarlo todo hasta el punto de anotar cuándo has de ir al baño? ¡Por Dios!

—Me gusta organizarme, nada más —contesto yo—. ¿Sí o no?

—¡¡Vale!!

—Hasta ahora —me despido riendo.

La adoro. Somos amigas desde que éramos una crías, es la hermana que nunca he tenido, y creo que yo también lo soy para ella. Sin Pamela no sé qué haría, aunque me sienta culpable al no confiarme a ella plenamente... como hacíamos antes de que todo sucediera. O como ella sigue haciendo conmigo.

Lanzo el teléfono a la cama, saco las medias del cajón y me encierro en el baño. Al entrar en la ducha, no me paro a pensar, no tengo tiempo. Abro el grifo del agua caliente. Me lavo el pelo y cuando toca el cuerpo me lo froto hasta enrojecerme la piel. Hasta que me duele como si me la estuviera arrancando a tiras.

Nadie sabe cuánto me avergüenzan las dos cicatrices, cuánto me agobian las sensaciones que aún me asaltan de la noche en que me las hice. De hecho, nadie las ha visto.

Por fin, salgo de la ducha y a toda velocidad termino de prepararme. Me seco el pelo, con la raya en el lado izquierdo. Me pinto. Me retoco las uñas, delineando perfectamente los bordes. Cojo un pañuelo para el cuello, me calzo los zapatos de tacón de aguja y, tras despedirme de *Miau*, salgo de casa con mi recién estrenado y caro coche.

¡Uau! Últimamente no me importa derrochar, para eso tengo dos trabajos. Aunque la realidad me golpea. No entré en Prohibido con la intención de ganar dinero, sino para sentirme deseada, para obligar a mi cuerpo a que vuelva a sentirse vivo, a excitarse... Sin embargo, a día de hoy no he obtenido resultados. Estoy fría, seca. He dejado de sentirme mujer. Desde

aquel maldito día en que... Sacudo la cabeza con una mueca amarga al recordar la palabra «frígida» y estaciono el automóvil en el garaje del edificio al que hace meses trasladé mi inmobiliaria.

En poco más de un minuto entro en la cafetería Café y Té, de la calle Esparteros, en Madrid. Nada más cruzar la puerta, me encuentro con Pamela, sentada a una mesa junto a la cristalera, con el móvil en la mano y riendo. Se me escapa una sonrisa al verla tan entusiasmada. Es rubia y lleva el pelo corto. Tenemos casi las mismas medidas, aunque ella es mucho más simpática y más provocativa que yo a la hora de vestir.

—Gatita —me dice al verme. Se levanta, contenida, tirándome del brazo. Me da un beso cariñoso y nos sentamos rápidamente. Arqueo una ceja, no estoy acostumbrada a tanta urgencia por su parte—. Empiezo a trabajar. Me he animado con un proyecto. ¡Fuera los miedos!

—¡No me digas! —Asiente y yo finjo aplaudir, ilusionada, sin darme cuenta de que la gente nos mira debido a su alegre grito—. Eso es fantástico, Pam. ¿Cómo ha sido? Qué callado te lo tenías, ¿eh?

—Te he pedido un té verde —me dice sonriendo. Le guiño un ojo agradecida. Me tiene loca, porque la quiero más que a mi vida—. Eloy me propuso hace un par de meses algo que no he podido rechazar. —Me deja sorprendida, ya que no soporto al cerdo de su novio—. Un negocio juntos, y con su nuevo socio, claro... Se llamará Estudio de Arquitectura y Diseño CFS.

—¿Qué es eso? —pregunto incrédula, cogiendo el té que me ha servido el camarero. A Pamela chocolate con nata.

—Las iniciales de nuestro estudio, por nuestros apellidos. Cárdenas, el de Eloy. El de su socio era... —Se queda pensativa—. Fe... bueno, no me acuerdo. Y el mío, Sánchez. Me encargaré del diseño, como ya puedes deducir. Trabajaremos juntos.

Arrugo la frente. No sé qué decir. Ayer mismo me comentó las dudas que tiene acerca de su relación con Eloy. Que él le había propuesto hacer un trío, después de ver cómo ella se enganchaba a una famosa trilogía erótica... Mencionó incluso la posibilidad de romper con él. No entiendo nada.

Tomo un sorbo de té, mirándola a través de las pestañas.

—Sé lo que me vas a decir —murmura, removiendo el chocolate—. Pero

tranquila, sé lo que hago. Dame unos días y lo entenderás.

Suspiro un poco mosca al intuir las intenciones de Eloy. La está atando a él a través del trabajo, para que no lo deje.

—Tú verás —mascullo.

—Bueno, la cuestión es que quiero invitarte a la inauguración. Daremos una pequeña fiesta y no puedes faltar.

—Depende de cuándo sea —le contesto, mirando el reloj; ya son las nueve menos diez pasadas—. De lunes a viernes tengo la inmobiliaria, con horario partido. El sábado por la mañana hago la compra de casa. El gimnasio a diario, no puedo faltar si quiero mantenerme en forma, y Prohibido es...

—... es el sábado por la noche. Ya he hablado con Oliver, tu jefe. —La miro con cara de pocos amigos. Ella me coge la mano y se inclina hacia adelante. Al apretármela me ablando. La quiero demasiado—. Es importante, Eva. Oliver no me ha puesto ningún inconveniente, sabes que lo tienes loco.

Me niego a tocar ese tema. Me suelto la mano, incómoda. Me termino el té y me levanto apresurada, sacando de mi bolso el dinero para pagar el desayuno, antes de que lo haga ella.

—Iré —accedo gruñona—. Pero porque sé lo importante que es para ti. ¿Y dónde será?

—Espera, te acompaño y te cuento —dice, también ella apresurada, dejándose media taza de chocolate. Me extraña, ya que es muy golosa, pero no le digo nada.

Se agarra de mi brazo, sonriente.

—¿Qué? —refunfuño.

—A ver, lo primero es que no te enfades.

«Ya estamos...».

La conozco y, antes de que, en efecto, me enfade, saco de mi bolso el mechero y un cigarrillo, que enciendo bajo su cauta mirada. Me está cabreando. Lo sabe y por eso sigue sin hablar. Sólo me mira haciendo un medio puchero, hasta que desvía la mirada al frente. Sigo la dirección de sus ojos y me encuentro con nuestra amiga Rebeca, que viene corriendo, en chándal.

Es la más deportista de nuestro grupo.

¿Qué hará aquí?

—¡Esperad! —grita, y al llegar a mi lado se pone las manos en las rodillas. Ahogada—. ¿Ya se lo has dicho, tía? —le pregunta a Pam.

—No... —responde esta.

—Dejaos de tonterías ya, ¿vale? —las amenazo, dando caladas cada vez más seguidas—. Rebe, ¿no tienes que trabajar en la peluquería?

—Sí, pero... —Se calla, supongo que al ver mi cara, que se transforma de pronto al mirar lo que está sucediendo detrás de ella.

«¿Qué es esto?».

Ignorándolas a las dos, doy un paso al frente, hacia mi inmobiliaria, que está en la planta baja, a pie de calle. Arriba hay dos plantas más que no están ocupadas. Según me dijo Eloy, mi arrendador, el edificio seguiría vacío para mí, pero veo que están metiendo mobiliario: mesas grandes y estanterías. Está jugándomela pero bien.

—¿Para qué es todo eso? —le pregunto a Pamela, sin mirarla.

—Mira el letrero... —deja caer. De fondo, oigo la carcajada de Rebeca—. Estaremos en la primera planta, la segunda de momento sigue libre.

ESTUDIO DE ARQUITECTURA Y DISEÑO CFS.

No puede ser. Siento que me hierva la cara por la sangre que acumulo. Por el cabreo tan de buena mañana. Me doy la vuelta, acusándola con la mirada. ¿Cómo ha sido capaz de no avisarme? Sabe que no soporto a Eloy y encima ¡trabajaremos en el mismo edificio! Le pago por transferencia para no tener que verle la cara y para no molestar a mi amiga con nuestros piques, y ahora me la juegan de esta manera... ¡Esto es el colmo!

—Traidora —digo, señalando el camión de la mudanza—. Me lo prometió, Pam. No es justo, lo sabes.

—Nos veremos a diario, Eva. Míralo por el lado positivo.

—Ah, pero ¿lo tiene? No me había dado cuenta —replico irónica.

Mi amiga se cruza de brazos, haciendo el típico sonido con la garganta de cuando está mosqueada o nerviosa. Yo chirrió los dientes, mi forma de demostrarle que también estoy enfadada. Rebeca se lo pasa bomba, tanto que me quita el cigarrillo sin dejar de reír como una loca.

—Ahí os quedáis. —Me doy la vuelta, mientras saco la maldita llave del bolso, que, con tantos productos de higiene, parece el de Doraemon—. Ya os vale.

—¡Buen día, chula mía! —se regodea Rebeca, y agita el cuerpo haciendo la ola... haciendo la tonta, vamos—. Qué guapa va, ¿verdad?

—Ajá, siempre elegante... —masculla Pam.

Encima se enfada. Y sé que ninguna de las dos daremos nuestro brazo a torcer ahora. Chocamos tanto como nos queremos.

De mal humor, cruzo las puertas de la inmobiliaria. Todo está recogido, ordenado. Huele a limpio, a fragancia de lavanda. El local es pequeño, con lo necesario para hacer mi trabajo, aunque tengo una habitación, con baño, para descansar. Encabronada aún, me siento detrás de mi escritorio. Me quito el pañuelo, la chaqueta y los dejo en el respaldo de la silla.

A la defensiva, miro por la cristalera, pero mis amigas han desaparecido sin ofrecerme una disculpa. El tramo de acera está solitario, únicamente veo el dichoso camión que me ha dado el día.

«Me las van a pagar», me digo quisquillosa.

Me pongo cómoda mientras enciendo el ordenador. Hoy es lunes, la mañana será tranquila, de modo que aprovecharé para poner al día el papeleo y organizarme un poco. He de revisar unos contratos de alquiler y de compraventa de dos adosados.

¡Mierda!, se me ha olvidado traerme un té para tomar aquí. En fin, me agacho para coger los papeles del cajón, pero al levantar la cabeza y mirar de nuevo fuera a través de la cristalera, por la derecha veo a un hombre alto que se baja de una impresionante moto y viene directo a mí.

Camina seguro, con andares chulescos, decididos.

«¿Quién será?», me pregunto, sin quitarle ojo.

Moreno, de ojos oscuros. Con el pelo peinado hacia atrás, no demasiado corto y sin engominar. Lo sigo mirando, ya que no puedo apartar la vista. Es alto, fibroso. Se afloja la presión del ajustado pañuelo que lleva al cuello, más inquieto según avanza. Parece molestarle el pañuelo, porque lo sacude de un lado a otro, se comporta como si le sobrara la ropa.

Qué botas tan rockeras, ¡me encantan!

«Vaya. ¡Qué pillada!, joder». Me percató de que también me está mirando con descaro, igual que yo a él, y mi cuerpo se estremece, sin una explicación razonable, al sentir sus ojos clavados en mí. Se para justo en los escalones de la entrada, se pasa una mano por la nuca y suspira. Tiene los

labios gruesos, poca barba. Al oír la puerta, dirijo la vista al ordenador, fingiendo que no estoy como un flan.

«¿De verdad me he puesto así? ¿Qué me pasa? Qué estúpida».

Me tiemblan las manos, no atino con ninguna letra del enorme teclado.

—Buenos días —saluda él al cruzar la puerta. Qué voz tan grave. Me atrevo a levantar la vista, pero mi corazón se acelera a una velocidad que no entiendo y opto por mirarlo sólo de reojo—. ¿Puedo sentarme? —Señala la silla frente a mí.

—Buenos días. Sí, pase —le digo, ofreciéndole asiento.

Doblo las piernas para relajarme o para tratar de hacerlo. No lo consigo. Termino cogiendo aire y echándole ojeadas a cada segundo. Él se sienta cómodamente y se queda mirándome. Esperando que yo hable. No puedo.

Su mirada es profunda, penetrante. Veo que tiene una cicatriz en la mejilla derecha, no muy marcada aunque visible. Carraspea, creo que quiere llamarme la atención por mi indiscreción, y se remueve incómodo en el asiento porque yo no hago caso.

«No tengo por qué», me digo, obligándome a salir del estado de ensoñación por el que, tontamente, he sido abducida.

—¿Le da asco? —me espeta él al final, mientras se señala la mejilla.

Me deja atónita. «Qué sincero».

—Por supuesto que no.

—Déjelo ya entonces —pide con desgana.

—Perdone, estaba pensando en... —me excuso al tiempo que señalo los papeles. Él asiente sonriendo, y me muestra unos bien alineados dientes blancos. No puedo evitar agarrotarme. Me paso la mano por la cara un momento, espabilándome de una vez—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarlo?

—¿Podemos tutearnos? —pregunta sin rodeos, dejándose caer hacia atrás, con las manos apoyadas en los brazos de la silla.

—Claro, supongo —respondo seria—. ¿Y bien?

—Estoy buscando un piso por el barrio de Salamanca. Alquiler.

Me remuevo en el asiento, es directo y no sólo eso. Lo ha pedido en mi zona. ¿Vamos a ser vecinos? Espero no tener tan mala suerte. Eloy y ahora esto. Empiezo a creer que se trata de una conspiración. No me encuentro bien, cuanto más lo miro... más se me acelera el pulso. Me noto la vena del

cuello palpitante.

—¿Me has oído? —pregunta. Me mira curioso, sometiéndome a un escrutinio continuo. Yo termino asintiendo con la cabeza, con un gesto un tanto confuso. Así me siento—. ¿Entonces? Parece que se te haya comido la lengua el gato. ¿Todo bien?

—Perfectamente. Pero estoy pensando en cosas importantes —añado molesta—. Tengo que mirar. Si te parece bien, coge este catálogo —lo empujo a su lado de la mesa— y dime si es lo que buscas.

Con un dedo lo arrastra hasta tenerlo en su poder y, mientras lo mira, yo me fijo en él. Está concentrado en las imágenes, aunque parece distraído, pensativo. En una de esas, levanta la vista sin pensar que lo pillaré y se encuentra con la mía. Sacude los hombros, el pañuelo del cuello vuelve a molestarlo. Aunque parece una contradicción, su expresión es serena, con los ojos entrecerrados. ¿Me está evaluando?

Hay algo en él que me incomoda, que me eriza la piel. Incluso tengo frío. No sé si es su forma tan profunda de estudiarme o de sostenerme la mirada.

—¿Tú ya lo has visto? —me pregunta, con un tono bastante demandante. Casi alto. Niego y él señala de nuevo el catálogo—. ¿Lo alquilan tal como está?

—Déjame ver.

Ladeo la cabeza y al intentar atraer el catálogo, rozo su dedo. Salta una chispa eléctrica que me obliga a apartarme de él. Frunce el cejo y sé que es porque él también la ha sentido. No me lo he inventado. Me recorre todo el cuerpo, el calambre me avasalla y hasta estoy a punto de pegar botes.

¿Qué demonios...? «Ya basta, Eva, piensa y repite: no-te-afecta».

—¿Sí o no? —insiste lentamente, con voz muy suave.

—Sí —respondo, dejando las estupideces a un lado. Nunca más volverá a intimidarme ningún hombre—. Pero permíteme comprobar que no lo he alquilado o vendido. Tengo dudas.

—Y novio, ¿tienes?

—¿Perdona? —murmuro, y me pongo recta.

Él sonrío, esbozando una atractiva sonrisa, metiéndose el labio un poco hacia dentro al hacer el gesto. Espera, ¿me está retando? ¡¿Qué se cree este idiota?!

—Oye, no te equivoques. ¿Has venido por el piso? Porque para tonterías no estoy disponible.

—Por el piso, pero no esperaba encontrarte.

—Has tenido suerte —gruño crecida.

—Aún tengo que averiguarlo. —Se inclina hacia mí, atrevido—. Quizá la suerte sea tuya.

—Seguramente —murmuro irónica. Está a punto de sacarme de quicio—. Soñaba con un cliente como tú.

—Y ya estoy aquí.

¡En fin!

Carraspeo, y me pongo con el ordenador o lo tendré que mandar a la mierda. Y no quiero ser brusca, ahora me toca ser profesional. Me coloco las gafas y, de reojo, percibo que su mirada se intensifica todavía más.

«¡Ignóralo!».

En el buscador me salen los pisos del barrio de Salamanca. Hay más de los que yo recordaba. Hace tiempo que no vendo ni alquilo nada por esa zona. Tengo tres, dos cerca del mío y uno en el mismo edificio.

—Hay tres —comento, mirándolo de soslayo.

—Quiero verlos, ¿podría ser ahora mismo? —Su tono de voz es burlón, como lo es su semblante cuando lo miro. Se mece de un lado a otro en la silla giratoria, cómodo, como si fuera suya y estuviera en su casa. ¡Uf! ¿De qué va?—. Por cierto, me llamo Leonardo Ferrer.

—Eva Castillo —digo, ganando tiempo y pensándome la respuesta. Necesito que se vaya cuanto antes, tengo hasta fatiga por los nervios—. ¿Ha de ser ahora? Tengo que terminar algunas cosas.

—Dame un segundo.

Cierra los ojos y enseguida los abre, con un intenso suspiro. Vuelve a observarme como si no existiera nada más, con miradas poderosas, con un brillo que me descoloca. Es guapo. Aunque conmigo no tiene nada que hacer.

Me dedico de nuevo al ordenador mientras él, por fin, me libera de su escrutinio y rastrea en el móvil. Estoy un poco agobiada por su presencia y por el juego interminable y extenso de miradas que este tipo ha propiciado.

—Esta mañana, sí —confirma. Coge el bolígrafo que lleva sujeto al bolsillo superior de la cazadora motera y hace una cruz en mi catálogo—.

Este, quiero ver este.

—Es el más caro —contraataco.

—Es el que más se ajusta a mis necesidades. —Chasquea los dedos, exigente—. ¿Algún problema con ese piso en particular, señorita Castillo?

—Ninguno, señor Ferrer. —¡Ja!, me he quedado con su apellido—. ¿Vamos?

¿Para qué dilatar más lo inevitable?

Me quito las gafas. Mientras apago el ordenador y rebusco las llaves en el cajón, no dejo de pensar. Que sea mi vecino no tiene por qué ser malo, coincidiremos en las zonas comunes y el ascensor. Nada raro. O no tendría que serlo. Pero me siento muy violenta, Leonardo Ferrer me mira de forma indiscreta. Sube y baja por mi rostro, me examina sin fingir que no lo hace y me está poniendo furiosa. Para colmo, vamos a tener que compartir coche.

—Adelante —le digo cuando me levanto.

Se pone de pie y dice que no despacio con la cabeza, cediéndome el paso. ¿Me querrá mirar el culo? Vaya mañanita...

—Iremos en mi coche.

—¿Por qué? —pregunta detrás de mí.

Me paro en la puerta y me pongo la chaqueta y el pañuelo que he cogido de la silla al levantarme. Evito estar pendiente de sus acciones, sin embargo, él intenta ayudarme. Yo se lo impido.

—Son las normas y... porque aquí mando yo —zanjo, tropezando al querer mostrar seguridad.

Me sujeta del codo, evitando la caída, y quedo de cara a él. Su expresión es taimada.

—A mi moto le encantaría que te montaras... —se regodea.

—¿Vas de listo?

—¿Te pongo nerviosa?

Sonrío con ironía.

—Oh, sí, no sabes cuánto. —Y añado—: Me ponen enferma los tíos como tú.

Le abro la puerta para que salga, pero se frena. Ahora sí me observa de cuerpo entero, deteniéndose en las piernas, en las medias. No se corta. Sube hasta mi discreto escote y se aprieta los ojos con los dedos.

Al volver a mí, me levanta la barbilla con el índice y hace que le sostenga la mirada. Me quema la piel, me la noto ardiendo como si tuviera una bola de fuego frente a la cara.

Leonardo Ferrer se da cuenta del efecto que me ha producido y da un paso más. Maldito canalla... Desvió la mirada, maldiciéndome.

Necesito aire, odio esto, no estar prevenida. ¿Por qué no puedo alejarme?

—Estás preciosa, Eva.

—¿Qué? —Confusa, analizo la frase y libero a mi verdadero yo—. No me conoces lo suficiente como para decir si lo estoy o, en todo caso, lo soy, ¿no crees?

Intento soltarme.

—No voy a llevarte la contraria.

—¿De qué vas? Sé cómo jugáis los hombres para obtener lo que queréis. —Le doy un manotazo. Su mano cae al vacío—. No vueltas a tocarme.

Entrecierra los ojos y yo no permito que me afecte ese gesto tan misterioso. Me prohíbo hacer cualquier tipo de tontería al no sentirme estable. Suspira repetidas veces, mirándome. Luego dirige la vista al suelo y de nuevo a mí.

—¿Tienes novio? —insiste tenso.

—Estoy casada, lo siento.

—No te creo —me reta con voz ronca.

Me observa los labios, tragando, sé que ansioso por dar el último paso y probar mi boca, pero se contiene, como lo viene haciendo desde que nos hemos visto. Es obvio que le he gustado, es tan evidente como que a mí me ha perturbado su presencia. Mi mirada se pierde en la suya. Me siento azorada y nerviosa al verme reflejada sus ojos.

—Conmigo te equivocas —aclara con cierta amargura, más cerca, sin importarle lo borde que he sido—. No soy como otros.

—Es lo que decís todos —replico, echándome hacia atrás, esquivándolo.

—Te lo repito —dice, bajando la mirada, tentándome con su boca entreabierta—, no soy como esos que parece conocer.

—Para enseñarte un piso no me importa cómo seas —ataco directa a la yugular—. Pero por cierto, no me chupo un dedo...

—Si quieres... te lo chupo yo —ronronea.

Aumenta la cercanía, y se arriesga a llevarse el guantazo que se está buscando.

Su aliento me provoca, me resulta excitante su perverso y atrevido jugueteo sin conocernos, aunque no me incendia como necesito. Ya no siento nada. Me duelen las caricias, no soporto que un hombre me toque. No después de lo que sucedió cuando crucé las puertas de una casa en la que nunca debí entrar. Eso me marcará toda la vida, y no sólo en el cuerpo, sino también en el alma.

Lo que viví tanto dentro como fuera me perseguirá a cada paso.

—¿Vamos? —pregunta, destrozando el momento, alejándose. Conteniendo la respiración—. No voy a besarte, Eva.

Abro los ojos como platos, lo empujo lejos de mí y me aclaro la garganta. Se acabaron los rollos, no me va a ganar la partida.

—Ni yo quiero que lo hagas —le espeto mientras salgo, mirándolo por encima del hombro. Me tiembla todo, casi no me sostengo en pie, pero lo disimulo—. ¿Vas a querer el piso o has venido a hacerme perder el tiempo?

—Lo querré con toda seguridad.

Se guarda el bolígrafo que, aunque yo no era consciente, llevaba aún en la mano. Se coloca detrás de mí sin rozarme, pero alterándome, confundíendome con su olor, con la amenaza que percibe mi cuerpo, mi mente, que me transporta a otro tiempo, y me murmura cerca del oído:

—¿Un café antes de empezar con la diversión?

«No dejes que te toreen».

—Conmigo, poquita —ataco a la defensiva. Sin darle la cara—. ¿Te queda claro? De mí no vas a obtener nada más que un piso.

—Bien. Ya lo veremos. ¿Sabes por qué? —dice riéndose con malicia.

Aspiro, espiro. Me tiene al límite. No pienso mirarlo o nuestras bocas estarán tan cerca que se podrán tocar.

—Porque quiero un tú y yo solos. Recuérdalo.

2

Cómo empezó todo...

Un año atrás...

Mi vida como Leonardo Ferrer empezaba a ser organizada, estable, y eso me gustaba, me llenaba. Era poderoso e importante, la gente me respetaba y eso hacía que mi autoestima aumentara cada día, sobre todo con cada caso que como abogado defendía. Aquel día me preparé sobre las nueve de la noche.

Era invierno y en Las Palmas de Gran Canaria, donde estaba, extrañamente hacía un frío que calaba hasta los huesos. Fui a la sala y le dije a Carlota, la señora que se ocupaba de la casa, que me preparara la chaqueta y la corbata. Tenía una cena y quería estar elegante, acertado. Iba de oscuro, como casi siempre para cenas o eventos. Me miré en el espejo, me toqué el pelo y me lo engominé hacia atrás tras ponerme gel fijador en las manos.

Para esa ocasión especial dejaría el estilo motero. No quería cagarla. Acababa de afeitarme y tenía una cita con Viviana, la mujer con la que estaba compartiendo mi vida desde hacía siete meses.

Tenía pensado hablar con ella y proponerle que se trajera algunas cosas a casa, que pasara los fines de semana conmigo. Me proporcionaba todo cuanto necesitaba, tanto sentimental como sexualmente, así que ¿por qué no? Mi planteamiento era dar un paso más, formalizar poco a poco lo nuestro. Era

hora de encauzar mi vida después de las dos carreras que había estudiado, derecho y arquitectura, y a las que había dedicado tanto tiempo.

En ese momento estaba centrado en una.

Mi trabajo de abogado en el bufete de mi familia había ido en aumento de una forma veloz, por lo que ahora disponía de una pequeña fortuna. El apellido Ferrer era muy prestigioso en la isla, como lo había sido en Madrid, nuestra ciudad de origen, y eso me ayudaba en cualquier caso que quisiera defender. Todo iba viento en popa y preveía una noche grande. Con expectativas muy altas.

«Más le vale a Viviana estar a la altura», pensé con ironía.

—Carlota, no sé a qué hora llegaré —dije. Ella asintió y dejó las prendas que le había pedido sobre el sofá de cuero—. Si llama mi hermana Alba, explícale que tengo una cita y que mañana la pondré al día sobre el caso de divorcio que tiene que tratar, por favor.

—De acuerdo.

Terminé de prepararme y cogí el teléfono mientras salía de casa, camino del amplio garaje. Marqué el número de Viviana, presumiendo del móvil que acababa de adquirir. A los dos pitidos, ella respondió. Sonreí al oírla, estaba empezando a sentir cosas por aquella mujer.

—Hola, guapo.

—Hola, guapa. Ya salgo de casa —la avisé, sin dejar de sonreír, abrochándome la chaqueta. Un solo botón, el del centro—. ¿Qué has preparado para mí?

—Hmm... cositas buenas.

—Me pones malo, cardíaco y cachondo, lo sabes —me burlé. Di dos pasos, abrí el garaje con el mando a distancia y me detuve en la entrada. Me encendí un cigarrillo, y sonreí de nuevo al oír unos leves gemidos—. Eres una chica muy traviesa.

—Sí... ¿Tú qué haces?

—Fumar e ir a buscar el coche. Te he comprado una cosa.

—¡Me pones ansiosa!

—Venga —dije, soltando el humo—, nos vemos en quince minutos. Te doy un toque cuando esté fuera. Llevo coche, no quiero que te hieles.

—Te espero.

Viviana cortó la primera la llamada y yo me guardé el móvil en el bolsillo derecho del pantalón. Estaba dando la última calada cuando unos pasos me alertaron de que algo sucedía. Eran enérgicos, resonando en el silencio. No me dio tiempo a volverme, todo pasó muy rápido; en segundos estuve tirado en el suelo y sujetado por varios brazos.

—Vamos a joderle esa cara bonita al abogaducho.

No entendía nada. Intenté zafarme. Di un puñetazo al aire y solté el otro puño con precipitación, pero recibí muchos más. De pronto, un pinchazo rápido en la mejilla me arrancó un grito ahogado que no llegó a salir de mi garganta, y me paralizó del todo. Un frío velo negro se cernió sobre mí.

Me desmayé de dolor.

Horas más tarde, noté que empezaba a recuperar la conciencia, con el cuerpo dolorido, casi inmovilizado. Tenía algo clavado en los brazos. Estaba en una cama, no la mía. Demasiado blanca, recta.

Me invadió la impotencia: era el hospital. Y lo que llevaba clavado serían agujas con alguna clase de medicamento.

—Esto no va a quedar así. —Oí a lo lejos la voz de mi padre, Víctor. Intenté abrir los ojos, pero me escocían, los tenía inyectados en sangre—. Todo apunta a un ajuste de cuentas, seguramente por un caso en el que Leo ha participado hace poco. Tenemos que averiguar cuál. Se van a pudrir en la cárcel.

—Quiero formar parte de esto —dijo mi hermana Alba. Apreté los párpados, controlándome—. Seremos un equipo, lucharemos los tres como sus abogados: mamá, tú y yo, pero... papá —se lamentó—, no va a llevar nada bien lo del corte...

—Se curará —intervino Claudia, mi madre; me pareció que estaba muy entera—. Con el tiempo le quedará cicatriz, pero no creo que sea necesario retocarla... Y a Viviana no la quiero ver en casa cuando todo esto pase. ¿Ahora mi hijo es un monstruo?

Quise gritar hasta desgarrarme la garganta. Con apenas unas palabras, las cosas habían quedado claras. La fría gasa que se posaba en mi mejilla derecha, cubriendo la que suponía era una espantosa herida, lo advertía, y

para Viviana había pasado de ser un hombre atractivo a sentir un rechazo absoluto.

Tampoco podía culparla ni obligarla, pero me dolía y decepcionaba. No lo esperaba, pensé que me quería. Lo demostraba a menudo.

—¡Hacédsele pagar! —grité, arrancándome la gasa... Un chorro de sangre manchó la blanca sábana. Mi familia corrió a mi lado, desencajados —. ¡No me toquéis!

Desde ese momento, mi vida cambió, los planes de futuro que tenía se esfumaron y tuve que elegir un nuevo camino. Ya no quería programar nada... A veces, la vida te lo quita todo en un instante. Y debía olvidarme de Viviana. No me quedó más remedio y tuve que alejarme de mi familia, de mi trabajo.

Fue una venganza, así lo admitieron los culpables... Que estuvieran en prisión no me ayudó, yo seguía marcado por fuera y por dentro.

Aprendí a esconderme detrás de una máscara, en la oscuridad, para intentar recuperarme lentamente. Me mudé de vuelta a Madrid, a las afueras, pudriéndome en las riquezas que ya no podría brindarle a nadie, ocultándole mi paradero a mi familia, que respetaron mi decisión por el momento, sin perder el contacto. Con la única compañía de Carlota, mi fiel asistente.

Tuve que empezar de cero, dejar atrás a Leonardo Ferrer y pasar a ser otro hombre: Leo Torres. No soportaba ser rechazado por la gente..., por las mujeres. Y con esa idea, dos semanas después acudí al único local donde no tenía que mostrar mi imagen, ya que no era necesario que los que acudíamos allí nos viéramos, sino todo lo contrario. Ahí estaba el morbo y en eso consistía.

Entré en un juego peligroso al no saber con quién compartiría espacio, pero eso sí, disfrutando de buen sexo. Era justo lo que necesitaba. El local estaba cerca de casa. Y allí, en medio de aquella negrura... apareció ella.

—¿Hola? —preguntó una voz serena y dulce.

—Pasa.

3

Un polvo...

No sé ni cuántas veces le bufo al «héroe» que me ha tocado esta mañana. Cree que por ser atractivo, intrigante y morboso, a mí me va a afectar. Lo lleva claro. Aún de espaldas, le hago señales para que circule delante de mí. Pero él se sigue marcando faroles, se coloca a mi derecha y me indica que pase yo primero.

Bien, lo hago, nada contenta sabiendo que tiene la mirada clavada en mi culo, que casi me lo masajea con los ojos. Sin embargo, ¿por qué no despierta mi maldita pasión? Imágenes eróticas de lo que puede estar visualizando me abordan, pero no consiguen que mi vientre se contraiga y pida desesperadamente saciar su apetito.

Hace meses que no estoy con un hombre, aunque lo he intentado, sin imponerme estúpidas normas acerca de si debo hacerlo la primera noche o esperar.

Nada me importa, soy adulta, libre para estar con quien quiera, pero mi parte femenina muerta se niega, llenándome de impotencia. No de dolor, ya pocas cosas me duelen después de lo que he pasado no hace mucho.

—Es aquí —le indico cuando llegamos. No lo oigo, ¿viene detrás? Me doy la vuelta, sorprendiéndolo. Tiene la mirada perdida, en todas y en ninguna parte—. ¿Vas a subir o qué?

—¿El café? —Alza una ceja, peleándose con el pañuelo de nuevo.

—No me gusta el café y no tengo tiempo para tomar nada con un desconocido. Sólo quiero alquilarte un piso, llevarme las comisiones y punto.

En el garaje únicamente estamos nosotros dos. Él mira a los lados, se da cuenta de ello y da un paso, acorralándome entre la puerta de mi coche y su musculosa figura. La manija se me clava en el culo, me muevo un poco y enfoco la mirada hacia su pecho.

La cazadora negra, la camisa blanca.

Miro hacia arriba siguiendo con el recorrido, y llego cerca de su boca. Leonardo desliza la mano por mi mejilla hasta mi cuero cabelludo.

—¿Qué estás haciendo? —susurro sin voz—. No me gusta nada tu rollo ni me asusta. Mucho menos me intimida. ¿Quieres un polvo? Olvídalo.

—Un polvo —repite, dejando sus labios a unos milímetros de los míos. Me falta el aire, tengo taquicardia—. Hablas de... ¿darte?

Me ahogo con la saliva que se me atasca en la faringe.

—En serio, ¿de dónde has salido? —consigo decir, tras las sensaciones experimentadas.

Se encoge de hombros y me pasa los dedos por el cuello. Me estremezco.

—Me gustaría decirte que no soy ese tipo de chica, pero la verdad es que te mentiría. Aun así, no es tu momento.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, haciendo presión en mi piel. Su voz se vuelve más aguda, descontrolada. Su tacto más duro—. Eva, soy un tanto inquieto, no me gustan las medias tintas.

—Entre tú y yo no hay ni medias ni siquiera un poco de tinta. —Le indico con el dedo que se retire. Pero mueve la cabeza, negando. No me queda más remedio que empujarlo, obligándolo a soltarme, y abro la puerta del coche—. Subes o me voy.

Con paso ligero y tanteándose el móvil, se sienta en el coche y cierra de un portazo. Le echo una mirada envenenada; ¡con lo que mimo yo a mi nueva adquisición, que se deje de tonterías! Meto la llave y arranco, intentando ignorar a la persona que tengo a escasos centímetros. Hay mucho tráfico, en Madrid siempre es lo mismo y todo el mundo va acelerado, con prisas.

«Qué estrés».

Necesito un cigarrillo, por lo que tiro de mi bolso y, a tientas, rebusco

dentro.

—¿Qué buscas? —pregunta seco.

—Un cigarrillo.

—Dame, te ayudo. —Me quita el bolso y se pone a buscar él. Lo miro de reojo, sin perder de vista la calzada, observando su confusión. Sí, hay demasiadas cosas dentro. Sí, soy rara, ¡¿y qué?!—. Toma, y dame una calada, por favor.

Pero ¿por qué me habla con tanta familiaridad? Es como si me conociera y lo peor es que a mí me suena... Dios, abro la ventana, su olor concentrado me sigue torturando. Me atrae como a una polilla la luz, pero no de la forma que necesito, la que no dejo de buscar y no encuentro. Entonces, ¿qué?

No me doy cuenta que llevo más de medio cigarrillo, cuando él me lo quita de un tirón, casi quemándome. No le digo nada, sólo quiero llegar, enseñarle el piso y que se vaya. De modo que acelero.

—Oye, correr con el coche no es un juego —me advierte, echándome el humo—. El próximo día vamos en mi moto.

—Déjame en paz de una vez y ponte el cinturón.

Lo oigo protestar, maldecir. No me importa. Meto las marchas y, en silencio, consigo llegar a nuestro destino.

Leonardo no ha dejado de observarme, de atosigarme con la mirada, que, por momentos, parece melancólica. Es muy transparente, no me cuesta mucho descifrar qué quiere decir sin hablar. Además, yo soy una persona muy intuitiva.

—Quiero ver el más caro —exige, bajándose del coche y quitándose la chaqueta, que se cuelga del hombro... Ejem, tengo que centrarme—. Es el primero que quiero ver.

Otra vez... me toca obedecer.

Hago como si no conociera el edificio, sin darle pistas de mi vida. Me duele la cabeza, su aroma, ese aroma... se ha adueñado de mis fosas nasales. Estoy lacia, muy cerca de que se me baje la tensión.

Cruzo el vestíbulo y entramos en el ascensor. Me mira a través del espejo del mismo y yo, ignorándolo, le doy a la tercera planta; la mía es la cuarta. Tengo mala cara, estoy amarillenta, el maquillaje me sirve de poco y es que no me encuentro bien desde que este hombre se ha cruzado en mi camino.

Es como un león a punto de devorarme.

Casi puedo sentir cómo me desnuda sin tocarme. Me expone lentamente, deteniéndose en cada rincón de mi estilizada figura.

—¿Estás con alguien? —pregunta, con las manos en los bolsillos, apoyando la espalda en el cristal. Parece intranquilo, pues sus piernas no dejan de moverse—. Necesito saberlo.

—No estoy con nadie, pero eso no cambia nada. Has venido a mi negocio a que te enseñe un piso y luego se acabó. ¿Necesitas saberlo de qué? No me conoces.

—Me has gustado, Eva.

—Lo sé, no soy tonta. Cada día vienen otros tantos como tú y me tiran los tejos, cosa que aguanto para vender. No me sorprendes.

—¿Y a todos les dices que no? —Me pone a prueba, señalando mi cuerpo con el mentón—. ¿O sólo a mí?

—No mezclo el trabajo con el placer —contesto sin creérmelo ni yo.

—Tendré que verte fuera. —Chasquea la lengua.

Me hago la tonta, no merece la pena. Por fin llegamos y lo primero que veo es a un vecino, que me reconoce de las reuniones de la comunidad y me saluda con un cortés «Hola, Eva».

Tierra trágame

—Buenos días, Marco.

—¿Lo conoces? —pregunta enseguida Leonardo, acercándose a mi oído. Cierro los ojos, el pulso me palpita con más fuerza.

—Sí... de otras veces —miento, abriendo la puerta—. Pues aquí está.

—Me lo tendrás que enseñar, ¿no? —Suspiro—. El piso quiero decir, aunque si me quieres enseñar cualquier otra cosa... adelante.

«Vamos, vamos».

Se apoya en el quicio de la puerta y cierra los ojos un momento, como yo, y al abrirlos de nuevo acoso y derribo con su permanente mirada.

—¿Por qué me miras así? —le espeto antipática.

—Porque me gustaría saber cosas... —Se calla, soltando un intenso suspiro.

—¿Como qué?

Descolocada, espero fuera una explicación a su comportamiento. Veo que

no tiene intención de dármele, porque ni siquiera se digna volver a hablarme. Hoy todo está siendo muy raro, incluso yo misma, y no lo entiendo. Mi vida es puro control y hoy me he olvidado de ello con mi obstinado cliente.

Aburrida de esperar, me limito a hacer mi trabajo, a mostrarle el piso, a darle cada detalle... Pero, sinceramente, me parece que es una pérdida de tiempo. Él no presta atención a nada más que a mí, por eso me sorprende cuando, al acabar, dice:

—Prepárame el contrato, me lo quedo.

«No, no».

—Espera, te enseño los demás...

—Este —me interrumpe, sin opción a discutirlo—. ¿Podemos tomar el café ahora? Me gustaría hablar contigo.

Otra vez...

—No tengo tiempo y tampoco tenemos de qué hablar.

Un paso, dos, tres hacia mí.

Venga, me toca darlos atrás. Leonardo niega, persiguiéndome, con las manos en los bolsillos. Sé que intenta intimidarme con su peligrosa mirada; conozco demasiado bien las tácticas del sexo masculino.

—No me huyas —advierte—. No tienes escapatoria.

Después de mucho tiempo, siento que la adrenalina me consume, que unas tontas cosquillas me atraviesan desde la zona vaginal hasta el estómago. Hiperventilo. Es algo parecido al deseo, ese que perdí, el que se fundía en mi piel cuando me encerraba con un desconocido en una habitación a oscuras y daba rienda suelta a la imaginación. A la pasión.

¿Qué me pasa? ¿Me habrán echado algo en el té?

—¿Y si te soy sincero?

—Me ahorrarías tantas tonterías... —digo.

Ya no hay espacio libre entre nosotros y con movimientos pausados me coge la cara, impidiéndome que le rehuya la mirada. Está helado, siento frío, no sé de qué clase exactamente, ni si es por su temperatura o por su tacto.

—Y si te digo que sí, que necesito un polvo tuyo para dejarte en paz, que hasta que no lo consiga no me detendré, ¿qué me dices, Eva?

¡No me lo puedo creer! ¿De verdad no es una broma? Se me escapa una falsa sonrisa, ya que no doy crédito. Leonardo busca que lo mire a los ojos, y

yo intento evitarlo, enfocando la vista en cualquier otro lado. Pero sus dedos me acarician y termino cayendo. Suspiro, los temblores no cesan. Mi ansiedad aumenta.

—Respóndeme.

—Que me alegro por ti, me siento halagada, pero no eres mi tipo, lo siento —miento de nuevo, como una bellaca. Porque ya no consiento que nadie me pisotee, ahora soy yo quien dice cuándo y cómo—. Terminemos con esto, no estoy para andar huyendo de machitos como tú.

No me escucha, coloca una mano en mi cintura y me atrae hacia él.

Me pica, me pica mucho la zona que acaba de tocar. Mi cuerpo, al igual que mi corazón, creen conocerlo. Se me va a salir del pecho, incluso me aprieta la blusa por lo violenta que se ha vuelto mi respiración. No se da por rechazado, avanza un paso más, su boca casi me roza. Yo me mantengo con las manos a los costados, arañándome las palmas. Buscando respuestas a mis preguntas como mujer.

—Eva —murmura, mientras se deleita a centímetros de mi boca y me roza la nariz, muy despacio.

—¿Hmm?

Resopla, regalándome su aliento, fresco. Hace una mueca de placer.

—Me encanta ese sonido que haces —confiesa con los ojos cerrados.

—Y el de todas.

—Sí... y el de todas —confirma sensualmente.

Entonces mi teléfono suena y rompe la magia.

—No lo cojas —me pide y se relame los labios mirándome, atravesando mi alma—. Aquí y ahora. —Me besa la comisura—. Lo estoy deseando desde que te he visto —gruñe contra mi piel, sin culminar el beso—. Te quedan muy bien las medias, los labios pintados de rojo y...

El teléfono insiste y, casi ahogándome con su palabrería, huyo de sus brazos al pillarlo con la guardia baja. Me agarra del codo e intenta que me vuelva de cara a él, pero le doy una negativa mientras me zafa bruscamente. Sin atinar, busco el móvil, me cuesta en medio de tantas cosas. Una vez lo tengo, le doy a responder mientras le ofrezco la espalda a Leonardo.

—¿S-Sí?

—Eva, soy Erica, ¿tienes un momento?

«¡Dios! —suspiro—, salvada por la campana».

Erica es otra amiga de mi grupo, la más sofisticada. Y me va a servir para huir de aquí.

—¿Eva?

—Sí, ¿ocurre algo?

—No, nada, tranquila. Ayer me dijiste si te podía echar una mano. Estoy libre durante el resto de la mañana. ¿Me necesitas o ya no?

¡Sí! Erica trabaja en la gestoría de su padre y en muchas ocasiones me ayuda en la inmobiliaria y creo que es el momento justo para ello. Miro de soslayo a mi acompañante, que contempla el paisaje por la ventana, ido.

—Me vendría de maravilla, hoy no me encuentro bien. ¿Te mando a un cliente que quiere un contrato de alquiler? En un mensaje te dejo todos los datos.

Leonardo se da la vuelta, con expresión indignada.

—Estupendo, ahora salgo —me dice Erica—. Un besito.

—Venga.

Guardo el móvil y me encamino hacia la salida como si nada hubiera pasado, aunque la prueba de que no es cierto es el latido de mi corazón, que sigue cabalgando a una velocidad que incluso me asusta un poco.

—No podré llevarte —le digo sin mirarlo—, pero puedo pagarte un taxi, Erica te atenderá enseguida. —Abro la puerta y añado—: Ha sido un placer, Leonardo.

—Leo, puedes llamarme Leo, y te voy a decir una cosa —añade, colocándose delante de mí. Y manteniendo una prudente distancia, me señala con el dedo en alto—: Esto no va a quedar así. Has ganado por hoy, pero, Eva, cuando quiero algo soy muy insistente, y ahora ese algo eres tú. Porque sé que también lo estás deseando.

—¡Que no me conoces!

—Ya me he dado cuenta. Por desgracia no te conozco y ahora, con más interés, quiero hacerlo.

Pero... ¿qué dice? Y encima se ha mosqueado, y mucho. Su mirada es sombría, su semblante encendido cuando pasa de largo por mi lado.

—Hasta pronto —se despide.

—Adiós —puntualizo.

Cierro la puerta, dejándome caer en el sofá de la sala, completamente desorientada. No creo que vuelva a verlo. Dejaré a Erica a cargo de este asunto.

La tarde del miércoles es un caos. Durante la mañana no he parado y estoy muerta de sueño. Llevo dos noches sin dormir mis ocho horas necesarias y con pocas ganas de ir al gimnasio, ya que es una hora escasa la que me queda para salir de aquí y llegar. Necesito un cigarrillo. Menos mal que tengo un té recién hecho, porque el estómago me ruge del hambre y con esto puedo despistarla. Cojo el vaso y salgo con el pitillo a la puerta.

Hace viento, por lo que me encojo con un poco de frío. Doy un par de caladas, abstraída, en mi mundo. El ruido del acelerón de una moto me obliga a salir del trance. Es un pedazo de moto, incluso con dos maletines colgados a los lados. Encima, e inclinado hacia adelante y con su casco va... va ¡él! Pisoteo el cigarrillo, entro corriendo en la oficina y dejo el té sobre el escritorio.

A continuación, me pongo detrás de la puerta y pego los dedos a la cristalera en cuanto lo oigo subir los escalones; ese cristal es lo único que nos separa. ¡Maldita sea! Todo me pasa a mí. Levanto la vista, despacio, sabiendo quién es la poderosa figura que se enfrenta a mí. Y cualquier recurso que mi cuerpo haya puesto en marcha para prohibirle la entrada hasta el momento, deja de funcionar.

—Hola, Eva —me saluda Leonardo Ferrer, el nombre que ha ocupado cada minuto de mis pesadillas desde el lunes.

Aprieto los dientes y él sonrío fugazmente.

—Te los vas a partir —dice, señalándome la boca. Me enfado, sin entender su broma—. Los dientes —aclara jocoso. Me los repaso con la lengua, descontrolada—. ¿Un café bien cargado?

Le miro las manos, sostiene dos vasos de plástico con sus tapaderas y dos cucharillas. Estoy sorprendida, enfadada y... Haciendo un esfuerzo, recupero el control de mis sentidos. Empujo la puerta, luchando contra la puntera de su zapato.

¡No quiero que entre!

—Tu contrato estará mañana —gruño jadeante—. Erica te lo dará. ¡Vete!

—¿Tienes miedo de caer? —me reta, sin alterarse.

—¡Que me dejes!

Su fuerza y mi rabia no se dan por vencidas, pero me aprovecho de que él no puede usar las manos y yo sí, para empujar la puerta con todo mi peso. Me cuesta, pues me resbalan los zapatos y a punto estoy de caerme de rodillas.

«Un poco más».

Consigo incorporarme y continúo resistiendo, casi sudando.

—¡Ah! —lo oigo gritar cuando estoy ganándole la partida—. Has hecho que me quemara. ¡Abre!

Obedezco asustada y veo con horror lo que he provocado. He derramado un café por completo en su camisa gris, y su rostro crispado delata el dolor que está sintiendo. ¡Mierda!

Le quito el otro café lo más deprisa que puedo, lo dejo en el suelo, lo empujo hacia dentro, cierro la puerta y lo ayudo a sacarse la cazadora y luego la camisa, sin pensar muy bien en el desliz que estoy cometiendo; sólo quiero enmendar mi doloroso error.

—Ey, despacio —se mofa pícaro, atrapándome las manos. Una llamarada cargada de electricidad nos asalta de nuevo, paralizándolo. Luego añade más calmado—: Tenemos tiempo para desnudarnos.

—¡Imbécil!

Aunque quiero que sufra, no soy capaz de dejarlo con la quemazón en el pecho. Así que con la mandíbula a punto de reventarme por la tensión, continúo desabrochándole la camisa a un ritmo más lento. Me cuesta volver a poner los dedos sobre él, me los noto ardiendo. Hace meses que no hago esto. Que no me dedico a desnudar a otra persona. Trato de controlar la conmoción de mi cuerpo, la violenta sacudida que experimentan mis sentidos.

Mis dedos se vuelven lentos, mis ojos imprudentes al ir desvelándose su piel morena. Es apuesto, varónil. Sé que estoy comportándome como una auténtica idiota, pero no puedo evitar sentir lo que me produce el momento, las cosquillitas que afloran en la yema de mis dedos, curiosos por su desnudez.

Hago una parada en mitad del recorrido, me cuesta avanzar.

—Eva —suspira con demasiada intensidad.

No quiero mirarlo y oculto el temblor de mis manos.

—¿Quieres dejar de comportarte como si desearas esto mucho?

—Es que lo hago —afirma con voz ronca—. Ya te lo he dicho.

«Es como todos, Eva».

Sigo desnudándolo, descubriendo qué está variando en mi cuerpo, porque sé que me encuentro revolucionada. No es normal el pellizco que me encoge el estómago. Evitando mirar su cara, susurro:

—No me conoces.

—Créeme, me estoy muriendo por conocer a esta Eva Castillo.

Su aclaración me deja perpleja. ¿«Esta Eva»?

Llego al penúltimo botón y, desde la punta de los pies, siento que una chispa de algo que no sé qué es empieza a subir por mis piernas.

A adentrarse por mis muslos.

Tras el último botón me quedo sin aliento. Me asalta una urgencia que hace tiempo que me abandonó. El reloj se detiene una fracción de segundo. ¿Qué hago?

Él está muy quieto y yo siento cómo mis manos se orientan, sudorosas, mi piel se funde, atraída por la que yo misma estoy desnudando. De modo que rozo más abajo de lo que debo, lo sé, provocándolo, arrancándole un gutural gemido, pero necesito descubrir si mi vientre se contrae y mi deseo se despierta con este hombre que tantas alteraciones me está produciendo desde el otro día.

—Eva —masculla—, no pares.

«Lánzate».

Llevo meses con este problema encima, buscando una salida al conflicto que tengo con la sexualidad, bregando con el rechazo que me provoca el sexo. ¿Él me dará esa salida? Se me seca la boca cuando descubro que tiene un tatuaje en el lado derecho de la pelvis, es la huella de unos labios, con un acentuado color rojo y perfectamente sellado. ¿Será auténtico?

Apuesto a que sí.

—Maldita sea. Me duele mucho —murmura, y se atreve a rozar con la palma de la mano el dorso de la mía. No me aparto, él arde también.

—¿El qué? —consigo decir. Lo miro a los ojos y señala con los suyos su pecho. Hoy su herida de la mejilla se ve más y Leo, que se da cuenta de cómo

la examino, gira la cara hacia el otro lado—. Es normal... Café hirviendo.

Deja caer las manos hacia abajo y la camisa resbala por sus hombros, sus brazos y termina junto a sus pies. Yo no quito ojo a su complexión musculosa, intuyendo que le interesa el gimnasio tanto como a mí, pues está como quiere. El pecho marcado, bonito. Lo tiene depilado.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta en tono suave, arrancándome de mis inapropiados pensamientos.

Retrocedo.

«Buena pillada, pues prepárate».

—Bueno, acostumbro a ver muchos... —Me doy la vuelta, y así interrumpo el íntimo momento. Recojo el bolso del perchero y saco una toallita de tocador—. No es gran cosa.

—Lo estás arreglando —suelta y me arranca la toalla de un tirón.

Lo fulmino con la mirada. ¿De qué va? Qué mal genio ha sacado y qué nervioso parece. No se está quieto. Pero se me va la vista y olvido su brusquedad, observo el vello en la línea de su vientre, el tatuaje, sus caderas, de donde cuelga su pantalón vaquero oscuro. Hoy va más arreglado, y veo que también lleva camiseta.

Descubro que me gusta mirarlo. Él tampoco se corta, pasa la vista por cada centímetro de mi cuerpo, aunque insiste en mirarme a los ojos, lugar en el que se detiene y trata de profundizar, sin tocarme, calándome. Perturbándome. ¿Qué mira, qué pretende? ¿Por qué es tan insistente y está tan pensativo?

—Listo, toma tu toallita —dice de mala gana y me la da—. Ha sido un placer volver a verte. —Alzo una ceja, confusa por su tono dolido y esquivo, cuando hace unos minutos me estaba tirando los tejos—. Fuera me esperan mujeres también y te aseguro que mucho más amables que tú.

—No lo dudo, y también más sueltas —contraataco sin pensar—. Exactamente lo que buscan los hombres como tú.

—No tienes ni idea, Eva, ni puñetera idea —dice, negando con la cabeza, deteniendo la mirada en mi cintura.

Me estiro la blusa hacia abajo a toda prisa, aunque no se me ve nada. Sigo rayada. Cuando me llama por mi nombre me pone el vello de punta. Maldita sea.

—Te estás confundiendo conmigo —añade.

—Lo dejaste claro el otro día.

Intento echarme hacia atrás, pero Leonardo me sujeta la cara con violencia y me roba el beso más corto, intenso y fogoso que me han dado en los últimos meses. Casi no lo he podido asimilar. Me aparta con un gruñido que se me antoja eterno, dejándome desconcertada y mareada por su repentina pasión. No sé describir qué ha sucedido en mi interior cuando nuestras bocas han impactado, se han tocado. Pero me altera.

Miro al suelo, buscando un momento del pasado en que me sentí igual, porque sé que lo hubo... Sin embargo, tengo miedo y retrocedo mientras lo observo. No sé qué hacer, él espera una reacción por mi parte. Cierra y abre los ojos, degustando mi sabor sin esconder lo mucho que lo ha turbado también ese beso.

¿Qué... pasa? Tiene una expresión que no consigo descifrar.

Como si algo le doliera. ¿El pecho aún?

—Ya tienes algo para que te acuerdes de mí el resto de la tarde.

—Eres... eres un petardo y un creído.

Él se ríe, torciendo la boca, metiendo el labio hacia dentro, ese labio que me dan ganas de morder. Me contengo, tocándome los míos. ¿Los tengo hinchados o es una sensación?

—Así te va a doler todo cuando te dé.

¡¿Perdona?! No consigo reaccionar, salir del trance, sobre todo desde que he descubierto el escozor de mis labios. Sigo en mi mundo, lo oigo lejano. Con los dedos en mi boca entreabierta, absorta en el beso que he recibido. Me muerdo la uña del dedo índice, sin dejar de acariciarme sutilmente, paranoica.

No me puedo creer lo que estoy pensando y es que necesito otro beso más duradero. Tan intenso como el anterior.

—Eva, no bromeo. ¿Quieres probar?

A pesar de las estupideces que dice, ahora soy yo quien se lanza.

Me armo de valor y, sin él esperarlo, me pego a su cuerpo y enredo las manos en su pelo, tirándole hasta hacerle daño.

Pierde la paciencia, su boca destroza la mía, un triunfal y doloroso gemido surge de la profundidad de su garganta; estamos desesperados. Su barba me araña y su sabor se impregna en mi lengua, que se enreda con la

suya, proporcionándome una ardiente sensación, un atenuado escozor, y ya no sólo en mis labios, sino también en el resto de mi cuerpo. Su mano viaja por mi culo, apretándome contra él, obligándome a sentir su impulsiva piel.

—¡Eva...! Te he... —Me besa con impaciencia, ablandándose—. No dejes de besarme, por favor. Tócame.

Suelta gemidos tan llenos de agonía que me asusta. Advierto su deseo, tan fuerte como el que ha dicho que sentía. El mío casi se está manifestando, no lo sé. Estoy confusa. Sin embargo, cuando despejo mi mente, noto que su dureza me apunta con ímpetu; entonces mi mente grita «¡Basta!».

Retrocedo e intento huir de sus manos, que me aprisionan.

—Eva... —me advierte, cogiéndome la cara con impetuosidad—. No luches contra mí. —Me vuelve a besar.

—¡Déjame!

Se resiste, comiéndome la boca con exigentes besos. Me muerde, me embiste con la lengua. Acaricia la mía de forma vehemente. El agarrotamiento me destroza los huesos. Necesito que pare o empezaré a gritar hasta que desaparezca esta aguda sensación.

—Que no, ¡no quiero! —Me resisto, intentando que entre en razón.

—¡Pero...!

Lanzo un golpe a su pecho y giro la cara. Gruñendo como una loca, batallando sin tregua, hasta que él entiende que verdaderamente no estoy jugando y, con reticencia, me deja libre. Estoy sin aire, frustrada.

A Leonardo Ferrer se lo ve muy perdido y excitado debido a mi desmesurado comportamiento, cuando he sido yo quien se ha lanzado. Da un paso atrás, tratando de serenarse y pasándose la mano por la nuca. Seguimos mirándonos sin forzar preguntas. Espero que el miedo me abandone, que la amenaza huya de mi cabeza. No quiero recordar ciertas escenas que regresan en determinados momentos.

—¿Y este numerito?! —me recrimina, completamente desconcertado—. Te quiero ardiente, Eva. Necesito que me recibas tal como imploran tus ojos.

—Deja de decir incoherencias. Y no grites.

—¿Es por la mejilla? ¡¿Es eso?!

Su inseguridad no me gusta.

—Claro que no, eso no supone ningún problema.

—¿Entonces? —insiste—. ¿Por qué me parece ver que quieres y luego te niegas?

—No te conozco de nada, deja de creer que sabes cómo me siento.

—¿Nunca te ha pasado, Eva? —pregunta con sequedad—. ¿Jamás te has sentido atraída por una persona que apenas conoces y has necesitado que te tocara? ¡Sé sincera, ya somos mayorcitos! El tiempo no importa, sino las sensaciones.

Una congoja me oprime el pecho al recordar aquella maldita noche en la que encontré todo cuanto deseaba en una persona. Una madrugada tan loca que incluso le dejé mi teléfono y esperé su llamada. Sentí una conexión especial y aterradora con alguien con quien no había pasado más de dos horas, y a quien ni siquiera le había visto el rostro mientras me entregaba a él sin hacer preguntas.

Me tapo la cara, no quiero que me vea encendida. No quiero que descubra mis secretos, mis miedos. No quiero que sepa que no soy capaz de llorar, ya que un día malgasté todas mis lágrimas en hombres que no merecieron la pena. El nombre de «Torres» me acecha. Por un momento puedo sentirlo, olerlo. Es como si lo tuviera aquí, y no quiero.

—¿Vas a negarme una respuesta que ya sé? —pregunta con dureza.

—Vete y déjame sola —le pido, volviendo a mi asiento.

No tengo fuerzas.

—¡¿Por qué?! —Intenta sujetarme. Me suelto furiosa—. Somos adultos, disfrutemos de esta oportunidad sin pensar en nada. Nos gustamos, Eva. Lo he sentido. —Niego tajante, con el estómago encogido—. ¿Tanto daño te... te han hecho?

—¡Que te vayas! —grito, lanzando los papeles al suelo.

Me estudia y, como no se va, empiezo a tirar todo lo que hay sobre el escritorio, volviéndome loca. No paro hasta que lo veo salir de mi espacio vital. Liberándome por fin de su presencia, que, sin entender por qué, no termino de soportar. Atormentada, me agacho y recojo lo que acabo de tirar. Porque, pese a mi estado, odio el desorden.

Intento seguir con mi trabajo, despejarme con otros asuntos una vez consigo volver a la realidad detrás de mi escritorio. Saco su contrato y miro el nombre: Leonardo Ferrer Torres. Se me clava una espina en el estómago que

casi me dobla en dos. Otra vez un recuerdo de él. «Torres». ¿Por qué?

Sólo quiero seguir con mi vida. Ya no me duele, ni él ni nada. Me lo quitaron todo y sólo ese maldito tuvo la culpa... ¡Ah! El teléfono.

«¿Y ahora?», me pregunto al mirar quién es. Lo que me faltaba. Es mi padre... Suspiro, recomponiéndome, y respondo la llamada.

—Hola, papá, ¿qué tal?

—Bien, descansando —comenta aburrido—. ¿Tú cómo estás?

—Todo perfecto, acabando aquí para ir a...

—¿A...? —Se calla.

Mi trabajo de noche no es una conversación cómoda para ninguno de los dos. Pero no quiero mentiras, ni tener que decir que estoy en un sitio cuando en realidad estoy en otro. Ya pasé por eso mucho tiempo.

—Quiero decir...

—Ya, papá —lo interrumpo exasperada—, sé lo que quieres decir.

—¿Qué pasa, Eva? —pregunta más serio. Supongo que está sobrio, porque no balbucea. Yo camino arriba y abajo por la habitación del fondo, sacando ordenadamente mi ropa para el gimnasio. Sé lo que viene—. Hace meses vivíamos en la otra punta de Madrid, de pronto me dices que te trasladas. Quise saber cosas, pero no me cuentas nada; aun así, decidí irme contigo.

—Porque soy lo único que tienes —suelto sin querer, rencorosa.

—Gracias por recordarme que tu madre se largó y nos dejó.

Me quedo callada, tocándome la sien, mordiéndome la lengua. Un día explotaremos y nuestras miserias saldrán a la luz.

—Hija, tenemos una inmobiliaria que va bien, pero no te basta y entras a trabajar en... ¿Qué te propones? ¿De quién huyes?

«De la persona con la que he compartido cuatro meses de mi vida, que se reducía a los fines de semana... Y a la que no quiero volver a encontrarme nunca más».

Aquella extraña relación me hizo demasiado daño. Sobre todo, al cruzar sus puertas, cuando me fui para no volver.

—De nadie, no empieces, creo que soy mayorcita para decidir qué quiero o no hacer con mi vida. Y hasta donde sé, no cometo ningún delito. —Y repito una frase que no le gusta nada, pero que es cierta—. Sólo recuerda, soy

la nueva Eva.

—Ya... —Chasquea la lengua—. La abuela te manda besos.

—Y yo a ella —murmuro, aceptando el cambio de tema mientras vuelvo al escritorio y me hago con un coiletero—. Tengo que dejarte, he de hacer cosas.

—Vale...

—Ya hablaremos, papá.

Corto, sin dejar que responda. Dios, necesito hacer deporte. Soltar adrenalina, olvidarme de todo lo pasado y huir de lo que podría estar por venir.

Cansada, decido cerrar antes. No me apetece ver a nadie. Luego entro en la salita y cojo mi bolsa de deporte, me pongo unos leggins negros, las deportivas y una sudadera que cubre la camiseta de tirantes. Me hago una coleta alta. Recojo mi bolso y voy hacia la puerta. Cuando echo el cerrojo y me vuelvo despacio, oigo un ruido.

«No, por favor».

Está apoyado en la moto, vestido tan deportivo como yo, las zapatillas sin abrochar y con gafas de sol. Me muerdo el labio, cansada de su juego. ¿De verdad voy a estar esquivándolo hasta que se le antoje?

«¿Y si... no puedes?», me digo.

Tampoco quiero que descubra lo fría que soy, prefiero que piense que no me gusta. Si pudiera, habría echado el polvo de mi vida con él y ya se habría largado. No tengo dudas.

—¿Vamos a sudar juntos? —propone, pisoteando un cigarrillo.

—Lo siento, prefiero hacerlo con otros —le informo, dejándolo como una auténtica mierda. Antes de marcharme, veo la patada frustrada que le da a la rueda de su vehículo.

—¡Eva! —No me vuelvo de camino al garaje—. ¡¿Quién eres?!

—¡Alguien que no quiere conocerte!

4

Aquella noche... rompió mis esquemas

La puerta se abrió y se cerró, dejando pasar sólo un breve rayo de luz y una suave ráfaga de aire frío. Oí un suspiro intenso, acompañado por unos leves gemidos. Mis fosas nasales se inundaron de su olor. Era suave. Femenino. Pero tan penetrante que ocupó todo aquel espacio, invadió mis sentidos.

No sé qué me pasó, pero no me cansaba de inhalar, despertando mi hambre por volver a estar entre las piernas y los pechos de una mujer.

—Em, yo... soy Eva Castillo.

—Torres.

Fui seco, pero ¿cómo actuar? El ambiente era frío, demasiado para un encuentro sexual, aunque ya me ocuparía yo de que se incendiara.

No se veía nada; aun así, llevaba puesta la máscara que cubría parcialmente mi rostro, desde la frente hasta debajo de la nariz, dejando los labios al descubierto. Presionando la herida que dolía y escocía más ese día, pero que con la opresión era más llevadera.

—Bueno... yo es la primera vez que vengo a un sitio de estos —rompió ella el hielo, dubitativa. No estaba cerca, se oía a una considerable distancia y no podía sentirla—. Y si te soy sincera... —Hizo una pausa y carraspeó. La imaginé avergonzada—. No quiero saber nada. Sólo olvidar.

¿Herida? Me daba igual.

—Queremos lo mismo. Bienvenida entonces —susurré, cogiendo el camino fácil, simple. Ocultando mi verdadera voz—. Acércate.

—Quiero que dejemos clara una cosa. —No subió el tono, a pesar de que era una advertencia—. No quiero que nadie me domine, estoy cansada de machos.

—Dos no hacen si uno no quiere —respondí.

—¿Me has... oído? —recalcó con un hilo de voz.

Suspiré y me atreví a destrozar las barreras dando unos pasos hacia el frente, de donde provenía su tierno sonido. ¿Cuántos años tendría? Con la mano en el aire, me guie para encontrarla, agitado, inquieto, y cuando tropecé con su pierna y rocé su cuerpo sin querer, no pretendía ser tan directo, ambos soltamos un sonoro gemido.

Me detuve, tratando de no parecer desesperado. La situación era morbosa, distinta a lo que estaba acostumbrado.

Disfrutaba viendo a las mujeres gozar y ahora ya no podría hacerlo.

—Esto es raro... —murmuró ella—, pero lo necesito. Tócame, por favor. «Señor».

Sin tener el valor suficiente para alejarme, tal como estaba pensando hacer, levanté las manos y, poco a poco, las deslicé por su cabeza. Las palmas me ardieron, el fuego se propagó por mi cuerpo. Cerré los ojos, aunque no hacía falta, y suspiré, imaginándola a medida que la descubría. Tenía el pelo largo, liso. Con la raya en el lado izquierdo. Seguí bajando, adivinándola...

Empecé a cabrearme, pues mi cuerpo reaccionó violentamente, adueñándose de todo mi maldito ser. Quizá no era por ella, sino sólo por volver a tocar a una mujer.

Animado por su mutismo, deslicé el pulgar por su boca, seca, abierta. Intuí que tenía unos labios apetitosos, no muy finos, tampoco demasiado carnosos. Su aliento agitado se coló entre mis dedos y tuve que obligarme a controlar mi deseo de probar ese sabor que desprendía frescura, que intuía delicioso.

En los casi nulos movimientos de Eva, noté que estaba nerviosa, que respiraba más deprisa, y que casi dejó de hacerlo cuando bajé las manos y fui

siguiendo su estrecha silueta. Sus pechos sobresalían un poco por los laterales, lo que me hizo pensar que eran voluptuosos.

«Hostia y hostia».

Me mordí la lengua. Me estaba poniendo como una moto... y me detuve. La ansiedad por arrancarle la ropa conspiraba contra mí. Era inhumano obligarme a ir despacio, después de lo mucho que echaba de menos acostarme con una mujer. Peor aún al confirmar que la que tenía justo enfrente era atractiva, que su sabor podría ser adictivo y que con sólo olerla... ya me atraía.

Anclé los dedos en su ligera cintura, maldiciéndome.

—Yo... —susurró—. No seas brusco... No sé si estoy preparada...

Ni loco dejaría que se fuera entonces, tras haberla tocado, pensé.

—¿Quieres una copa? —murmuré y, sin disimular mis ganas de estar con ella, di el último paso y olí su cabello, que cogí entre los dedos.

Reconocí por fin el olor: a vainilla. Se quedó quieta, temblando. En vez de alejarme para que se tranquilizara, hundí la nariz en su pelo, necesitado de algún tipo de contacto.

—Nos relajará —añadí—. Si te sirve de consuelo, es mi única salida últimamente.

—Dame una entonces, por favor —pidió sin respiración, rígida.

Le pasé una mano por el costado, deslizándola por su espalda. La tenía delicada, era una mujer delgada, frágil... Era una incógnita que me estaba enloqueciendo al ir revelando su perfección. Y, al parecer, para empeorar la situación, era tierna, pues rozó mi pecho, ahogada contra él.

Agobiado, la aparté bruscamente.

Ese no era el plan que había ido a buscar. Fuera sentimentalismos.

—Lo... lo siento —se disculpó con aquel tono tan desdichado.

No demostré lo que me había producido su gesto, pues no era algo bueno para aquel tipo de encuentro. Me sujeté las manos, ya que me urgía ponerlas sobre ella. El deseo empezó a nublar me la razón, lo único que quería era descargarme e irme satisfecho, sin saber nada de Eva, sin que preguntara nada sobre mí, pero me temía que la noche sería larga.

—Ven.

Cogí su mano y tanteé la sala. Ella entrelazó nuestros dedos,

envenenándome por dentro, tanto que sentí una familiar opresión en el pecho. Llegamos a la mesa, le solté la mano y la ayudé a sentarse, acomodándome yo a su lado. Con paciencia, conseguí llenar las dos copas, aunque derramé algunas gotas. Estaba alterado.

—Toma.

—Hmmm, espera. —Aquella voz, aquella sensibilidad... me buscaron y me encontraron. Me retiré en cuanto cogió la copa—. Gracias.

—¿Qué te ha traído hasta aquí...? —quise saber.

—La desesperación, sentirme viva al tener experiencias nuevas.

—¿Y crees que este es el lugar?

Apuré mi bebida de un solo trago y, por su silencio, presentí que ella hacía lo mismo. Lo confirmé al oír el sonido que hizo su copa al ser depositada en la mesa y, sin preguntar, volví a llenar las dos.

Al margen de esa noche, estaba hecho polvo y la bebida me ayudaba a luchar contra mi mente.

—No lo sé —dijo por fin, muy bajito. Pensé que estaba triste y apagada—. Una conocida me lo comentó y, tras buscar información, he decidido venir. Necesito encontrarme a mí misma.

—Entiendo.

No supe cuánto tiempo transcurrió mientras los dos, callados, nos refugiábamos en la bebida, oyéndose sólo el leve sonido de los sorbos que dábamos casi a la vez. Nos bebimos una botella entera.

Eva se atrevió a rozarme el pie cuando estuvimos más relajados y su mano deambuló por mi rodilla lentamente. La cabeza me dio vueltas. Me recorrió con los nudillos hacia los muslos, excitándome. Me calentó la sangre, que ya hervía al dejar volar yo la imaginación entre copa y copa. Las palabras sobraban con su atrevimiento. Ya no podía más.

—Ven —le dije, levantándome. Tiré de su delgado brazo, la arrimé a mí y sus manos fueron a mi cara; gruñí. Ella se paralizó al tocar la máscara—. Por el morbo, no lo olvides —me excusé.

—No podría olvidarlo... Estoy aquí.

Su mano fue bajando, cortándome la respiración. Me jodió no sentir en la mejilla su caricia, y además no se comportaba como yo al ir descubriéndome. Era delicada, dulce. Derrochaba ternura al depositar unos besos cerca de la

comisura de mi boca; yo los deseaba febrilmente, pero no llegaban. ¿Qué estaría pensando? ¿Sus pensamientos irían en la misma dirección que los míos? ¿La atraería incluso en plena oscuridad?

Su coquetería me tensó y aumentó mi indiscreta erección.

—Hueles tan bien —gimió.

No lo esperaba; empezó a darme besos por el cuello, pasando por los hombros, el pecho, mientras me desabotonaba la camisa. Yo iba con traje..., serio, así era el nuevo Leo, había perdido hasta mi anterior estilo de vestir. Estaba amargado.

Ella era muy sutil, sensual y cautivadora.

Yo gemía de forma descompasada, absorto en cada sensación que me estaba transmitiendo, en ese placer del que nunca debí privarme. Pero me sorprendí al notar por la manera en que me tocaba y por la altura a la que estaba, que se había arrodillado a mis pies.

—Oh, Dios...

Levanté la cabeza y puse los ojos en blanco, mientras sus impacientes dedos se ocupaban de mis zapatos y los calcetines, para seguidamente bajarme la cremallera del pantalón, sin apenas rozarme los muslos. Nada, y yo lo quería todo. Había perdido cualquier tipo de sutileza, fue arrebatadora.

Casi me convulsioné como un puto niño.

«Dios, cuánto echaba de menos sentirme deseado».

—¿Crees que podré complacerte? —preguntó. La cogí del pelo, masajeándole la cabeza. Ansioso, demasiado desesperado por el tacto de una mujer—. Él me lo dijo... Él...

—¿Él? —gruñí, cuando consiguió deshacerse de mi pantalón, tirándolo con impaciencia contra algo que sonó y, sin ninguna consideración, haciendo a continuación lo mismo con el bóxer. Me mordí la lengua hasta hacérmela sangrar cuando agarró mi miembro con su pequeña mano—. Ey, estoy al límite. —Agarré su cabello, fuerte, tenso—. Lo necesito con urgencia, y luego ponte a cuatro patas, dejemos ya las tonterías a un lado.

—No... —replicó.

—Sexo, necesito un maldito polvo.

Mi frase rompió el erótico momento, pues oí su siguiente gemido. Y después un llanto desgarrador que me paralizó. Quizá había sido demasiado

brusco, pero era su culpa, por ir directa al grano. Por Dios, ¿podría follarla esa noche?

—No puedo más. ¿Por qué no me lo quito de la cabeza? ¡Lo odio!

¿Qué demonios...?

Sobresaltado, la levanté por el codo con brusquedad, enfrentándola a mí.

Una vez estuvimos los dos de pie, me desprendí de esa mujer que oscilaba entre la pasión y el llanto. Mantuve las manos a los costados, pero ella se echó hacia mí y se abrazó a mi pecho, arañándomelo con lo que creí que era impotencia.

¿Era una broma?

—Mi madre se fue de casa hace meses. Odio la profesión que he estudiado y mi padre se ha dado a la bebida, dejándome con tantas cargas...

—Sollozó, hincándose las uñas. Tuve la tentación de lanzarla contra el suelo y poseerla hasta morir de placer—. Hace poco he huido de algo que me estaba haciendo daño. Mi vida está vacía... Ayúdame. Tengo miedo.

—Yo...

No supe cómo actuar, empalmado y sintiéndome culpable por ello, pero mi entrepierna desnuda pedía guerra contra su pelvis. Con cada roce, estaba a un paso de estallar.

—Necesito a alguien que me sepa tratar y cuidar, ¿me entiendes?

—Supongo.

Sin comprender por qué, abrí los brazos y la rodeé para consolarla. Estaba muy tocada a nivel emocional, tanto que se refugiaba en un desconocido con el que debería estar revolcándose hasta saciarnos. Se encogió contra mí, se hizo pequeñita. Fue una sensación tan desconcertante...

Éramos igual que dos ciegos, percibiéndonos únicamente por los sentidos. Su mejilla estaba caliente y la frotaba en mi cuello. Tenía el pulso tan acelerado como el mío. La situación me estaba superando.

¿Cómo sería verla justo en ese momento? Abarqué su mejilla derecha con la palma de mi mano y sus lágrimas se detuvieron. Tanteé sus facciones. Su reacción fue retirarse, pero se lo impedí. Quise imaginarla. Su boca, sin duda, hacía un pequeño puchero.

Tenía la nariz pequeña, respingona, y aspiraba la pena que la embargaba.

Volví a inmovilizarme, pues me estaba involucrando más de lo que podía

o debía. Para una noche no necesitaba saber más, sino dejarme arrastrar por el deseo que ella me provocaba.

—Sé que es una locura, pero he creído que podría encontrarlo aquí.

—Eva —pronuncié su nombre, nervioso. Sonó demasiado intenso en mi apenas audible voz—. Te estás equivocando.

Se apretó más contra mí, alterándome.

Un beso en mi palma bastó para romper la disciplina que me estaba imponiendo. Se me fueron las manos y empecé a acariciar su cuerpo, perdiendo el poco control que me quedaba. Mi pene vibró con más fuerza, libre, contra la tela de la falda ceñida y corta que ella llevaba. Era desesperante querer destrozársela y no poder.

—No valgo nada —repitió jadeando, frotándose contra mí—, ¿sabes? ¡Nada!

Me ardía todo por ella. Aun así, mi maldita conciencia se activó. ¿Me estaba aprovechando de su debilidad, de su extrema y perjudicada situación?

—Tienes que salir de aquí. —La solté con un gruñido de pura agonía y caminé hacia atrás, a punto de dar cabezazos contra la pared. Tenía la lengua dolorida por los mordiscos que me estaba propinando para mantener el autocontrol—. Este no es tu sitio. Vete, Eva.

Lloró más y, entre gemidos, musitó:

—No quiero irme, sólo quiero que me...

—Hemos bebido y... he venido por sexo.

—Y aquí me tienes.

«¡Hazlo!», grité para mí mismo. Sin embargo, desde que mi vida había cambiado era más humano. Lleno de complejos, sí, pero procuraba no hacerle daño a nadie como me lo hicieron a mí, y aceptar su oferta era inmoral.

—No puedo —susurré con voz ronca—. Vete, por favor.

La dejé allí, supuse que en medio de la habitación, y fui hasta la cama que había detrás, al fondo, la que había visto cuando entré en la habitación, con algo de luz. Me senté, y aunque deseaba que se fuera por la incoherencia con la que se estaba comportando, me moría por adentrarme en ella.

Era descabellado, pero necesitaba tenerla. Estaba allí sin pantalones ni ropa interior, con la camisa desabrochada y una mujer dispuesta a todo..., pero rechazándola. Jamás me imaginé que haría algo así. Era surrealista. Yo

que me tiraba a cualquiera que se me ponía a tiro.

—Será mejor que entre otra persona —zanjé, apretándome la sien.

Ella no se marchó. Advertí que se colocaba a mi lado, que subía rápidamente por el colchón. Me puso una mano en el hombro e, irracional, yo coloqué las mías en su cintura, sin saber exactamente con qué intención.

Si echarla... o empotrarla.

Eva Castillo se puso de rodillas en la cama y de nuevo se lanzó a mis brazos, y sus lágrimas empezaron a derramarse contra mi cuello. Había tanta pena... y tanta carencia en ella que la abracé. Me sentí identificado con aquella desesperación, sin mi familia, sin hacer lo que quería con mi vida.

Refugiándonos en el sexo.

—No voy a preguntarte nada —sollozó, presionando los labios contra mi nuez. Tragué de forma involuntaria. Su boca húmeda, ardiente tan cerca—. Pero hazme sentir que no soy un objeto, sólo por esta noche.

—Deja de comportarte así, esto no es una ONG.

—¡Hazme sentir... aunque sea peligroso!

Con su intenso abrazo caímos los dos hacia atrás, pero en vez de asustarse por lo agresivo que fui al sujetarme a su cuerpo, rodeó con las manos mi cuello y sentí cómo se acercaba a mi boca. Mi corazón se disparó y, por más que mi mente gritaba que la alejara, mis instintos actuaron en mi contra una vez más esa noche y la estreché.

—Si no te vas, no sé cómo va a terminar esto —le advertí, sobrepasado por la extraña situación.

—No quiero pensar —gimió entre lágrimas.

Rozó mi máscara, recordándome el malestar que había olvidado, y volvió a ocuparse de mi mentón. Su dolor y el mío se fundieron cuando su boca tocó por un momento la mía. Fue un roce, seguido de un tierno beso que me supo a poco, que me dejó sin respiración, consumido, hambriento y desesperado. Sutilmente, me mordió el labio inferior con sensualidad, mojándome con sus lágrimas, que no dejaban de caer.

Ahí sentenció lo nuestro.

El sabor de su boca fue irresistible y supe que ya no podría dar marcha atrás. Me era indiferente si lloraba o gritaba. Sería mía. Fue su boca cálida y sus besos comedidos los que consiguieron que me rindiera.

No pude controlar mi deseo y metí las manos por detrás de su cuerpo, dentro de su camisa, que supuse era de seda, y le acaricié la espalda. Era perfecta, con sus dos ondulaciones en la parte baja.

Noté su vello erizado, estremeciéndose.

—Desnúdame —suplicó recorriéndome con su delicada lengua, quitándome la camisa.

Hizo que enfermara, así que chupeteé su boca, mientras me incorporaba y permitía que lanzara la prenda, no supe adónde. Perdido por el deseo y sin nada de romanticismo, le empecé a subir la falda.

—Quiero sentirme viva, pero cada vez me encuentro más muerta.

«Como yo».

Recorrí sus largas piernas de arriba abajo, gruñendo contra su entregada boca, que me cedía cada uno de sus leves jadeos. Llevaba medias de encaje, con ligas en los muslos, con lo que me volvía todavía más loco. ¿Qué me sucedía?

Se las destrocé sin reparos. Me estaba abrasando y me comportaba como un animal que no sabía controlarse tras liberarse.

—¿Cuántos años tienes, Eva?

—Veintisiete —contestó, en medio de las lamidas que nos dábamos. En medio de la desesperación al tocarnos, sin detenernos en ninguna parte—. ¿Y tú?

—Cuatro más. —Froté su nariz con la mía, echando de menos el contacto de piel contra piel—. Dejemos las preguntas y acabemos con esto.

Volvió a recurrir a sus armas de seducción al coger mi mano y obligarme a que la desnudara. No tuve la paciencia que quizá merecía y tampoco era culpa mía tener tan poco tacto, pues me lo estaba sirviendo en bandeja. Tiré su camisa, le arranqué el sujetador tras desabrocharle los clips sin suavidad y le quité las braguitas deslizándolas por sus piernas ágilmente, sin gozar de los preliminares que tanto procuraba utilizar en mis relaciones.

Toda ella temblaba, acariciando mi cuello ahora con manos frías, sudorosas por los nervios, desarmándose lentamente.

—Dios, ven, Eva.

La senté sobre mis rodillas, con sus piernas abiertas, preparada. Imaginaba cómo sería su cara, su mirada. Me preguntaba si era rubia o

morena, convencido de que era preciosa... demasiado.

Quería verla, pero me conformé con fundirme en sus pechos desnudos. Joder, joder. Eran grandes, con pezones preparados para ser mordidos. Juntos, bien puestos. No me contuve, acerqué la cara y lamí, primero el derecho, luego el izquierdo. No pude parar, me sobraba todo lo que no fuera tocarla, saborearla. Se los pellizqué, frotando mi barba contra aquella sensible piel. Arañando toda la zona de su espalda, voraz.

Su respiración tan agitada me provocaba. Se sobrasaltaba, sorprendida con mis provocaciones. Me enloquecía. Notaba subir y bajar sus senos, que se ofrecían ante mi boca.

—Bésame —me pidió entre gemidos—. Por favor...

Entonces el que inhaló fui yo, planteándome si continuar con la locura, pero ¿acaso tenía salida? La estaba disfrutando y a la vez no lo estaba haciendo al no saber de cuánto tiempo disponía, y ya era vital para mí penetrarla... como si se acabara el mundo. Atrapé su cara y me pegué a su boca. Ya no lloraba, me recibía con deseo, éramos dos depredadores en medio de una lucha por dominarnos.

—No dejes de hacerlo —rogó, deslizando la lengua por cada rincón de mi boca. Su saliva se mezclaba con la mía, sin decencia. Lo confirmé, era adictiva—. Voy a prepararte... No te detengas, por favor.

—¿Prepararme tú?

—Ajá... Chis. Bésame.

Dejó de acariciarme el pelo, el cuello. Oí un pequeño ruido justo antes de que ella me sujetara el miembro y empezara a colocarme un preservativo. ¿Cómo...? Dominó la situación. Creí que perdería la razón. Se ocupó de mi empalmado pene extendiendo el látex con sus dedos ágiles y expertos que fueron como una bomba para mí, una que deseaba que explotara pronto.

¿Quién era y de dónde venía?

—Madre mía, madre mía —clamé, siempre con un hilo de voz, contra sus labios. Me sentía desbordado. Con la palma de la mano, empecé a explorar la delgada cara interna de sus muslos, sin delicadeza; no sabía si le hacía daño.

—Dime que te gusta. —Me mordió el labio, me lo chupó.

—Me gusta.

Acaricé sus piernas, su vientre plano y terso. Pasé las manos por su

espalda, apretando sus senos contra mi pecho, y la ayudé a posicionarse para poder entrar en ella con facilidad. Soltamos a la vez un aullido desgarrado al abrirse y acogerme poco a poco, sin reservas. Era increíble volver a sentirse así.

—Eva, muévete, por favor, o no saldré vivo de aquí.

Sin abandonar mi boca y besándome de manera desesperada, se alzó y bajó, ralentizando el contoneo de sus sensuales caderas. Se abrió y se cerró en torno a mi virilidad, que agonizaba por abandonarse, sin control. Estaba ardiendo. El fuego nos estaba quemando.

Dejé de pensar, sólo sentía... Sentía esa sensación de locura, de lujuria.

El vaivén de su cuerpo arqueado me estaba trastornando. Me era difícil dominarme con su adictivo sabor, su insaciable apetito.

—Gózame —suplicó.

Apretó mi labio entre sus dientes, arrancándome gemidos de puro gozo, hasta que se apartó de mí y me obligó a salir de ella pero sin soltarme. Me ayudó a que la siguiera. Al tocarla desesperado en la oscuridad y adivinar el porqué de su cambio de planes, mi cabeza empezó a dar vueltas. Su postura era brutal, estaba a cuatro patas sobre la cama.

Me lancé sobre su cuerpo, quizá todo estaba sucediendo demasiado deprisa, pero el ansia me podía. Terminé chocando con su generoso culo, que apuntaba hacia arriba, y lo mismo que un animal en celo busqué la abertura y la penetré desde atrás, hundiéndome en la cavidad de su húmedo sexo.

—Esto es...

—Dame las manos —prosiguió, jadeando.

Lo hice y ella las unió por encima de su cabeza, con la frente apoyada en el colchón, incitándome a que me aferrase también a las sábanas. Le chupé el lóbulo de la oreja. Llevaba un pendiente pequeño, redondo. Me moví sin detener el compás, con su trasero amoldado a mi pene mientras yo la poseía una y otra vez.

Cinco, seis... Diez penetraciones seguidas sin dejar de colisionar contra su piel, sudorosa por el placer que le estaba proporcionando.

—Tócame, acaríciame, por favor... —imploró, derrumbándose por completo contra el colchón.

Me desprendí de su mano y metí la mía entre sus piernas y las sábanas,

acercándome a su empapado sexo. Solté un grito ahogado, con un placer en la punta de mi pene que no soportaba nada más.

Introduje un dedo, dos..., sentía cómo se retorció de gusto. Nuestros pies descalzos se buscaban. Los suyos eran pequeños y en un tobillo llevaba una cadenita. Yo seguí acoplándome y empalándola duramente. Se apoderó de mis dedos y empezó a saborearlos, a lamerlos. Traviesa.

—Eva... —susurré contra su oído— me estás matando...

Mis dedos no le dieron tregua frente a su provocación y los introduje repetidas veces, sin detener el balanceo de nuestros cuerpos.

El suyo venía a mi encuentro, chocando agresivamente al encajar en uno solo. Tres, cuatro y a la quinta sentí que mordía las sábanas junto a mi boca y se dejaba ir, sollozando.

—Torres —gimió ahogada, y propició que, al pronunciar mi nombre su sensual boca, explotara detrás de ella.

—Señor —gruñí, mientras dejaba un violento reguero de besos por su espalda.

No pude despegarme de Eva, cada vez que lo intentaba era como si tuviera un imán. Al final me di por vencido y continué sobre su ardoroso cuerpo, acariciando sus dedos casi sin darme cuenta. Seguíamos temblando, sobrepasados.

Llevaba las uñas cortas; ¿cuidadas?

Una mujer que se cuidara era mi debilidad.

—¿Te... te volveré a ver? —musitó y noté que volvía la cara.

Instintivamente, busqué su boca y la besé. Intenté ser brusco, pero ella no me lo permitió al sorprenderme y deleitarse con los segundos previos al beso, rozándose con mi nariz.

—No lo creo.

Quería verla, sin embargo, mi complejo me echaba atrás.

—Me gustaría dejarte mi teléfono —insistió con voz cansada, regalándome tiernas fricciones con la boca. No cediéndomela por completo —. Torres..., no suelo hacer estas locuras.

—Ni yo.

—Abrázame, por favor.

Apoyé la cabeza contra su sien y la rodeé con los brazos, sin meditar lo

mal que estaba hacer aquello.

—Me ha encantado conocerte... Me has hecho sentir como necesitaba. Llámame cuando te sientas solo.

—Yo... —cerré los ojos—, no puedo.

—Entiendo..., pero si te arrepientes, deja una nota en recepción.

No dije nada más, no creí oportuno interrumpir la intimidad que compartíamos. Su respiración se fue aplacando y entendí que se estaba quedando dormida, sintiéndose protegida. La necesidad de conocer aquel rostro me pudo y, aunque no me estaba permitido según lo pactado, me levanté poco a poco.

Cuando estuve de pie, me quité el preservativo, lo lancé al suelo y, a trompicones por la falta de claridad, fui hasta la mesa.

Una vez allí, busqué mi móvil a tientas, lo abrí y, con el débil resplandor de la pantalla, localicé el interruptor de la habitación, justo a dos pasos. Ella se movió al intuir la claridad y yo sólo volví a respirar cuando se quedó quieta, sin despertarse de su apacible sueño.

Me quedé sin aliento, impactado. Era mucho más de lo que había imaginado. Eva era morena, de una belleza admirable, delicada... igual que su ropa, que yacía esparcida por el suelo. Estaba encogida sobre la cama que acabábamos de compartir, refugiándose en sí misma.

—Maldita sea —siseé.

Iba maquillada, labios rojos, aunque el carmín se le había corrido por la comisura, y casi sonreí al pensar cómo tendría yo la boca. Llevaba una pulsera tobillera, las uñas pintadas a la francesa y pendientes de perla. Los labios como los había imaginado... Su rostro se hallaba relajado.

No estaba preparado para lo que vi. Bajé la mirada, aquel paisaje no era mío. Me toqué la cara y recordé por qué no podría despertarla y volver a follarla. Fantaseé con grabarla durante el sexo, pedirle mil barbaridades...

La noche terminaba de un modo muy diferente a como había empezado; ahora recordaría su olor, su tacto... Incluso sabiendo que no volvería a verla.

5

Prohibido

Ya es viernes y, mientras me preparo para un nuevo espectáculo, los nervios me afloran de manera diferente. No sé si es por la cena de mañana, a la que me he sentido presionada a ir, ya que se trata de Pamela. Odio a Eloy, a sus amigos y todo su entorno de niño pijo. Cada día me pregunto qué le ha visto Pamela. Aparte de lo evidente, que es guapo, poco más tiene.

Me da la sensación que sólo la utiliza para presumir de ella, y no lo soporto, sobre todo desde lo que me contó mi amiga el domingo anterior con respecto a sus extrañas proposiciones. Estiro los brazos, las piernas.

En poco más de cinco minutos será mi turno para salir y comerme el mundo en Prohibido. Me miro en el espejo, sonriendo, pues me gusta el atuendo rojo que llevo hoy. Con la tela que suele caer sobre mi espalda de forma decorativa, evitando que se me vea la marca.

Empiezo a ponerme más frenética debido a mi salida estelar, la que me ha preparado Oliver, mi jefe, para que me luzca. Hace cinco meses que entré a trabajar aquí, para superar ciertos problemas, y me he convertido en una de las más cotizadas, por mi sensualidad y mi constancia. Moldeo mi cuerpo a diario en el gimnasio, sólo me alimento de comida sana y tengo una vida muy controlada y organizada. Sin permitir que nadie la trastoque, ni sentirme inferior a nadie.

Ya no estoy dispuesta a pasar por algo así. Por eso mismo me siento tan confusa. Han pasado dos días y ese canalla de Leonardo Ferrer no ha vuelto a visitarme, y me pregunto sin cesar si lo hará. Tengo ganas de verlo, no he dejado de pensar en él desde que probé su boca y rechacé el juego que me ofrecía, y que quizá sea el cambio que necesito. «Un polvo», dijo... Suficiente para mí.

—Eva, ¿te has cambiado? —pregunta Oliver, mi jefe, detrás de la puerta.

Suspirando, le abro mi pequeño aunque llamativo camerino. Hay un sofá, un tocador con espejo, una diminuta cama y poco más, lo justo para cambiarme de ropa y asearme antes y después de cada actuación. Lo saludo con dos besos, y él pregunta:

—¿Te ayudo?

—No empieces, Oliver.

No se da por vencido. Me examina de arriba abajo y me atrae hacia él por la cintura. Se queda mirándome los labios, pintados de rojo, que yo me humedezco, violenta por su intento de seducción.

—Vamos, Eva —murmura—, sabes que me tienes loco.

Fuerzo un nuevo intento y luego consiento que mi jefe se acerque más de lo que debería, acepto que me chupe la barbilla, que baje por la zona del cuello, que arquee para él, pero sin sentir nada. Me clavo las uñas en la palma de las manos, tratando de evitar otro rechazo.

—Eva...

Cierro los ojos, y ruego que mi cuerpo se sobrecoja con las excitantes caricias que la húmeda lengua de Oliver hace en la insensible piel de mi clavícula. No se detiene y sigue avanzando.

—Eres tan... ¡Madre mía! —gruñe y suspira contra mi escote—. ¿Has visto cómo te miran todos?

—Sí...

—Darían lo que fuera por tenerte.

Llega con los dedos a mi cadera y continúa bajando, metiéndolos entre nuestros cuerpos. Respiramos de manera descompasada por el acercamiento que siempre le prohíbo. Sus dedos me presionan el muslo y me impaciento. ¿Qué estoy haciendo? Ya nos hemos besado otras veces y no surge la chispa; luego siempre que termino decepcionada por no sentir como quiero.

Abro los ojos y arrugo la frente, al tiempo que niego lentamente con la cabeza. No puedo, y menos con él. Su mirada es de peligro, la mía de prudencia. Oliver asiente con las manos en alto... Disculpándose. Yo también me siento culpable de utilizarlo para poner a prueba mi cuerpo, a sabiendas de que eso no nos llevará a nada. Porque soy incapaz de aceptar caricias, me duelen.

—Es inútil que sigas rechazándome. Algún día voy a disfrutarte, Eva. Te gusto, lo sé. —Me sonrío y me coge la cara, chupando mi labio superior. Yo, más fiera y sin dejar que me domine, le muerdo el suyo—. ¡Ah!

—Vete —le pido frustrada y lo empujo—. Voy a terminar de arreglarme.

—Pagaría por verte.

—Son sólo los tacones. Anda, sal... No seas tonto. —Lo invito a marcharse, señalando la salida—. Hasta ahora.

—Guapa.

—¡Pesado! —me burlo, riendo.

Me quedo pensativa, viéndolo caminar con aires de superioridad, preguntándose qué he de hacer para superar esta maldita etapa. Cuando estoy a punto de cerrar, Oliver sostiene la puerta. Resoplo.

—Mañana tienes el día libre; disfruta, pero sin olvidarte de mí.

—Oliver —le pido cansada—. Vamos a llevarnos bien.

—Por supuesto, ¿contenta con el descanso?

—Sabes que no me gustan las cosas improvisadas —me quejo, buscando el lápiz de labios para repasarme nuevamente—. Que necesito dos semanas, mínimo, para cuadrar la agenda. Además, ¿cómo voy a estar contenta, si lo dejo todo por una inauguración que no me importa nada? Fiesta, la cena... No va conmigo, lo sabes, ya me vas conociendo. Prefiero quedarme en casa.

—A ver, Eva. —Coloca las manos en mis hombros y me los masajea. Dejo de retocarme los labios—. Se trata de algo bueno. No has parado desde que llegaste aquí.

—Lo sé. —Me muerdo el labio—. Pero es lo que quiero.

—Bien.

Parece convencido, pero su cara cambia y se pone serio.

—¿Has visto al tío de la barra? —pregunta.

—Hay tantos... —comento aburrida, sin darle importancia.

—Vino la semana pasada, sólo observa y, si no estás, ni mira la plataforma. Es raro que no se involucre, ¿no crees?

—No tengo ni idea. —Lo echo a empujones—. *Bye*.

—Hasta ahora...

Por fin, cierro y me quedo sola.

Mi última afirmación es cierta, hay tanta gente que no me paro a pensar o a mirarlos. A veces fijo la vista en puntos vacíos, dando a entender que los miro a ellos, que los seduzco, cuando en realidad estoy absorta en mis movimientos, en no decepcionar y en ser la Gata que esperan cada noche.

—¡Eva, tu turno! —me avisan segundos después.

Me calzo los zapatos de tacón y salgo corriendo del camerino por el corto y estrecho pasillo. Hoy ni siquiera me da por mirar cuánto público hay. Me pongo de espaldas a ellos, en la plataforma alta, esperando. En cuanto la música empieza a sonar, abro los brazos, me agacho y paseo los dedos por mis tobillos hasta las caderas, iniciando un balanceo.

Estimulando al personal. Muevo el culo, me contoneo. La gente empieza a gritar. La melodía cambia el ritmo, me doy la vuelta y sacudo los pechos.

La canción que suena es de Jennifer Lopez y Ricky Martin. Es excitante, provocadora, como yo. Altero al público. Justo para este perfecto instante... y la tarareo poniendo morritos.

Hay mucha gente... Tanta que apenas presto atención. Entonces, mi corazón se dispara al detener el recorrido de mis ojos en la barra. Leonardo me mira con intensidad, rabioso. Sin querer, inclino la cabeza a un lado, mientras lo observo con la misma firmeza. Me quedo embobada, sin dar crédito.

¡¿Qué hace aquí?!

Ahora no existe nadie más, sólo lo veo a él. Lo repaso, fascinada con su estilo canalla y a la vez elegante. Me mira entornando los ojos, callado y ajeno al resto, sin dejar de tamborilear con los dedos y sin babear asquerosamente, como los demás.

Los gritos y vítores aumentan, me empiezan a sudar las manos, a arremolinármeme la sangre en la cara, que me siento caliente, enrojeciendo. Veo que él asiente con la cabeza con lentitud. Cualquiera diría que me está advirtiendo. Parece molesto, furioso, reconozco ese gesto de los dedos.

—Aquí me tienes —creo leer en sus labios y levanta la copa—. A tu salud.

El corazón se me va a salir del pecho. Disimulando, aunque con las manos temblándome, me arrodillo y prosigo con normalidad mi puesta en escena. Bailo con erotismo. Los minutos transcurren sin que nos perdamos de vista. Muevo el vientre, lo agito, mientras me dejo caer hacia atrás, flexiono.

—¡Gata! —gritan—. ¡Gata!

Yo sigo absorta en él, que se pasea la lengua por los dientes y levanta un dedo, pidiendo que me acerque. Tuerzo los labios en un mohín atrevido. Me toco las medias con sensualidad, con osados contoneos y me las voy acariciando. Provoco, según las órdenes de Oliver. El hombre que ha captado mi total atención se coloca bien la bragueta, el paquete, y puedo leer en su intrépida boca:

—Serás mía, gatita...

Empiezo a hiperventilar, presa de la ansiedad, me pone los pelos de punta. No entiendo por qué tanto, si estoy acostumbrada a esto. Pero es él. Tiene algo que me atrae y que me lleva a cuestionarme cosas que hace tiempo dejé de plantearme.

«Está aquí. Está aquí».

Trago, intentando obviar la extraña conexión... dejando claro que no es el centro de mi atención.

—Descarado —pronuncio despacio, y le guiño un ojo.

Durante el resto de la noche, no vuelvo a caer en la tentación, no pienso consentir que me intimide de esta manera. No lo busco con la mirada, mi propósito en Prohibido es seducirlos a todos menos a él. Aun así, he notado su mirada clavada en mi espalda, aunque no por ello ha captado mi interés.

Lo ignoro.

—¡Eva! —me llama Oliver cuando todo acaba por fin y voy de regreso a mi camerino. Lo miro por encima del hombro, sin dejar de caminar. Lo único que quiero es llegar a casa y dormir—. Ey, ¿estás bien?

—Sí, pero tengo prisa. Mañana salgo temprano.

—¿Te vas a duchar aquí?

Abro la puerta, incómoda por su pregunta. Niego.

—No. —Me despido con la mano—. Nos vemos el domingo.

—Estás muy rara.

Me encojo de hombros.

—Vale. Pásalo bien —añade.

—Gracias...

Entro corriendo en el camerino, cierro la puerta y apoyo la cabeza en ella, con los ojos cerrados. Estoy un poco descolocada, cansada y sudorosa, algo que odio, pero no puedo moverme.

Tengo los pies hechos polvo por los zapatos con plataforma y tacones de aguja que llevo puestos; sin embargo, sigo sin poder ordenarle a mi cuerpo que se active y salga de aquí de una vez. La causa son unos ojos oscuros, que aun con los míos cerrados, siguen pendientes de mí. Me atormentan. Tenía ganas de verlo, pero no aquí. ¿Sabía que este también era mi trabajo cuando nos vimos en la inmobiliaria?

Qué más da, no me avergüenzo.

De pronto, el teléfono me sobresalta, interrumpiendo mi ensimismamiento. «Dios», resoplo, y cojo aire mientras voy a buscarlo, caminando un tanto perdida por lo aturdida que me siento. ¿Pamela ahora?

—¿Pam?

—Sí, Pam. ¡Pam! —responde ella, alterada—. Si no te llamo, tú no lo haces. Llevo un montón de días sin saber de ti. Casi una semana sin verte, ya que si yo no voy, tú no vienes, y como he dejado de ir por un motivo especial, que ya no puedo callarme más... ¡Es que... tengo algo muy, pero que muy importante que contarte y que pensaba decirte mañana!

Silencio; de pronto me chilla:

—¡Y no puedo dormir!

Me hace reír, todo lo suyo tiene suma importancia.

—Lo siento, rubia —me disculpo, concentrada en coger el vestido verde del perchero, el que me pondré al salir. Una vez lo coloco sobre la silla, me siento en la cama.

—¡Eo! ¡¿Eva?!

—Perdón, eh..., mucho trabajo, poco tiempo. Tienes razón, estoy perdida.

—¿Tengo razón? —repite. Sé que me está poniendo a prueba—. Dime, ¿tienes unos minutos?

Su voz... El matiz de su voz la delata. Está atacada.

—¿Ahora? —pregunto.

—¡Ahora, claro que ahora!

—¿Por qué? ¿Te ha pasado algo grave con...? Te invito a comer mañana...

—¿Me has oído? Te necesito urgentemente, y mucho. ¡Joder, es que no me puedo aguantar! Estoy muy nerviosa. —Oigo un gemido—. Gatita...

—Pam, ¿estás llorando?

—Exploto... —gime. Me río y cruzo los pies sobre la cama. Es una exagerada—. Eva... ¡¡me caso!!

Me quedo traspuesta, con los dedos solidificados en torno al teléfono. No me lo creo. Necesito que vuelva a repetir la frase.

—Boda, Eva. ¡Me caso!

—¿Qué dices...? —murmuro asombrada—. Me dijiste que te estabas planteando dejarlo con Eloy, que necesitabas tiempo para tomar una decisión, pero ¡¿esta?! ¿Te recuerdo qué te pidió? ¿Te suena de algo el libro que me has prestado, donde él te pide hacer ciertas cosas como los protagonistas? —Y añadido al verlo en mi escritorio—: Por cierto, no lo he empezado.

—Pues léelo, es muy bueno.

—¡Pam! —la regaño. Se está haciendo la tonta.

—A ver. Es que esta semana han pasado cosas. Desde la última noche que te vi bailar... Ya sabes, le conté mis dudas acerca de lo nuestro y lo solucionamos... ¡a lo grande! Quería darte una sorpresa, por eso no te lo he contado.

¿Sorpresa? No puedo creérmelo. Ahora se casan...

—A ver, Pam, no tomes decisiones a la ligera.

—Llevamos dos años juntos y lo adoro. —Me dejo caer hacia atrás en la cama, mirando la nada. ¿Se ha oído un ruido? Echo un vistazo a la puerta, pero no hay nadie—. Además, tu falta de tiempo me ha obligado a hacer algunas cosas sin ti...

—¿Como qué? —me alarmo, con ganas de encenderme un cigarrillo.

—Pues... Ya tenemos fecha.

—No te creo —murmuro.

—El tres de enero seremos marido y mujer.

—¡¿Qué estás diciendo?! —suelto incrédula. Me levanto, voy hasta el perchero y cojo mi bolso—. Pam, estás como una cabra.

—No te enfades... Necesitaba que lo supieras antes que los demás asistentes a la inauguración del negocio de Eloy y de su socio..., que no son pocos —va dejando caer, a medias. ¿Dónde está el mechero?—. Eva... Eloy quiere que conozcas a un amigo.

¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—¿Qué? —exclamo, por fin con el dichoso mechero en la mano—. Déjate de rollos. No voy. Lo que me faltaba. Pamela, tu querido novio...

—Eva, vale ya.

—¡Él! Verlo a diario es como una pesadilla. El único consuelo es que estarás tú. ¿De verdad quieres esto?

—Está decidido.

Preocupada por su precipitada decisión, saco un cigarrillo, lo enciendo y me voy hasta la ventana. Necesito aire o Pamela terminará por matarme. Abro la ventana, dándole la bienvenida al viento helado que entra.

—Por Dios, Pam, no te merece. Eres mi mejor amiga desde hace cuánto, ¿quince años? No es tu tipo, piénsalo bien, por favor.

—No empieces —ordena—. Lo he decidido.

—Has perdido la cabeza.

Pam siempre se queja de que últimamente calculo demasiado mis pasos. ¿Y cuál es el problema? Ella no lo hace y se mete en cada lío... Y a mí me mete también.

—No me hagas hablar. Le diré que no con respecto a su amigo, pero tú vienes sin liarla —advierte, cortante como yo—. Mira que te gusta dar el cante, ¿eh?

—¿Perdona?

—¡Disfruta un poco, joder! ¿Por qué has cambiado tanto, Eva? Tus ausencias, tus silencios por respuesta, tus obsesiones... La sospechosa desaparición de Abel de tu vida, sin más. —Carraspeo a modo de advertencia—. En fin, vale. —Baja la voz y suplica—: No me falles, por favor. Si tú no estás segura de que vayas a venir, lo cancelo todo. Además, tengo más

novedades.

Tose y yo pongo los ojos en blanco, dando caladas seguidas al cigarrillo, helada junto a la ventana, mientras me inclino hacia adelante y me quito los zapatos de tacón. La conozco y sé que soltará una de esas historias que no se cree ni ella misma.

—Soy toda oídos —me adelanto.

Otro sonido de los suyos con la garganta. Me desespera.

—Pues que... Eloy quiere hacer las paces contigo. Y a mí me encanta la idea.

—¿Hacer las paces? —mascullo—. Pam, déjalo estar, por favor.

—Que sí, está muy insistente.

Algo en mi interior me dice que nada bueno trama su novio y decido ignorar el asunto, que, por cierto, no me hace ni pizca de gracia. Menos mal que como arquitecto es bueno, porque si no... vaya partido.

—En fin... Está bien, Pam, los planes ya están hechos. Te veo mañana. Además, tengo ganas de perder a mi jefe de vista. Está pesado —reconozco, aunque me encanta cómo me trata—. ¿Contenta? —ironizo.

—Encantadísima —se burla—. Ay, ¡cuánto te quiero, mi niña!

—Menos peloteo, rubia. Hasta pronto...

—¡Besitos!

—De vuelta...

—¡Ah! —grita. Por Dios, qué cansina es—. No te llesves la agenda. ¡Allí no planificas nada como que me llamo Pamela!

«El colmo».

—Venga, que tengo cosas que hacer —gruño.

—¡Espera, acaba de llegar Rebe!

La que me faltaba. ¿No duermen?

—¡Eo! —me grita Rebeca. Alejo el teléfono y me toco el oído. Qué manía de chillar—. ¿Preparada? Fiesta extrema. ¡Uo! ¡Uo!

Me la imagino haciendo su baile con meneos de cintura. Luego la ola.

—Sí... —murmuro.

—¡Llevo preservativos a pares!

—¡Y la gatita los va a usar! —tararea Pam de fondo.

—Muy bien —digo indignada—. Ya me lo contáis mañana.

Cierro la ventana, corto la llamada sin permitir que respondan y lanzo mi teléfono de última generación a la cama. Cojo un caramelo Pistolín del escritorio y me tenso al oír otro ruido en el camerino. Hoy he perdido demasiado tiempo aquí y me doy cuenta ahora, un poco tarde.

A través del cristal de la ventana, veo el reflejo de la puerta, un poco abierta. Yo no la he dejado así. ¿Habrá alguien ahí? Me agarroto.

—Hola —dice una voz áspera a mis espaldas.

Me vuelvo, estremecida por su intromisión, descompuesta por la familiaridad que me transmite su tono. Abro mucho los ojos y el envoltorio del caramelo se me resbala de los dedos, no por miedo, sino por la impresión de verlo aquí dentro. Estoy fuera de juego, desconcertada.

—Conque no mezclabas placer con trabajo, ¿no?

Aprieto los dientes, disgustada con él y conmigo misma por haberme dejado sorprender. ¿Quién le ha dado acceso? Está prohibida la entrada a esta zona. Me obligo a salir del patético estado al que este tío me lleva

—Me has estado espiando —lo acuso. Él no me contradice, lo que me pone más furiosa—. ¿Qué haces aquí y qué es lo que quieres? —Me enfrento a él y levanto el mentón, sobreponiéndome.

—A ti, y no voy a descansar hasta tenerte.

Maldito canalla... Es verlo y mi cuerpo vuelve a comportarse ridículamente. Desobedeciendo mis órdenes y saltándose mis barreras.

—Eva, te prometo que nunca te arrepentirás del encuentro que te pido.

—¿Qué sabrás tú? —mascullo, agachándome para coger el papel del caramelo.

Él, imprudente, cierra la puerta y se adentra en el camerino. Me coge la cara y me obliga a que lo mire, pero yo le doy un brusco manotazo. Aunque en realidad quiero que lo siga haciendo. Quemarme con su fuego.

—No me...

—Tranquila, me lo pedirás tú misma.

Bajo un poco la cabeza, carraspeo y lo miro entre las pestañas. No puede ganarme. ¿Quiere guerra? Este no sabe a quién se enfrenta.

Cínica, le sonrío y me incorporo, tratando de olvidarme de su contacto, que ha hecho que mis sentidos se rebelen. Voy hasta el escritorio bajo su grosera mirada. Quiero desmontar su jugada, aclararle quién soy en realidad.

No la ficticia yo que irrumpe sin mi consentimiento cuando nos vemos.

Arranco una hoja de mi agenda, que balanceo en el aire ante sus ojos.

La mira. Está vacía, en blanco.

—Lo pediré yo misma, ¿verdad? —Él asiente, ceñudo, aunque parece a punto de lanzarse sobre mí. Me devora entera con la mirada—. Pues coge cita y ponte a la cola. Y cuidado, que es bastante larga.

Intuyo que se enfada, porque se pasa la mano por la nuca y su expresión empeora al mirar el camerino. Los regalos que me han hecho captan su atención. Ya ni me acordaba de ellos, pues cada vez que llegan se los doy a Lili, una de mis compañeras.

Cierra los ojos, resoplando sin cesar, y yo alucino.

—¿Qué es todo esto? —masculla entre dientes.

Intento aparentar que no me afectan ni él ni sus muecas. Su comportamiento tan posesivo hacia mí sin ninguna razón. Se olvida de los obsequios y vuelve a buscarme con la vista, negando sin cesar.

—No te reconozco —añade.

«Eva, ponlo en su sitio y déjate de estupideces».

Activo el modo coraza.

—¿No me reconoces? ¡Es que no me conoces! —lo corrijo, abriéndole la puerta. Me mira las piernas desnudas, el escote, que yo trato de cubrir a pesar de su magnetismo, y afirmo con voz segura—: ¿Sabes cuál es el problema? Que los hombres creéis que podéis elegir y que nosotras debemos obedecer. —Señalo la salida—. Fuera de aquí y no vuelvas a espiarme.

—¿Por qué ha entrado tu jefe?!

—¿No me grites!

—¿Pues habla! —¿Oh! Su cara se pone roja, su tono se vuelve más duro—. Es muy poco profesional ir a visitarte a un sitio tan privado como es tu camerino.

Madre mía, qué nerviosa me está poniendo. ¿Ha visto entrar a Oliver y lo que ha sucedido aquí? No lo creo. De hecho, estoy segura, o su ego masculino no le permitiría tocarme tras haberlo hecho otro delante de sus ojos. Así son ellos.

De todas formas, me indigno aún más. ¿Qué hace curioseando en mi vida?

—¿Qué ha pasado entre vosotros, Eva?!

—¿No te importa! —Cómo le gusta gritar... qué poca paciencia.

—¿No vas a decírmelo? —dice, escudriñándome desde el centro de la habitación, como dándome un ultimátum.

Me agoto y, de lado, apoyo la sien en la puerta.

—Basta ya, Leo, no ha pasado nada. Pero te repito que no tengo que darte explicaciones por el simple hecho de haberte visto tres veces y cometer el error de besarte.

—Nada. Bien, me parece bien. —Asiente a medida que habla—. Vamos a dar una vuelta entonces —propone, respirando lentamente—. Enterremos el hacha de guerra. No tenemos motivos para seguir así. Lo sabes.

Se acerca y, muy despacio, dejándome sin aliento, me huele el cabello, que se abstiene de tocar, con la mano suspendida cerca de mi mejilla. Jadea con suavidad, incluso creo que se va a ahogar al estar sin respirar. Su olor hace que se me desboque el corazón.

—No voy a besarte, Eva...

Me quedo paralizada, erguida, sin pestañear ni efectuar ningún movimiento. No sé cómo reaccionar frente a su conducta, frente a la mía. Si vuelvo la cara, nuestras bocas podrían encontrarse nuevamente y prefiero no tentar al diablo.

¿Lo estoy deseando?

¿Y si despierta mi libido?

Estoy temblando.

Tiene algo especial, si no, no hubiera estado pensando en él estos días.

—Una noche, Eva. No te pediré más.

Hace un gesto con la cabeza y, reflexivo, me besa la frente con dureza. Me pone furiosa. Es un inconsciente y yo una masoquista, porque no lo echo de aquí.

—Ven conmigo —propone en tono tenso, presionando sus fríos labios en mi frente. Siento calambres que me paralizan y no me sale la voz—. Hablemos, déjame convencerte.

—No soy lo que esperas —susurro.

—Déjame descubrirlo —me pide y afirma con la cabeza, aguardando mi respuesta. Yo también asiento—. Cámbiate, te espero fuera. En mi moto.

Me da un furtivo beso en los labios y, con reticencia, cierra la puerta a su espalda y se va.

6

¿Qué estábamos haciendo?

Habían pasado seis días desde aquel encuentro a oscuras, estábamos en febrero y esa tarde no dejé de dar vueltas por la casa. Bajé al salón sin la máscara puesta, aunque con la gasa en la mejilla. Me negaba a ir a revisiones médicas hasta que cicatrizara y, según Carlota, que era la única que me la veía, aún quedaba mucho. Ese día, en cuanto me vio, se detuvo frente a mí.

Carlota estaba muy estropeada, el tiempo no la había tratado bien.

Nos había cuidado desde niños, tanto a mi hermana mayor, Alba, como a mí, y era alguien especial en nuestra familia.

—¿Qué te tiene tan inquieto? —me preguntó cariñosa, dejando de limpiar el polvo con un plumero—. ¿Has decidido ya si quieres que tus padres vengan y...?

—No, ese es un tema cerrado —la corté—. Diles que no. No quiero la compasión de nadie. —Asintió sin contradecirme—. Se trata de otra cosa. Yo... —titubeé— he conocido a alguien y necesito volver a verla.

Carlota me miró con sorpresa. Sin duda, no esperaba que en tan poco tiempo volviera a rehacer mi vida. ¿Acaso lo estaba haciendo? Simplemente había conocido a una mujer con la que conectaba y, desde aquel día, cuando me fui dejándola dormida, mi cabeza se inundaba de imágenes de su cuerpo y el mío unidos, devorándonos como locos.

Necesitaba aquello de nuevo, ese equilibrio entre la pasión y la conexión que había sentido estando a su lado. Estaba ansioso, alterado al no saber de ella y eso me impedía pensar en otras cosas. Mis cinco sentidos habían grabado cada una de las sensaciones que me transmitió.

—Ve a la dirección que te voy a dar y pregunta si Eva Castillo ha intentado saber algo de Torres —le dije.

Carlota volvió a asentir, sin preguntar, pues sabía que era algo que yo odiaba, y buscó bolígrafo y papel para anotar.

—Torres —repitió, suspirando.

—Si no ha dejado su teléfono, dales el mío —continué, sentándome en el sofá, con las manos en la cara—. Haz todo lo posible. Quiero volver a verla cuanto antes.

—Tranquilo. —Sonrió.

—No empieces, sólo será una noche.

Le di la dirección del local En la oscuridad y dejé que se fuera. Una nueva ansiedad me invadía. Me fui a la cocina y allí traté de comer un poco de la ensalada que Carlota había dejado preparada. Me serví una copa de vino, que terminaron siendo tres... Finalmente, empecé a comer, pues la ansiedad me daba por devorar todo lo que se ponía a mi alcance.

Horas más tarde, y tras una dura sesión de entrenamiento en mi casa, ya que lo único que me quedaba para no venirme abajo era cuidar mi cuerpo, volví a la sala. Encendí el ordenador y navegué por internet para matar el tiempo. Cuando oí abrirse la puerta de casa, la angustia me encogió el estómago con fuerza. No soportaría una negativa como respuesta. La fascinación que había sentido por Eva Castillo no me lo permitiría y, de ser necesario, buscaría el modo de encontrarla.

—¿Te vas a curar la herida? —Furioso por que no fuera al grano, me levanté de golpe. Carlota sonrió—. Había dejado su teléfono... Aquí lo traigo, pero de todos modos he dejado también el tuyo.

La opresión que sentía se evaporó. Hice crujir los nudillos y sacudí el cuerpo para liberar la tensión acumulada. Iba a verla, iba a verla. Las palabras se repetían en mi cabeza, mientras estallaba en mí la desesperación.

«Sólo unas horas...».

—Cúratela por si viene —me animó Carlota, más contenta que de costumbre. Llevaba una bolsa en la mano y de ella sacó un reloj de arena. ¿Qué era aquello? Como si nada, me sonrió—. Es un regalo para ti. Para que cuentes las horas antes de su visita —me aclaró, dejando el objeto sobre la mesa. La arena empezó a caer.

—Carlota, ella no sabe quién soy. Mantente al margen de esta historia. No tiene nada que ver con lo que tuve con Viviana.

—Lo sé. —Bajó la mirada y del cajón que había junto al televisor, sacó lo necesario para curarme. Yo seguía esperando algo más que aquella frase que quedó tan en el aire.

—Carlota... —le advertí.

Se encogió de hombros y me pidió que me sentara. Cerré los ojos, pues no quería ver ni saber nada de la herida que, además de haber marcado mi cara, también me había destrozado la vida.

Había dejado pasar un día completo, encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación. Sin luz, totalmente decaído tras la cura de la tarde anterior. Era un amargo trago que siempre me dejaba sumido en la miseria.

Me encendí un cigarrillo y cogí la botella de whisky. Estaba casi desnudo, sólo llevaba el bóxer. Tenía calor con la calefacción, estaba harto, cansado... No dejaba de pensar en grandes locuras y en desaparecer para siempre. Los cheques ya estaban listos para pagar a las personas que trabajaban para mí, aparte de las demás facturas que tenía cada mes.

Todo en orden.

O no todo. El nombre de Eva seguía dominándome, me perseguía.

La noche había sido eterna, con el sonido de su llanto clavado en mi alma. Con el poder de sus caricias aún recorriéndome la piel. Iba a volverme loco a causa del próximo encuentro, que, por el bien de mi salud mental, esperaba que no tardara en llegar.

Mi teléfono sonó, sobresaltándome. Sin muchas ganas de mantener una conversación, pensando que podría ser alguien de mi familia, contesté tumbado en la cama.

—¿Sí? —pregunté bostezando.

—Hola... Soy yo... —El latido de mi corazón se desbocó. Fue como volver a sentirme vivo de nuevo. No era sano anhelar tanto algo, lo sabía por experiencia—. Sé que es tarde... pero acabo de ir a donde tú ya sabes, para tener noticias tuyas, y, bueno, yo... necesitaba hablar contigo...

Me puse de pie. Su voz sonaba muy apagada; ¿asustada?

—¿Qué te pasa? —Disfracé una vez más mi tono, mi verdadera voz.

—Me ha llamado... Me ha pedido que vuelva con él, y no puedo más. Lo que teníamos no es bueno. Pero es como una droga para mí.

«Mierda. No, joder, no».

—¿Qué te pasó? —quise saber, superado por sus palabras. Si volvía con él, yo la perdería, y no estaba preparado para dejarla ir. No todavía, la acababa de encontrar—. Eva, ¿qué te hizo?

Permaneció en silencio un buen rato, hasta que dijo:

—Empezamos hace un año. Fuimos poco a poco, pero un día yo decidí entregarle todo lo que él quería, aunque era demasiado... Y eso fue mi perdición.

—Sigue.

Más silencio...

—Cada día exigía más de mí y lo nuestro se convirtió en una especie de... —suspiró fuerte, oí su aliento, incluso lo sentí— sumisa y dominante. Sin entrar en juegos como los de ellos, pero sí por cómo me trataba al controlarme. Era cruel, egoísta. Me he sentido utilizada por y para su placer, un sucio objeto que desechaba cuando le daba la gana. La última vez...

—¿Qué, Eva?

Silencio de nuevo.

—¿Eva?

Sólo oía su alterada respiración. Esa misma que deseaba, pero mientras la montaba sobre mí, cabalgándome hasta morir.

—¿Estás llorando? —Iba a perder los papeles—. Háblame, hostia. ¿Por qué lloras?

—Yo no lloro.

Intuí que había superado el límite al confesarme aquello y yo no la forzaría a que contara más, no en ese momento. Así que bebí de nuevo, dando

vueltas por la habitación, sin detenerme en ninguna parte.

—Bueno, cuéntame, ¿estás sola? —pregunté, desviándola del asunto que le hacía daño. Me obligué a relajarme, casi no podía respirar.

—No, contigo.

Encendí la luz y una sacudida recorrió mi cuerpo... «Contigo».

—¿Conmigo?

—Tu voz me reconforta, me escuchas y te necesito —susurró con un hilo de voz. Imaginé sus mejillas sonrojadas y... mierda, me moría por verla—. No sé qué me pasa contigo, pero necesito verte.

«Párala, Leo».

—¿Me quieres pedir algo? —Oí una risita. No supe por qué ese sonido me alivió, pero solté un profundo suspiro—. Pídemelo, Eva. Lo estás deseando.

—¿Y tú? —No respondí, seguí fumando como un energúmeno—. ¿Es tan importante para ti estar a oscuras?

—¿Adónde quieres llegar?

—Me gustaría ir a tu casa, verte... Pero si decides que ese morbo es necesario, estoy dispuesta. —Habló tan bajo que apenas la entendía—. ¿Podría...?

—Eva —murmuré pensativo—, voy a querer más que este encuentro.

—Te lo daré.

—¿Cuánto? —gruñí, excitado por su atrevimiento.

—Lo que pidas dentro de mis límites, siempre que te acoples a ellos.

—¿Serás mía sin hacer preguntas?

—Sí.

—Prométeme que no intentarás saber nada de mi vida si yo lo decido así. No hay nada que deba preocuparte, simplemente es lo que necesito en estos momentos.

Carraspeó y dijo:

—Lo prometo. Eso sí, quiero lo mismo...

Dejé la botella sobre la mesa de mi habitación. En aquel espacio tenía mi mundo, lo necesario para tener que salir lo menos posible. Apagué el cigarrillo y le dije:

—Mándame un mensaje con tu dirección, pediré que vayan a recogerte.

—Hmm. Vale. ¿Te he dicho que me gustó mucho conocerte? —confesó con voz acaramelada.

—No lo recuerdo, y no sé si es bueno que lo sepa.

Colgué la llamada y esperé su mensaje.

Sentía una mezcla de ansiedad y miedo por la imprudente decisión de llevarla a casa, pero aquel era mi terreno, donde yo podría poner las normas, mis términos... y Eva tendría que respetarlo.

En cuanto recibí sus datos, le dije a Carlota que lo arreglara todo y yo me dediqué a mí mismo. Me encerré en el baño y me di una ducha que no duró más de cuatro minutos, me retoqué un poco la barba y me peiné.

Estaba nervioso, no podía negarlo. Me costó muchísimo hacerme el maldito nudo de la corbata, pero quería sorprenderla, estar a la altura. Me perfumé con Lacoste y la esperé detrás de la puerta durante un larguísimo rato.

¿Dónde se había metido? ¿Acaso se había arrepentido?

Al oír el sonido de la puerta al abrirse, atrapé rápidamente a Eva por detrás y cerré. Mis dedos se amoldaron a su cuerpo, su aroma penetró en mis fosas nasales. Sofoqué un gemido.

—¡Qué susto! —chilló sonriente y se aferró a mis brazos, acariciándomelos mientras yo le rodeaba la cintura.

Solté el aliento entre los dientes. Ella estaba allí y, como un idiota, la había extrañado.

—Hola.

—Hola, Eva. —Le besé el hueco de la garganta, respirando cerca de su oído, y sentí cómo se sacudía. Olía a vainilla, a Eva—. ¿Estás mejor?

—Creo que ahora sí.

Solté un gemido y ella arqueó el cuello, dándome acceso a él. Le retiré el pelo, que llevaba suelto, ese día algo ondulado, y la besé allí, perdiendo las formas al no controlar mi anhelo. No supe disimular el deseo acumulado que sentía por ella desde nuestro primer y único encuentro.

Era imposible esconder la desproporcionada atracción.

—A ti... —empezó, curvándose un poco, presionando su culo contra mi miembro, quitándose los zapatos de tacón y sin soltarse de mis brazos. Me vuelve loco la sensualidad que desprende una mujer al quitarse los accesorios

o las prendas—... te tiene así un amor, ¿verdad?

Me afiancé mejor a su cuerpo, dirigiéndome hacia sus muslos. De nuevo venía con una falda por encima de las rodillas y medias con ligas de encaje, lo que facilitaba que yo quisiera más y más, sin cansarme de pedir.

—A mí también me han hecho daño, Eva.

Se contoneó contra mi erección, que se aplastaba en su redondo trasero, y mi boca presionó con más fuego su piel.

«Madre... mía».

—Y yo estoy dispuesta a que nos curemos las heridas juntos, Torres. Quiero quitármelo del corazón... al precio que sea.

«Y yo olvidar lo que Viviana supuso en mi vida. El monstruo que veo en el espejo».

Levantó la mano, me rodeó el cuello de espaldas a mí y la llevó a mi nuca. Sus dedos se hundieron en mi pelo. La proximidad de nuestros cuerpos me sofocó, su manera de deslizar los dedos por mi cuero cabelludo. Le acaricié las caderas, el vientre. Me palpitaba el pene. No podía parar y, a la vez, quería saber si le sucedía lo mismo.

—Cuéntame cosas —le pedí involuntariamente.

—¿Sobre qué?

—¿Te has acordado de mí? —Mi mente me condujo a nuestra noche juntos, calentándome. Envuelto en la mierda que fuese aquello que me perturbaba y me empujaba hacia Eva—. Me gustaría saberlo.

Por breves segundos pensó la respuesta. Busqué sus labios con los dedos, los tenía húmedos, y se pasaba la lengua, inquieta. Sospeché que nerviosa. Sus manos se agarrotaron en torno a mis brazos, llevaba las uñas más largas.

Y cuando estaba a punto de insistir, por fin lo reveló:

—Desde la semana pasada no he dejado de pensar en ti. Me tocas y quiero más. Mi mente lo expulsa a él... sólo quedamos tú y yo. No sé de qué va todo esto, pero es imposible que yo pueda salir más dañada. Estoy muy jodida y otro palo no significa nada, ¿entiendes?

—No sabes de qué hablas.

—Claro que lo sé. El mundo entero cree que soy una persona débil, pero te lo repito: ya no es posible dejarme más tocada. Acepto lo que me ofreces, sé que algún día todo acabará, pero así es la vida, ¿no?

Lo era, y ella muy valiente por entenderlo sin aferrarse a fantasías.

—Estás jugando con fuego —le advertí y la puse de cara a mí, arrinconándola contra la pared. Su aroma me invadió y flexioné los dedos una y otra vez, aguantándome.

—Lo sé...

Fue superior a mí. ¿A quién quería engañar? El hecho de que ella se plegara a mi voluntad hacía brotar al salvaje que llevaba dentro. Eva permanecía inmóvil, con su boca casi rozando la mía. Tensa, a la espera. Conteniendo la respiración y con su cuerpo agitándose debido a ello.

La empujé por la habitación hasta llegar junto a la cama y la dejé caer suavemente hacia atrás, situándome de rodillas entre sus piernas en cuanto tuve la oportunidad. No veía su silueta, la habitación se encontraba a oscuras y no podía disfrutar plenamente de las curvas de aquella mujer. Empezaba a sentirme muy posesivo. Saber que su mente era de otro me decepcionaba y angustiaba.

—Puedes quemarte, Eva.

—Estoy dispuesta.

La incorporé y gimió, y toqué la seda de la parte superior de su atuendo; tenía un pequeño volante delante. Eva jadeó cuando yo le quitaba la camisa. Parte de su piel quedó desnuda; repasé sus pechos, ese día helados y ya erguidos por la excitación, a través de la tela fina, e imaginé que cara, del sujetador, con algún encaje. Solté aire bruscamente. Ansiaba sentirla por entero, pero antes de avanzar reclamó mi atención y me cogió la cara.

—¿Tienes a otra? ¿La tienes, Torres?

Mi corazón seguía ocupado, era inútil negármelo.

—No, ya no hay otra —mentí, incapaz de hablarle de Viviana.

Una manga, la siguiente resbalando por su tersa piel.

No podía estar más excitado. Me contuve, soporté el dolor en la entrepierna para no avanzar, arrojarla sobre la cama y hundirme en ella. Sentí sus nervios, su cuerpo tenso pero a la vez entregado.

—No tienes competencia —sentencié con ironía.

Eva agitó la cabeza, retorciéndose, lo que me dejó claro su nerviosismo. Aparté sus manos a cada lado de la cama y ella obedeció. Sujeté su rostro frío entre mis dedos, chupando sus labios hasta hacerla gritar, desatada de deseo.

Su aliento fresco, su boca gélida y paciente.

—¿Y yo, qué pasa conmigo, Eva?

Tierna, soltó una risita. Cerré los ojos y apreté la mandíbula.

—Dímelo tú. —Me susurró las palabras al oído. Empujé contra sus caderas. Muy duro—. Hmm... Estoy aquí, contigo; ¿responde eso a tu pregunta?

Me hizo gracia y casi reí, apreciando su valentía. Era muy clara, había ido a por todas y yo no exigiría menos.

Deslicé la máscara por sus senos, bajando hasta su cintura, haciéndola temblar. En la oscuridad, agoniqué por cada centímetro de su desnudez. Gruñí mientras enterraba la cara entre sus pechos. Delicados, tentadores. Allí el olor a vainilla era más intenso, lo inspiré una vez más.

—Espacio... —suplicó.

—No sabré controlarme —dije, al tiempo que pasaba la lengua por su pezón. Se arqueó jadeando, arrastrando los dedos por mi corbata—. Debería pedirte que te marcharas, detener todo esto... Pero hoy más que nunca no puedo.

—No lo hagas, por favor.

Chupé y succioné su pezón con ganas, con un desenfreno que fui incapaz de dominar. Jadeó y me perdí, me lo metí en la boca sin la paciencia que quizá ella necesitaba, mordiéndolo en medio de sus gritos.

Recorrí su costado, su ombligo. La falda estaba muy cerca de este, aunque un poco más baja de lo que la había llevado en un principio.

—Torres... bésame —gimió.

Volví hacia arriba y... No hubo calma, no fue como los besos anteriores.

Sus urgencias me dejaron impresionado. Metió la lengua en mi boca, bailando en ella. Sensual, aunque siempre reservada, profundizó el beso hasta que su pecho subió y bajó con dificultad. Clavando las uñas en mis hombros, seduciéndome, provocándome. Con los nudillos, le acaricié el inicio de las medias, por el filo de la liga, y me incendié en una hoguera. Eva me rodeó con las piernas, haciendo chocar nuestras casi soldadas caderas.

Alterándome hasta el punto de querer que se quedara toda la noche.

Barajé ideas, formas de grabarme en la memoria ese instante para siempre.

Aquella cara...

Aquella voz...

A Eva Castillo.

—¿Me permites atarte? —propuse con mi habitual entonación susurrante
—. Quiero hacerte el amor, pero antes déjame disfrutarte, te juro que no te arrepentirás.

Noté que se lamía los labios por el ruidito de su saliva, luego los míos.

—Átame, confío en ti.

«No lo hagas».

Me eché a un lado, tanteé y abrí el cajón. Cogí las esposas de entre otros objetos que a veces utilizaba para jugar con Viviana. Muy callada, Eva me ofreció las manos. Yo se las sujeté por encima de la cabeza y cerré las esposas con bastante torpeza debido a la falta de luz. Le bajé despacio la falda, que tenía una cremallera en el lado derecho. Seguí con las braguitas, sin dejar de acariciarla en ningún momento. Los espasmos que recorrían su cuerpo me alertaban de su estado.

—Cuidado —pidió.

Se puso tensa, rígida. Por el movimiento de su pelo percibí que giraba la cara a medida que la iba desnudando por completo. No me interrumpí, ya apenas podía soportarlo. Deslicé el pulgar por la hendidura de su sexo y lo detuve en el centro. Iba depilada..., me abrasaba.

Me bastó con presionar una vez para notar su sexo hinchado.

«Control».

Paseé el dedo de arriba abajo sin profundizar, comprobando la humedad. Tan excitado como ella, me coloqué a su lado y fui introduciendo el dedo en su cavidad, muy lentamente, luchando contra su resistencia.

—Relájate, así podría hacerte daño y no quiero.

—No sé qué me pasa... —musitó.

—¿Quieres beber para tranquilizarte?

—Sí, por favor.

En medio segundo me levanté y me moví por la habitación. Conocía el terreno incluso sin luz, pero aun así tropecé varias veces. Cogí la botella y, con cuidado, me coloqué sobre Eva en cuanto toqué la cama.

Busqué su cara y la sujeté por el cuello, ayudándola a tomar el *whisky*,

dejando que le resbalara por el cuello, por los pechos. Se oían caer las gotas, y a ella intentando atraparlas con la lengua.

—Me ahogo —rio—, pero dame más.

Sedienta, bebió un poco y cuando no quiso más, dejó la botella, me agaché y sorbí lo derramado por su cuerpo. Era todo tan morboso. Imaginar sin ver, intuyendo... Fantasear era tan excitante que podía conmigo.

En silencio, Eva gimió con cada lamida de mi lengua en su piel, mientras yo la adoraba sin medida. Se arqueó gozando, las rodillas se le doblaron y quedaron abiertas, sustentadas por la planta de sus pies.

Era deliciosa, suave y estaba tan quieta...

—¿Mejor? —pregunté cardíaco.

—Sí, mucho mejor.

—¿Me dejas que te vende los ojos?

Por un breve lapso de tiempo, Eva no respondió. ¿Por qué aquel silencio?

—No tiene sentido, no se ve nada, pero si es por el morbo...

—Lo es —la convencí, seguro de mí mismo.

—Sólo si prometes que no me harás daño.

—Te lo prometo. En el sexo nunca te lo haré.

Mi frase sonó como si lo nuestro fuera a prolongarse por más tiempo. No supe si ella lo entendió así, pero tampoco me esforcé por sacarla del error.

Rebusqué en el mismo cajón de antes, y cogí su cabeza con sumo cuidado. Tenía el pelo revuelto, y despacio, para no atrapárselo con el nudo del pañuelo, le vendé los ojos, enredando las manos en su espesa melena. Ella giró la cara y me besó la palma delicadamente.

Más confusión.

—Eva, ¿qué estamos haciendo?

—No lo sé...

—No nos conocemos —insistí.

—Pero estamos en ello.

Tragué al imaginarla a mi merced, aunque fuera un estúpido por atrasar el momento que tanto deseaba. Sin embargo, me sentía tan desesperado por verla y recordar cada mueca suya en la intimidad, que volví a romper el pacto y, con cuidado para no levantar sospechas, salí de la cama y encendí la luz.

¡Madre mía!

—Qué oscuro está todo —comentó risueña.

Era... era... No existía una palabra que la describiera y le hiciera justicia. Preciosa, su belleza no tenía límites. Se me disparó el pulso.

La realidad me golpeó, porque verla hacía que me sintiera más atraído, atrapado en una especie de hechizo. Era la viva imagen del erotismo y la perfección. Con las mejillas rojas, igual que el color de sus labios. Entregada, con las piernas ligeramente abiertas y su sexo... Todo mío, preparado.

Era una visión casi mortal.

Mi cuerpo percibió su fuego, que me impactó hasta casi dolerme, y quise inmortalizarlo. No tuve alternativa, ella no me las estaba dando.

En el suelo estaba su ropa, falda negra y camisa beis... Medias de encaje, blancas, y ropa interior del mismo color. Zapatos caros, revelando su buen gusto en la moda. ¿Venía de buena familia?

Sin hacer ruido, fui hasta el vestidor y saqué la cámara de vídeo, que coloqué donde podría grabarla con un buen ángulo. En el fondo, a la izquierda, sobre una silla, y cuando la tuve lista, la puse en marcha.

—No hables —le pedí, subiéndome en la cama—. Yo tampoco lo haré.

Deslicé los dedos y abrí su cavidad. Su respiración se alteró, pero su cuerpo no lo demostró. El mío respondió ante su receptividad. Gruñí, empapándome los dedos de ella, muy mojada, sí, más que la vez anterior. Sin saber cómo, logré ser tan cauto como requería la mujer que ocupaba mi cama... Algo se encogió dentro de mí al ver sus movimientos, lo risueña que podría ser más allá de su tristeza. Al verla en acción.

—¿Cómo vas a saber si me gusta? —No le respondí—. No puedes verme.

—Entonces cuéntame, haz que me imagine que sí lo estoy haciendo.

Tanteé poco a poco, profundizando cada vez más, con intensas caricias.

—Más... —imploró y contrajo el rostro.

De mi pecho escapó un quejido que la sobresaltó, mientras se aferraba a las sábanas con gemidos apenas audibles. La deseaba demasiado como para acariciarla sin llegar a más de momento. Contemplar su goce, su manera de retorcerse y de gemir mordiéndose los labios fue enloquecedor.

«Relájate, Leo».

—Me encanta, Torres... Esto es justo lo que necesito.

—Tócate para mí, Eva, déjame imaginarte.

Tenso esperando su respuesta, y arriesgándome a ser descubierto, le quité las esposas, mientras acariciaba la palma de sus manos. Se arqueó y me arrancó un gemido. Me situé a su lado, en un asiento amplio, con la botella y un cigarrillo. Esperé su negativa, pero me sorprendió nuevamente.

Eva llevó una mano hasta su sexo y trazó con delicadeza círculos alrededor de él. A continuación, lo enterró en su cavidad y sollozó, curvándose, disfrutando de su propia osadía. No me la imaginaba de ese modo, la impresión que tenía de ella era de que sería tímida, que lo era. A pesar de no saber que la estaba mirando, el color carmesí invadía sus mejillas.

Miré el piloto rojo de la cámara... lo captaba todo.

—Otro dedo, pero no cruces la línea —la guie violento—. Toca cada rincón de tu cuerpo, descúbrete sin hacerte daño.

—Ya lo hago... Hmm... y te imagino muy excitado. Contigo entre mis piernas... Esto es tan sucio como increíble.

No lo soporté, no supe qué sucedió conmigo o con ella, pero tiré la botella, me saqué el pene y empecé a tocarme completamente fuera de mí. Su mano viajó por su vientre hasta llegar a sus pechos y detenerse para acariciarse mientras se retorció. No eran dos dedos, ya eran tres los que salían y entraban. Y con la palma se rozaba el clítoris.

Quise manosearla hasta hartarme, pero me obligué a todo lo contrario.

—Me gusta mucho esta situación —reconoció, gimoteando.

Nervioso y sudando, agité mi miembro, furioso por lo que estaba experimentando al verla. Cerré los ojos e imaginé que la penetraba sin temor, que se abría para mí. Que se lamía los labios, aprisionándome en su interior... Que me miraba a los ojos y me sonreía.

—¡Ah!

¡Mierda! Su grito me hizo volver a la realidad. Me mordí la lengua, impresionado. Se convulsionaba con las piernas cerradas y una mano entre ellas, mientras la otra se apretaba el pecho con ansiedad. Mierda y más mierda.

Apreté los dientes y me corrí como un puto quinceañero... Plasmé en el suelo lo que aquella espectacular visión me había hecho. Me quedé sin fuerzas, igual que Eva. Relajada, asumiendo su propio orgasmo entre espasmos.

Rápidamente me limpié y le puse en la palma de la mano con la que se había tocado un par de toallitas húmedas. Corrí a esconder la cámara y apagué la luz, sin dejar de temblar aún. No sólo por temor a ser descubierto, sino también por los estremecimientos que todavía me recorrían.

—Eva, ¿te apetece un cigarrillo? —propuse impaciente, incontrolado.

—No fumo... pero sí.

—Dame un momento.

—Oye —se calló unos segundos y luego se lanzó—, ¿va todo bien?

Su sexo depilado, abierto y ofreciéndose a mí, ¿cómo iba a estar algo mal?

Y todo grabado.

—Sí.

—Te siento frío...

Fui a la mesa auxiliar, saqué un cigarrillo y, tras encenderlo, me senté en el borde de la cama, con dos dedos presionándome el puente de la nariz.

Eva se puso detrás y me echó los brazos alrededor del cuello mientras me acariciaba el pecho, que trataba de desnudar desabrochando los primeros botones de mi camisa, tras deshacer con soltura el nudo de la corbata. Los dedos le olían a las toallitas húmedas, mezclado con el olor a sexo que inundaba la habitación.

Apoyó la barbilla en mi hombro derecho. La respiración me cambió, giré la cara y cogí la suya con una mano al tiempo que le ofrecía una calada.

—Buf.

Con la mínima luz que desprendía la brasa del pitillo vi que sonreía. Tosió y me besó detrás de la oreja.

—Eva. —Cerré los ojos—. Quédate esta noche.

7

A solas

Una vez me quedo sola, no pienso, soy una prisionera que busca liberación y sé que quizá este hombre misterioso que ha aparecido de pronto me la pueda dar. ¿O no? La verdad es que no lo sé... pero tampoco voy a negarme a descubrirlo. Podemos ir viéndonos y ver qué pasa.

Me miro en el espejo tras acabar de arreglarme. Me gusta cómo he quedado. Llevo el vestido verde, corto y ceñido que he preparado antes. De media manga, por el aire fresco, y los zapatos de tacón a juego. Labios pintados de rojo, como suelo llevarlos. Medias tupidas, con encaje en el muslo y una fina chaqueta. Me acerco a mi imagen, analizándome.

Hay algo en mí, quizá sí, un rayo de ilusión por la aparición de Leo en mi vida. Es precipitado que vayamos a salir... O no. Con otros a los que he visto una sola vez también he quedado, aunque luego todo fuera en vano. Suspiro un poco nerviosa, qué digo, histérica.

Cojo mi bolso y salgo; una vez recorro el pasillo y abro la última puerta, lo veo. Está apoyado en la moto, con las piernas cruzadas y el cigarrillo en la mano. Lleva un gorro en la cabeza, que le cuelga flojo por detrás... Qué mono. Me pica todo, siento una congoja en la garganta que me aturde. Está serio, con la mirada fija en la puerta por la que yo acabo de salir.

Mostrándome segura, me acerco poco a poco. Mientras llego, me toco el

pelo, fingiendo que no he estado esperando este momento en el que ansío saber qué efecto me harán unas caricias febriles.

—¿Preparada para dar una vuelta?

—No quiero cenas, tampoco romanticismo ni escenas cursis —le digo tajante. Él suelta el humo hacia arriba de golpe—. No hace falta que me digas cosas bonitas. Los dos queremos lo mismo, no es necesario montar una parafernalia para un polvo de una noche.

—Me sorprendes, Eva. Porque yo no quiero «un polvo» de una noche, como tú dices. —No contesto—. Estas cosas surgen y, aunque estoy deseándolo, no así. ¿Te apetece que hablemos un rato?

Se aclara la garganta.

—En mi coche —contesto y me señalo el vestido—. Puedes conducirlo tú.

No espero que me abra la puerta, sé que no es un caballero y entro en el vehículo. Aspiro intensamente y enseguida, cuando él entra, creo que reconozco su olor, su colonia. ¿Lacoste?

Mi cuerpo reacciona estremecido a este aroma que me trae malos recuerdos. Malos y que en su día fueron indispensables para mí. Arranca en cuanto puede, sin esperar, como le he pedido. Como si mi coche nuevo le perteneciera, mete la marcha y no le cuesta hacerse con él.

—Supongo que no tienes pareja —comento, mirándolo. Niega con media sonrisa y con las manos en el volante, concentrado en la carretera, aunque por su cara creo que es una manera de disimular—. ¿Desde hace cuánto?

—Soy divorciado, me separé hace unos meses. —Me mira de reajo y yo me sorprendo de su confesión. ¿Cuántos años tiene?—. Tengo treinta y dos.

Casi me hace sonreír.

—¿Hijos? —pregunto, afectada por el tema.

—No. Fue un matrimonio corto, superficial y erróneo.

Su respuesta me relaja sin que entienda el motivo.

Por ahora no quiero saber más, me ha deprimido un poco la última pregunta. Siento una opresión en el pecho tan fuerte que me cuesta volver a hablar. Nos quedamos callados en ese espacio cerrado. Leo también opta por no hablar y pone música. Me relajo, por poco tiempo, el justo para que yo reconozca la melodía de la canción de Dani Martín... que habla de empezar,

de lo que perdimos... de aquello con lo que puedes llegar a soñar en un momento de tu vida...

Impulsiva, apago la música y me quedo mirando su perfil. Veo que hace una mueca, sin preguntarme por qué lo he hecho. Es mi coche, mi propiedad y... no sé por qué ha saltado esa canción. ¿Ha metido él el CD? No me he dado cuenta, necesito una explicación, pero se limita a concentrarse en la carretera sin dedicarme ni una sola mirada. Trato de olvidar la letra, la canción que un día le dediqué a... Suspiro y me vuelvo hacia la ventana.

La luz interior del coche está encendida. Me pregunto por qué no la apaga.

—¿Por aquí? —propone, estacionando en las afueras de la ciudad.

—Vale...

—Luego iré por mi moto —me dice y baja un dedo la ventana tintada de su lado.

Cruzo las piernas, demostrando una supuesta tranquilidad.

De nuevo está pendiente de mis ojos.

—¿Ahora qué, Eva?

—Ya sabes lo que quiero.

—¿Sin más?

Me encojo de hombros sin darle mayor importancia. Pero la tiene, sobre todo para una persona como yo.

—No me basta —dice él.

—No es mi problema.

—Me desconcierta esta actitud —farfulla de malos modos—. Te voy a demostrar que no te será suficiente.

—Quizá. —Contengo la respiración y él se aproxima—. Pero tú ya no estarás —añado, evitando que descubra mi emoción—. Has pedido una noche, no lo olvides. Luego me dejarás en paz.

—¿Vas a seguir con las estupideces?!

Madre mía, es verdad, ¿voy a seguir? Entonces ¿para qué diablos he cedido?

—Lo siento... —digo.

Me estoy comportando como una idiota y entonces Leo me mira, parece evaporarse algo de su frustración, y me acaricia la mejilla con el dorso de los

dedos.

Por algún extraño motivo se me encoge el corazón.

—Odio esta frialdad —confiesa y me acerca a él cogiéndome por la nuca.

Antes insiste en mirarme a los ojos y, dejando de lado el control, estampa sus labios contra los míos. Es violento, ansioso. Yo me agarro al borde de su camisa, atolondrada por las burbujas que se forman dentro de mí. Mete la lengua y me obliga a que acepte su boca. Abro la mía, y la deslizo de arriba abajo, soltando sonoros gemidos que no soy capaz de controlar.

Su mano se posa en mi cintura y sube sin delicadeza, quemándome. Pero de pronto me encuentro rechazando sus besos, cerrando la boca y con los párpados apretados hasta que me duelen.

—¿Qué hostias pasa, Eva? —pregunta contra mis labios, imponiéndose.

Lo aparto de un empujón y entonces lo miro; tiene la cara crispada, los hombros le suben y bajan debido a la respiración tan violenta del beso. La luz sigue encendida, por lo que hay claridad entre nosotros...

¿Qué voy a decirle? ¿Que he intentado estar con muchos y que mi cuerpo los rechaza enseguida? ¿Que mi sexo no se enciende y no tolera ir más allá de unas simples caricias? ¿Que me duele cada vez que quiero entregarme al placer? Ningún hombre lo ha entendido hasta ahora, ¿por qué lo haría él? En cuanto perciba que no siento nada se irá y pasará de mí.

Yo estaré unos días mal conmigo misma y luego tendré que seguir adelante con la mera esperanza de que esto sea pasajero y de que algún día renacerá la mujer apasionada que había dentro de mí. Si es que aún existe.

—Dime una cosa. —Me levanta el mentón con un solo dedo—. ¿Has estado con muchos hombres desde que vives aquí?

¡¿Qué?! Le doy un manotazo, lanzando su mano al vacío.

—¿Cómo sabes eso? —lo increpo molesta—. ¿Has buscado información sobre mí? —Me altero—. Oye, si es así, ¡déjame en paz de una vez!

No quiero pensar que conozca detalles de mi pasado. Que sepa qué me sucedió, con quién y cuándo.

—¡Eva, vale ya! —grita, inmovilizándome. Con una sola mano sujeta las dos mías por las muñecas—. Es una pregunta, ¡punto!

—No me grites —mascullo, recordandoselo—. ¿Qué sabes de mí?

Sopla y resopla.

—Que trabajas en Prohibido y en la inmobiliaria, que vives aquí desde hace unos meses y nada más. Respóndeme.

—Es complicado —reconozco esquivada.

—¿Es complicado decirme si has estado con muchos hombres? —me reprocha y me vuelve a coger la cara. Joder, ¿qué es lo que me transmite? Me quedo callada—. No juegues y responde de una vez.

Me retuerzo los dedos, rozándome con su cálida caricia, que él vuelve más suave incluso al sentir que no me alejo, y susurro:

—Tócame y entenderás el porqué.

—¿Qué? —Su expresión se suaviza. No entiende nada.

—Sólo hazlo.

—Eva... —Se aprieta los ojos y cierra el cristal tintado. No hay nadie fuera... estamos solos.

Me coloca sobre sus muslos a horcajadas. Leo gime con intensidad, cerrando un segundo los ojos. Yo estoy temblando y no soy capaz de disimularlo. No cuando me toca con tanta paciencia.

La última vez...

Trago saliva.

—¿Qué pasa? —No sé si la pregunta es para mí o para él—. Eva, estás muy rara. ¿Qué te tiene así? Soy una persona nerviosa y contigo estoy intentando controlarme, pero esto empieza a superarme.

Pongo los ojos en blanco y resoplo, ¿por décima vez? Qué manía con hablar como si me conociera. No me gusta nada, me hace pensar que es un loco que ha buscado información sobre mí con la única intención de echar un polvo. ¿Tiene sentido?

Demasiadas molestias para un revolcón...

Como yo no respondo, me quita la chaqueta, la tira al asiento trasero e intenta bajarme la cremallera del vestido. Se impacienta y yo me agarroto, y niego con la cabeza. Leo, sin apartar los dedos de la cremallera, me observa, me suplica que le permita avanzar, pero no puedo. Y no es porque estemos en un coche.

La marca en la espalda es algo que me aterroriza que vea nadie. Vivo luchando contra mis miedos.

—Si quieres desnudarme, tienes que apagar la luz —susurro.

—Nunca. —Dominante, se aferra a mi culo y suelta un gutural gemido que me acelera el pulso—. Quiero verte.

—Entonces no me vas a desnudar.

Lo exaspero.

—¿Me explicas entonces cómo voy a hacer las cosas?

—Súbeme el vestido y ya está...

Se frota los ojos y me mira de nuevo. Entreabre la boca, contempla la mía y se acerca. Tengo el corazón en la garganta y los labios secos. Me paso la lengua para humedecérmelos y Leo me interrumpe, haciéndolo con la suya.

—Eva —gime, cogiéndome la cara desesperado—. Relájate, por favor. Necesito sentirte, ahora mismo. Ha sido una tortura no poder hacerlo hasta hoy.

No logro entender su obsesión, pero como yo también necesito esto para ponerme a prueba, digo que sí con la cabeza. Entrelazo las manos en su nuca y él hunde la derecha en mi pelo. Posesivo, ansioso. Abarca mi boca y un enorme grito se escapa de la suya; aun así no se detiene. Me besa vorazmente, nuestros labios se mueven, me exige que me entregue y yo, sin saber muy bien si podré, obedezco, amoldándome a sus movimientos. Hay algo, existe algo entre nosotros que me confunde. ¿Qué es?

Su mano izquierda hace que me agarrote, pues se desliza con lentitud por mis muslos y, ralentizando el recorrido, se introduce entre mis tensas piernas.

Contengo la respiración y aspiro la suya, con los dedos clavados en sus hombros. No deja de besarme posesivamente mientras me toca. Su dedo llega justo al centro de mi cavidad y presiona contra mi clítoris. Traga repetidas veces, le cuesta. Pese a la ropa, lo siento y me muevo inquieta. Estoy ahogándome y, despacio, termino separando nuestras bocas.

Sus ojos no se apartan de los míos, suplicantes, sus manos no me sueltan la cabeza y ni el sexo...

De nuevo me encuentro rogando en mi interior, ya que deseo con todas mis fuerzas que suceda. Tener sexo con un hombre y volverme loca de placer.

—¿Eva?

Sujeto su muñeca y hago rechinar los dientes.

—Para...

Noto su pene, las pulsaciones que lo alteran. Su mano derecha baja y resbala por mis brazos desnudos, erizándose momentáneamente la piel.

—No —digo, mientras niego con la cabeza. Hincó las uñas en sus hombros y él niega también, juguetón, creyendo que lo estoy provocando, hasta que añado descompuesta—: No puedo, Leo...

Por fin lo entiende; sus manos aflojan el agarre, aunque está aturdido por completo. La dirección que toman sus pensamientos no debe de ser buena. En sus ojos se refleja el rechazo, la decepción. No me suelta, pero ya no se mueve. Cierra los ojos, contrae el rostro, y al abrirlos el deseo ha desaparecido. El enfado da paso a otra cara de Leonardo que, justo ahora, quiero conocer.

Su verdadero yo.

—¿Estás jugando conmigo? —Su miembro sigue latiendo contra la cara interna de mi muslo y yo no me enciendo—. ¡Dilo de una vez!

—No eres tú... Lo siento.

Me aparto, torpe, para acomodarme a su lado con dificultad. Sigo temblando, me duele la cabeza y, aunque me quiero hacer la dura, me agobia volver a fracasar.

Tengo náuseas, me doy asco. Bajo la vista. No sé qué estará pensando de mí y me molesta que se quede, que no haga preguntas y que en vez de marcharse y dejarme como una mierda, que es lo que merezco, siga aquí conmigo. ¿Por qué no me insulta como los otros?

«Eres una frígida...». Me lo han repetido tantas veces tras acabar como ahora, rechazándolos después de involucrarme en un juego previo...

—¿Qué está pasando?! —rompe él el silencio.

Me acurruco con las piernas sobre el asiento del coche y suspiro.

—¿Ves como es complicado? —Le recuerdo la frase anterior.

—¿A qué te refieres exactamente? Y déjate de rodeos.

—No soy capaz de avanzar y lo he intentado con muchos. Eres guapo, me atraes, pero no hay deseo. —Se le ensombrece el semblante y me mira inquisitivo—. Ya he respondido a tu pregunta.

Unas gotas de sudor aparecen en su frente.

—¿Por qué? ¿Desde cuándo? —Me sostiene la cara, dejándome sin posibilidad de rehuirlo—. ¿Qué te ha hecho volverte así?

—¿Quién te dice que no lo he sido siempre?

—Hablo en serio, Eva —me regaña frustrado.

—Tienes razón, no lo era, me han hecho serlo. Fue justo antes de mudarme —se me escapa. No sé por qué no logro controlar mi lengua—. Pasó algo...

—¿Qué? —insiste, desencajado y pálido.

—No quiero hablar de ello, pero me arde la piel cuando alguien quiere tocarme. No lo soporto, no me excito. ¡He dejado de ser mujer! ¿Contento?

Mi confesión lo deja petrificado, sus ojos se mueven, parpadea. El resto de él se ha quedado inmóvil. Se encierra en sí mismo y tensa las manos en torno a mi cara, apretando. Entonces se le ocurre algo y clava la mirada en mí aterrorizado.

—¿Qué me estás contando? —pregunta, tragando saliva.

—¿Podemos ir a buscar tu moto, por favor? Quiero irme a casa.

Le pido con un gesto de la mano que arranque. Él parece muy lejos de mí, hasta que pone el coche en marcha, resignado, serio y casi diría que atormentado por la preocupación de mi secreto.

—¿Nos veremos mañana, Eva? —Lo dice mirando al frente.

—Tengo cosas que hacer durante todo el día —miento muy bajito—. Te llamo en cuanto tenga tiempo, ¿vale? Pero estaré muy liada.

Asiente y ahora sí me mira, aunque sin acercarse.

—¿No te apetece desayunar conmigo mientras hablamos?

—No será el momento —me disculpo—. Como tampoco lo es ahora.

—¿Huirás de mí?

Su pregunta me deja descolocada... ¿Cómo huir? Si no se ha ido pese a mi confesión y de momento no quiero dejarlo ir. Necesito dar un paso más... Creo que lo deseo, mucho, pero mi maldita mente se cierra.

—No —contesto al final.

Él se acerca y me besa la frente, un gesto que me arranca un suspiro, mientras se empeña en alargar los segundos hasta que se conforma, soltándome sin hacer preguntas.

La noche está extrañamente tranquila, no hay mucho tráfico y en quince minutos estamos de vuelta en Prohibido. Apaga el motor y se vuelve hacia mí.

—Hasta mañana, Eva.

Me da un beso húmedo, tierno... ansioso.

—Adiós, Leo —musito, mirando cómo se aleja.

8

Me traicionó

Eran las cinco de la madrugada y seguía sin poder dormir tras su respuesta. Eva estaba allí; contra todo pronóstico, había decidido quedarse esa noche. Dormía acurrucada contra mi pecho, con la boca hundida en mi cuello, y yo no sabía qué estaba sintiendo.

Tras hacer el amor desenfrenadamente, se refugió en mi cuerpo mientras me acariciaba el vientre con los dedos, despertándome tantas dudas... De ese modo, los frenos que pensaba poner a nuestra arriesgada relación se habían quedado en nada.

No podía rechazarla, no quería hacerlo. Me sentía demasiado cuidado y mimado como para pedirle que se detuviera. Cerré los ojos por enésima vez y la acerqué aún más contra mí. Su olor era familiar, cercano. Su cuerpo estaba ardiendo por la temperatura que desprendía el mío. Su mano en mi abdomen.

Me vi obligado a besarle el cabello, a protegerla tanto como merecía; el tiempo que durase lo nuestro yo estaría por y para ella.

¿Qué había sido eso?

Un sonido tenue en mi oído izquierdo me despertó. Apreté los párpados y reconocí su aliento mentolado. Me dejé querer por la boca de Eva, que

depositaba ligeros besos por donde pasaba, y a la vez tragaba saliva. ¿Preocupada? Frotaba una pierna contra mi piel, su tobillera me hacía cosquillas, oía su respiración apacible. Su pecho me rozaba el hombro. Me removí ansioso y, por su propio bien, decidí hacerle saber que estaba despierto.

—Buenos días —susurré.

Se detuvo su caricia.

—Em... Yo...

Intentó alejarse, deduje que avergonzada, y trató de interponer un brazo, pero no se lo consentí. Le agarré la muñeca y volvió a caer contra mí. Suspiró.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

—Creo que sí —contestó y pasó la pierna por encima de mi cintura. Joder. Qué calentón de buena mañana—. Es domingo, así que he pensado que podía pasar el día aquí... contigo. Quiero decir... si tú quieres. O quizá... Entiendo que no quieras...

Froté sus piernas con las mías y noté su estremecimiento.

—Eva, tienes que desayunar y... —Me callé.

—Lo haremos a oscuras —propuso, riendo despreocupada. Tuve la necesidad de abrazarla hasta hacerle daño. Adoraba ese sonido—. Será toda una experiencia, ¿no crees?

Me hizo reír.

—Sin duda.

—¿Entonces? —insistió.

—Me encantaría que te quedaras.

Ella no dijo nada más y empezó a besarme la barbilla con los labios húmedos. A tirar de mi pelo posesivamente, sin abandonar la ternura. Contuve la respiración, estaba flaqueando con esa mujer de la que apenas sabía nada. Eva continuaba en ropa interior... y sólo de pensarlo me ponía enfermo.

Reseguí el borde de su fina lencería.

—Necesito darme una ducha —gimió contra mi boca y siguió torturándome, dejándose caer contra mi costado y apoyando el codo en mi

pecho—. Y tengo mucha hambre... Igual pido demasiado.

—Llamaré a Carlota enseguida. —Detuve su mano, que bajaba por mi costado—. ¿Qué te apetece?

—Adoro los dulces...

—Tanto azúcar es malo —susurré y le mordí el labio. Se inquietó—. Déjame que te enseñe a comer sano. ¿Haces deporte?

—No me cuido nada...

—Y no te valoras —la corté. Se hizo un silencio incómodo y se separó de mí, cayendo hacia atrás sobre la almohada—. Eva, no es una acusación.

Me volví hacia ella y le acaricié la mejilla. Se encogió y oí su resoplido.

—Podemos hacer muchas cosas juntos, incluso en la oscuridad —murmuré, intentando levantarle el ánimo—. Yo tampoco me quiero lo suficiente y podríamos ayudarnos a dar un paso hacia adelante.

Rozó la palma de mi mano, que ocupaba la mayor parte de su rostro, y yo me arrimé a ella. ¿En serio le había dicho tal barbaridad?

—¿Cómo se le llamará a esto entonces? —me preguntó.

—No hace falta ponerle nombre.

Me subí sobre su cuerpo y Eva no dudó en acogerme con los brazos y las piernas, como si me deseara de la misma manera. Desgarradora.

—Es una locura —susurró y me acarició la máscara. De la forma en que lo hizo, traspasó hasta la maldita careta. Quería esos dedos fundidos en mi cara, calmándome la herida.

—Lo sé.

Esa mañana nos dejamos llevar por nuestros instintos más primitivos. Las bocas unidas y devorándose no era suficiente, así que hice lo que deseaba desde que la había visto con las piernas abiertas la noche anterior.

Me moría por ver ese vídeo después y recrearme con él.

Besé sus labios, me deshice de su minúscula ropa interior y fui bajando, mientras notaba que su cuerpo se calentaba a medida que descendía y que se le descompasaba la respiración. Al llegar a su sexo, disminuí el ritmo y soplé, controlando los sucios pensamientos que me invadían, pero ella tuvo un espasmo; esperaba que diera el paso.

«Has perdido esta batalla», me recordé.

Hundí la boca en su centro con las manos en sus ingles, gruñendo hasta

ahogarme en él. Estaba deliciosa, caliente, receptiva. Se contrajo y yo metí la lengua, barriendo cada centímetro de esa zona que tanto demandaba. Eva pataleaba, gritaba.

Me regalaba su placer. Mi paladar vibraba con su sabrosa esencia, que se derretía con cada lametón. Fue un momento erótico, pasional, en el que mi lengua no le dio tregua y ella, sollozando, me pedía más.

—Por favor —imploró y puso las piernas encima de mis hombros.

Atrapó mi cabeza entre sus dedos, apretando, y yo chupé, succioné. Di mordiscos desesperados... Quise tocar sus manos, aprisionarlas con las mías, pero las tenía lejos. ¿Dónde? Tapándose la cara.

—Eva, ¿estás bien?

—S-Sí.

La acaricié con la lengua, penetrándola repetidas veces. Ella se impulsó hacia adelante al llegar el orgasmo y, mientras, entre espasmos, se quedaba sin fuerzas, sentí cómo su humedad se extendía por la hendidura.

—No puedo más... —confesó, exhalando aire, y sentí cómo su peso se hundía en la cama de nuevo.

Volví a hacer el recorrido, deslizándome por su cuerpo, que estaba empapado de sudor, y me puse a la altura de su cabeza. Ella me abrazó y, sin preguntar, le separé las piernas y me abrí paso dentro de ella. Contuve un grito de pura satisfacción, de agonía. Me agarré el pene y apunté a su sexo sin protección. Lo pensé e intenté dar marcha atrás, pero Eva forzó una leve penetración y, sumido en mi locura, yo hice el resto. ¡Señor, Señor!

—Joder —musité.

—Hmm...

Fue glorioso adentrarme poco a poco, piel con piel.

Era inmenso, agudo, el gusto que sentía en mi pene... Mis venas recorridas por profundas sensaciones. Aquella mujer era sencillamente perfecta.

—Oh, cielos... —exclamó nerviosa—. Ten cuidado... Esto... Yo...

—¿Salgo? —mascullé, controlando los movimientos, yendo más pausado. Palpitaba contra sus paredes vaginales agarrotadas y me descomponía por tanto placer como sentía al adentrarme en su humedad—. Eva, dime algo.

—No, lo quiero así..., sólo controla.

Metió los brazos debajo de los míos y me clavó las uñas en la espalda, me acogió, acoplándose a mi rápido y vertiginoso compás. Imaginé sus ojos chispeantes, la lujuria que brillaba en ellos. ¿De qué color serían?

Intenté respirar. Le besé la nariz, la boca, me hundí en su garganta para así poder amortiguar los gritos. Mi voz. Pero ella exigía mi boca moviendo el mentón, obligándome a salir de mi escondite. No dejaba de tocarme el pelo, la máscara; no me gustó que quisiera adivinar mis facciones.

Retrocedí, volví. Salí y entré despacio, con el placer a punto de culminar por el solo hecho de sentirla plenamente. Moví las caderas y me eché hacia atrás.

—Torres... —gimió.

—Lo sé.

Avancé de nuevo, penetrándola, reculando. Era imposible, me gustaba demasiado, notaba cómo los temblores me avasallaban e irrumpían a medida que mi miembro se hundía en su humedad.

Mi piel sensible era esclava de ella.

—No puedo —protestó en mi boca, moviéndose.

—Córrete.

Me mordió la mandíbula mientras tiraba de los pelos de mi nuca. Una puta ola de placer me abordó sin previo aviso, y sentí sus fluidos mezclándose con los míos. Cuando llegamos al violento orgasmo, me retiré para no meter la pata... Me había precipitado y exploté contra el suelo, exasperado al no poder hacerlo dentro de ella. Había perdido el control.

—Oh, madre mía. Qué calor... Ah...

Me mataban sus gemidos.

—Ha sido —dijo jadeando y oí el crujido de la cama—... increíble.

«Te estás dejando llevar demasiado», me dije.

—Lo sé...

¿Qué estaba pasando?

—Ven, Eva.

Tiré de ella, animado. Diferente. La saqué de la cama. La besé, sujetándola, y me quedé mirándola fijamente. Incluso sin verla intuía que estaba explosiva, radiante. Eva correspondió a ese momento privado, que yo

rompí segundos después.

—Entra por esa puerta que ahora tocarás y prepárate como deseas. Le pediré a Carlota que te traiga ropa... y yo te espero con un buen desayuno.

—No me consientas... o no querré irme. —Rio, dejándose guiar por mis manos, a ciegas a través de la habitación.

Antes de abrirle la puerta, le besé la nuca con los ojos cerrados, aspirando la vainilla de su piel.

—No te vayas entonces —se me escapó.

Casi se paralizó, pero la obligué a moverse.

Me quedé allí apoyado, tentado de cruzar lo único que nos separaba y disfrutar de ese momento juntos, pero sabía que no podía. Me limité a salir y a asearme en el baño de abajo. Carlota me sonrió al verme de vuelta y enseguida supo qué tenía que hacer. Me conocía muy bien.

Cuando subí con el albornoz puesto, esperé a Eva en la cama. Poco después se abrió la puerta del baño y ella salió con la cabeza gacha, para no provocar una situación incómoda. Pero yo había vislumbrado que llevaba el pelo suelto y al llegar a mi lado lo confirmé tocándoselo. Lo tenía mojado, suave. Con menos volumen que cuando lo llevaba seco.

—Tostadas con aceite. —Rompí el hielo—. Ven, vamos a la mesa.

—Tienes un cuarto de baño precioso. Azul. Me encanta.

La voz de Eva era totalmente diferente a la de la semana pasada, los rastros de amargura habían desaparecido y me negaba a creer que yo fuera la causa. No quería equivocarme y caer en las redes de nadie.

Pero me podía. No se opuso, confiaba en mí mientras la empujaba con suavidad por la habitación y, de paso, le iba contando qué encontraría en las distintas partes, para que la conociera sin mi ayuda. Eva reía cerca de mi oído, agarrada a mi cintura como si paseáramos por una calle cualquiera.

La senté y me puse a su lado. Sería complicado, pero también emocionante compartir un desayuno a ciegas.

—¿Puedo contarte cosas de mí? —me sorprendió preguntando.

Le puse la tostada en la mano, que aceptó cariñosamente. Oí cómo masticaba.

—Claro.

Le coloqué el vaso de café a su alcance.

—Era abogada... pero me asusté. —Casi se me atragantó la tostada—. ¿Y si algún día defendía a quien no lo mereciera?

—Eva...

—Mi madre me empujó a ello, mi padre es abogado o lo era. Ahora odia la profesión... Desde que ella se fue, todo se ha ido al infierno. Se emborracha, debe dinero y yo he de hacer frente a todo. Estoy cansada, Torres.

Bebí, más sorprendido aún. Arrimé mi silla a la suya y le acaricié el muslo, tratando de decirle que, de alguna manera, estaba allí.

—Nos estábamos quedando sin nada. Seguí con mi trabajo de abogada en su bufete, pero temía que pronto estuviéramos en la ruina... Entonces cambié de aires y ahora tengo una inmobiliaria.

Intentó enrelazar los dedos con los míos, pero yo le agarré la muñeca, interrumpiendo su gesto. Estábamos yendo demasiado lejos. Trató de insistir.

Fingí coger el vaso y una tostada.

—Eva, me pareces una persona valiente.

—Y lo soy —murmuró sin dejar de masticar—. Él es el único que me hace frágil... Esa persona que quiero borrar de mi vida y que no me lo permite.

Asqueado, mordí el pan, acompañándolo con el café, para que consiguiera bajar por mi garganta. Sin pensarlo, Eva retomó el asunto de su ex, lo que creó ciertas dudas en mí. Estaba muy enamorada, su voz se quebraba al mencionarlo, y me preocupaba no sentir yo lo mismo por Viviana.

Ese día ni siquiera me había acordado de ella... Estaba desapareciendo sin dejar huella y me estaba enganchando a otra persona para la que existía alguien por encima de mí, lo que me obligaba a tomar ciertas medidas.

—¿Cuándo podré venir de nuevo...? —preguntó bajito.

—Yo te avisaré.

Quise dar así por terminada la conversación, pensando que no la llamaría en mucho tiempo. Era la única solución. ¿Acaso iba yo a lamer las heridas que había abierto otro?

Pasaron días en los que me refugié en la bebida, como de costumbre, pero cuando llegó el siguiente fin de semana, estaba hecho un lío. Mi cama gritaba pidiendo su vuelta, mi boca la llamaba en sueños. Estaba de mal humor al recordar que no la volvería a tocar. Irascible, tan inestable como jamás me había sentido. Ni siquiera cuando me había cambiado la vida... Así que volví a caer. Inexplicablemente, me arrastré e incluso olvidé que me tocaría restañar las heridas causadas por su exnovio.

—Te espero impaciente —dije por teléfono, con aquel tono de voz, leve.

—No he dejado de esperar tu llamada —confesó muy contenta—. He dormido incluso con el móvil...

—Pues no pierdas tiempo.

Sus palabras me habían paralizado, pero yo sentía lo mismo y, por miedo a ser un esclavo de Eva Castillo, me reprendía cada vez que mis piernas me llevaban hacia el vídeo en el que ella era la protagonista.

No quería verlo o le pediría que no se marchara, y ambos sabíamos que eso no podía ser. Existía otra persona y yo... no podía descubrirme ante ella.

Pasamos otros dos días locos, donde la oscuridad no supuso un inconveniente para nosotros. Casi lo olvidábamos cuando por las noches nos acariciábamos hasta la saciedad, descubriéndonos a ciegas, y durante el día nos divertíamos comiendo y desparramándolo todo por la habitación, cosa de la que Carlota se burlaba mientras la ordenaba para la siguiente visita de Eva.

Así transcurrieron otros fines de semana. Nuestros encuentros se convirtieron en una rutina, nuestras citas a oscuras. Las palabras sobraban, las invitaciones también. Ella sabía que mi casa era la suya de viernes por la noche a domingo.

Incluso dejé de beber cuando estaba solo.

Ya llevábamos dos meses con esa relación cuando, después de hacer el amor como locos, una noche de abril Eva empezó a comportarse de manera extraña. No se acurrucaba contra mí como venía siendo habitual y durante el sexo había sido excesivamente voraz, aunque entregándose a medias a mis besos.

Me encendí un cigarrillo, que le ofrecí segundos después.

—¿Ha pasado algo? —le pregunté. Ella tenía la cabeza apoyada en mi antebrazo.

Dio unas caladas, la brasa cobró fuerza.

—Estoy cansada... Han sido días agotadores.

Me percaté de su timidez al hablar, de su manera de esquivarme.

—Torres, yo...

—¿Qué sucede?

No hablé, me cedió el cigarrillo, que yo apagué enseguida. Eva se quedó donde estaba, lejos de mí. Sin embargo, me negaba a no dormir abrazado a ella cuando la tenía allí.

—Mañana hablamos, Eva —la tranquilicé y le besé el pelo, acariciándole levemente la cintura.

—Gracias... —Me besó el pecho—. Lo siento.

Me quedé pensativo al notar el arrepentimiento en su tono bajo de voz.

¿Por qué se disculpaba? Confiaba en ella y no tenía motivos para dudar de su lastimero sonido. Estaría cansada, en casa no paraba y el trabajo la agotaba. Su padre no la ayudaba. Pero ahora asumía las situaciones con más madurez, no se venía abajo sin motivos. Era fuerte, dura.

Media hora después de acostarnos, seguía dándole vueltas a su comportamiento. Eva dormía entre mis brazos cuando la oí sollozar en sueños.

—Abel..., ha sido un error.

«¿Abel?».

Me agarroté, inmóvil en la cama. ¿Qué diablos? La solté sin cuidado, brusco, y su cuerpo inerte no se quejó. Me puse de lado, diciéndome que no podía ser. Su gemido era alarmante, lastimoso.

—Déjame —volvió a balbucear—... he conocido a alguien...

«No, mierda, no».

—Eva —la llamé, sacudiéndola por los hombros—. Eva, despierta.

Los minutos pasaban y ella no hablaba ni daba señales de estar despierta. En una de esas, sin responder aunque estaba tensa, se hizo un ovillo en la cama y me dio la espalda. Me apreté las sienes y carraspeé, dejándole espacio. Sabía que ya no dormía y que se avergonzaba. La oí llorar y, frustrado, metí la mano entre sus brazos; tenía las mejillas mojadas, un río de

lágrimas corría por ellas.

Cerré los puños, aplastándolas entre los dedos.

—¿Cuándo? —pregunté sin levantar la voz—. ¿Cuándo, Eva?

—El —le costaba hablar—... el miércoles...

—Dilo de una vez.

La cama se movió, Eva se incorporó y yo, para saber cuál era su reacción, la busqué en la negrura que nos envolvía. Noté su estremecimiento, la sacudida ante el toque. Estaba sentada, con la frente apoyada en las rodillas, que se rodeaba con los brazos. Su voz sonó ronca cuando finalmente me dio el palo.

—Estaba sola en casa, apareció y no sé qué me pasó.

Empecé a sudar y me pasé la mano por la nuca.

—Escúpelo, Eva.

—Me acosté con él. Me prometió que no volvería a recurrir a... lo que había habido en nuestra relación y... ¡Lo siento!

Saqué los pies de la cama y me di un golpe en la frente. Había sido un maldito idiota. ¿Por qué tuve que refugiarme en ella? Le había regalado mi tiempo, mi casa. Casi mi vida, ya que yo cada día dependía más de su estado de ánimo para sentirme un poco más realizado. Por ella había sido capaz de olvidarme de mi cicatriz, de confiar en el mundo que nos habíamos inventado.

¿Qué hacer después de aquello? Me acababa de partir en dos. Sólo había una salida... Una que, al mencionarla, me quebró la voz.

—Vete.

—Por favor. —Se volvió hacia mí y me abrazó por detrás tan fuerte que me hizo daño—. Pero no sentí lo que creía... No quiero irme, me haces bien. Me estás enseñando a...

—Que te vayas —ordené sin alterarme y me fui a la ventana, que tenía la persiana bajada. Me dolía esa dulzura en su gesto cuando acababa de engañarme. De pisotearme—. No vuelvas, Eva.

En ese momento descubrí el daño que me hacía imaginar que otro había tocado su cuerpo y que le había pertenecido, siendo temporalmente mía. Y no a cualquiera, sino al hombre al que quería olvidar conmigo. La estaba cagando, la tenía en mi cabeza a todas horas y mi obsesión por ella me

llevaría a volver a odiar al mundo si no cortaba lazos. No habíamos puesto nombre a nuestra absurda relación, pero no estaba dispuesto a compartir a Eva con nadie.

Cerré los ojos y tuve que abrirlos corriendo, pues una sucesión de imágenes de ella con el tal Abel me hicieron soltar un aullido, descompuesto por su traición.

—Por favor —siguió implorando Eva.

Le lancé su ropa, que recogí del suelo al tropezar con ella.

—Iba a contártelo, pero me has abrazado, me has besado y me ha dado miedo... Ha sido un error haber estado con Abel.

—Lo ha sido —estuve de acuerdo. Herido, rebusqué un cigarrillo en mi pantalón para calmar mi ansiedad—. Vete, Eva, por favor. Esto se ha acabado.

Bajo los efectos del alcohol

Diez minutos, sólo me quedan diez minutos para salir del gimnasio. Gotas de sudor resbalan por mi canalillo, entre mis pechos. Cubren mi frente, empapándome, y aun así meto más caña. Para el trabajo que desempeño es vital tener un cuerpo cuidado, casi perfecto, pero no me puedo engañar. Mi trabajo no tiene nada que ver con que esté aquí hoy, un sábado por la mañana, cuando nunca vengo.

Han pasado exactamente diez horas, tres minutos y cuarenta segundos, según mi reloj, desde que me despedí de Leonardo Ferrer y casi no puedo soportar la ansiedad de que no me haya llamado, aunque no tenga mi número de móvil, o venido a buscar... ¡No sé! ¡Que no haya hecho algo!

Lo que más me preocupa es mi necesidad de esa llamada, de que me pida explicaciones que, por otro lado, no tengo por qué darle.

Entonces, ¿qué quiero?!

—Eva —me llama Miguel, el entrenador, hermano de Pamela y buen amigo.

Lo miro con cara de «por favor, dime basta por hoy». Me sonrío y puedo respirar por fin, deteniendo el aparato y apoyando las manos en las rodillas. Estoy asfixiada.

—Sí, estás lista. Anda, vete a casa.

—Gracias... Tengo un dolor en todo el cuerpo... —me quejo y me masajeo el cuello.

—No me extraña, ayer trabajaste. ¿Qué haces aquí?

Me bajo de la cinta, cojo la toalla gris de mi mochila y me seco el sudor de la frente y de la nuca. Qué asco doy.

—Estoy un poco agobiada —reconozco cabizbaja.

—No me digas que tiene que ver con un hombre.

No sé qué decirle. Es el hermano de mi mejor amiga y me conoce tan bien como ella.

—Bueno, bueno, señorita Castillo, ¿me lo vas a contar o tengo que atarte?

—No es necesario, pero ya sabes —digo, sentándome en el banco que tengo a mi lado. Miguel sonrío y me acompaña, es igual de guapo que su hermana—. Me cuesta... No quiero que nadie trastoque mi vida.

Me callo lo de mis cicatrices, le omito toda esa historia que tampoco conoce Pamela, aunque muchas veces su mirada expresa más que sus propias palabras... y sé que es consciente del cambio que he sufrido desde que sucedió aquello...

—Eva, para un rollo de una noche no es necesario armar tanto lío.

Asiento y bebo agua. Luego dejo la botella entre mis piernas.

—Un momento —continúa—, tú quieres algo más.

—Miguel —le pido incómoda y le doy un beso en la mejilla. Es una cuestión que no tengo ganas de plantearme—. He de irme, estoy cansada. Desde esta mañana no he parado. Por cierto, la nutricionista ya me ha cambiado lo que le he pedido, últimamente paso hambre.

—Eva... —me regaña.

—Otro día, ¿vale? —Le pongo ojitos y se ríe.

—Bueno, dime, ¿a qué hora vendrás el lunes?

Hmm, le pido un momento con un gesto de la mano. Rebusco en mi mochila, llena de productos de aseo, hasta que encuentro la agenda y la miro. Día completo, cómo no. El quince de septiembre se presenta como siempre... ¡Agotador! Por la mañana la inmobiliaria, luego parón para comer y de vuelta allí. Más tarde tengo que llevar a *Miau* para que le revisen la pata.

Menos mal que no es fin de semana, que si no, con Prohibido... Tendré que comerme un sándwich allí mismo a la hora de la comida, para no faltar a

mi rutina del gimnasio. He de revisar la agenda o apretarla.

Y luego está Leo...

—Pues sobre las nueve —respondo—. Bueno, me voy a casa, que necesito dormir una siesta antes de la inauguración. Vas, ¿no?

—No, anoche cenaron con nosotros y hoy tengo cosas que hacer. Oye, por cierto, ¿y por qué no te duchas aquí? Te das unas palizas...

—No. —Me inquieto—. Prefiero hacerlo en casa. Te veo luego.

—Tienes que frenar el ritmo, ¿eh? Con todo no puedes.

Le dedico una sonrisa, recojo mis cosas y salgo a la calle. Por fin libre. Pero una vez en casa me toca trabajar también con los quehaceres domésticos. Sigo nerviosa. He entrado en el portal mirando a todos lados. Apenas puedo tragar el pollo con arroz blanco.

No dejo de pensar. ¿Y si nos tropezamos en una zona común sin yo aún saber cómo afrontar la situación? Mi vergüenza...

No sé cómo reaccionar cuando eso suceda y a la vez estoy ansiosa por verlo. Tengo su recuerdo... el recuerdo de su aliento, que me hace vibrar.

—*Miau* —le susurro a este, que me mira—. Estoy mal, muy mal.

El gato ronronea.

—¿Nos echamos un rato? Más tarde lo llamo —me convengo—. Lo prometo.

Cojo a *Miau* en brazos y, cansada como estoy, no tardo en caer... en una maldita pesadilla, una que hacía tiempo que no me visitaba.

—*¡Suéltame!* —gritaba horrorizada una y otra vez—. *¡Torres!*

—*No tienes escapatoria.*

—*Por favor, no...*

Doy un salto en la cama. Estoy bañada en sudor por lo que acabo de revivir. Apenas puedo respirar, me tiembla cada célula del cuerpo. Pero otro ruido me distrae de mi profunda angustia. ¿Están abriendo la puerta de mi casa?

Temblando, me pongo las zapatillas con torpeza y cojo el bate que tengo detrás de la puerta. Asomo la cabeza por el pasillo; sólo hay dos habitaciones, la sala, cocina y dos baños. Con el bate en alto, camino sigilosa. Un

momento... ¿Son unos tacones lo resuena al fondo?

Salgo de la habitación y, con mi arma en alto, entro en el salón.

—¡¡Ah!! —grita Rebeca. ¡Argh! Me muerdo el labio con muy mala hostia—. Joder, tía. Qué agresiva eres y con esos pelos.

¿Qué les pasa a mis pelos?

—Y las ojeras —añade Pamela, que sale de la cocina con nuestra amiga Erica, la más cuerda de las cuatro—. Vamos, ya tienes el té listo. Prepárate, que nosotras ya estamos y tú mírate...

—¿Perdona? —contesto, dejando el bate a un lado.

—Inauguración, fiesta. Amigos —me recuerda Pamela—. ¿Te suena de algo?

Las miro a las tres. Van muy elegantes. Pam con un vestido largo rojo impresionante. Erica con la elegancia que la caracteriza, con un bonito traje chaqueta. Rebe está muy guapa, en su estilo, ya que estoy acostumbrada a verla en chándal.

Esta última toca las palmas y Pamela la imita, echándome la bulla.

—Pensaba ir sola —digo. La única rubia del grupo niega picarona—. Pam, ¿de verdad vais a montar toda esta parafernalia porque tu novio, por fin, va a hacer algo en la vida?

—Eva.

—¿Qué? Es verdad, se le va de las manos —continúo, desenredándome el pelo, que al vérmelo en el espejo me ha dado miedo. Encrespado al máximo por la laca de anoche—. Pamela, no tiene sentido.

Se calla y, disimuladamente, me enseña el dedo anular de la mano izquierda. ¿Qué quiere? No veo nada. Forma un corazón con los dedos. Ah, ya. Me rasco la nariz, captando su indirecta. El compromiso, el anuncio. Bien.

—Venga, chicas —interviene Erica—, vamos a llegar tarde.

—Lo siento —me disculpo, sonriéndole a Pamela. No quiero amargarle su noche—. Dadme media hora. Una ducha, el té y un cigarrillo.

—Nosotras te preparamos las cosas —dice Pamela y me da un beso en el hombro. Me encojo—. ¿Preparada?

—Prefiero hacerlo yo —contesto, señalando a mi bolita de pelo—. ¿Os ocupáis de *Miau*? Son muchas horas solo.

—¡Dios, dame fuerzas! —se burla Rebeca, con un exagerado aspaviento con las manos—. Anda, ve.

Me apresuro para estar presentable lo antes posible o me dejarán la casa hecha un asco. Saben muy bien que odio el desorden, y que toquen mis cosas sin estar yo presente no lo tolero. Aun así, se comportan como deben. Cuando, exactamente veinticinco minutos más tarde, acabo con todo lo necesario, me esperan como unas niñas buenas, sentadas en el sofá.

—¿Nos vamos? —pregunto, atusándome el pelo.

—Estás guapísima —dicen a la vez.

—¿De verdad? —susurro y me ponen de cara al espejo.

Esta vez me miro con más atención. Me he puesto un mono largo, negro, con los complementos y el cinturón plateados. Zapatos de tacón y el pelo con fijador, para que quede un poco rizado. Una chaqueta larga y oscura.

—Me gusta. —Le sonrío a mi imagen.

—¿Estás bien? —me pregunta Pam, mirándome a los ojos.

—Claro...

—Pues vamos, coge el bolso y ah... va a venir Sarah —me avisa.

Hago una mueca amarga y asiento. Por hoy, sólo por hoy, la soportaré.

Desde ese momento, el caos se cierne sobre nosotras, parecen unas quinceañeras ilusionadas con la fiesta de fin de curso.

Salimos de mi casa y partimos en dirección al estudio, donde nos espera una intensa noche. Sarah nos aguarda abajo y ella y yo casi ni nos miramos.

Una vez llegamos, me bajo del coche de mi querida amiga Pamela. Eloy, amablemente, ha permitido que durante el trayecto por lo menos disfrutásemos de su novia. Mis amigas me empujan, riéndose encantadas con el plan que nos han preparado. Las miro de reojo. Vienen muy equipadas con cámaras de fotos, todo lo contrario que yo, pero no me preocupa, estoy acostumbrada a ser la oveja negra del grupo. Y encima hace un frío...

—La que has liado para anunciar el compromiso —le cuchicheo a Pam, tras, por fin, librarme de las demás. No he podido aguantarme el reproche.

—¡Chis! —Me empuja, cogiéndome del brazo y me lleva aparte. Me suelto de malas maneras. ¡El colmo!—. Hasta que entremos no lo diré, así que calladita o la sorpresa se irá al traste. Nuestras familias ya lo saben.

—¿Era necesario tanto gasto? —replico, mirando los arreglos de fuera.

—Eloy se lo puede permitir. Tú sólo disfruta. —Me besa la mejilla, pero yo rechazo el beso, limpiándome—. Mira, ¡por ahí vienen!

Bufo y voy junto a mis otras compañeras. Con un bostezo, saco el único vicio que tengo: un cigarrillo, y me lo empiezo a fumar, mirando a mi alrededor. Tengo que llamar a Leo...

—Han tirado la casa por la ventana —comenta Erica, riéndose. Está impresionante con su recogido—. Dame una calada, por favor.

—¡Dejad de fumar, que es malo! —nos regaña Pam desde la otra punta.

Ni la miro, ¡anda ya!

—Necesito otro té —digo y le doy a Erica el cigarro, poniéndome las manos en la cintura y examinando el entorno—. Tengo mucha hambre.

—Pues come —farfulla Rebeca.

—Chicas... —canturrea Pamela. Suspiro con exageración—. Venid, que os presento al socio de Eloy. Se conocen desde hace mucho, ¿no es genial?

—Paso —les digo a las demás. Me huele a encerrona.

—Tía, no seas plasta —me dice cariñosamente Rebeca y me pasa un cigarrillo al ver que Erica se está fundiendo el mío. Sarah pone los ojos en blanco ante nuestros piques—. Pues está bueno el amigo, ¿eh?

—Ni no lo sé ni me interesa —zanjo seca la conversación.

—Buf... pues no deja de mirar para acá —dice Rebeca muy atenta—. Omar está aquí. Cómo me pone ese tío y los polvos que echa...

Suelto una carcajada antes de tirar el cigarrillo. Es típico en ella caer con el amigo de Eloy cada vez que coincidimos. Igual que Erica con Noel. Son como imanes, aunque estos últimos se controlan más. Los otros se ven y saltan las chipas y a los pocos minutos están encerrados en cualquier parte.

—Me adelanto —les aviso—. Voy al baño.

Divertida, cruzo la acera y entro en el edificio sin avisar a nadie. Saco mi móvil y, sonriendo, porque él no tiene el mío, le escribo a Leo:

He tenido un día movidito. Te llamo más tarde.

—Quieta. —Me sujetan desde atrás al guardar el teléfono y me tapan la boca. El pánico penetra hasta mis huesos, la sensación de estar inmovilizada me ahoga—. Describe «movidito», sobre todo para estar prevenido.

—¿Leo? —digo con voz estrangulada, dejándome caer contra su pecho.
Pero me suelta.

—¿Has quedado con alguien aquí? —Me da la vuelta y niego, del todo sorprendida. Casi sin moverme. ¿Qué hace él aquí?—. Soy el socio de Eloy, amigo del prometido de tu amiga. ¿Qué te parece, gatita?

¡No puede ser!

—Eres un... —Me interrumpo e intento darle un bofetón que él esquivo y añado—: ¿De qué vas? ¡¿Por qué no me lo habías dicho?! He quedado como una tonta. ¡Una completa tonta!

—¿Qué te da miedo que descubra, Eva? —pregunta fríamente.

Desvío la mirada y doy unos pasos atrás. Aquí está él, elegante no, lo siguiente. Ha dejado su rollo informal que tanto me gusta. De negro y con camisa blanca, corbata y el cabello repeinado hacia atrás, aunque un pequeño mechón le cae sobre la frente. «Céntrate... ¡Conoce a Pamela!».

¿Eloy sabrá que nos hemos visto esta semana?

—No, nadie —responde él a las preguntas que me hago en silencio. Me puede leer el pensamiento, ¡estupendo!—. Eva, te voy a decir una cosa por primera y última vez. —Se acerca y, amenazante, me explica—: Tolerarás mis caricias. —Y luego añade—: Sólo las mías.

—Eso es cosa de prepotente.

—Quizá, pero un prepotente que te hará gozar como necesitas en la cama. Óyeme, tus orgasmos serán míos, sólo míos.

Me pongo la mano en el pecho, fingiendo sorpresa. Es un canalla.

—Esta noche, tú y yo vamos a emborracharnos, a olvidar para sentir. Y como somos vecinos, no hay problema para llegar a casa, ¿verdad?

¡Oh, Dios! ¡Es cierto! Todos estos días me ha engañado. Estoy a punto de reprochárselo cuando en ese momento entran los demás. Pamela y Eloy se detienen a nuestro lado. Yo termino alejándome de Leo, que esboza una de sus sonrisas...

—¿Ya lo conoces? —pregunta mi amiga—. ¡Es nuestro socio!

—El mejor arquitecto que conocerás jamás —añade Eloy, con una perversa sonrisa en la boca. ¡Él lo sabe!

—Sí, lo acabo de conocer. Ha sido un placer —mascullo—. ¿Entramos?

Mi amiga se acerca a mi oído y sisea:

—Vamos, a follar como locos. Os habéis gustado... ¿Te iba a besar?
¿Cómo se puede ser tan vulgar?

—Esa boca, Pam.

—Ya hablaremos tú y yo —me advierte con el dedo.

Pamela me empuja hacia dentro, subimos la escalera y me encuentro en medio de la fiesta que han preparado. El bufé está lleno de una gran variedad de comida y bebida, todo está dispuesto para la cena y, posteriormente, una fiesta. Me deshago de Pamela y me encierro en el baño por lo menos quince minutos, asimilando lo sorprendida y, además, receptiva que estoy al pensar en Leonardo Ferrer, que me ha engañado y que ahora no sé si se está burlando de mí.

Pero ha dejado claro lo que quiere desde un principio. Lo mismo que yo.

Hace tanto que no me siento así...

Cuando salgo están casi todos sentados. El resto a su bola y él... charlando con Sarah, muy cerca, cómodos y sonrientes. ¡Se ve que a ella le ha gustado! Resoplo fastidiada. Presumida, me toco el pelo, aunque creo que él no me ha visto.

Me acerco para servirme y a pesar de la gran oferta que hay, me ciño a mi dieta: verduras, pasta, pollo y arroz. Al llegar a la mesa, Pamela me guiña un ojo y me pide que me siente a su lado, y es entonces cuando Leonardo Ferrer repara en mí. Me sonrío seductor, comiéndome con la mirada al deslizar los ojos por mi cuerpo.

Sin disimular la atracción que siente. No tiene vergüenza.

—Ya estoy por aquí —apunto.

Saludo a todos con la cabeza, a Noel, a Omar. Me acomodo sin hacer ruido y me sirvo un vaso de agua. No quiero beber vino, que luego pasa lo que pasa...

—¿Dónde has estado? —pregunta Rebeca.

—Con un asunto —miento y empiezo a comer. Sé que él me sigue mirando y por ello mastico más rápido.

—Con sus cosas —interviene Sarah con desdén—, ya la conocemos.

Tamborileo con los dedos en la mesa, carraspeando. Pamela, que sabe de nuestros desencuentros, me aprieta el muslo y yo asiento.

—No pasa nada —la tranquilizo.

Leonardo deja de comer y se apoya la barbilla en la mano, estudiándome fijamente. Lo que provoca la risita de Pamela y Eloy, que están pendientes de nuestra posible aventura de esta noche. También hay ganas de llamar la atención por parte de Sarah, que finge que se le derrama la copa de vino, pero Leo sólo tiene ojos para mí, como yo para él. Rebeca y Erica se divierten con Noel y Omar. En las demás mesas todo está tranquilo.

—¡Pedazo de inauguración! —suelta Eloy y alza su copa. Doy un respingo por su grito, viendo cómo los demás lo siguen—. Por que esta noche sea inolvidable. Ya que Pam y yo... —miro a esta y la veo tan ilusionada que me uno al brindis y le sonrío— nos hemos comprometido y nos casamos dentro de pocos meses. ¡Estáis invitados!

Todos empiezan a gritar, a celebrarlo, y en una de esas, Leonardo y yo nos miramos. Me mojo los labios con el agua y él me hace un gesto con la cabeza, entiendo que pidiéndome que salgamos.

Bajo la cabeza, ingeniándomelas para que no adivine mi emoción.

Sarah lo mira y él le sonrío. Me incomoda su complicidad con ella.

—¿Qué hay de los padrinos? —pregunta Pamela eufórica.

Nos miramos unos a otros. ¿De quiénes habla?

—Eva. —Me coge las manos, con la lagrimita a punto de caer—. Quiero que seas tú.

—¿Yo...? —Le suplico sin hablar que no me haga eso.

—Por favor.

Me bebo el agua de golpe, dejando la comida a un lado. Sólo he disfrutado del pollo y de la pasta, no me entra nada más. Se me ha cerrado el estómago con estos acontecimientos.

—Está bien —cedo, abrazándola.

—Oh, vamos, ahora el del novio —se regodea Eloy, dirigiéndose a Leonardo y copiando con ironía nuestra escena. Él le sigue el juego—. ¡Vamos a celebrarlo!

Los dos decidimos aceptar por lo contenta que parece la pareja.

Eloy se come a besos a mi amiga, lo que me hace pensar que igual me he equivocado con él y que la quiere más de lo que yo creo. Supongo que será cuestión de ver su comportamiento durante los preparativos de la boda.

Empieza la música, dando el pistoletazo de salida a la fiesta.

—¡Eo eo eo! —grita Pam, saltando.

Suelto una carcajada. Está como una cabra.

—Voy por una copa —la aviso.

En cuanto me la estoy sirviendo con lo poco que queda en la botella que tengo más cerca, mi acosador particular aparece a mi lado. Disimulo una sonrisa por haberlo hecho venir hasta aquí.

—Tienes a alguien, ¿verdad? —No respondo y me bebo la copa de un trago. Poco convencido, él añade—: No, no creo que puedas estar con otra persona como deseas estar conmigo. ¿A quién has llamado cuando te has encerrado en el baño tanto rato? Me he quedado esperando tu llamada, Eva.

Lo miro y veo su mirada apagada.

—Quizá escribía un mensaje para ti. —Chasqueo la lengua—. Y, la verdad, a alguien no, tengo a mil si quiero... pero de momento estoy centrada en ti.

Irritado, me quita la copa vacía de la mano de malas maneras.

—Voy por otra, Eva, pórtate bien.

—Eso intento —contesto, más risueña que de costumbre.

Se da la vuelta y me guiña un ojo.

¿Qué tendrá este hombre que me tiene tan rarita...?

—¡Música! —chilla Pamela y me llama, alzando las manos a lo loco.

Me animo y me dirijo hacia ella.

—Esta canción es la pera —ronronea Rebeca, bailando pegada a Omar.

La canción es de Malú y habla de que él ha perdido, de la libertad que ahora siente ella... del error que fue él en su vida.

Me río y bailo con Pamela con los ojos cerrados. Entonces noto unas manos en mis caderas, un cuerpo arrojándose al mío. Sé que no es mi amiga, ella nunca ha bailado conmigo de ese modo. Son movimientos sensuales, atrevidos. Me roza. Me hago la tonta, y como tengo los ojos cerrados, nadie puede adivinar que sé que es Leonado el que se contonea detrás.

—Uy... uy —oigo a Pamela—. Qué fuerte...

Su aroma se cuele en mis fosas nasales, confirmándome lo que ya sé. Me desconcierta las libertades que se toma conmigo, pero a la vez me encanta que deje claro que existe algo entre nosotros y que plante a Sarah. ¿Y si esto que siento es deseo?

Abro los ojos, dispuesta a picarlo un poco, pero advierto el duro bulto que presiona mis nalgas y un gemido sorprendente que ahogo sin respiración me hace recular. ¿Me excita? No lo sé y necesito saberlo con urgencia.

—No voy a besarte, Eva —se burla él.

No quiero perder esta oportunidad y me doy la vuelta. Su mirada se encuentra con la mía, el abatimiento oscurece aún más sus ojos tan sombríos. Noto más pares de ojos sobre nosotros a la espera de mi reacción. Percibo que su cercanía me afecta y hago caso omiso de la aversión que a veces he sentido hacia él. Esa que me echa para atrás.

—Me voy a mi casa. —Abre la boca para soltarme una de sus frases. Se lo prohíbo al cubrírsele con un dedo. Lo chupa y añado—: Me gustaría que vinieras... Estás invitado.

Resopla y me dice con voz áspera, acercándose a mi oído:

—Jamás olvidarás esta noche.

—Odio las promesas vacías...

Veo que mi comentario lo incomoda y da un paso atrás. Aun así, miro a Pamela, que, como el resto, nos está mirando.

—Os veo mañana.

—¿Te vas? —Nos señala a los dos y suelta una carcajada—. ¡Disfrutad, la noche es joven!

—Sí —coincido, riéndome, y fijo la vista en otra persona, que se reconcome por dentro—. Hasta mañana, Sarah.

Cojo mis cosas y le sonrío. Me parece ver el odio en ella, pero no me importa. Espero a Leo en la puerta, y él aparece enseguida, muy erguido. Se siente triunfador, lo sé.

—Has bebido y yo conduzco —digo en voz baja, acordándome de mi padre.

—Estoy sobrio.

Le echo una mirada envenenada, que él esquiva con diversión entrando en el coche y encendiendo un cigarrillo que saca del bolsillo de su chaqueta. Yo también necesito uno; no obstante, me dedico a conducir, y le meto caña al coche, cosa que no le gusta a Leo, que trata de llamar mi atención dando unos toques en la palanca de cambio.

—¿Vamos? —pregunta impaciente al llegar.

Me vuelvo hacia su asiento.

—¿Cómo lo harás, Leo? —pregunto con incertidumbre—. Ya sabes que...

—Confía en mí.

—Hace mucho que dejé de confiar en todos —confieso, pero el hecho de que me coja la mano y me la bese con tanta intensidad me empuja a lanzarme al vacío—. Leo...

Él asiente con los ojos cerrados, presionando sus labios contra mi piel.

—Esta noche quiero hacerlo —digo en voz baja—. Confiar. Lo necesito.

Lo veo tragar saliva antes de soltarme y salir del coche, rodeándolo para abrirme a mí la puerta. No dice nada, se limita a pasarme un brazo por los hombros mientras caminamos hacia mi casa. El calor de su cuerpo penetra en el mío.

Al subir, resoplo, y le cedo el paso.

—¿Algo para beber? —pregunta cuando entra en el piso, esquivando a *Miau*, que viene a saludarme.

—Leo, no quiero...

—Sólo hoy —me implora—. Yo tampoco lo hago con más de dos copas.

Dudo unos segundos, pero la ansiedad de su mirada me ayuda a tomar la decisión. Saco una botella de vino y dos copas. Él se afloja la corbata y me pide que lo acompañe junto a la mesa de la cocina.

—No creo que con la bebida puedas obtener nada —digo con sinceridad.

—Ven, hálame de ti. —Nos sentamos frente a frente, serios—. No estés tensa, Eva. No te haré daño, te lo prometo.

«Ya he oído eso antes».

Sirve el vino en las copas y alza la suya. Yo lo imito con una sonrisa.

—Por nosotros —brinda, con una clara promesa en los ojos—. Esta noche vas a saber lo que es volver a estar con un hombre. Te voy a dar hasta que no puedas moverte. Tus orgasmos serán míos, ya te lo he dicho, ¿de acuerdo?

¡Hala! Me río. ¿De dónde ha salido?

—No seas fantasma —me burlo.

—Bebe, gatita.

Me relajo. Después de mucho tiempo, lo consigo sin tener que esforzarme mientras bebemos y nos conocemos en la intimidad de la noche... Pero

entonces se hace un silencio cargado de miradas intensas.

Un cuarto de hora más tarde nos encontramos igual, callados, bebiendo y fumando. De pronto no me gusta nada esta situación, porque retrocedo y es ahondar en una herida que no se cierra. Como cuando esporádicamente me refugiaba en la bebida para no pensar en mis errores... y los de quienes me empujaron a cagarla tantas veces.

—¿Quieres otra? —pregunto pensativa.

Echa la cabeza hacia atrás, apoyándola contra la pared, con la vista fija en el techo.

—Sí, por favor —responde.

Lo que tenían que ser un par de copas se convierten en cinco. El silencio es pertinaz; eso sí, avanzamos al acercarnos un poco, adivinando los pensamientos del otro, o, mejor dicho, haciendo el intento. Sus ojos procuran adentrarse en mi alma, descubrir mis secretos, y los míos averiguar sus intenciones conmigo.

Con la última copa en la mano, los dos nos acercamos al otro. Parece triste, desorientado y agobiado. ¿Qué piensa?

—He tratado de comportarme como si no sucediera nada, pero no puedo quitarme de la cabeza tus palabras —responde a mi pregunta no formulada—. ¿Qué fue lo que pasó, Eva? ¡Me mata la agonía!

No me gusta lo que siento. Retrocedo cuando intenta acariciarme con manos rígidas, me niego a aceptar su lástima y me marchó hacia la habitación.

En medio del pasillo, tropiezo por las copas de más que llevo y caigo de rodillas. Me hago daño y no consigo ponerme de pie. Leonardo me coge y, aunque lo golpeo como una loca, no me suelta.

—No voy a hacerte daño, Eva —repite.

Una vez consigue esquivarme y llevarme a la habitación, me deja en la cama, encima de la cual yo me alejo a la defensiva. Él se sienta en el borde. Sorprendido, perdido. Incluso diría que conmovido. Me encojo en la cama, contra la almohada. Vulnerable. Sé que espera verme llorar en cualquier momento, pero con una sonrisa forzada le demuestro que no lo haré. Esta noche se han acabado mis lágrimas. Soy fría... de hielo.

—Eva —dice con un suave carraspeo—, déjame ayudarte. Te lo debo y te

prometo que luego desapareceré de tu vida para siempre.

¿Me lo debe?

—Haré las cosas despacio, a tu ritmo, hasta que te acostumbres a aceptar caricias, besos, sin mostrar rechazo. —Aspira y apoya la frente en su mano, moviendo la cabeza. Está tocado. Parece estar mal de verdad—. Voy a quedarme aquí hasta que vuelvas a sentirte mujer, hasta tener la noche que te pido y como los dos necesitamos; luego me iré.

—¿Luego? Todos se van cuando los rechazo. —Hace una mueca de dolor—. ¿Por qué te quedarías tú obteniendo una negativa tras otra?

—¡Ya te lo he dicho!

—Pero ¿qué dices? —balbuceo—. Y no grites.

—Sé de lo que hablo... —insiste con frustración.

—¡Que no quiero compasión!

Se toca la cicatriz de la cara, con los dedos casi clavados en ella y asiente con una mirada tan terrorífica que hasta da miedo. Entonces me doy cuenta de lo fuerte que es. No tiene complejos a pesar de esa cicatriz. Yo misma no he prestado atención a este defecto, me he comportado con normalidad y es que realmente no me importa que la tenga. ¿Podría actuar yo igual con la de mi espalda? ¿Con mis heridas? ¿Y ellos ignorarla sin hacer preguntas?

—Eva, créeme, lo entiendo y no habrá dramas. Sabré hacerlo, te lo prometo. —Esboza una sonrisa que no le llega a los ojos y me acaricia la planta de los pies. Me hace cosquillas y los aparto con una risita. Estoy tonta—. Duerme, mañana hablaremos.

—Ven aquí —le pido, señalando el otro lado de la cama.

Me guiña un ojo, cumpliendo con lo que acaba de prometer: «no habrá dramas», aunque intuyo que hace un esfuerzo por ocultar su inquietud, como ha hecho en la fiesta hasta llegar aquí, y, tras tomar aire, se pone en pie. No puedo ni quiero dejar de mirarlo.

—No me mires así —me pide con evidente contención.

—No puedo evitarlo...

Frunce el cejo y ladea la cabeza como si hubiera tenido una idea.

—Pues lo disimulas bien —masculla.

Todavía reflexivo, se quita el cinturón y luego enseguida el pantalón. Tiene unos muslos fuertes, piernas bien torneadas. A continuación le siguen

la corbata y la camisa, mostrándome su portentosa figura.

¿Tiene otro tatuaje en el omoplato izquierdo?

—Es una bestia —responde. Se tumba pero mantiene la distancia y se apoya en un codo—. Está bien grabar en tu cuerpo las cosas que nunca olvidarás.

—¿Como ese beso que tienes...? —Señalo hacia abajo.

—Por ejemplo —confirma y se lo acaricia con melancolía—. El beso de una mujer que me marcó para siempre y que ha pagado un precio muy caro por haberme olvidado. —Se me cierran los párpados, agotada y extrañada tras su revelación—. Eva.

—¿Sí...?

Siento su aliento cerca, luego sus dientes mordiendo con ardor mis labios. Me dejo llevar. Ronroneo y me agito en la cama con los brazos levantados. Liberándome, desorientada. Sucumbiendo al placer. ¿Estoy soñando? No lo sé, ¿qué me pasa? Estoy sudando y noto ciertas sensaciones placenteras entre mis muslos, por los que resbala algo suave, ligero. Que no cede, que presiona con dominio. Me falta el aire cuando noto algo cálido contra mi sexo.

—Hmm —gimo entre balbuceos.

—Eva, ¿me sientes?

Qué pereza. Un sonido me hace dar un pequeño salto, pero desaparece enseguida, por lo tanto, no le doy mayor importancia y me acomodo mejor en la cama. Es mi cama, reconozco el olor. Estoy boca abajo, con la cara vuelta de lado sobre la almohada y el pelo en la cara. Me desconcierto durante un momento al sentir sobre mi espalda desnuda un reguero de besos que me cubre toda la estremecida piel.

«No, por favor. No».

Me niego a creer que esto esté pasando, sin embargo, las caricias no son inventadas, y mucho menos soñadas. El dolor me ahoga, la vergüenza me aplasta. Vagos recuerdos de horas atrás bombardean mi cabeza.

Leo enfrente de mí, quitándome el mono, las medias. La luz encendida. Sus ojos pendientes de los míos, de mi rechazo y de mi pudor, que están de por medio. Yo no queriendo que me desvista por completo, que me vea la

espalda. Las prendas cayendo lentamente y Leonardo Ferrer examinándome con melancolía...

Me acurruco en la cama, en posición fetal, sin hablar, pero dejo claro que quiero que deje de tocarme. Sé que ha visto mi marca y que se estará preguntando dónde y quién me la hizo. Suelto un gemido, porque Leo pasa el dedo por la cicatriz y trata de tranquilizarme.

—Lo siento —murmura y besa la herida. Aprieta los labios con fuerza. Me quiero morir—. Lo siento mucho.

—Déjame —gruño, y me tapo con la sábana. Él se aparta y me da espacio. Poco, pues enseguida noto que me roza de nuevo—. Vete.

—Eva —dice, mientras se coloca detrás de mí. Me arroja con el cuerpo y trata de abrazarme—. ¡Mírame, por favor!

—¡No quiero!

Más imágenes invaden mi mente.

Leo quitándome el sujetador, contemplando mis senos. Contenido. Sus manos llenándose de ellos. Mis gemidos, mi lucha interna. Su alarido. El castaño de su mirada nublado por la lujuria. Su dedo casi dentro de mí, excitándome... Algo húmedo contra mi cuello cuando él se refugiaba ahí, ocultándose la cara de mí...

—¡¡Eva, Eva!!

Aprieto la almohada contra mi cabeza porque quiero borrar cada detalle que pasa por ella como en una película. Quiero sentirlo, vivirlo con plena conciencia, no bajo los efectos del alcohol. Estoy hecha polvo, no es suficiente saber que de alguna manera no soy tan fría. Pero ¿de qué me sirve?

Nada parece real. Aunque doy cabezazos contra el colchón, me siguen viniendo más escenas.

Su dedo saliendo y yo resistiéndome. Mis jadeos controlados, el hormigueo en el centro de mi placer y rozando la locura al acercarse el orgasmo. Leo retirándose, impidiéndome conseguirlo. Sus ojos rojos, hinchados, tristes. Mi sexo ardiendo... apagándose al privarme de las caricias. El descubrimiento de la otra cicatriz, su cara de espanto al contemplar mi ingle sin volver a tocarla. Sus manos temblorosas. Su grito ahogado contra mi boca, que le imploraba que volviera a estimularme...

—Eva, que me mires te digo, hostia ya. —Quiere detener mi histeria,

pero no lo consigue y sigo dándome cabezazos—. ¿Quién te ha hecho la marca de la ingle? ¡¿Cómo?!

10

Todo se volvió confuso

Las noches posteriores fueron muy duras. Ya no quedaba rastro de Viviana en mí, era como si nunca hubiera estado en mi vida. Eva la había desbancado, y para mayor dolor, también me había traicionado. No de la misma manera que Viviana, la de Eva dolía más. La echaba de menos; ya llevábamos dos semanas sin vernos. La madrugada que la eché, llevándola a la puerta por la fuerza y luego cerrando con cerrojo, se fue llorando, con el corazón encogido, lo que supuso que me costara aún más tomar la decisión.

Estábamos a principios de marzo y mi mente se resistía a pasar página.

Entré en la cocina y Carlota me sirvió la cena. Una ensalada y pescado a la plancha con verduras. Me extrañó el poco apetito que tenía, pero aún así debía alimentarme y mantenerme fuerte físicamente.

—Ayer —empezó, la ignoré—... ayer vino otra vez.

—Dile que si lo hace de nuevo llamaré a la policía.

Me dediqué a comer y dejé el tema, quería zanjarlo de una puta vez. No le consentiría a Eva que echara por tierra mi dignidad, aceptándola después de haberse liado con otro. ¿Qué se había creído? La había tomado por una mujer con valores, incapaz de comportarse como lo hizo.

Me obligaría a no pensar en ella y la dejaría atrás.

En cuanto terminé mi frugal cena, me tumbé en el sofá. Echaba de menos

trabajar, la rutina que llevaba antes, cuando no paraba en casa; ahora en cambio no salía de ella. Para colmo, me sentía tan solo... Empecé a notar que el cansancio hacía mella en mí, estaba mentalmente agotado, pero antes de poder relajarme, sonó el teléfono.

Lo cogí de la mesa a tientas y miré la pantalla. Nervioso, porque Eva no dejaba de insistir, pero a pesar de que no iba a perdonarla, me sentí decepcionado cuando no vi su nombre reflejado.

Era Alba, mi hermana.

—Dime —respondí.

—¿Cómo te va todo? —Los dos nos parecíamos mucho y ese día noté que estaba triste—. Leo... queremos verte.

—No estoy preparado.

—No lo estamos pasando bien, entiéndelo.

—Imagínate yo. —Carlota pasó de largo, llamaban al timbre—. Paciencia y tiempo es lo que necesito.

—Vale... pero no dejes de llamarnos. ¿Necesitas algo?

Por orgullo, mentí:

—No, gracias.

—Te llamo en unos días.

—No. —Se lo prohibí, cerrando los ojos—. Ya te llamaré yo.

—Te quiero —susurró.

—Yo también, Alba. Lo siento mucho.

Desconecté el teléfono sintiéndome mal; por supuesto, odiaba no tener a mi familia a mi lado en esos duros momentos. Me dejé caer hacia atrás, pero cuando aún estaba en ello, Carlota apareció desencajada, jadeante.

—Está fuera... No le importan las amenazas.

—¡Hostia ya!

¿Tan arrepentida estaba? ¿Tanto me necesitaba? Yo me había acostumbrado a ella y ahora era todo más complicado. Nada me ilusionaba, los fines de semana habían perdido su sentido. ¿Y si...?

Le pedí a Carlota que la entretuviese hasta que yo se lo dijera y subí a buscar la cámara, que instalé en la sala, para grabarla de frente cuando entrase. Seguía teniendo su vídeo guardado... Mis miedos me impedían disfrutar de ella sabiendo que jamás sería mía a plena luz.

Una vez lo tuve todo preparado avisé a Carlota. Yo me quedé en mi habitación, desde donde, a través de la señal de mi móvil, veía lo que sucedía allí abajo.

Primero entró mi asistenta y confidente y detrás iba ella. Creí volverme loco, perder la puta cabeza. Verla moviéndose, contemplar a mis anchas su semblante fue la peor decisión que había tomado nunca. Estaba triste, cabizbaja, llevaba un vestido corto, negro, con chaqueta blanca. Era elegante, fruncía a menudo la nariz y no dejaba de tocarse el pelo.

La miré bien, mientras me encogía. Esa fue la primera vez que vi de qué color tenía los ojos: azules, intensos... pero ese día estaban apagados. Era más preciosa aún de lo que imaginaba.

Un pinchazo en el costado me dejó sin respiración. ¿Qué me estaba sucediendo? Se clavó en mí todo su ser. Eva. ¿Alguna vez iba a consentir que aquellos ojos me miraran de frente sin sentir pena o asco?

Hundí las manos en mi pelo, pensando qué hacer. Algo se movía dentro de mí al observarla con luz. Me hacía pensar en la Eva que conocía en la intimidad. Callada, receptiva, inofensiva... y necesitada.

—Dile que necesito verlo, por favor —le imploró a Carlota y se puso un mechón de pelo detrás de la oreja. Llevaba un descuidado recogido—. Es importante para mí.

—Sabes que sigo sus órdenes.

—No quiero causarte problemas —murmuró, retorciéndose las manos. Unas lágrimas cayeron contra ellas—. Pídeselo, por favor..., sólo hoy.

Carlota desapareció y pocos segundos después llamó a mi puerta. Miré por última vez la imagen de Eva Castillo, su eterna dulzura, su vulnerabilidad, que me dejaban trastocado. Sentía un revuelo en mi estómago que no era ni medio normal. Maldita fuese. ¡¿Por qué tuvo que follárselo a él?!

—Dile que suba —le pedí en un impulso, colocándome la máscara, que descansaba en la cama y que había evitado ponerme durante su ausencia; cada día era más molesta y pesada.

Con Eva había traspasado todos los límites, seguía rompiendo mis propias reglas y cayendo más bajo. ¿Por qué no detenía aquello de una maldita vez? Llamaron a la puerta y Eva se coló enseguida, como de costumbre, dándole la

bienvenida a nuestra intimidad a oscuras. Aun con una distancia considerable, su aroma invadió mis sentidos, lastimándome al confirmar mi desbordada obsesión por ella. ¿Cómo iba a salir de esa?

—Te echo de menos —musitó de pronto, con tristeza. Clavándome otro puñal. Necesitaba abrazarla—. Dime que tú a mí no y me iré para siempre.

«Qué ilusa».

—Nada volvería a ser lo mismo —repliqué, manteniéndome firme.

Lo tenía claro, la fisura que había abierto era profunda.

—Trataré de enmendar mi error, por favor.

Oí un paso con sus tacones.

—No te acerques —le advertí. Obedeció—. ¿De qué nos servirá caer en lo mismo, Eva?

—Para sentirnos plenos el tiempo que dure esto...

—¿De verdad piensas que eres mi plenitud? —la acusé en susurros, dando un paso hacia ella. Noté que retrocedía hacia la puerta—. No te equivoques, Eva.

Se hizo el silencio y luego una melodía empezó a sonar. Me alarmé; ¿qué era aquello y de dónde venía? Corrí hasta Eva, choqué con su cuerpo, que se tambaleó, pero yo quería otra cosa y le arranqué lo que llevaba en las manos, creyendo que era un teléfono móvil, algo prohibido en mi casa y que ella no podía usar allí, ya que así se lo había dicho.

Era un pequeño aparato cuadrado, ¿con un *pendrive*?

—Escúchala —fue lo único que dijo.

Era la canción de Dani Martín. Me concentré en la letra, que hablaba de lo que teníamos y habíamos perdido. De lo que habíamos inventado y ya no era. Significativa... profunda.

—Leo... me siento así. Me toca entender qué hacer con tus abrazos...

Oí cómo sus pasos se acercaban y, aunque quise rechazarla, sentí que mi mundo flaqueaba cuando sus manos heladas buscaron el consuelo de las mías. Estaba tan resentido con ella, aunque inexplicablemente le tenía tanta confianza... Quizá era absurdo, pero no podía evitar pensar todo el rato en que me había sido infiel. Y me dolía, me dolió su silencio de entonces, que se refugiara en mis brazos tras haber estado en los de aquel otro, y que no fuera capaz de confesármelo.

—Quiero que todo vuelva a empezar. Que todo vuelva a girar. Que todo parta de cero —gimoteó tarareando.

—Ya no se puede, Eva.

—Inténtalo —susurró y me cogió la cara. Sus manos parecían incluso más pequeñas, más delicadas. Su tacto era suave—. Te necesito, por favor.

Me incliné hacia su boca y rocé sus labios, secos, amargos. Sabían a café, a ella, mi estúpida adicción. Prolongué los segundos, reteniendo el aliento, con las aletas de la nariz abiertas por la contención, mientras a Eva se le aceleraba la respiración. Al abrir la boca y besar levemente su labio inferior, los recuerdos me acecharon y me acordé de que no era mía.

—No puedo ni tocarte. —Me retiré, solté el altavoz sobre la cama y me senté en el sofá del fondo, a la derecha—. Has estado con otro.

—Ya no lo quiero —sollozó. Noté cómo se acercaba su aroma y que se arrodillaba a mis pies, abrazándose a mis rodillas—. Me di cuenta al echarte de menos tras... tras sentirlo...

Contuve un gruñido. ¿Por qué me desgarraba el alma imaginar esa escena? Eva entregada a otro, acogiéndolo como a mí. Dejándose tocar por él, regalándole su placer, sus más íntimas caricias y, además, sin nada que los separara, como era mi caso.

—Lo he dejado para siempre, ¿sabes? Ahora, gracias a ti, me valoro, me alimento mejor, hago deporte y me siento más segura. —Se derrumbó y le acaricié el pelo, húmedo por el rocío de la noche. Me temblaron los dedos—. Adoro los momentos que paso contigo, este magnetismo, el erotismo que nos regala esta oscuridad. Esos cafés en la madrugada, mientras hablamos desvelados... Las risas. Sabes que ahora soy capaz de reír más a menudo.

—Llegaste rota —reconocí.

—Y me iré rota si pierdo lo que tenemos.

—Eva... —le advertí.

—Sólo —se trabó—... sólo es cariño.

La levanté del suelo de un empellón y la acurruqué debajo de mi mentón. La cubrí de besos, lo que suponía un avance para el perdón que me moría por ofrecerle, aunque me diera repulsión aceptar su cuerpo entregado a otro. La estaba viendo, sin luz pero la veía, ya conocía su tacto, su olor. Incluso el rubor de sus mejillas al calentárselas.

Sus frágiles dedos se aferraron a mi camisa. Sentí su profunda inspiración, me estaba oliendo, Eva restregaba la nariz por la piel de mi cuello, me recorría con besos interminables. Duraderos.

—Hoy he discutido con mi padre. Ha bebido y se ha gastado todo el dinero que tenía en casa, y sólo me dedico a pensar en esto para que aquello quede atrás. —Lloró contra mi garganta. La humedad de sus lágrimas se escurrió por mi cuello—. En tu abrazo, tu seguridad.

«Basta. Duele».

—No te prometo nada.

—Necesito los fines de semanas que tú me das —continuó, obviando mi advertencia y apretando los dedos en torno a mi camisa con impaciencia—. Déjame disfrutar de esto un poco más... Sólo un poco más...

—Sigue siendo una locura.

—Lo sé y no me importa.

Me recorrió la cabeza, la máscara, me hizo cosquillas en la nuca, cerciorándose de que yo estaba allí, y supe que habíamos cruzado una línea inquebrantable que nos destrozaría a los dos si no dosificábamos los encuentros... la pasión, el deseo y la conexión.

—Vete a casa —le pedí fríamente—, mañana hablaremos.

Se resistió, aferrada a mi pelo. Seguía llorando.

—Prométeme que me dejarás entrar...

—Te lo prometo, Eva.

Se incorporó un poco y depositó un tierno y salado beso en mis labios.

Cerré los ojos, suspirando por la mierda que me hacía sentir.

Ese día creí que nada podría complicar más las cosas, hasta que una visita inesperada, cuando yo estaba pasado de copas, se presentó en mi casa: otra mujer, para ponerme contra las cuerdas.

Viviana estaba allí, en la habitación de huéspedes, y con ella no me escondí. No supe por qué, o quizá sí, necesitaba que viera lo mal que estaba. Con la luz encendida y sólo con la gasa ocultándome la herida. Se quedó mirándome y yo a ella. Seguía igual de esbelta, despampanante, pero no se podía comparar con Eva.

No supe por qué la había dejado entrar, bueno, en realidad sí, me contradecía en cada pensamiento. Las copas de más que llevaba me hicieron perder el control; estaba borracho, me tambaleaba.

Sabía que al día siguiente me arrepentiría, pero estaba tan afectado por lo sucedido con Eva que todo me dejó de importar.

—Te he dejado subir para que veas el monstruo que soy —solté furioso—. ¡¿Qué quieres ahora?!

—Saber cómo sigues y despedirme... Me voy a París unos meses. Mi padre ha conseguido localizarte.

Resoplé, el padre de la niña mimada que no tenía dónde caerse muerto. La contemplé con asco, con rencor. Avergonzado por estar mirando a la cara a alguien tras lo sucedido hacía meses. Jamás superaría su mirada fija en la herida, su reticencia a acercarse a mí. Maldije en voz alta al imaginar que Eva haría lo mismo si me viera. ¿Podría soportarlo después de haber conocido sus caricias más ardientes y vivas? Era un calvario vivir así.

—Ya lo ves, estoy bien. Ahora vete.

Pero no supe qué pasó por su cabeza ni qué aconteció en el lapso en que la mía se hacía esas preguntas, pues Viviana se lanzó contra mí y me besó apasionadamente. La boca de Eva se hizo presente, recordándome que se había tirado a otro... y perdí la capacidad de pensar con Viviana.

—Lo necesitaba antes de irme —jadeó contra mi boca.

Todo se volvió confuso, su silueta iba y venía. La ropa volaba por los aires. El desenfreno la dominaba. Caí sobre la cama. Me dolía la cabeza y me escocían los ojos. Los cerré y, al abrirlos, la habitación daba vueltas sin parar y la situación había dado un giro de ciento ochenta grados.

Viviana sobre mí, desnuda, y ambos cubiertos con una fina sábana.

Viviana gritando cada vez que la penetraba y yo buscaba a Eva.

Viviana moviendo las caderas y exigiendo duras penetraciones.

Viviana mirando hacia la puerta, arañándome el vientre... y ocultándome a la persona a quien ella le dedicaba aquel violento contoneo.

Luego el llanto lejano de Eva tras pillarme en la cama con otra, aunque realmente era a ella a quien veían mis ojos a pesar de que ella no consiguiera verme del todo el rostro.

11

No le basta

No soporto que conozca los secretos de mi piel y que me toque como nadie lo ha hecho desde que esas marcas están ahí. Me duele, estoy rompiéndome, pero no debo mostrar debilidad. No ha mencionado la de la espalda, ¿por qué? ¿Y qué más da? Sólo necesito que se vaya y me deje sola, recomponer durante unos días mis pedazos rotos.

—Eva... —repite suavemente.

—¡Que te vayas!

—¡Eva! —Me zarandea y yo doy puñetazos a la almohada.

—¡Si no te vas, llamaré a la policía!

—¡Haz lo que quieras!

Pero no se mueve, sus manos siguen intentando obligarme a que lo mire, y yo termino aplacando mi ira, calmándome. Aprieto los párpados, pero las lágrimas ya no salen. No puedo seguir así. Quiero volver a ser normal. A llorar, a reír y a vivir como antes, y no soy capaz.

—Estoy aquí —lo oigo decir—. Mírame, por favor.

Me doy por vencida frente a sus súplicas y por lo destrozada que me siento. Necesito que me dé un abrazo y me diga que me sigue deseando a pesar de estar marcada... Lo que no sabe es que son marcas de otros hombres. Y me acuerdo de Torres, casi puedo olerlo como antaño.

Sentirlo cálido...

—Háblame, Eva. ¿Qué pasa?

Frunzo la nariz. Sin atreverme a mirarlo, me cubro el cuerpo con la sábana, me incorporo y me lanzo a sus brazos. Leo me estrecha con fuerza y ansiedad, como si lo estuviera deseando. Está ardiendo. Hundo las manos en su pelo con impotencia y me dejo llevar por primera vez en mucho tiempo. Permito que mi vulnerabilidad salga a flote, con la coraza a un lado, casi... casi olvidada.

—Tienes que irte —susurro—. Yo... yo necesito unos días para pensar.

—¿Qué tienes?!

—Por favor, Leo —imploro contra su cuello y otros sentimientos me destrozan. Recuerdo cuando hacía esto mismo con Torres, incluso me parece sentir su misma piel, reconocer su aroma. Estoy mal...—. Te llamo cuando esté preparada, por favor. Quiero esa noche que te prometí, pero no es fácil. Necesito días, necesito pasar por un proceso y avanzar.

—Quiero saber —dice y me aferra con más intensidad, casi me hace daño.

—No puedo... Lo siento.

Se aparta de mí sin soltarme y yo cierro los ojos. No puedo verlo. Entonces Leo hace algo que no espero y que me obliga a soltar un tenue gemido. Me besa los ojos, la frente, la nariz y la boca. Desesperado y ansioso, pero a la vez cómplice. Luego me libera y noto que se levanta de la cama.

Un poco más lejos, murmura:

—A esta Eva sí la reconozco, y es a la que quiero ver cuando estés preparada.

¿Qué está tratando de decir?

Me da igual, me da igual... ¡Él en su línea! Me dejo caer en la cama, abatida, y sin ocultar las marcas en caso de que él entre de nuevo. No supero esta etapa, y como hace mucho que no me sucedía, me duele el pecho; un dolor agudo me atenaza al pensar en lo que puedo perder si no me recupero y despierto nuevamente mi deseo con Leonardo Ferrer. El hombre que ha venido para romper mis barreras y al que necesito, sin saber por qué...

El lunes veintinueve de septiembre, al llegar a la inmobiliaria, siento que no puedo más. Me voy a volver loca. Me lo encuentro en cualquier parte y lo esquivo, tras saludarlo como si fuera un desconocido con el que casi apenas he cruzado una palabra. Él me da el espacio que le he demandado y espera que le pida volver a verlo. No lo he hecho, pero me abrumba con su presencia, su insistencia y su paciencia aguardando una noche de sexo.

¿Y si está obsesionado conmigo? Ni siquiera me importa... Estoy hecha polvo. Porque lo extraño, tontamente lo extraño, y cada noche me debato sobre si cruzar el breve espacio que nos separa, aquí y en casa...

—Eva. —Miro al frente, tras el escritorio, y veo a Pam. Me quito las gafas—. Voy a tomar un café; ¿vienes? —dice ella. Niego con la cabeza—. Eloy y Leo no van a venir.

—Ya, pero no me apetece —contesto, y le sonrío sin ganas.

Pamela entra y cierra. Va vestida muy formal, para su trabajo en el estudio. Está contenta con los diseños que está haciendo y yo orgullosa de ella.

—Vale ya, ¿no? —me regaña, sentándose al borde del escritorio—. ¿Qué es lo que ha pasado entre vosotros? Estoy perdida, Eva.

Hago garabatos con el bolígrafo en una hoja en la que estaba tomando apuntes. Mi amiga me obliga a soltarlo y me coge las manos. Me niego a mirarla.

—Hace dos semanas os vais de la fiesta con un tonteo que no era normal para un encuentro de ¿dos, tres horas? Y luego esto. No entiendo nada. Has perdido la confianza en mí y casi no hablamos.

—No estoy pasando un buen momento —susurro.

—Lo sé; Oliver no deja de llamarme para preguntarme por qué casi no les hablas ni a él ni a tus compañeras. Tu padre más de lo mismo, y mi hermano dice que en el gimnasio estás ausente. —Me acaricia con suavidad—. No me estás ayudando con los preparativos de la boda, cuando prometiste hacerlo, y no quedas nunca con nosotras, tus amigas. Ya basta, Eva.

—Pam...

—No, Eva, Pam está harta de que la esquives —me reprocha dolida—.

Leo no deja de preguntar por ti. Yo veo cómo te mira y no se acerca pese a las ganas que tiene de hacerlo. ¿Qué se lo impide?

—Yo —digo y la miro a los ojos, que están expectantes y tristes—. Pam, no soy la misma, cambié... Sé que sabes que me sucedió algo, pero, por favor, no estoy preparada para enfrentarme a ello.

—Necesitas tu tiempo.

—Sí... —Se me va la voz.

Asiente con la cabeza y mira de un lado a otro con el labio, tembloroso, atrapado entre los dientes. No sé qué decirle. De pronto, dos finas lágrimas se deslizan por su blanquecina piel.

—Ey, ey —murmuro y me levanto para consolarla—. ¿Qué...?

—Algo horrible, ¿verdad? Me lo contabas todo... Hasta lo de Abel, y luego...

Destrozada, me abrazo a ella y le acaricio el pelo.

—Fue horrible... pero lo estoy superando —la tranquilizo—. Sólo que ahora ha aparecido Leo en mi vida y, aunque ha dejado claras sus intenciones, tengo miedo.

—No deja de preguntar por ti —susurra. Me da un beso en el hombro y se aparta, señalando hacia fuera con la barbilla—. Ahí está... fumando y pendiente de nosotras. —No me atrevo a mirar—. Eva, no sé qué te ha prometido, pero necesitas a alguien especial, y él... él, cuando habla de ti es... No sé, me supera.

Me hago la tonta, no necesito decirle que lo que está buscando es pasar una noche conmigo para saciar su apetito y avivar el mío. Quizá le suene demasiado frío y no quiero que la condicione nada hacia Leo. Soy consciente de que lo protejo y se me escapa una sonrisa que hace que olvide la tristeza.

—Pam.

Ella asiente con un suspiro y deja de llorar. Le seco las últimas lágrimas y le sonrío, consiguiendo que se calme. Luego prosigo:

—¿Por qué un hombre como él querría estar con una mujer tan fría y poco receptiva como yo? Además de complicada...

Piensa la respuesta, sé que es porque me conoce demasiado y teme ser sincera, que me enfade. Pero a la vez sabe que prefiero las cosas a la cara, que, en una amistad, para mí es fundamental saber lo mejor y lo peor de los

amigos. Siempre con la intención de ayudarlos.

—Eva, porque en el fondo ve lo mismo que yo. —Frunzo el cejo y me muerdo las uñas. Ella me lo impide entrelazando nuestros dedos—. Ve a una mujer con una cara preciosa, rota por dentro y que desea salir de esa mierda en la que está metida que no la deja vivir como se merece. Y que no se abre para que los demás podamos ayudarla.

Bajo la vista. Pamela continúa:

—Se ha interesado mucho por ti. —Me besa el hombro—. No pierdas esta oportunidad. Sarah está loca por sus huesos. ¿Sabes qué ha dicho?

Me la veo venir, caldeando el ambiente que ya huele a chamusquina.

—A ver...

—Que le tiene unas ganas locas —ronronea exageradamente—, que ese corte en la mejilla la pone muchísimo, porque tiene una cara de malote... que quita el sentido.

Me rasco la nariz y asiento con tranquilidad.

—También ha dicho que tiene un culo... —Abre las dos manos y las cierra. La bilis me sube a la garganta—. Un culo para apretarlo y...

—Ya —la interrumpo. Trata de ponerse seria sin conseguirlo—. No lo voy a dejar escapar... de momento. Luego ya veremos qué pasa.

—¡Esa es mi chica! ¡Dale!

Chocamos los cinco y me río. Es genial estar con ella.

—Sal ahí fuera —me pide Pam con calma—. Hablad. Lo necesitáis. Él tiene que decirte algo importante y urgente.

—Yo también. Dame diez minutos.

—Voy a decírselo. Pasaré por ti a las cinco para ir a tomar algo.

Me da un beso en la cabeza y yo me emociono con su ternura. La necesito. Entonces miro a través de la cristalera para espiar a Leo sin que se dé cuenta, pero me pillan y nuestras miradas se encuentran.

Sus ojos, como de costumbre, entrecerrados.

Tiene las manos en los bolsillos, parece cansado y agobiado. No se está quieto. Va vestido con su estilo informal que tanto me gusta. Con el gorrito incluido. Yo doy media vuelta y me dirijo al baño. La mañana está tranquila y necesito despejarme. Quiero llorar y no puedo, y no sé con quién desahogarme. Me echo un poco de agua en la cara para refrescarme. Tengo

ojeras, no estoy durmiendo bien y eso me está pasando factura. En Prohibido no rindo igual desde que conocí a Leo. Tampoco me resulta tan natural ir al gimnasio cada día. Me planteo si es una pérdida de tiempo, si podría emplear ese rato en otras cosas... Con personas.

En fin, un lío mental de los míos, que me empuja a cambiar la rutina.

Me seco la cara con la toalla blanca y entonces la puerta de la calle se abre.

Me incorporo sobresaltada y miro a través del espejo al intruso que ha entrado en la inmobiliaria. Es Leo, con andares vacilones. Altivo... Chulo. Me cuesta tragar y hasta inhalar. Siento cosas al volver a tenerlo tan cerca. Al respirar su mismo aire... Cosas que me aturden.

—¿Qué estamos haciendo, Eva? —me pregunta en tono lento, sensual. Estremeciéndome—. ¿Vamos a seguir con las tonterías?

—Yo...

—Tú no entiendes y pones a prueba mis límites. Me has pedido unos días, pero es demasiado. —Viene detrás de mí y cubre mi vientre con sus grandes manos. Contengo la respiración—. Los dos estamos marcados por cicatrices. Ahora ya conozco las tuyas, vamos a cerrarlas. Confía en mí... Abre un poco las piernas, por favor.

—¿Qué?

—He cerrado la puerta con pestillo. Sepáralas —me incita tontorrón, jugando con el lóbulo de mi oreja. Obedezco, arqueándome. Su aliento me envuelve en un aura de misterio que me hace divagar—. Te voy a demostrar que nadie te puede encender como yo. Anoche vi que tu jefe quiso besarte y que tú tardaste en reaccionar, mientras me pides tiempo a mí. No me canses, Eva.

—Yo...

—Tú hueles tan bien y yo estoy tan enfadado contigo.

Me miro en el espejo. Mis facciones van cambiando y me transformo en una estatua, con la cara contraída, como si me doliera, y eso que apenas me ha tocado.

¿Me duele?

Sus dedos descienden hacia el triángulo de mi sexo por encima de la falda. Aparece la sensación de escozor en la piel, igual que si me pellizcara

hasta sangrar y continuara hurgando en la herida.

Casi no respiro cuando desliza los dedos por la cara interna de mi muslo y me sube unos centímetros la falda. Mi pierna, con la media de encaje, queda al descubierto y parece que a Leo le gusta mucho ese detalle, pues gime y pasa un dedo por ella.

—Dime que te gusta —suplica.

Me callo.

—Hostia y hostia —masculla—. No has podido camb... —añade entre dientes.

Sigue con su travesía por mi piel. Va despacio, intuye mi agarrotamiento. Al alcanzar la ingle, ralentiza el ritmo.

—Haz un esfuerzo —implora contra mi cabello—. Eva, por favor.

Abro un poco más las piernas. Leo mete lentamente la mano dentro de la braguita de encaje y me frota el clítoris con el dedo índice. Se me escapa un gemido y me sujeto del borde del lavabo. Mi mente intenta poner una barrera y expulsarlo de mi cuerpo. No me da tiempo, su dedo está dentro, sorprendiéndome y lastimándome por mi negativa a darle acceso.

—Leo... —jadeo sin voz.

—No —gruñe mientras me estimula—. Piensa en el momento, déjate llevar.

Hago lo que me dice y cierro los ojos. Pero enseguida noto cómo se le contraen los músculos del pecho y se sacude con violencia.

—Ábrelos, Eva.

Me niego, concentrada en nuestra intimidad. Froto el culo contra su duro miembro, incitándolo a que siga con la tortura de su dedo, que se ha congelado en el centro de mi cavidad. Reanuda el movimiento, y desliza el dedo de arriba abajo. Lo mete... arrancándome un grito.

Me arqueo hacia adelante, con una mezcla de sensaciones que no logro procesar. Reparte besos por mi cuello y me sujeta contra él con fuerza, aprisionándome cada vez más, lo que propicia que mi mente retroceda en el tiempo.

Noto mi humedad, me frota y su respiración se acelera, pero en mi cabeza se vuelan otras imágenes. El forcejeo, mis gritos, las lágrimas que corren por mis mejillas. La sangre.

Pienso en aquella noche y la humedad desaparece.

—¡Para! —grito desencajada. Lo empujo lejos de mí y levanto la mano, indicándole que no se acerque. Tengo un nudo en la garganta, siento que me desgarró por dentro.

—¿Qué es, Eva? —insiste afectado.

Me siento en el banco que hay junto al espejo y me tapo la cara. Las manos me tiemblan y la voz apenas sale de mi boca. No he hablado con nadie de este asunto y es una constante espina en mi alma. Un secreto lleno de dolor, de rabia e impotencia que necesito sacar.

—Un desconocido intentó... Intentó un... Cuando yo me fui de casa de alguien llamado Torres, a quien yo...

—No, no y no. —Me levanta la cara y niega una y otra vez con los ojos enrojecidos y muy abiertos—. ¡Dime que no!

—No pasó, pude escapar... Aunque me marcó, ya lo has visto —susurro, señalándome la ingle—. Y en esto me he convertido.

—Pero... ¿cómo?!

Me sobresalto, no esperaba que mostrara una reacción tan empática hacia mí.

—No quiero hablar más de ello —contesto.

Lo esquivo, sin valor para confesarle que eso no fue lo único que sucedió, que aquella noche me arrancaron un pedazo de mi vida, que venía a sumarse a la otra mitad que acababa de perder cuando terminé con Torres.

Él... me traicionó, me prometió cosas en la oscuridad de su habitación que no cumplió, a pesar de haberle entregado yo mi confianza tras habernos destrozado como lo hicimos. Quiero llorar, pero las lágrimas no salen, desde ese día ya no he podido dejarlas caer y desahogarme. Pamela tiene razón, estoy rota en tantos trozos que no sé si podré volver a recomponerme algún día. Y ya no puedo huir más del pasado, porque es ir contracorriente. El problema soy yo.

Me atrevo a levantar la vista para interrumpir este silencio, la calma. Lo que me encuentro me deja perpleja. Las lágrimas que no consiguen salir de mis ojos empañan los de Leonardo Ferrer, pero no se le escapa ni una. Su triste mirada refleja la amargura de la mía. ¿Qué vivencias ha tenido? ¿Por qué lo hirieron? ¿Qué lo lleva a ponerse de este modo?

Intento acariciarle la mejilla, pero él se adelanta.

—Me acabas de matar, ¿sabes? —Me estrecha contra su pecho y noto que tiembla tanto como yo. ¿Qué nos pasa?—. Eva —se lamenta—, tengo que salir de viaje por un asunto de la empresa, por eso quería hablar contigo. No quiero irme, no ahora. Pero no puedo fallarle a Eloy. Gracias a él he vuelto a retomar mi vida.

—¿Ahora? —pregunto desalentada—. ¿Ya?

Me dice que sí con la cabeza, tan desesperado como yo al pensar que se irá.

—Eva, dime que no perderemos el contacto. Que me esperarás para poder cerrar este agujero que se ha abierto en mi pecho.

¿Qué me está pidiendo?

—¿Y si se me va de las manos? —digo.

—No tengas miedo, por favor. Ya no.

Me estrecha con más fuerza y finalmente se separa. Me sujeta la cara entre las manos y apoya su frente en la mía.

—Acompáñame al aeropuerto —me pide desesperado—. Tenemos que hablar, Eva. Tenemos que hablar largo y tendido. Quiero decirte tantas cosas.

—Me dijiste que querías...

—He dicho y hecho tantas tonterías en mi vida. —Me besa y yo suspiro. Voy a echarlo mucho de menos. Estoy asustada por esto que siento—. Serán cuatro días, pero no será nada comparado con...

—¿Con qué, Leo?

Niega con la cabeza y me rodea con los brazos. Me acaricia la espalda. Yo, vulnerable, le permito que roce mi cicatriz por encima de la tela. Sus besos se suceden, impacientes, agónicos por mi cuello.

—¿Vamos? —pregunta con reticencia.

—Sí...

Cierro la inmobiliaria y me subo en su moto cuando él me tiende una mano. Acepto sin dudar, sintiéndome libre por tanto como arranca y me obliga a aferrarme a su cintura. Aquí me siento fuerte, valiente. Con la velocidad de la moto, Leo me transporta a otro mundo... Uno que se esfuma al llegar al aeropuerto y saber que tendré que despedirme.

—La moto la recogerá luego Eloy —explica, sacando del cofre de la

misma una maleta pequeña.

Lo cojo de la mano y caminamos por el aeropuerto. El hecho de que se vaya, de saber que entraré en el portal de casa y no estará, ya me hace sentir rodeada de vacío... Un vacío que me asusta, pero del que no huiré.

Leo se vuelve despacio hacia a mí con los hombros hundidos.

—No dejes de llamarme, por favor. —Le digo que no, sujeta a su mano —. Te aviso en cuanto sepa la hora de vuelta.

—Vale. —Espontáneamente, me lanzo a sus brazos—. Te espero...

Alargamos los segundos hasta que anuncian su vuelo.

—Odio irme cuando sé que te estoy recuperando.

—L-Leo...

—Te echaré de menos —susurra a unos pasos de mí.

Y mi corazón vuela hasta que ni yo misma puedo alcanzarlo.

El viernes estoy de nuevo en Prohibido, tras una semana de mierda. Hoy no he sabido nada de Leo. Nuestra última conversación fue anoche, larga, de por lo menos dos horas, como las noches anteriores. Mal acostumbrándome... Y hoy lo extraño tanto y estoy tan preocupada por la ausencia de noticias, que creo que voy a volverme loca. Pamela me indica que Eloy le ha dicho que no me preocupe.

—¡Eva, tu turno! —Dejo el secador y corro hacia es escenario.

Tras una primera y breve puesta en escena, por fin me vuelvo de cara al público. Debo seguir las pautas de Oliver, así que sacudo los pechos y los muevo con soltura. Contoneo las caderas y me arrodillo, hasta que llega el momento en que debo interactuar con los allí presentes.

Me bajo de la plataforma y me dirijo a bailar entre el público, subiéndome a las mesas. Inicio el juego y me saco una de las medias lentamente, mientras observo el babeo de mi admirador. Da asco. Hoy esto me apetece menos que nunca.

Voy a cada una de las mesas, bailando y provocándolos. Fingiendo que me gusta con una superficial sonrisa. Los hombres me piropean y me gritan, pero yo sigo con mi actuación de una mesa a otra, y cuando dirijo la mirada hacia la siguiente, me encuentro con él.

El pulso se me dispara.

No puedo creérmelo, me pongo nerviosa. Mi corazón lo reconoce y grita de tal modo su necesidad que me paraliza. Leo esboza una irónica sonrisa. Trago, suspiro y él me guiña un ojo. He de seguir y, al igual que con los demás, me arrodillo y me paso las manos por las piernas apenas rozándome la piel.

—Me duelen las manos de las ganas que tengo de tocarte —murmura Leo.

Rígida, me levanto y hago vibrar mi cuerpo entero. Sólo para él. Con un erotismo exagerado y unos movimientos tan sensuales que el griterío aumenta, al igual que la temperatura del local, en el que todas las miradas sólo se centran en mí.

—Vas a pasar una noche conmigo, y retozaremos como locos. Sí o sí.

Es lo último que le oigo decir a ese sinvergüenza, que no me suelta y que hace que unas torturadoras cosquillas me suban desde el estómago hasta la garganta. Lo deseo, ahora lo sé. Quiero que cumpla su promesa y que me ayude a volver a recuperar mi libertad sexual... Y luego ¿que se vaya? Los hombres me han utilizado en el pasado, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

No le estaré engañando, ya que conoce mi situación. Pero ¿a quién quiero mentirle? Esto está yendo muy lejos y me he aferrado demasiado a él...

—Ya he vuelto —articula sin voz—. Ahora me voy, no soporto esto.

¿Adónde?

Me vuelvo, sonriendo, y esta vez no es una sonrisa falsa. Estoy deseando saber cuál es su plan. Y entregarme a sus juegos hasta que, como dijo él, mi cuerpo lo acepte dentro de mí. Me desconcentro, maravillada... y decidida.

Con esa idea, el tiempo vuela y mi ansiedad aumenta.

—Eva —me llama Oliver, cuando estoy en la puerta de salida de Prohibido—, ¿todo bien? Te he notado distraída.

—Em... Sí, gracias. Todo bien.

—¿Tomamos algo?

—Lo siento, he quedado —miento esquiva. Mi jefe se da la vuelta y se marcha con la mosca detrás de la oreja. Pero no me importa, necesito largarme cuanto antes. Me sujeto el pelo en una coleta baja y salgo afuera.

Cuando llego a casa no tengo ánimo para nada, porque, en realidad, lo

que quiero es salir de mi piso, bajar al de abajo y reclamarle a Leo lo que me ha prometido. Pero ha desaparecido y no sé dónde está. Me pongo un fino camisón negro y me siento frente al televisor. Hago *zapping* y me encojo, abrazándome las rodillas. Se me están cerrando los ojos cuando llaman al timbre de casa, revolucionando a *Miau*.

—Chis —le pido para que se calme.

Miro por la mirilla y ahogo un grito. Vuelvo a respirar. Se me escapa una sonrisa y confirmo que sea cierto. ¡Sí!, Leo está en el rellano. Buf, me aliso el camisón y, fingiendo tranquilidad, agarro el pomo. «Vamos, Eva». Abro la puerta de par en par y él cierra al entrar, me acerca a su cuerpo enlazándome por la cintura, y dice con el tono más brusco y *sexy* que nunca he oído:

—Ya no me iré más sin que sepas todo lo que quiero decirte, porque no me da la gana. Aunque tú me lo exijas porque las cosas se tuerzan en algún momento. ¿Me entiendes? —Yo no digo nada—. Ahora tengo más claro que nunca que quiero estar contigo. ¿Que me has partido en dos? Completamente. ¿Que quizá no lo supere? Aciertas. Pero ¿quiero que lo intentemos? No te quepa duda.

No me lo puedo creer. Me está volviendo loca y no precisamente para mal. ¿Más claro que nunca? ¿Que cuándo?, me pregunto yo. ¿Ha dicho intentarlo? ¿Partido? Suena tan desesperado que me confunde y también me derrite...

—No te pongas chulo ni te comportes como si me conocieras, ya te he dicho que no me gusta. —Forcejeo para soltarme y él me agarra más fuerte. Trato de no reírme. Esto es serio y necesito respuestas—. Déjate de tonterías, que aquí la que decide soy yo. No te confundas. Me pediste una noche, un polvo para no volver a verte. ¿A qué viene este cambio?

—¿Y crees que podré conformarme con eso? —Me voy a desmayar, las piernas me flaquean—. He pasado unas semanas asquerosas, Eva, teniéndote tan cerca y a la vez tan lejos, y no me va a bastar con un polvo. Y sé que a ti tampoco.

—Yo... no estoy preparada para conocer a nadie más allá de...

—Chis. —Me silencia con el pulgar—. Deja que las cosas surjan.

Se ríe y ya me parece más entero, aunque no haya luz en sus ojos. ¿Está fingiendo como prometió, para hacerme olvidar? Qué pesada soy con las

preguntas. ¿Qué más da? Lo importante es que consigue que el triste incidente que le confesé quede allí, y que aquí quiera otra cosa.

Me quita las gafas que me pongo para leer y las deja sobre la mesa. Arrugo la nariz.

—Dime algo que no sepa nadie y que te ponga cachonda en la intimidad. —Me muevo inquieta—. No estoy bromeando, Eva, vengo a por todas.

—¿A qué viene esto?

—A que me encuentro con una mujer que baila de forma sensual, provocadora. Te recordaba tan... Quiero decir, esta noche parecías tan caliente, pero eres toda frialdad y no lo soporto.

—Es que esto es lo que soy, ¿no lo entiendes?

—No y no me resigno a que lo sigas siendo. —Se tira del pelo, agobiado por la impotencia. Me impresiona su reacción—. Responde a mi pregunta, Eva.

—¡Pues relájate!

Y por fin me libero con una sacudida.

Se le dilatan las aletas de la nariz, sé que se está conteniendo. Se pasa las manos por la nuca y otra vez se pasea de un lado a otro. Pero me mira... me espera. Y yo siento que se funde en mi piel.

—Piensa —masculla.

A ver, a ver.

«Piensa, Eva».

No es buena idea, me repito, no y no. Hubo algo que alteró mis sentidos en el pasado y que me superó hasta el punto de hacer que me doliera cada centímetro del cuerpo. Pero eso formaba parte del mundo de Torres, del que los dos inventamos y destruimos aquella noche.

Saber que me había grabado fue demoledor. ¿Por qué él sí podía verme y yo a él no? Sentí que lo que teníamos era una mentira y acabó de convencerme de ello al comportarse como lo hizo.

Una escena que ahuyento de mi mente. ¿Y si...?

—Tócame y... —Busco las palabras. Es inútil que me frene, más aún cuando él me tira del cabello y altera mi pulso—... Grábame...

Se queda inmóvil.

—¿Qué? No me jodas, Eva. ¡No me jodas, por favor! —chilla afligido y

tira de mí hacia él, obligándome a aterrizar contra su pecho. Advierto que se le ha puesto la carne de gallina y que, a pesar de su enfado, su miembro se despierta y aprieta mi muslo.

—Por favor, tú... —imploro jadeante mientras sujeto impaciente su pene entre mis dedos.

Él gime y, con ansiedad, se arrima a mi boca. Yo me pierdo, disfrutando de la sensación de poder tocarlo, pues me moría por hacerlo, y añado bajito:

—Déjame experimentar lo que es tocarte... Enciéndeme a través de ti.

12

Volvimos a caer...

Viviana no me permitió deshacerme de ella, se apretó contra mi miembro y, sin aguantar la presión, exploté en su interior; menos mal que, sin saber cómo, llevaba el preservativo puesto. Grité entre temblores, no tuve claro si por placer o por impotencia, ya que tenía la cabeza lejos de aquella habitación.

Cerré los ojos, avergonzado de mí mismo. ¿Cuántas veces me había prometido no volver a hacerle daño a nadie? Pero Eva había ayudado a que las cosas terminaran así. No quería abrirlos para no tener que ver a Viviana satisfecha de haberme atrapado en sus redes.

Unas horas... sólo unas horas habían bastado para destrozarse lo poco que quedaba entre Eva y yo. Su llanto retumbaba en mi cabeza, su dolor se añadía al mío. Las ganas de vomitar fueron inmediatas al pensar en Viviana. Esperé a que se retirara y me eché un brazo sobre la cara. Sentí que me daba un beso en el pecho, que no me inspiró nada, y apoyaba la cabeza ahí durante unos segundos.

Muchas noches habíamos compartido cama como esa vez, pero mis sentimientos habían cambiado por completo. Solía buscarla de nuevo, besarla salvajemente, mientras ella reía agotada tras horas cometiendo locuras.

Luego amanecía ansioso por no dejarla ir.

Le pedía otra noche... días.

Sin embargo, todo había cambiado, empezando por el hombre que se escondía dentro de mí y terminando por la mujer con la que acababa de cometer el error de revolcarme sin desearla. No dejaba de preguntarme cómo estaría Eva.

—Te he echado de menos... —murmuró Viviana y me hizo cosquillas. Me limité a encogerme—. Lo siento, me asusté.

—Ya no importa.

Suspiró.

—¿Quién era ella? —preguntó con un siseo.

—Alguien muy especial —reconocí.

—¿Más que yo? —Me acarició la mejilla y apreté más los párpados. Me dolía su contacto, ya que mi piel la rechazaba.

Pensé la respuesta, atormentándome, aunque ¿no era obvia?

—Vete, Viviana —le pedí al tiempo que la apartaba de mí. Al mirarla vi su decepción y no me importó nada. Me había dejado con el alma llena de nudos y cuando empezaba a desatarlos, aparecía como si nada. No era justo—. Ella ha sabido entenderme y valorarme más allá de mi físico.

Se me quedó mirando; esperaba que en cualquier momento rectificara y negara mi afirmación. Al ver que no lo hacía, se levantó desnuda de la cama y recogió sus prendas del suelo. Las mías mezcladas con las suyas, igual que lo habíamos estado nosotros dos. Tenía una actitud altiva, con el mentón alzado, contoneando sus llamativas curvas, las mismas por las que yo me moría meses atrás.

Viviana se vistió en silencio, mientras yo me sentaba y volvía la cara, ocultándole aquello de lo que ella ya había huido una vez. Pero no me reprochó nada. Era caprichosa y creí que en cualquier momento se pondría a gritar, proclamando los muchos valores y cualidades que ella tenía y el resto no.

El silencio duró hasta que estuvo vestida.

—Espero que seas feliz, Leo —musitó en la puerta, de espaldas. ¿Lloraba? Me mordí los nudillos. Había sido un estúpido al utilizarla en la cama—. Venía a despedirme, pero no te voy a mentir; esperaba que me dijeras que me necesitabas y que a mi vuelta podríamos...

—Lo siento.

No iba a engañarla.

—Más lo siento yo. Pensaba que nosotros...

—Ya no, Viviana.

Con la cabeza gacha, cerró la puerta y se marchó, con la misma discreción con la que había llegado. Me miré las manos, solo, pensativo. Extraño... ¿Qué iba a hacer después de todo lo sucedido?

Estaba hecho un lío. Eva no volvería, no debido a lo que había visto. Además, una parte de mí seguía resentido, dolido con ella. En ese momento entendí por qué había terminado en la cama con Viviana: el despecho me pudo y, aunque ya no sentía nada por ella, el amargo sabor que Eva me había dejado pedía una revancha.

Me pregunté para qué. También había hecho llorar a Viviana e, inconscientemente, cerraba cualquier tipo de reconciliación con Eva. No me hizo falta preguntarle a Carlota cómo se había colado Eva sin mi consentimiento, pues yo mismo le había hecho una promesa el día anterior: dejarla entrar y, pese a las negativas de mi asistente, no se daría por vencida. Y así había sucedido.

Y es que desde un principio lo nuestro estaba destinado a fracasar. ¿Cómo mantener una relación de tal calibre? Sin vernos, sin poder salir, refugiándonos entre cuatro paredes que no podrían durarnos para siempre. Nos cansaríamos, el morbo y el placer nos servirían de poco.

Otro podría darle lo mismo que yo multiplicado por mil y era hora de aceptarlo. Sin embargo, sufría al pensarlo.

Más días volaron encerrado en mi soledad. Me dolía el cuerpo por las horas que pasaba en la cama tras hacer deporte y poco más. No sólo me dolía el cuerpo, sino también las manos, la piel. Me moría por que Eva viniera y me acariciara, estaba desesperado por tocarla hasta perder la razón.

Caí en la tentación; tenía muchas horas libres para pensar y terminé poniéndome las grabaciones por la pura necesidad de verla, de volver a tenerla aunque no fuera real. ¿Qué más daba ya eso?

Pero no esperaba el impacto que sufrí al ver su imagen en la pantalla.

Amarrada, accediendo a mis caprichos. Aprecié que cuando estaba en movimiento sus facciones se veían aún más dulces y que me fascinaba hasta rabiarse. Al gemir, su boca hacía un mohín sugerente y su cuerpo se alteraba cuando yo le hablaba. Incluso distinguí el vello de su piel erizándose, su sexo empapado cuando recibía una orden.

Me tuve que levantar del asiento, prohibiéndome más tortura. Me serví una copa y bajé el volumen de la grabación. Su suave tono se había colado en mis tímpanos y mi estúpido corazón tronaba cada vez más fuerte.

Ya no podía más y, pese a todo, seguí resistiendo. ¿Cuánto duraría? Menos de lo que suponía. Al volverme y ver las imágenes de cuando Eva llegó a casa, suplicando que la recibiera... todo se vino abajo. Mis barreras, mi dolor. Eva era vulnerable y a mí me encantaba protegerla.

¿Cómo estaría?

«Olvídala ya», me ordené. Fue en balde... Pocos minutos después me encontraba con el teléfono en la mano, marcando su maldito número. La quería de vuelta en mi casa, en mi cama.

—¿Sí? —respondió con voz apagada.

—Eva, soy yo.

Tosió bruscamente. Tras esperar un minuto, no respondió. Inspiré hondo.

—Eva, por favor.

—Yo... Hablamos otro día, hoy estoy en la cama, indispuesta, y...

—Ven a casa —la interrumpí enseguida, preocupado. No soportaba la distancia. Su padre estaría en cualquier parte, emborrachándose y sin importarle lo mal que se sintiera ella—. Seguramente estarás sola y aquí no te faltará de nada. Te lo prometo.

Se calló. Oí chirriar la cama, ¿se estaba levantando? Me llegó su suspiro y casi pude notarlo contra mi cuello. ¿Qué me hacía esa mujer?

—¿Así, sin más? —se quejó bajito.

Me toqué el pecho.

—Tú también has estado con otro, Eva —le recordé y se me formó una bola en el centro del estómago. De asco, de celos—. Ven... hablemos.

Pronto oí su gimoteo.

—¿Y por qué con ella sí podías tener la luz encendida? —Sonó ida, mal.

Maldita fuese, ¿qué demonios iba a contarle?

Rebusqué en mi mente miles de excusas, ya que bajo ningún concepto estaba dispuesto a decirle la verdad. Se espantaría al comprender que había estado con un hombre desfigurado, y yo no podría con ello.

—Porque es alguien del pasado —empecé cauto, susurrando. Prevenido para expresar lo mínimo acerca de mis sentimientos con respecto a ella—. Eva, no sé si esto es lo que quieres escuchar, pero Viviana ahora no me importa nada. Contigo tengo algo diferente, hemos inventado otra manera de enloquecernos en la intimidad y no se puede comparar con un polvo por despecho al imaginarte con otro. ¿Me entiendes?

»No quiero perder esa conexión que tengo contigo incluso sin vernos. Reconozco que me sentí como una mierda al saber que no habías tenido suficiente conmigo, que le habías permitido a la persona que te hizo daño que volviera a tocarte y que, más tarde, te entregaras a mí... Sin embargo, he terminado haciendo lo mismo que tú. Ella me hirió y no quería volver a verla, pero tú, con tu comportamiento, me lanzaste a sus brazos. Estoy arrepentido, echo de menos que estés aquí conmigo. Y lo siento, es lo poco o mucho que puedo decirte para convencerte.

¿Todo eso lo había soltado yo? Estaba perdiendo facultades con las mujeres. Me había lanzado a la piscina, y sin sutileza. En vez de dejarle caer las cosas entre líneas... se lo decía todo sin más. Y tal como estaba la situación, eso no era nada positivo.

—¿Eva?

No sólo no respondía, sino que, además, no se oía nada.

—Eva, ¿estás ahí?

No, transcurrieron largos minutos y ella no dio señales de vida. Al principio me asusté, me dije que eran el cansancio y el malestar los que no le permitían responderme, hasta que entendí que esa era mi excusa para no aceptar que no quería volver a verme. ¿Encima yo era el culpable? Me quedé pensativo unos veinte minutos, barajando las posibilidades que tenía de volver a recuperarla, de cómo buscarla y obligarla a que regresara.

¿Para qué? «Porque la necesitas». No podía ser para otro, no aceptaba pensar que se desahogaría con otro cuerpo. Debía volver, debía volver.

Apagué de golpe el televisor, me puse la máscara y, cuando iba a bajar, oí que alguien subía. El sonido de unos tacones retumbaba en los escalones.

Carlota no podía ser, ¿entonces...?

—Torres, ¿puedo pasar?

«No te engañes, huye».

Inspiré con todas mis fuerzas, ya era imposible.

Lo estaba deseando con locura.

—Un momento —pedí, apagando la luz. Estaba cavando mi propia tumba.

Reconocí los nervios cuando fui a su encuentro. Mi temblor al posar la mano en el tirador. Le abrí un poco la puerta y ella entró enseguida.

Se detuvo tras cruzarla, de espaldas a mí, y yo, sin poder aguantar más el tormento al que me estaba sometiendo al privarme de su compañía, la atraje contra mí sin paciencia, sujetándola por la cintura, y apreté los labios contra su pelo. Suspiré con fuerza. Algo se removió en mi interior, intenso, desgarrador. Iba abrigada, tenía el pelo algo húmedo.

Cerré los dedos en torno a su vientre; ella se agitaba sin hablar. Sus hombros se movían y su respiración iba en aumento, ruidosamente.

Rocé la piel de su cintura y se la noté caliente, hirviendo.

—¿Tienes fiebre? —pregunté y le toqué la frente. Ardía.

—Sí... —murmuró con voz ronca—. Torres... yo... yo he venido en pijama. Sé que no es normal y que no es viernes, es jueves, pero... no quiero estar así de mal en casa, sola, sabiendo que aquí tú me vas a cuidar.

¡Maldita fuese, vaya si lo haría!

—Torres... —imploró y entrelazó nuestros dedos.

—¿Qué? —pregunté sin aliento.

—Mi único consuelo es que no fue en esta habitación... No vuelvas a tocar a otra mientras yo esté en tu vida, por favor.

Le di la vuelta con suavidad, le acaricié la cara, se la mecí con las manos agarrotadas. La tenía empapada, había estado llorando. ¡Señor! Apoyé mi frente en la suya, inhalando su aliento, estremeciéndome con su temperatura.

—Torres, me has hecho daño.

—Y tú a mí también —susurré.

Me armé de valor y la abracé; ella se cobijó de inmediato contra mi pecho, soltando un sollozo. La apreté, demostrándole con gestos lo que no era capaz de decir con palabras.

No podía renunciar a Eva, se había convertido en mi eterna obsesión. Estaba conmigo en el baño, mientras comía o hacía deporte, en la cama e incluso cuando me tomaba algunas copas. Estaba incluso al encenderme el cigarrillo y no tenerla a mi lado para cedérselo tras el sexo.

—No quiero irme todavía —me imploró y levantó la cabeza buscando la mía—. ¿Sabes que hoy hace tres meses que nos conocemos?

—Eva...

—Te he echado de menos —continuó, enganchándose a mi cuerpo, trepando hasta que se subió y puso las piernas en torno a mi cintura.

Iba a volverme loco. Sólo pude sujetarla, al tiempo que me rendía. Me besó los labios, suave. Me agitó, manipulándome.

—Estoy hecha un asco pero bésame, dame un poquito más.

—Se nos va, lo sabes, se nos va de las manos —gemí contra su débil boca, pero en vez de asustarse me mordió el labio. La tensión era insoportable—. Estás mal, Eva. Túmbate, le diré a Carlota que te prepare una sopa y un baño.

—Te deseo —susurró, rompiendo mis esquemas—. Hazme el amor.

Su súplica fue directa a mi corazón... y a mi entrepierna. Me puse duro. Mientras la sostenía firmemente por el culo y sin dejar de besarla, caminé despacio por la habitación, tropezando, inquieto. La llevé hasta la cama, me senté encima y senté a Eva sobre mis rodillas con toda la lentitud de que fui capaz, permitiendo que ella tomara la iniciativa.

Sin dejar de explorar mi boca se quitó la chaqueta y empezó a desabotonarme la camisa. Febril, desesperada. Metía las manos debajo de mi ropa, por el cuello, acariciándome sin cesar. Sentí un inesperado estremecimiento desde la punta de los pies hasta la cabeza. Eva conseguía que en medio de la oscuridad se creara magia; me quitaba el sombrero ante su buena predisposición siempre a arreglar las cosas.

Era como si no se hubiera ido, como si no hubiesen existido su torpeza y la mía. Ya no me quedaba su ausencia, allí estaba ella, con sus dóciles manos desnudándome. Sollozando. La mujer triste que había en su interior salía a la superficie. Me partía el alma saber que tenía miedo, lo notaba. Temía que llegara la despedida y que nunca más volviéramos a estar como en ese momento.

—Eva, ya, por favor —dije, enjugando sus lágrimas. Eran gruesas y noté su rostro más delgado, que sus finas facciones más marcadas.

¿Por nuestro distanciamiento?

La entendía. El sabor de sus besos era mi droga y me dolía reconocer que muy pronto tendría que darle la razón. Su forma de tocarme me había llevado a un oasis de calma, propagándola cada segundo que sus dedos recorrían mi piel. Y al mismo tiempo, su solo contacto me hacía gemir, acelerarme.

Pronto se le olvidaría a quién había pertenecido durante ¿tres, cuatro meses? Siempre habíamos tenido fecha de caducidad. Lo que habíamos creado no era real y ese día ambos lo tuvimos más claro que nunca.

—Mañana no trabajo —murmuró y me quitó la camisa sin dejar de acariciarme los hombros. El vientre. Me esforcé por no perder el control—. ¿Me puedo quedar?

—Sí.

No dudé.

Me tumbó hacia atrás y se arrodilló entre mis piernas. Su pelo me rozó el abdomen, el interior del muslo. Sobraron las palabras, y aunque tuve el impulso de negarme, no pude. Eva me quitó el pantalón poco a poco. Sus uñas no arañaban, se las habría cortado. ¿Estaría descuidada? Odié la cicatriz de mi cara. Quería encender la luz, ver cómo lo hacía. Seguramente le centellearían los ojos por la fiebre, tendría los labios de otro color...

Sus manos me incendiaban.

Quería ver su lengua contra mi húmedo e hinchado pene.

Se deshizo de mi bóxer y su boca ardió entre mis piernas. Me acogió en su boca, sin vacilar, y chupó desde abajo hasta el glande. Le agarré la cabeza y se la sujeté para que no dejara de hacerlo. Me lamió con la lengua, mientras sus dedos me estimulaban los testículos. La sangre se me subió a la cabeza, no veía nada, no podía pensar en otra cosa que no fueran los labios de Eva, abiertos, con mi pene entre ellos, siendo devorado. Sus afilados dientes ayudando a que la excitación llegara al límite. Casi en erupción.

Era sensual, delicada. Yo iba a romperme y ella no acababa con la infinita agonía. Gemí en voz alta y ahí entendió la falta que me hacía más caña. Su boca perdió la paciencia, sus dedos se hundieron en mi ingle y todo se aceleró. Lamidas, bocados, calientes chupetones hicieron que me

convulsionara cuando menos lo esperaba.

Había echado demasiado de menos esa sensación... y a ella.

—Aparta —gruñí, con el placer recorriéndome por entero.

Eva se retiró, me puse de lado temblando y allí se derramó la esencia de lo que su peligrosa lengua era capaz de hacerle a un hombre.

Y entonces me encelé de mi propio pensamiento. Si volvía a dejarse tocar por otro no lo soportaría. Estaba conmigo... no podía hacerme eso, sufriría.

—Te necesito —dijo con urgencia.

Me olvidé de mí, de la necesidad de seguir retorciéndome hasta que se extinguiera la llama que ardía en mi cuerpo, y me levanté con la intención de ocuparme de sus necesidades, de sentirla mía en esa noche tan apasionada y extraña. Ella me esperaba de pie, con el cuerpo flácido. Más baja de lo que solía ser, supuse que al no ir erguida.

Deslicé las manos por su nuca y se encogió un poco al sentir mi tacto. Acercándola, rocé sus labios al mismo tiempo que la ayudaba a quitarse la bata, que dejé caer a nuestros pies.

Era fina, de seda. Corta.

Hice que levantara los brazos y mientras acariciaba su vientre, sus pechos y sus codos, le quité la camiseta del pijama por la cabeza. Toda ella hervía. No me arrodillé o si no no volvería a subir y sabía que ella necesitaba sentirme dentro, latiendo y muriendo en su ardiente interior.

Tenía la piel suave, con un leve aroma a crema.

Eva se cuidaba. Estaba más erguida que cuando llegó, y confirmé que también más delgada. Me constaba que seguía dietas sanas, y hacía ejercicio casi a diario, lo que la ayudaba a estar más segura de sí misma. A quererse.

Se me escapó una sonrisa; era obediente.

—Dime que llevas braguitas rojas —le pedí y la rodeé, besando sus hombros—. No me gusta la ropa interior negra y no sé por qué. Aunque en ti seguramente todo se vería perfecto.

Más relajada y receptiva, la oí reír de forma discreta.

—Son negras, pero prometo no volver a usar ese color. Cada vez que venga traeré siempre algo rojo.

Me ponía como una moto en plena acción. Calmaba mi ansiedad, cerraba mis heridas. ¿Le pasaría a ella lo mismo?

—Te tomo la palabra —susurré, pasando las manos por sus caderas, explorando la curva de su espalda—. Y ahora ven.

Me senté en el borde del colchón y volví a dejar que tomara la iniciativa. Eva no dudó y se subió encima de mí a horcajadas, eso sí, con evidente torpeza, entrelazando las manos detrás de mi cabeza, acercándose a ella.

Sus duros pezones me provocaban al rozarse contra mi pecho.

Y, cómo no, Eva fue más allá, muchísimo más.

Empezó a bajar, a encajarme en su interior. No había nada que nos separara, de nuevo esa sensación demoledora de piel con piel. Abriéndose a mí, acoplándose en el centro de su ser. La imité y crucé los brazos por detrás de ella mientras forzaba el agarre, sin dejar espacios libres. Su boca y la mía resbalaban, presionadas y reprimiendo gemidos. Dejándome vencer y aceptando que Eva formaba parte de mi vida y que no la quería lejos.

Era mía, esa noche Eva fue más mía que nunca.

Cada caricia, cada beso manifestaba su pureza, su entrega.

Me perdí cuando por fin entré en ella hasta el fondo y me hizo sentir que formaba parte de su ser, que estaba hecha para ser mía. Se alzó con cuidado y, con suaves movimientos, bajó hasta que nos quedamos sin aire. Le estaba haciendo el amor, la estaba adorando. Mis manos no se cansaban de ella. Me rendí, me resistía a renunciar a algo tan placentero como tocarla y hacerla sentir mujer.

Fue la gloria adentrarme en su carne, en su calor, el mismo que yo no soportaba ya. Eva optó por cabalgar, seduciéndome, besándome. Fue posesiva, desenfrenada según aumentaba la locura. Yo necesitaba más y ella, de nuevo, me lo estaba dando. La noté tensarse, estrechar su cavidad en torno a mi pene y, aunque hice un intento de retirarla, ella ancló los tobillos contra mis piernas hasta que estallé en su interior. Me quedé paralizado, controlando los temblores, dominándolos.

Eva no podía, gemía dentro de mi boca y se sacudía con violencia.

—Te he echado de menos —confesó bajito, sin aliento.

—Y yo a ti. —Me rendí—. Eva...

—¿Q-Qué?

—No me prives de tu piel.

A continuación cayó contra mi cuello y yo hacia atrás, mientras me

parecía oír su lamento. La abracé y, después de tantas noches en vela, dormí completamente satisfecho.

Me despertó lo caliente que estaba Eva. Su frente debajo de mi mentón ardía hasta quemarme. Asustado, la retiré y me incorporé hacia ella, recordando que estaba enferma y aun así había salido de casa casi de madrugada para estar a mi lado. Me había permitido gozar de ella sin quejarse. No valoré su generosidad, primó mi poca consideración.

—Eva... —La zarandeeé despacio, confirmando la fiebre que hacía tiritar su ahora encogido cuerpo—. Eva, soy Torres; ¿estás bien?

—No lo sé... —balbuceó—. Creo que te quiero...

13

Grábame...

Me acuna la cara y se apoya en mi frente con los ojos cerrados. Tiene el cejo fruncido. ¿Qué estará pensando? Giro la cara y entonces beso la palma de su mano y cuando lo hago él suelta un intenso suspiro que impregna mi alma. No quiero que se vaya. En mi pecho vibra una abrumadora necesidad de que se quede conmigo esta noche. De que me bese y me haga sentir tan especial como me siento ahora.

—Necesito una copa —me dice tras el largo silencio.

Trago con un malestar que hasta me revuelve el estómago.

—Leo, mi padre se ha refugiado en eso para olvidar los problemas. Por favor, no bebas... —suplico y le acaricio la barba. Se sacude. No menciono otras noches en las que yo bebía entre otros brazos—. Yo bebí el otro día y no recuerdo nada. No es bueno. ¿Qué te...?

—Tócame, Eva. Hazme olvidar. —Me besa la frente y me aprieta aún más contra él. No controlo mi respiración—. Necesito sentirte sin tu frialdad. No lo soporto, Eva. Te necesito así, receptiva.

—Me han hecho daño, Leo. No sabes cuánto —susurro y le rozo la mejilla, la que tiene herida. Gime y me siento aún más identificada con él—. ¿Cómo te la hicieron?

—Un ajuste de cuentas; trabajaba como abogado y...

—... no lo aceptaron —me adelanto, sorprendida. Sé cómo actúan ciertas bandas que no acatan una sentencia. Más cosas en común: la profesión. Él asiente y por fin me mira. Hay tristeza y melancolía en su mirada turbia. Me afecta su forma de hacerlo—. ¿Te costó superarlo? Yo sigo sin ser capaz de hacerlo con mis cicatrices —confieso aturdida.

—Me sentí un monstruo, Eva. Y por eso abandoné mi profesión. A mi familia... Perdí todo lo que tenía, hasta el dinero.

La bestia del tatuaje... Asiento, rozando su boca, deseando conocer más de su oscura vida y, a la vez, no quiero seguir oyendo ese tono tan perturbado en su dura voz. Me gusta picarón, directo, a veces pesado.

Le sonrío y hablo de mí.

—Yo también soy abogada, pero no quiero ejercer.

Suspira y hace una mueca.

—Yo ahora tampoco —dice mientras baja las manos por mi espalda y mis brazos desnudos. Su respiración se acelera—. Me gustas así, tranquila. Tú.

—Leo...

—Quiero hacerte sentir, Eva. No te niego que me estoy muriendo por fundirme en ti, besarte hasta que me falte el aire. Repasar todas y cada una de las curvas de tu cuerpo como si nadie lo hubiera hecho antes. Te prometo tener paciencia... pero tócame de una vez.

Con la boca seca y el eterno escalofrío que recorre mi cuerpo, le cojo una mano y se la beso antes de llevarlo a mi habitación. Camino delante, sin apartar los ojos de él. Leo no dice nada mientras nos dirigimos al fondo del pasillo. Una vez entramos, lo suelto y me quedo observándolo. Su mirada se clava en mi cuerpo y en mi cara, la suya es el reflejo de mi agonía y me impresiona.

Hace mucho tiempo que no conozco a nadie que me haga querer sentir más que deseo, ahora en cambio quiero una nueva ilusión. A alguien especial que me plante cara como él. Le sonrío, mordiéndome los labios. El tiempo se detiene mientras yo espero, pero no me regala su sonrisa de vuelta, la que estoy deseando que me dedique. Parece agobiado y no me gusta.

—¿Qué tienes con tu jefe, Eva? —Me quedo atónita. Sabe que soy una mujer independiente y añade desganado—: No tengo derecho, lo sé, pero

quiero saber a qué me estoy enfrentando.

—Hemos tonteado y nos hemos besado alguna que otra vez —confieso y veo la furia que guarda y calla.

Lo miro a los ojos y empiezo a quitarle la cazadora con dedos trémulos. Se tensa y se rasca la barba.

—Esta semana lo ha intentado de nuevo —continúo y tiro la chaqueta sobre la cama. Le desabrocho los primeros botones de la camisa, adivinando su contención—. Pero no puedo...

—Si quieres seguir conociéndome, eso se acabó —me advierte mortificado—. Tu ex, ¿qué me dices de él?

—¿Qué sabes tú de él? —pregunto helada.

—Nada, pero supongo que lo tienes —contesta y yo me relajo.

Lo rodeo y le quito la camisa desde atrás. Él me ayuda sacudiendo los hombros.

—Eva, ¿cuánto hace que no estás con un hombre?

No quiero mentirle.

—Desde aquella noche...

Paseo las manos por las líneas marcadas de su trabajada espalda y me quedo con la mirada perdida en su tatuaje, la bestia. Me sujeto a sus brazos y planto los labios en el dibujo de su piel. Leo suelta un inmenso gemido, sus músculos se hacen más visibles y tensos.

Desde atrás, avanzo con los dedos y, temblando, los meto despacio dentro del pantalón. Leonardo se agita violentamente, con los brazos a los costados. Recorro su maravillosa complexión y su zona íntima, sin renunciar a su tatuaje, que me impresiona por su realismo.

—No juegues, Eva. Tengo poca paciencia y ese tatuaje puede cobrar vida dentro de mí. —Me mira por encima del hombro y añade—: No voy a dejarte escapar. No quiero que nadie más te haga sentir como lo haré yo. Tus orgasmos siempre serán míos.

Vuelvo a sonreír y a él se le ensombrece el semblante, pero eso no empaña mi alegría, porque he decidido que quiero que sea «mi bestia». Lo rozo con los labios y, finalmente, aparto su bóxer y rodeo su miembro con los dedos. Me mareo, lo que experimento es increíble, hacía mucho que no me sentía de esta manera tan exaltada. Leo está excitado y enloquece, pues me

coge la mano izquierda y me roza la palma con la lengua, rudo y erótico.

—¿Te has visto con otra esta semana...? —se me escapa.

—No puedo, Eva —masculla contraído—. No desde que te besé.

Madre mía. Estoy hecha un flan, me derrito. Aprieto su miembro y hago amago de deslizar la piel hacia atrás, pero me contengo. Juego con él. Estoy tentando a la suerte, porque de no conseguir lo que deseo y lo que estamos empezando, se irá todo al traste... y me niego. Acercó la boca a su nuca, postergando el momento de darle placer. Lo chupo, él gime y una punzada dolorosa y excitante me traspasa todo el cuerpo y se hunde en el centro de mi sexo.

¿Qué está pasando...?

—No pares, Eva.

Salto al vacío.

—Quiero que nos grabemos mientras nos tocamos —murmuro contra su piel y lo masturbo una sola vez. Se sacude y se endurece aún más. Yo trago saliva—. Lo necesito, por favor.

—Me vas a hacer perder la cabeza —gruñe—, pero hazlo.

Saco la mano de su pantalón y, por última vez, beso su tatuaje con los ojos cerrados. Estoy sintiendo algo, es imposible negar las cosquillas que suben y bajan por mi vientre cada vez que nos tocamos. Me pongo a rebuscar en mis cajones. No sé dónde estará la cámara, no la he usado aún desde que me mudé. Saco ropa, bragas...

Pero Leo llama mi atención y las señala con una mueca que no sé descifrar. Parece que no le gusta lo que ve.

—¿Todas negras?

Asiento y sigo buscando. No le digo por qué siempre compro la ropa interior negra. Es aposta. Torres mencionó que la odiaba y yo no lo olvidaré nunca; me las pongo así para fastidiarlo, incluso sin saber de él. A veces lo recuerdo y me dan ganas de vomitar de nervios. Los momentos vividos a su lado, mi felicidad... mi tristeza.

«Déjalo, Eva».

Cuando estoy a punto de dar por perdida la cámara, aparece en el canapé. Me toco el pelo y, temblorosa, la coloco justo enfrente de la cama y me sitúo en el centro de esta, de rodillas. Con el dedo índice le indico a Leo que se

acerque, pero él sigue mirándome de una forma que me descoloca. Vacila y luego, bruscamente y con la poca paciencia que dice tener, se quita los calcetines, se baja los pantalones y lanza el bóxer contra la pared, haciendo que esté ansiosa.

¿Se puede ser más caliente y seductor?

Creo que me tiemblan las rodillas cuando su desnudez se expone con total libertad. Quiero... quiero, ¡Dios! Trago saliva. Quiero ese cuerpo sobre el mío, y sus besos. Que sus enormes manos me desarmen. Sentir su calor dentro de mí.

—Mírame, Eva.

Se pone de lado y me percató de que lo hace mostrándole a la cámara el perfil donde no tiene la cicatriz. Yo sí la veo. Entonces se coge su portentoso pene y, con la cabeza echada hacia atrás, empieza a masturbarse de forma atropellada. Inspiro hondo, agarrada a las sábanas. La humedad entre mis piernas me demuestra que sí puedo, que estoy excitada.

—Por favor —susurro.

Sin miramientos, me quito el camisón y lo tiro a un lado, dejando mis pechos al aire sin sujetador. Leo resopla mientras me contempla los pezones que están clamando por su atención. No lo soporta y agita la mano con más rapidez. Miro hacia la cámara, que nos está grabando. No sé qué hacer con las braguitas, ni si quiero que la marca se quede grabada, pero no puedo perder tiempo. Me olvido de la vergüenza y me desprendo de ellas, las lanzo contra la cara de Leo. Él las coge al vuelo y se las aprieta contra la nariz, atragantándose.

Otro latigazo de placer impacta en mi sexo.

—Quiero este sabor en mi boca —brama—. Negras...

No puedo creerlo, el morbo me vence y caigo en la cama con las piernas abiertas y un dedo en mi interior. Lo muevo con urgencia, sin ningún tipo de pudor; nunca lo he tenido en el sexo, y miro al hombre que me tiene anonadada. Leo aprieta la mandíbula y un ronco sonido brota de su garganta. Mis fluidos mojan mis dedos, los suyos brillan en la punta de su gruesa hombría. Quiero lamerlo y sentirlo en mi boca.

—Ven —le pido.

—¿Estás segura? —Cierra y abre los ojos.

—Por favor...

Leo no lo duda más y de un salto se tumba a mi lado con una sonrisa preciosa y blanca que me deslumbra. Sustituye su mano por la mía y yo lo sujeto, tímida, como si fuéramos dos adolescentes que no saben qué hacer. Los dos nos quedamos sin aliento, ansiosos y cautos, hasta que, sin compasión, me coge la cara con la mano libre y me besa con un gesto de posesión que hace que suelte un gemido desgarrado contra su boca.

—Relájate.

Deseo entregarme a él. Leo pasa la mano cerca de mi pecho y rodea suavemente el pezón. Sigue bajando hasta que su mano descansa en mi cavidad, con la intención de penetrarme con un dedo; yo me cohíbo y me encojo. Me mortifica su intromisión en mi cuerpo, me aflige su dedo que se aprieta y su boca que no me deja retroceder.

—Te deseo, Eva.

—Leo —susurro. Por momentos es para mí como una sombra.

—Dime —dice, sin dejar de besarme con apremio.

Su anhelo es más fuerte que mis miedos y, frenética, muevo la mano de arriba abajo, masturbándolo, y con la otra enredada en su pelo descargo mi agonía. Estoy fuera de mí.

—¿Tomas algo? —pregunta, sin dejar de gemir. Con los ojos casi cerrados y algunas gotas de sudor bañando su frente.

—Píldora...

Frunce el cejo y agita la cabeza. La vena del cuello parece a punto de reventarle cuando mi mano llega ahí y sus aullidos se tornan desesperados. Me centro en mi lubricación y en lo mojada que aún estoy, en prohibirme que él deje de tocarme.

Leo me acecha y, con rapidez, al tiempo que acelera los movimientos, empieza con mi clítoris, mientras yo le suplico casi llorando que me siga estimulando. Sin embargo, no lo soporto cuando trata de introducir un dedo.

—Para —gimo, apartándome y mirándolo a los ojos. Niega con la cabeza—. Para.

—No. Quiero tocarte toda... —gime—, pero me controlo, no pretendo hacerte daño.

Tiene la boca enrojecida y los ojos llenos de lujuria. De deseo y de...

¿qué es? Admiración, quizá. Suplico que no sea pena por lo poco que valgo como mujer.

—No puedo —susurro.

—Claro que puedes —se impone. Lo suelto dolida, Leo gruñe y miro el techo. No tengo valor para seguir—. La cámara, no lo olvides, Eva.

—Apágala...

—No voy a hacerte daño, ¿vale? —Se incorpora un poco y se apoya en los brazos, de modo que queda sobre mí, pero sosteniendo su peso con las manos—. Tranquila, Eva.

—Que no puedo —insisto entre dientes.

Descansa su frente en la mía, con semblante tenso, y deposita tiernos besos en mi boca reseca. Pero en cuanto lo siento con tanta fogosidad, mi lengua sale a buscarlo y él me la muerde. Yo la meto y Leo me tiente con la suya. De pronto, nos perdemos en los labios del otro. Me absorbe y deja que su cuerpo y el mío se toquen. Los dos gemimos y, no sé por qué, me emociono por las sensaciones que me provoca. Las interminables sacudidas sin haber llegado al orgasmo me sobresaltan.

«Sal de esta pesadilla, Eva».

Me pide que me arquee levantando mi cuerpo por la cintura y mete la mano entre mis piernas. Introduce un dedo, sin que yo trate de alejarme. Doy un bote y suelto un gimoteo entre la sorpresa y el éxtasis. El volcán que está encerrado dentro de mí toma forma y noto la fiebre, el placer, la erupción. Empiezan los temblores que hace tiempo dejaron de existir, casi me convulsiono sin sentido.

Él aguarda, pero yo quiero más y me contoneo. Entonces lo entiende y vuelve a enterrar el dedo. Creo morir... No se interrumpe. Cautamente, insiste con otra penetración y yo abro más las piernas. Su dedo se apoya en mi abertura y entra y sale, haciéndome perder el control, y levanto las caderas para salir en su busca, con chillidos estrangulados que no reprimo. Me desarma al frotar mi sexo con la palma de la mano.

—Leo —gimo—, no pares, no pares.

—Nunca. —Me sonrío, metiendo el labio hacia dentro.

Frente a su sonrisa casi pierdo el conocimiento. El juego ha avivado mis sentidos y soy presa del deseo, de él. Leo me sujeta por las caderas e intenta

guiarse dentro de mí, cauteloso, mientras crea chispas que arden a nuestro alrededor. Me muerde el labio, casi gritando a medida que nota mi sexo expuesto para él.

—No... —gimo.

Hace un nuevo intento, esta vez más pausado y con los brazos agarrotados a ambos lados de mi cara, muy próximos a sujetarse del cabecero. Sin embargo, empuja y me vuelve lastimar. Suelto un grito, y él al oírlo retrocede y acaricia el botón de mi sexo hasta que le debe de doler la mano. Frustrado, describe círculos, desliza el dedo de un extremo a otro y repite la acción. Yo, con el pulso disparado y casi sin aliento, siento cómo me atraviesa y lo acojo con la suficiente humedad como para que no me duela.

Leo no para. Dos, tres y hasta cuatro dedos se clavan en mi interior. Dentro, profundamente y sin límites. Creo que voy a morir por lo que desprende mi libido recién despertada. Lo cojo de la nuca y lo beso, desbordada por el placer.

—Así te quiero ver —gruñe y me muerde el labio superior. Me aprieto contra sus dedos y me levanto, meneándome a su compás, sin dejar de mecarme—, sólo conmigo, Eva.

Jadeo y me restriego contra sus hábiles dedos, sin poder estarme quieta. Necesito tocarlo, pero no puedo por lo cerca que estamos. Dejo caer la cabeza hacia atrás y Leo me chupa el cuello, desliza la lengua con apasionados movimientos. No puedo más, no puedo... y estallo en mil pedazos.

—L-Leo...

Debilitada, me revuelco de un lado a otro, gritando y sollozando. El placer sigue destrozando mis esquemas, elevándome. Me consume. Es una oleada que no se interrumpe. Agonizo, arqueada hacia arriba, al tiempo que busco al hombre que ha conseguido esto. Abro la boca en busca de aire y creo que le sonrío, y le robo un beso. Feliz... un poco más completa.

—Voy a darte como necesito, por mi vida que lo haré. Hasta que estés tan caliente que salgas ardiendo y yo tenga que apagararte con mi manguera.

¡Señor!

Su forma tan brusca me enciende, lo sabe. Leo me abraza y luego me abre de piernas para él. Todo se vuelve oscuro, y me asusta por su poco tacto en el gesto. Otras imágenes me violentan y él, que intuye qué me está pasando, me

agarra las dos manos por encima de la cabeza, dejándome a su merced.

—Estamos jugando —me tranquiliza.

Hiperventilo. Su erección me señala, dura, firme y empapada.

—Ábrete para mí, Eva —susurra.

Con la boca seca, lo intento.

«... Zorra, esta noche vas a conocer a un hombre. Abre, ¡ábrete!».

Los gritos, las imágenes me atormentan. Me suelto de él y me tapo la cara, desesperada. El pavor me puede y el dolor es demasiado agudo.

—Para... —gimoteo, pataleando.

—Chis. —Pone un dedo en mi boca y baja los labios con un recorrido vertiginoso por mi clavícula hacia mis pechos. Presa de la ansiedad, le rodeo la cintura con las piernas y rozo su miembro, que clama por hundirse en mí —. Son preciosos, Eva. Estás tan buena como... Eres perfecta.

Me coge del mentón y me exige que mire el lametazo que da en mi pezón. Le clavo las uñas en los hombros sin piedad y él me muerde, y al hacerlo empieza de nuevo la tormenta en mi cuerpo, que ha vuelto a perder el control. Me arqueo mientras busco su boca, sus roces. Leo fricción nuestros sexos, ahogado en mis senos, en los que se deleita juntándolos y acariciándolos con más fuerza.

—Eva —gruñe y se restriega—. Señor...

—Ah...

Me tenso al ver lo que viene y lo acorralo, desintegrándome en la cama. Esto... esto... ¡Dios! Doy un bote hacia adelante, con los ojos fijos en la cámara, mientras Leo se funde en mis pechos y se desquita de su desmesurada hambre con mis pezones.

—Y-Ya...

Tiemblo... Grito... Me quejo... Sollozo... Flácida tras el intenso orgasmo.

—Eva —dice y se mueve para colocarse dentro de mí. Sigo temblando, exhausta... y mojada a más no poder—. Cuidado.

—¡No! —grito, arrastrándome hacia arriba y alejándome.

Tengo náuseas. Este olor a sexo, a pieles mezcladas y sudor me recuerda a la oscuridad. A Torres. A cuando se desplomaba sobre mí tras haberme invadido como Leo quiere hacerlo.

—De acuerdo —dice, dándose por vencido—. De acuerdo. Tranquila.

Le cuesta alejarse, la vena sigue latándole en el cuello, muy cerca de estallarle. Lo empuja y se retira a duras penas, necesitado de desahogarse sexualmente, y se echa en la cama de costado.

Se pellizca la nariz y masculla improperios, bajito.

—Lo siento... —murmuro.

—¡Odio esto! —exclama.

—Yo también... Leo. —Me vuelvo hacia él y, salvaje, le chupo el mentón. Demostrándole que puedo ser una fiera en la cama—. Gracias, te juro que voy a recompensarte, sólo dame tiempo.

Desconcertado, se toca la mejilla herida y advierte:

—Quiero los nombres de las personas que te han hecho daño, Eva. ¡Quiero saber todo lo que desconozco!

—Dame tiempo —repito—, un poco.

No es fácil confiar.

Beso la cerrada comisura de sus labios e inicio un camino lento y ardiente, como sus caricias. Bajo por su cuello, su pecho, notando el ritmo tan acelerado de su corazón. Pero sigo descendiendo hasta su pelvis y señalo el beso tatuado, lo acaricio con el dorso de los dedos. Tiembla momentáneamente con un gruñido tan fuerte que me alarma, pero se recompone, mirándome con las manos detrás de la cabeza.

Sigue duro y esta postura hace que se lo vea tan... masculino, tan varonil.

—¿Era de...? ¿La querías mucho?

Enseguida sabe a quién me refiero, a la mujer con la que estuvo casado. Se muestra incómodo, carraspea. Yo me asombro, también me molesta el tema.

—No, no era de ella y quererla... —repite y omite la totalidad de la respuesta—: La he necesitado y añorado más que respirar.

No lo admite. ¿Cómo se le llama entonces a eso sino amor? El beso no es de la mujer con la que estuvo casado... ¿A cuántas ha pertenecido? Recuerdo que la cámara sigue conectada; la miro, desciendo y le chupo la punta del miembro, avivando su anhelo. Entonces me sujeta del pelo sin delicadeza. Aprieto los dientes, porque eso me duele mucho. Estoy enfadada y celosa.

¿Dónde está esa otra mujer? ¿Qué pasó entre ellos? Insisto:

—¿Ya no la necesitas?

Se retuerce; doy otro lametazo, no quiero que justo ahora me diga que sí, que la quiere y la necesita. Por ello, paseo la lengua por su humedad y me hago dueña de su deseo. Sabe bien, a eso que navega entre lo salado y a puro hombre. Siento que disfruto con su goce, que me llena y que abre otra puerta hacia mi liberación. ¿Y si se está acordando de ella? Desesperada, le doy bocaditos en la punta y responde gimiendo:

—Ya no existe esa mujer, Eva. No sé qué pasó con ella.

Me quedo más satisfecha y, decidida, suplanto aquellos labios por los míos y lo beso ahí. Lo quiero para mí y voy a luchar por esta nueva oportunidad. Leo me tira del pelo y me obliga a que lo chupe, a lamerlo. A que me aleje de su tatuaje. ¿Por qué? Se lo ve diferente, alterado.

Muy agitado, incluso descompuesto.

—Eva... —gruñe.

Me exige que le toque y lo vuelva loco. Yo recorro sus muslos, su abdomen, su cuello y me arrodillo para que contemple mi imagen provocativa.

Leo me estudia y, entre gruñidos hambrientos, da unos puñetazos contra el colchón, moviendo sus estrechas caderas y metiéndose en mi boca, encajándose en los dedos apretados de mi mano alrededor de su dura erección... Hasta que al retirarme para echarme el cabello a un lado, explota en ella.

Se me abre la boca, embobada. ¿Ha hecho esa cerdada?

Sus sacudidas son violentas y no las comparte conmigo. Se retuerce solo, conteniéndose. Dejando que los espasmos lo liberen. Cuando finalmente, temblando un poco, acaba, me señala la mano, con la que no sé qué hacer. Es muy desagradable, pero estoy tan eufórica que me guardo la bronca y el reproche para otro día.

—Ya tienes otro motivo para acordarte de mí —dice, confirmando que lo ha hecho aposta—. Y lo veremos juntos —prosigue, guiñándole un ojo a la cámara.

Sin embargo, la sensación de que está enfadado conmigo no desaparece. Mi sexto sentido me dice que algo me esconde.

—Ven aquí.

—Voy un momento al baño —me excuso y salgo corriendo para asearme.

Cojo un camisón que tengo colgado de esta mañana y me lo pongo sin saber muy bien cómo me siento. Estoy flotando, con una congoja en la garganta que me ahoga. A los pocos minutos vuelvo a la habitación y veo que las sábanas están tiradas por el suelo y él en la cama con el bóxer. La cámara apagada.

—¿Qué haces?

—Estaban sucias. —Estira la mano y me acerco despacio—. Ven aquí.

Está todo hecho un asco... No me puedo resistir.

Tira de mí y me da un suave beso en los labios; yo cierro los ojos. Esa ternura... esa boca tan cálida. Luego me obliga a que me acurruque contra su pecho y me desconcierta aún más. Esto es tan familiar e íntimo. Me produce fuertes sentimientos que afloran por toda mi piel... y que rompen.

—Si necesitas desahogarte, estoy aquí, Eva —me dice y me acaricia el pelo.

Su pecho sudoroso se altera y el ritmo de su corazón aumenta.

—No quiero hablar de mi pasado ni quiero conocer el tuyo.

—¿Vivir el momento?

Digo que sí con la cabeza. Me da pánico retroceder.

—Me encanta la idea... Eva.

—¿Hmm?

Me da un beso tan fuerte que resuena en la habitación.

—Ese sonido...

—¿Cómo?

—Nada. ¿Estás enamorada de alguien?

¿Qué? No, yo no... Intento hablar, pero las palabras se me atascan en la garganta cuando él resigue la herida de mi espalda, enfrentándome a la dura realidad. Me acuerdo de otro... anhelo a otro, ¡y eso me destroza! Me escondo debajo de su cuello, muda por el miedo. Hundida en la miseria por lo que acabo de descubrir. ¿Por qué?! Sí, aquella misma noche yo descubrí que estaba enamorada... pero luego tuve que odiarlo. Se evaporó ese sentimiento tan bonito e intenso. ¿Me queda su recuerdo? ¿Por qué lo extraño?

—Eva... ¡Esto es una mierda!

El corazón me va a mil y no sólo por su grito al descubrir con mi silencio

que sí existe otra persona que ya no está en mi vida.

—Yo también lo odio —reconozco en voz baja, destrozada al sentir, ahora y en la cama con otro, que mis pensamientos siguen perteneciendo a Torres. Al hombre por el que se me hundió la vida—. Lo siento, lo siento. Abrázame...

—No me pidas esto. ¡No otra...! Mierda, Eva. Mierda y mierda — protesta y me aprieta tan fuerte entre sus brazos que me hace daño—. Vas a olvidarlo, por mi vida que lo harás. ¿Sabes algo de él? ¿Te llama? No me mientas.

—No... Desde la última vez que nos vimos, no. Ni quiero que lo haga, me ha hecho mucho daño. Lo odio tanto como lo...

Se incorpora de golpe, echándome de su lado, y me da la vuelta contra el colchón, me toca la cicatriz. Me encojo.

—Leo...

—Pertenece a otro... Cállate. —Y me la besa, con toda la suavidad posible. Se me eriza el vello—. No mereces tener esto, Eva. —Me rodea el vientre y me desliza la mano por la ingle—. Ni esto. Prométeme que me lo contarás.

—Hoy no.

—Lo sé.

Me acerco de nuevo a él y vuelvo a hundir la cara contra su cuello. Me abraza y yo siento que me rompo en pedazos. Es como estar en casa, con él. ¿Qué me pasa? Estoy asustada.

—No digas nada, Eva, no quiero saber más por hoy.

—¿Apago la luz?

—No.

No dejo de pensar en la obsesión que tiene por que no nos quedemos a oscuras. ¿Qué le habrá pasado en la oscuridad? Pero no me importa, ¡mi vida está del revés! El puñal que se me clava en el corazón me obliga a cerrar los ojos. He descubierto que quiero a Torres... Que desde que me enamoré, nunca he dejado de quererlo, pero más lo odio.

Me despierto con el corazón encogido y me siento en la cama. Toco a mi

alrededor y veo que estoy sola. La luz está apagada, y supongo que Leo se ha ido a su casa. Al encenderla confirmo que es así.

Me abrazo a mí misma y me mezo hacia adelante y hacia atrás hecha una mierda. Todo lo que ha pasado con él ha quedado en nada al descubrir...

Mi estómago me recuerda que apenas he comido en todo el día y voy hacia la cocina, intentando tapar, como de costumbre, mis problemas. Abro la nevera y me preparo un sándwich de pavo con un poco de mahonesa. Me siento en la silla y, mientras mastico, lloro por dentro como no puedo hacerlo por fuera. Sé que Leo está decepcionado con mi confesión y yo no estoy mejor.

¿Cómo puedo sentir algo por ese ser tan despreciable?!

Sin hambre, dejo medio sándwich en la mesa y me sirvo un poco de zumo de naranja. No podré conciliar el sueño. ¡Estoy cansada de olvidar a un hombre refugiándome en otro! ¿Es lo que pretendo hacer con Leo? Pero él... él me da algo que necesito. Esta noche he vuelto a sentir tantas cosas... que duele.

Dejo el vaso sobre la encimera y voy por mi chaqueta, con unas zapatillas y las llaves salgo de casa. Todo está desierto. Me meto en el ascensor y le doy a la tercera planta. Cuando llego ante la puerta de Leo, golpeo una vez con suavidad.

Segundos después, él me abre con un lápiz en la mano.

—Lo siento, lo siento —susurro con amargura y lo abrazo temblando. Tiene el cuerpo helado de cintura para arriba y lleva un pantalón de pijama puesto—. Leo...

—Basta —dice, empujándome hacia dentro—. Ya estoy yo aquí, Eva. Se acabaron los demás, se acabó toda esa porquería que tienes en la cabeza...

Froto la nariz contra su cuello y lo rodeo por la cintura, pero él me pide que me aparte. No me resisto del todo y le cojo la mano, lo que hace que se envare sin aferrar la mía. Miro por el salón, donde ha instalado una mesa de trabajo, y veo que al parecer está trabajando en un proyecto.

—¿Qué haces? —pregunto mientras juego con los dedos de su mano derecha.

—Proyectando un edificio en el que estamos trabajando desde la semana pasada. Ya sabes... la primera fase. —Señala la mesa, que yo miro sin interés

por lo hundida que estoy—. Tenemos mucho trabajo y quiero adelantar todo lo que pueda por las noches. —Me levanta el mentón—. Siento haberme ido sin avisar, pero no quería despertarte.

—Lo entiendo.

—Pensaba volver más tarde —asegura con un carraspeo—. Te he cogido la llave que tienes en la entrada —explica con toda su cara dura—. Acostúmbrate, Eva.

—No entres en mi casa sin mi permi...

—¿Un café?

Con un suspiro digo que no. Estoy fatal y no me abraza. Tampoco se muestra cariñoso después del momento que hemos compartido, y yo lo estoy deseando hasta el punto de querer romperlo todo y llorar como una histérica.

—Eva, ¿qué...?

El teléfono a las cuatro de la mañana interrumpe su voz. Intuyo que él piensa, como yo, que a estas horas no ha de ser nada bueno. Me pide con la mano que lo disculpe y responde a la llamada. Su cara va perdiendo el color, sus pasos se vuelven más rápidos y desesperados, está angustiado.

—Alba, preparo mis cosas y salgo. —Que sea una mujer quien lo llama me enloquece y, sin querer, doy un paso hacia él—. Díselo a nuestra madre —aclara y yo respiro aliviada, sentándome en el sofá—. Lo sé, ¡lo sé!

Doy un respingo y me pongo a su altura cuando corta la llamada.

—Mi padre está en el hospital —dice antes de que yo pueda preguntar y, nervioso, se enciende un cigarrillo—. Problemas respiratorios, está muy mal.

—Lo siento... ¿Te acompaño? —Lo veo tan desquiciado que no me puedo aguantar—. Diremos que soy una compañera de trabajo y...

—Es en Canarias, Eva. Se mudaron allí hace unos años. Por el clima. — Apoya el codo en la ventana y se sujeta la frente con la mano—. No los veo desde hace mucho. Los perdí y ahora... puede que sea tarde.

Me acerco a él y lo abrazo por el costado, abriéndole paso a la Eva que era antes de todo lo sucedido. Leo se revuelve sin corresponderme. Y sé que es el momento de ser sinceros el uno con el otro. Se irá y no sé cuándo volverá...

Nos conocemos desde hace poco, pero yo ahora tengo claro que quiero darle lo que pide. Esto no es una relación, pero sí puede ser el principio de

algo bonito. No me importa el tiempo ni el mañana, sólo vivir el momento.

—Dime lo que sea que tienes dentro —murmuro, acariciando con las uñas su tatuaje de la bestia.

Tiembla, visiblemente más calmado.

—¡Tus ojos, Eva, me han dicho que eres de otro!

Lanza el cigarrillo sin cuidado por la ventana, y yo me asomo enseguida para comprobar que no haya caído sobre nadie ni contra nada. Me sujeta y me acerca contra su torso con brusquedad.

—Te estaba tocando y estabas ausente, y luego me lo has confirmado. ¡¿Cómo quieres que actúe?!

—Yo tampoco quiero sentirme así.

—Me ha quedado claro, Eva. —Me mira las uñas, pintadas a la francesa, y repasa los bordes con melancolía—. Y de nuevo tengo que irme cuando no es el momento. Mi familia me necesita ¡y por una jodida vez no voy a huir!

—Leo...

—Odio marcharme sabiendo cuánto te necesito y tú a mí. Lo sé, Eva —dice desafiante, alejándose con un mohín de dolor—. Yo también tengo heridas abiertas, y aunque al principio sólo quería un polvo, me he dado cuenta de que quiero que sanen contigo. Pero ¡tengo miedo al pensar que tú quieras estar con otros!

—¿Qué puedo decirte? —susurro avergonzada—. Yo también odio esta situación, ¿sabes?

Su respuesta es un silencio lleno de dudas.

—Tengo que irme —repite.

Me suelta las manos, camina hacia la puerta, la abre y, con un gesto, me invita a salir. Mis piernas me llevan, ignorando lo que me ordena mi corazón. Una vez más mi orgullo me puede, anteponiéndose a mi felicidad. Él es más impulsivo y me besa mientras me abraza con la boca.

—Espero que no sea nada —digo, y suspiro al apartarme.

—Eva —me sujeta por el brazo antes de que salga—, ¿me dejas ir solo? ¿Me está pidiendo...? Sorprendida, lo miro a los ojos y murmuro:

—¿Cómo esperas que lo deje todo sin saber cuánto tiempo será, y así... sin más? —Asiente y me suelta, dándome libertad—. Lo siento... Espero que todo se solucione. Llámame en cuanto llegues.

Leo apoya la frente en la puerta, asintiendo y susurrando:
—Te necesito.

Destrozando lo que construimos

No supe qué decir. Me quedé con la mano levantada, suspendida en el aire, a punto de acariciarla, pero retrocedí. No sabía si estaba despierta o tal vez delirando por la fiebre y de ahí su imprudente confesión. ¿Cómo iba a quererme? ¿Para qué? No íbamos a terminar en nada, yo no estaba dispuesto a descubrirme y ella no querría vivir eternamente de aquella manera. Sin embargo, su frase hizo que me temblara el pulso.

Me costó tragar, necesité ver sus ojos azules, brillando por estar a mi lado.

—¿Eva? —Volví a intentarlo.

Se movió.

—¿Eva?

Esa vez no respondió, confirmando mi teoría. No era consciente de lo que acababa de soltar. ¿Y por qué me decepcionaba? El latido de mi corazón se había disparado, la boca se me había secado... y todo para nada. Solté maldiciones en mi interior, contrariado por mis propios pensamientos. ¿Qué quería? ¿A qué aspiraba?

Me levanté de la cama tras meditar, me puse el pantalón, que recogí a tientas del suelo, y salí a buscar a Carlota. Miré el reloj del pasillo, eran las cuatro de la mañana, así que tendría que molestarla en su habitación.

Llamé a la puerta y dos minutos después salió abrochándose la bata.

—Eva tiene fiebre. —Bostezó y fue enseguida hacia la cocina—. Prepara la habitación de al lado, así podrá verla un médico o tú misma atenderla cuando lo necesite.

Llegamos a la cocina, yo tras sus apresurados pasos.

—Es que no entiendes nada, Leo. —Negó con la cabeza y sacó una olla con algunos trapos del mueble—. Te necesita a ti. ¿Has visto cómo ha llegado? Daba pena verla. Piensa las cosas, por favor.

—¿Qué quieres decir? —La cogí del brazo y me miró.

—Esa marca ha cicatrizado muy bien, quizá podrías ir a un cirujano para te la quitase del todo. ¿Vas a estar toda la vida encerrado por miedo a verte la herida? —me echó en cara—. Esa mujer que está arriba te aceptará. Puede ser, Leo, puede ser. Recupera tu vida y sé feliz de una vez. Te lo mereces.

Le quité la olla, que ella había llenado de agua fría, y, sin contestar, volví a coger el camino de vuelta. ¿Qué incoherencias estaba diciendo Carlota? Si me retocaban con cirugía podría acabar teniendo un rostro con el que no me identificara, pero tampoco estaba dispuesto a mostrarles a todos la marca... No me había atrevido a mirarme la herida porque me daba asco. Recordaba el tacto de cuando estaba abierta, todavía sangrando y...

No, lo que Carlota acababa de plantearme era imposible.

Tan descabellado como echar de menos el falso «Te quiero» que había escapado de labios de Eva y que no se me iba de la mente. Saber que ella podía albergar algún tipo de sentimiento de ese tipo por mí me complacía sin entender por qué. Si continuábamos, entraríamos en un círculo vicioso.

No avanzaríamos con lo nuestro.

Crucé las puertas de la habitación y me acerqué a la cama. Cada día me era más fácil moverme en la oscuridad, me estaba acostumbrando desde que Eva me quedaba en casa. Intuí que como lo haría un ciego. No me atreví a quitarme la máscara y, despacio, dejé la olla en el suelo. Suspirando, busqué su cara y le puse un paño mojado en la frente, que tenía ardiendo.

Eva se movió.

—Chis..., soy yo, Torres.

Suspiró.

—En mi bolso están los medicamentos —susurró sin fuerzas—. ¿Me los

puedes traer?

—Claro. —Me cogió la mano y me la besó—. Eva... No hemos usado protección y sería conveniente que...

—Sé que estás sano.

—No hablo de eso. —Busqué las palabras, era complicado tocar el tema—. Puede haber consecuencias que no quiero.

—Nunca he usado protección con Abel y mírame.

—¿Qué?

—Él no quería... no te preocupes.

¿Acaso me estaba diciendo que no podía tener hijos? ¿Y con qué clase de cerdo había compartido cama y vida? Quizá Eva no era la mujer que yo pensaba, pues se sometía a alguien y su vida estaba tan vacía que por eso me buscaba. Me enfurecía pensar en su pasado, saber que se acordaba de otro. ¿La culpaba? Nos encontrábamos en la misma situación.

—¿Por qué callas? —me preguntó, sentándose y suplicando mi abrazo—. No sé si soy yo o era él, pero me da igual. ¿Crees que estoy capacitada para tener hijos?

—Eva, no es momento para hablar de eso. Estás ardiendo.

—Se me pasará con un baño templado —murmuró contra mi cuello. Incluso su aliento echaba fuego—. ¿Te bañas conmigo, por favor?

Me hizo reír. Era una soñadora.

—¿Y cómo lo haremos? —me burlé.

—Nos taparemos los ojos —contestó risueña—. Por favor, no me encuentro bien y no me apetece estar sola.

—Eva... —Toqué sus labios y advertí que sonreía.

—Probemos; necesito que me cuides mientras nos bañamos.

No supe cómo terminé aceptando. Seguramente fue por sus ganas, por su risita, por probar una manera diferente de compartir otro momento juntos.

Veinte minutos más tarde los dos estábamos metidos en la bañera, con el agua hasta el cuello. Tenía la espalda apoyada en mi pecho y las piernas entrelazadas con las mías. Era relajante, extraño. Mi máscara... los antifaces cubriendo nuestros ojos. Aun así, sin verla, fue especial.

No quise romper el pacto, preferí estar también a ciegas.

—En el gimnasio voy muy bien —dijo de pronto al tiempo que

chapoteaba—. Me estoy poniendo en forma, y, ¿sabes?, también yo estoy aceptándome como soy. A veces los humanos somos injustos.

Me alegró saber que la estaba ayudando a quererse. Que Eva era fuerte y podía con todo lo que se le viniera encima. ¿Y yo? ¿Podría aceptarme y dar el paso necesario para no romper el lazo que nos unía? ¿Intentarlo?

—Eva —le eché agua por el pelo—, ¿cómo te imaginas que soy?

Sentí que se daba la vuelta, quedando con sus senos muy cerca de mi ansioso pene, que no me daba una tregua y esperaba volver a poseerla.

—Guapo, moreno. Ojos... no sé, pero me gustas.

—Tengo defectos —susurré, con un nudo en la garganta.

—No me importan, Torres. He conocido tu cuerpo, lo he tocado, sé que él también me reconoce. —Supe que estaba avergonzada, su tono tan bajo la delataba—. Te has mostrado por dentro y nada me haría cambiar de opinión.

—¿Adónde crees que nos llevará esto?

—No lo sé, pero no quiero plantearme no volver aquí.

Se deslizó por mi cuerpo y se sentó encima de mí, a horcajadas. Apenas me controlaba, notaba su calidez contra la mía.

—Por favor, no me preguntes estas cosas —dijo—. Me hacen daño.

—¿Por qué?

—Porque no quiero perderte —musitó, destrozándose por dentro y haciendo que me replanteara sus palabras, las de Carlota.

Eva empezó a jugar con nuestros sexos, a prepararlos, y me perdí... me perdí más allá de lo que debía. Los días eran mis testigos de cómo el pozo que estaba cavando era cada vez más hondo, sin una salida que no se llamara Eva Castillo. La vulnerabilidad y la ternura hechas persona.

Lo que había empezado como una aventura me estaba volviendo loco. De lunes a jueves la llamaba a todas horas. Quería saber dónde y con quién estaba. Me afectaba no verla, me encelaba el hecho de saber que otros estaban cerca de ella y yo no podía estarlo. No era nada celoso, ni lo hubiera sido si hubiéramos mantenido una relación normal, algo que parecía imposible tratándose de mí.

Perdía los estribos si no la localizaba y los fines de semana la follaba

hasta la locura. No quería salir de ella, únicamente enterrarme en su cálido sexo, exigiéndole que me confesara que sólo yo le daba tanto placer. Obsesionado con sus mimos, con sus muestras de afecto.

Defraudándola, encendiendo la luz, cuidándola mientras dormía. Era tanta la confusión que me envolvía..., pero a la vez me sentía atado a ella y no sabía cómo escapar. Eva se mostraba receptiva y respondía con alegría a mis llamadas, riendo. Era otra, era feliz y yo... yo proyectaba vernos más allá de aquella oscuridad tan nuestra, en la que ya nada nos parecía extraño.

—Ya estoy aquí —canturreó a mediados de mayo mientras cerraba la puerta—. Traigo cositas. Están fuera. ¿Estás cerca? Porque voy a abrir, a meter las cosas y a colocarlas.

Dejé enseguida la cámara de vídeo sobre la mesilla auxiliar. Estaba viendo sus grabaciones, la añoraba. Me tenía desconcertado, locamente obsesionado.

—¿Qué es? —susurré cerca del baño, con aire distraído.

—Para la fiesta.

—Te has acordado... —dije, cerrando los ojos—. Yo también tengo cosas... Un látigo, esposas, quiero que juguemos. Y quiero hablarte de mí. ¿Sabes que adoraba las motos? Pero ahora vamos a jugar, ¿quieres?

Sus tacones dejaron de retumbar en el suelo.

—Torres —oí cómo cogía aire—, no me hagas daño. Confío en ti, sólo juguemos.

—¿Qué pasa?

Conocía cada matiz de su voz y la alarma, la tensión, habían brotado de la nada.

—Eva, habla.

—Es que yo... yo...

Me quedé a la espera, cada uno en una punta de la habitación. Suponía que no diría nada bueno... creí que me asfixiaría de ansiedad.

—¿Tú qué?

—Yo te mentí... —Me di la vuelta y apoyé la frente contra la puerta del baño, sufriendo por aquel comienzo de su confesión—. Torres... Sí, fui la sumisa de Abel en todos los sentidos y lo dejé porque quiso... quiso someterme a otros hombres y uno casi lo consiguió sin llegar a... Lo siento.

Un repentino odio irrumpió en mi cuerpo envenenando todo mi ser. Sentía asco, rabia. Los peores sentimientos, los más malos, cobraron un significado esa noche y todos y cada uno de ellos fueron directamente contra Eva. ¿Cómo había podido engañarme? Yo no tenía secretos con ella, me había entregado como jamás hice con ninguna otra.

Teníamos tantos planes para esa noche, imaginaba tantas formas de grabarla, pero tras su inesperada confesión sólo lo veía a él. Supe que cuando la follara imaginaría el reflejo de los ojos de su ex, rodeado por otros hombres mientras la azotaba. ¿Quién era Eva en realidad? Notaba que por dentro me nacía un caballo desbocado que estaba dispuesto a arrasar con todo.

Me dolía el pecho, las manos, la boca.

Me escocía cada parte que había condenado a pertenecer a Eva Castillo.

—Torres... por favor, no tiene por qué cambiar nada.

—Desnúdate, pon las manos en la espalda. Arrodíllate.

—¿Es un juego? —preguntó afectada—. ¿Lo vas a dejar pasar?

—Sí —mentí.

—Dios... Torres —gimió—, tenía miedo de contártelo y que nos afectara. Yo te necesito.

¿Me necesitaba? No creí sus palabras, no confiaba en ella. Tenía una presión en el costado que me dificultaba respirar. Era un dolor tan agudo... Estaba herido, Eva había roto mis ilusiones con ella. Ya no sabía si la conocía, si aquella pureza existía. Desde la primera noche que nos tocamos algo había surgido, algo que ahora estaba desapareciendo.

Sumisa..., sometida..., cerca de la orgía... ¿Cuánto más?

—¿Y mis... mis cosas?

—Primero mi juego —susurré, ocultando mi decepción—. Luego saldré y lo cogeré todo.

—¿Estás enfadado?

—No, Eva, pero te necesito urgentemente.

—Te noto raro —murmuró con tristeza. ¿Iba a llorar?—. Ven aquí, por favor, yo también a ti.

—Desnúdate.

—¿No quieres hacerlo tú?

Me callé y a continuación oí cómo sus zapatos de tacón caían contra el suelo de mármol. La visualicé apoyándose en alguna parte, inclinada hacia adelante, desvistiéndose en silencio.

Intenté dejar mi mente en blanco, rechazar las imágenes de más de dos manos manoseándola. Pero no podía, me dolía. Se me tensaban todos los músculos. Cansado, me sentí como una basura por el rumbo que estaban tomando mis pensamientos, por lo mucho que deseaba castigarla como merecía. Tanteé la mesilla auxiliar, en la que estaba el fino látigo, las esposas. Me decanté por el látigo y, sin fuerzas, abatido, caminé hacia el lugar de donde provenían los ruidos de Eva; seguramente estaba depositando su ropa encima de la cama.

—Torres —dijo; su voz se acercaba—, tengo frío, abrázame.

«Maldita sea».

Me quité el pantalón y lo alejé de una patada. Era lo único que llevaba puesto, esperando su ahora amarga llegada. No me dio tiempo a buscarla, Eva me encontró y acunó mi rostro. Sus manos temblaban.

—No te alejes.

La levanté del suelo y la monté en mi cintura.

Ella me besó en los labios, y eso me destrozó.

—Arráncame este dolor, Eva —supliqué sin pensar—. Me estás matando. Gimoteó.

—Lo siento, me cegué. Jamás dejaré que ningún hombre me trate así. Por eso estoy aquí. —Me mordió el labio—. Me das tanto... —Me lo chupó—. Quiero seguir siendo tuya.

La furia que escondía salió a flote y, comportándome como nunca antes lo había hecho, la penetré de golpe. Eva se impulsó hacia mí, sorprendida, paralizada. Ni siquiera consiguió gritar. La obligué a besarme, a aceptarme, y, aunque confusa, me correspondió.

La sujeté con una mano y con la otra deslicé el látigo por su espalda, despacio. Me quemaban sus labios, mi piel ya no soportaba el calor de sus caricias.

Su confesión me asfixiaba.

—Así no es... —gimió y me clavó las uñas en los hombros.

La moví, la agité contra mi cuerpo sin sentir el placer de cada vez que

estaba dentro de ella.

«Así no es... así no es».

Eva sabía muy bien cómo era, porque otros le habían causado ese tipo de dolor durante el sexo. Me volví loco. Solté un duro latigazo. No era erotismo lo que buscaba, mi mente vengativa reclamaba su sufrimiento.

—¡¡Ah!! —gritó, acercando su boca a mi cuello, mordiéndome. Se quedó sin aire y ahogó un sollozo. Solté el siguiente justo en el mismo sitio—. T-Torres..., n-no, por... por favor. —Otro, duro. Contuve el grito que amenazaba con delatarme—. P-Para... Me duele.

«¿Qué estás haciendo?», me dije.

Se quedó flácida, dejó de agarrarse con fuerza a mi cuerpo. Entonces me di cuenta de mi error, de la crueldad que había empleado. Yo no era así y por su culpa me había dejado arrastrar. Lancé el látigo contra el suelo y, dolido, salí de su agarrotada cavidad, liberándola. Eva cayó de rodillas, superada por el dolor.

Sollozando, depositó un beso en mi ingle.

—¿Qué me has hecho? —gimoteó.

—Vete. —Aparté sus manos y su tacto se desvaneció—. Vete, Eva, y no vuelvas. Me doy asco... me das asco.

Me quedé a la espera de su respuesta. ¿Me suplicaría? ¿Lloraría más? Volvimos a caer para estropear lo que habíamos construido. Me estaba ahogando de impotencia por los sentimientos que afloraban sin mi permiso. No quería necesitarla, sí odiarla.

—Dime que te arrepientes, por favor —imploró—, por favor.

—No.

—Hazme el amor... —dijo llorando desesperada—. Como siempre, por favor.

—Jamás volveré a tocarte —susurré, con un nudo en la garganta.

Oí ruidos, sus movimientos. De pronto, un terrible llanto.

—A-Ah... —Se le atascaron las palabras—. ¡Nunca te voy a perdonar esto! —gritó a voz en cuello, quebrando el doloroso silencio—. Te lo he dado todo, te he hablado de mi vida y tú n-no me has permitido conocer tu mundo. Ni siquiera tu verdadera voz, tus facciones; pero nada me importaba porque... Yo, yo te...

—No quiero saber nada de ti, Eva.

—E-Eres más salvaje que él, él nunca me hizo esto... Yo... tú... ¡Sigo queriéndolo!

¡No! Su maldita frase me dolió más que la noche en que me agredieron. Iba a perder la razón. No. No. Me eché las manos a la cabeza, di vueltas como un loco.

—No es verdad —repliqué desesperado—. Enciende la luz, Eva. Quiero que me veas, que jamás olvides mi cara. Quiero que sepas que es a mí a quien...

—¡No!

No, no, no. ¡Seguía queriéndolo a él! Finalmente, di el paso que tenía que dar. Había llegado el momento de salir, pues, aunque me había engañado, Eva me había enseñado a valorarme, me había hecho replantearme salir del pozo. Iba a decírselo esa noche... ¿Por qué se comportaba así?

Encendí la luz y la vi de frente, agachada, con las manos en la cara y meciéndose hacia adelante y hacia atrás. Con la camisa ya puesta.

«Eva...».

—Mírame y dime que... —empecé a decir.

—¡No! —negó.

No, mierda, no. Me arrodillé a su lado e intenté atraparla entre mis brazos. Quería que me arrancara la máscara, que viera mis ojos y dijera que no lo quería a él sino a mí. Odiaba odiarla.

—¡No me toques! —gritó de nuevo.

—Dime que soy yo.

—¡Lo quiero a él! Ayer... ayer estuve con él. —Me quedé helado—. ¡Te lo mereces!

—No es verdad —dije, luchando contra sus manos. Cerró los ojos—. Es para hacerme daño... —Me quedé mudo, por su cintura vi que caía un fino hilo de sangre.

La solté sin saber qué hacer. Me aparté rápidamente de su lado y, descompuesto, salí de la habitación, encerrándome en el baño del cuarto contiguo. Mi imagen en el espejo me paralizó. La mandíbula me temblaba, tenía los labios morados y a la vez enrojecidos por su carmín rojo intenso. Me armé de valor y me arranqué la máscara. Di un paso atrás, hacía mucho

tiempo que no me miraba.

—¿Qué es esto?! —la oí gritar en la habitación de al lado—. Me... Me g-grababas, ¿me veías! Te juro que no volveré.

Tragué saliva. Supuse que había descubierto la cámara en el ahora iluminado dormitorio. Tiré la máscara contra el espejo. ¡Mierda y mierda!

—¿Señorita! —la llamó Carlota.

—¿Dejadme!

Odiándome, me quité la gasa de un tirón. La herida no era tan horrible como imaginaba. Casi estaba cicatrizada... casi. Mordiéndome la lengua para no soltar un grito, me la volví a tapar con torpeza y me miré de nuevo en el espejo.

Su beso había quedado marcado con su pintalabios en mi ingle. Dos lágrimas cayeron de mis ojos. Me dolía, me desgarraba el alma. La había perdido, y lo peor era que quería hacerlo. El día antes él la estaba tocando... Me engañaba.

Mi orgullo se antepuso, incluso cuando oí un repentino grito de Eva lejos, ¿en la calle?

—¡¡¡Torres...!!!

—¿Carlota, no vayas! —ordené.

Quizá no la merecía, quizá me había comportado como un machista, pero no la condenaría a tener que verme tras el daño físico que le había causado. Le había hecho sangre... Me dejé caer contra el suelo, arrastrando la espalda por las losas del baño, con tantos sentimientos acechándome que me quedé inmobilizado.

Era una bestia... y necesitaba tatuar en mi piel los recuerdos que Eva había dejado en mi vida, en mí, para que todo aquello que me regaló y que supe que jamás volvería a tener no me abandonara nunca.

—¿No! —aullé, enfrentándome con la realidad.

Volví a la habitación totalmente descontrolado y lo primero que vi fue el reloj de arena que me regaló Carlota, al que yo le daba la vuelta cada vez que Eva se iba, esperando su próxima visita. Destrozado, le di un golpe y la arena fue cayendo poco a poco sobre la madera de la mesa. Roto, como nuestra relación.

El dolor fue inmenso al asimilar que esa vez sí la había perdido y que

nunca nadie me haría sentir tan vivo como ella...
Pero la odiaba.

Me abandono a él

«Te necesito».

Pero con un beso, me voy corriendo. Subo la escalera hasta mi casa y ahora estoy peor, muchísimo peor de lo que estaba antes de bajar. Vacía... Me duele el estómago, la cabeza. Casi diría que el corazón.

Siento tanto dentro que me da pánico.

Tengo una angustia que no me permite respirar bien, que me ahoga. Necesito hablar con alguien, consejos, pero aun así me meto en la cama, abrazada a *Miau*. Temblando tanto de miedo que me asusto. No quiero volver a sufrir por un hombre, pero a la vez me merezco una nueva oportunidad y encauzar mi vida, abandonar este estancamiento del que no soy capaz de salir.

¿Me voy a volver a separar de él de nuevo?

¿Se va a repetir la historia de hace unos días? ¿Voy a estar de nuevo echándole de menos?

No he podido dormir en toda la noche y sigo tumbada en la cama con los ojos como platos, la chaqueta aún puesta y mi gato contra el cuello. El sonido del despertador es mi salvación y doy un bote en la cama. Tengo náuseas y el

corazón hecho pedazos. Me arreglo sin nada de ánimo, apenas me pinto y me recojo el pelo en una cola alta.

No desayuno, tengo ojeras y ni siquiera me esmero por esconderlas.

Una vez en la inmobiliaria, me paso el resto de la mañana fuera, fumando sin parar, con la mente lejos, con él... ¿Qué me pasa? ¿A qué viene tanta necesidad de Leo? Tantas ganas de ir a su lado. Temo estar equivocándome, pero con la vida que tengo, tampoco puedo dejarlo todo por un hombre del que apenas sé nada más que lo que quiero saber. Lo suficiente para que Leo tampoco me pregunte a mí por mi pasado.

Oigo que me silban y al mirar a la derecha veo a Pamela, acompañada de Rebeca, saliendo las dos del edificio. En cuanto se me acercan se quedan a cuadros.

—¿Gatita? —Pamela me quita el cigarrillo y me empuja hacia dentro de la inmobiliaria.

Rebeca no da crédito y nos sigue, yo no me resisto.

—¿Qué coño te ha pasado? ¿Te has visto las pintas que tienes?

Casi no siento ni padezco. Soy una especie de zombi.

—No he dormido bien...

—¡Eso salta a la vista!

Me dejo caer en el sofá y me acuno la cara. Me estoy volviendo loca de tanto pensar y entonces me doy cuenta de que necesito a mis amigas.

—Eva, por Dios, ¿qué pasa?

—Es Leo... Yo no sé si hago bien o mal, estoy perdida. Pam... ayúdame.

—Oh, nena —jadea Rebe. Cierro los ojos—. Qué fuerte, tiene que ver con un hombre. La otra noche pensé que era un polvo... ¿hace cuánto que no echas uno? Al final vas a volver a ser virgen...

—Rebe... A ver, Eva. Se ha ido por motivos personales —me dice Pamela, más seria, y noto que me acaricia la rodilla—. Sólo te voy a decir una cosa: si sientes, no pienses. Recuerda lo mal que lo pasaste con Abel, pero al menos entonces eras humana. Te veía llorar o sonreír... aunque ese cerdo no lo mereciera.

—¡Haz una locura! —propone Rebe con naturalidad—. ¡Ve a buscarlo!

—Quizá te necesita —susurra mi amiga la rubia—. Su padre está mal...

Y eso es lo que me reprocho una y otra vez. Que él me pidiera que lo

acompañara, tras decirme que quería intentar algo conmigo. Leo buscaba algo serio cuando yo no le había demostrado nada positivo... Aguantando que yo me callara, confirmando con ello que pensaba en otro.

Pero me da tanto agobio empezar una relación.

Me encojo; ¿por qué me duele tanto este repentino sentimiento? Una vez, por estar destrozada, acudí a donde no debía y luego... ¿Y si hoy lo que necesito es correr hacia la persona que ha traído un rayo de luz a mi vida? Sin cuestionarme por cuánto tiempo, sin pensar en los porqués, aunque eso desordene mi organizada vida, mi rutina...

—Llamad a Erica —pido, levantándome de un bote. Me acaricio la sien—. Me voy a Canarias y no sé cuándo volveré. La dejo a ella a cargo todo. —Mis amigas me miran anonadadas—. Tengo que hacerlo, ¡no puedo seguir estancándome y él...! Él me da algo que no me ha dado nadie desde...

Ambas aguardan inseguras, pero yo me callo y corro al ordenador para actualizar toda la información que Erica va a necesitar durante mi ausencia. Sé que las decepciono, pero ahora no es el momento de hablarlo. En realidad ese momento no sé si llegará.

—Pam, por favor —pido—, que Eloy te dé todos los datos y no le cuente nada a Leo. —Mi amiga asiente con una sonrisa. Entonces miro a Rebeca, que tiene la misma expresión risueña—: Rebe, sácame el billete y encárgate de *Miau*, por favor.

—Ya nos encargamos Eloy y yo. Llevo desde la semana pasada en su casa.

Voy a reprocharle a Pamela que no haya esperado hasta que estén casados para iniciar la convivencia, faltándoles tan poco, pero ¿quién soy yo para seguir hablándole mal de su futuro marido? Si lo ha elegido será por algo, igual que yo corro detrás de Leonardo Ferrer. No sé si estaré haciendo bien, pero por primera vez en muchos meses no me lo cuestiono. Es lo que quiero.

Inquieta y perdida, deambulo por el hospital de las Palmas. No sé cómo encontrar a Leo y no quiero molestar a nadie, sobre todo porque este es un tiempo extra para mí, y lo necesito para asimilar que he dejado mi casa y mis trabajos por algo que no sé cómo va a terminar.

Quizá esté aquí su exmujer y me tenga que ir más rota de lo que he venido. No es fácil para mí. Ha dejado de serlo...

Resoplo, a punto de darme la vuelta, y entonces lo veo.

Está sentado en una silla, con la mirada en el suelo y jugando con las manos. Cabizbajo y ausente. Se me llena el corazón de pena y, sin pensar en lo que estoy a punto de hacer, corro a su lado y me arrodillo a sus pies.

Mi primer impulso es abrazarlo, pero me contengo.

—Hola... —susurro.

—¿Eva?

—Sí... —Sonrío con un nudo en la garganta.

Me mira un par de veces, como si no pudiera creerlo, y repentinamente me atrae hacia él y se refugia en mi pelo con un abrazo tan desesperado que me transmite su angustia. ¡Oh, Dios!, no sé cómo actuar, parece estar tan mal... Lo aprieto y le acaricio la espalda, su espeso pelo, tratando de tranquilizarlo, pero no sé si soy capaz. También he perdido la sensibilidad que tenía. Su cuerpo tiembla y el mío no reacciona mejor.

Lo huelo, lo siento... y me vuelve a doler.

—¿Cómo está? —pregunto casi sin voz.

—Mal...

—¿Y tú?

Hundo las manos en su pelo.

—Como una mierda —contesta y se levanta. Tira de mí y no me suelta. Seguimos fundidos en un atormentado abrazo—. Mi madre y mi hermana no han dejado de llorar desde que me han visto. Él igual y eso lo perjudica, casi no puede respirar.

—Lo siento...

—¿Qué haces aquí? —pregunta apartándose.

Tiene los ojos llorosos y está pálido. Me acaricia la mejilla y yo hago lo mismo con él. Me destroza verlo así y no sé por qué esto es tan fuerte que hasta me lastima.

—¿Has dejado tus cosas? ¿Tus trabajos...?

—Está todo controlado —miento, sonriéndole.

Frunce la frente. Suavemente, yo intento borrarle las arrugas con los dedos. Gime y añado tímida:

—He pensado que podías necesitarme...

—Y no sabes de qué manera.

Nos quedamos callados, las palabras sobran y, en un arranque, me agarra por la nuca y me besa los labios. Suave, muy suave. Alargando los segundos para no apartarse, y yo no quiero que lo haga. Sabe salado, lo que me confirma que ha llorado. Rozo nuestras bocas, casi gimiendo. Me doy cuenta de que lo necesito más de lo que pensaba... Me aferro a él con ansia, jadeando.

Entonces, un carraspeo rompe la magia. Sin saber qué hacer, me retiro despacio. Leo, me coge de la cintura con un cansado suspiro, y me vuelve de cara a una mujer que calculo que tendrá alrededor de unos treinta y tantos años...

Enseguida veo que es su hermana, se parecen mucho. Ella me sonrío y yo relajo la tensión de los hombros. Leo también ahuyenta la incomodidad y da un paso hacia adelante conmigo.

—Alba, ella es Eva —me presenta y le doy dos besos. Lleva ropa tan fina como la mía y tiene la cara caliente, supongo que por el llanto—. Una compañera de trabajo —añade, y su hermana vuelve a sonreírle con ternura—. Eva, ella es mi hermana mayor.

—Es un placer —respondo cohibida.

—El placer es mío —dice, apartándose el flequillo de la frente—. Ahí viene mamá.

No estoy preparada para esto... es demasiado pronto.

Aparece una mujer con un moño alto y, en cuanto me ve, me mira fijamente hasta llegar a nuestro lado. Leo, aunque más incómodo, vuelve a hacer las presentaciones pertinentes. A su madre, Claudia, no le gusta, su rostro se muestra agrio desde el primer momento.

—No te preocupes —me susurra Leo al oído, y unos escalofríos me recorren por entero. Agitada y perturbada, lo miro a los ojos y él, apretándose los párpados, continúa en tono más alto—: De entrada es desconfiada.

Con disimulo, su madre lo aparta de mi lado y lo coge del brazo.

—Te he echado de menos, cariño.

—Lo sé —dice él con la mirada puesta en mí.

Yo me encojo de hombros. Entiendo que soy una intrusa, pero no me iré

hasta que Leo me lo pida.

Sin decirle nada, voy a la máquina de cafés que hay enfrente y saco tres. Su madre me observa en cuanto vuelvo y le ofrezco uno. Ninguno de ellos lo rechaza, pero tampoco me siento bienvenida. Estoy un poco agobiada, no puedo negarlo. Y cuando creo que las cosas no pueden estar más tensas, me llama Oliver. Con un gesto, les pido a los Ferrer que me disculpen y contesto:

—Dime.

—¿Cómo que dime?! ¿Cómo se te ocurre no venir sin avisar antes, Eva?!

—No me grites —mascullo y le doy la espalda a Leo—. Lo siento, Oliver. Voy a estar ausente y no sé hasta cuándo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Problemas personales. Lo siento.

—Puedes perder el puesto —me amenaza sin paciencia.

—Perderás tú —replico y le cuelgo.

Acto seguido, y como si fuera un complot, me llama mi padre, pero soy de pocas palabras y él lo sabe.

—No sé si estaré la semana que viene cuando vuelvas —digo—. Tienes todo lo que necesitas, ya hablaremos.

—Pero Eva...

—Ya hablaremos.

Aprieto el teléfono entre los dedos con ganas de destrozarlo y desconectar del mundo. Me apoyo en la pared y cierro los ojos. Estoy cansada, apenas he dormido y no tolero tomar café para espabilarme... desde que no estoy con Torres. Ese olor me recuerda las noches en vela a su lado, compartiendo confidencias. Miro al frente cuando noto que una mano se ciñe a mi codo.

Es Leo, serio, con expresión decidida.

—¿Todo bien?

—Sí... —miento—. Tranquilo, todo saldrá bien.

—Eva, va a ser duro estar aquí —me advierte y me retira un mechón de pelo de la frente. Es tan delicado que se me escapa un suspiro—. No voy a marcharme hasta que... pase una cosa u otra. No sé por qué has cambiado de...

—No te preocupes —lo interrumpo—. Ya hablaremos cuando todo esté

mejor. —Lo miro a los ojos—. Estaré si me necesitas.

Y así lo hago. Pasa una semana en la que Leo apenas sale del hospital y, cuando lo hace, es únicamente para darse una ducha en casa de sus padres. Yo suelo quedarme con Alba, con la que he congeniado muy bien, y de vez en cuando hago una escapada al hotel.

Leo está agotado, ha perdido un par de kilos y se lo ve demacrado. Se refugia en mí, me sonrío cada vez que le llevo un café o algo para picar, y en eso se basa nuestra vida.

En esperar y tener paciencia, sin apenas contacto.

Algo raro, ya que estamos empezando a conocernos y hemos tomado el camino más difícil, que es apoyarnos en los malos momentos. Aun así no echo de menos Madrid, sé que allí todo está bien, que mi padre ha vuelto y que mis amigas esperan impacientes que les cuente mi aventura. Pero no tengo nada que contar. Mi relación con Leo es como la de unos adolescentes que se dan algún beso que otro cuando nadie los ve. Su madre siempre está ahí y su padre, Víctor, mejora día a día. Ver a Leo lo hace sonreír. Lo extrañan.

Al final, pasa otra semana y su padre mejora considerablemente, tanto que le dan el alta. También se ha sorprendido de mi cercanía con Leo, pero no hace preguntas y me acepta mejor que su mujer. Ya están preparando los últimos documentos para que podamos salir del hospital, y yo lo agradezco.

Este olor es como una constante desolación en mi pecho, que no acaba nunca... Me recuerda demasiado aquella noche y las horas que pasé en urgencias.

Suspiro, sentada en una incómoda silla, pero al ver que Leo tarda mucho en volver de una llamada que ha ido a hacer, doblo la esquina para ir a buscarlo. Doy un paso atrás enseguida, porque veo que su hermana lo intercepta y le habla en voz baja. Sé que quizá no debería escuchar lo que dice, pero me quedo. Porque quiero saber a qué viene ahora esta tensión, cuando ella no ha dejado de abrazarlo todos estos días.

—¿Por qué le has dicho a Eloy que has cogido dinero de la tarjeta de la empresa? —Leo se mete las manos en los bolsillos y toma aire—. El alquiler... las comidas. ¿Qué está pasando?

—Alba, todo está como debe estar; por favor, no insistas.

—Tu familia estamos aquí —le recuerda más cariñosa.

—Lo sé y os lo agradezco. Déjame afrontar mis problemas. No quiero huir de ellos como ya hice una vez. He dejado de ser un cobarde.

—Vale... —concede pensativa—. Estás muy guapo.

Se acerca y lo abraza por la cintura. En ese momento aparece su madre con su padre, que va en una silla de ruedas, debido a que aún se asfixia un poco andando. Tiene que llevarse algunas máquinas a su casa temporalmente, y oxígeno.

—¿Cuándo te vas? —le pregunta Claudia a Leo.

—Mañana por la noche. Tengo mucho trabajo, pero volveré el próximo fin de semana.

Su madre lo besa en la frente, él pone los ojos en blanco y a mí me hace gracia.

—Veníos a casa —propone la mujer—. Os hace falta descansar, comida casera y estar cómodos. Te necesitamos un poco más... —Carraspea—. Eva puede venir contigo, por supuesto. He llamado a Rita y está preparando la habitación de invitados. La tuya está como estaba.

—No sé si ella estaría cómoda —dice Leo, hurgando en su bolsillo y sacando el móvil. Teclea rápido y a los pocos segundos me llega un mensaje suyo.

¿Te vienes a casa de los Ferrer a pasar la noche? Tenemos que celebrar que todo ha pasado. Quiero agradecerte lo atenta que has sido con nosotros... Te necesito esta noche, Eva.

El corazón me da un vuelco, porque me estoy muriendo por estar con él a solas y decirle tantas cosas... Han sido las dos semanas más raras e intensas que he vivido en mucho tiempo, una novedad que, una vez más, le debo a Leonardo Ferrer. Con una sonrisa respondo su mensaje.

Me encantaría... Dame una hora, que vaya por mis cosas. Te llamo a la vuelta.

No tarda en contestar.

¿Dónde estás? Te acompaño. Dame unos minutos.

Con la intención de que disfrute un rato a solas de su familia, le miento.

Ya he salido. Dentro de un rato estoy en la puerta de tu casa. Ayer Alba me dio la dirección. También yo te necesito...

Mientras preparo la maleta estoy hecha un mar de dudas. Hace un mes y medio que Leo y yo nos conocemos, pero que sólo nos hayamos tocado una vez y ni siquiera hayamos intimado como un hombre y una mujer adultos es extraño. Que no me haya mandado a hacer puñetas, que siga esperando... ¡Ya estoy otra vez cuestionándome cosas!

—A esta dirección, por favor —le digo al taxista, dándole el papel en el que Alba me anotó los datos de la casa familiar de los Ferrer.

Guardo la factura del hotel en mi enorme bolso y miro por la ventana el paisaje de esta preciosa isla. Hace un poco de viento, pero el cielo está despejado. Cojo mi chaqueta fina y me la echo sobre los hombros cuando llegamos.

Pago y saco mis cosas. Es una casa inmensa, cerca de la playa. Y antes de que pueda llamar, la puerta se abre. Es Leo, recién duchado y con el pelo aún mojado, camiseta de manga corta y pantalón vaquero. Está guapísimo y no puedo disimular la risita que se me escapa, por lo embobada que me he quedado y que él, sin duda, ha percibido.

—Si me sigues mirando con esos ojos, perderé la paciencia —me advierte y coge mis cosas—. Vamos a cenar... y luego, cuando todos duerman, espérame.

—¿Así, sin más?

—No puedo esperar, quiero esas bragas fuera, cayendo por tus rodillas —me dice brusco y me lame el labio fugazmente—. Esto de estar como dos niños no va conmigo. Eva, prepárate, cariño. Quiero ver a esa gatita que ronronea dentro de ti. —Se me corta la respiración, porque se me contraen las

paredes vaginales—. Quiero ese cuerpo moviéndose sobre mí tal como se menea encima de la tarima. No habrá tregua.

¡Dios! Yo tampoco quiero que la haya.

—No te la he pedido —lo provoqué.

Con disimulo, se acerca a mi oído y susurra:

—Espérame sin ropa —dice pícaro—... no la vas a necesitar.

—¡Ya está aquí Eva!

Leo le pone mala cara a su hermana, yo me limito a sonreír y a dejarme arrastrar por su efusividad. Hace mucho que no ceno en familia y no me vendrá mal.

Durante la cena, ellos comentan anécdotas del bufete en el que han trabajado todos juntos. Pero Leo no deja de mirar el reloj, parece que cuente los minutos para que todo acabe, y cuando me termino la sopa vuelve a suspirar. Les doy las buenas noches a la familia y me encierro en la habitación. Huele a nueva, creo que hace mucho que nadie la ocupa. Estoy cómoda, me gusta este sitio.

Me arrodillo ante la enorme cama, con una colcha de un precioso color malva, y abro la maleta. Saco el picardía de seda... rojo... con medias de encaje a juego. Lo cojo entre los dedos con un inmenso suspiro y sonrío... será esta noche.

Voy al baño y me preparo. Sensual, atrevida. Con los zapatos de tacón puestos. Todo para él. ¿Dónde estará? Al mirarme casi no me reconozco. Hace más de un año que no me pongo un conjunto tan atrevido como este.

Me recojo el pelo, con la raya al lado, me maquillo en tonos fuertes, labios rojos. Sé que a Leo le gusta; entonces me acuerdo de su tatuaje...

«Déjalo estar, Eva. Forma parte de mi pasado. Un pasado que no quieres conocer».

Cansada, me acurruco en la cama. Hace dos semanas que no descanso bien y hoy eso me pasa factura. ¿A qué hora piensa venir Leo? Tiemblo, tengo frío.

«Hoy es la noche, Eva... Hoy».

Bostezando, abro los ojos al oír un tenue ruido en la habitación y lo veo aquí. ¿He dado una cabezada? Está junto al televisor, de espaldas a mí, y supongo que haciendo alguna de las suyas, pero cuando se da la vuelta y se

encuentra conmigo, camina vacilante, sonriente... Seductor al desabrocharse los puños de la camisa. En su casa viste más formal. Me contempla sin disimulo, hambriento.

—Chis —me ordena.

Se acerca a mí, y me coge en brazos. Lo huelo y ambos suspiramos. Sin decir nada, me pide de nuevo silencio y con una tenue luz, bajamos la escalera. ¿Adónde me lleva? Salimos de la casa y camina señalándome con la cabeza hacia el fondo. Veo una cabaña que supongo que también es de la familia, pero está más cerca de la playa que la casa. Llegamos como en la escena de la película *Amanecer* parte I, es emocionante y a la vez extraño.

El escenario es muy parecido, por el mar que llega a la dormida playa.

Finalmente, Leo me deposita sobre la cama, tal como estaba en la habitación de invitados. Se saca algo del bolsillo y lo conecta al televisor. ¿Es lo que ha cogido del de arriba?

Un lápiz de memoria...

—Ojito. —Señala hacia la pantalla y se sienta en el sofá de al lado, alterado—. Vamos a verte y a grabarte —dice, lanzándome el mando a distancia una vez que le ha dado al play—. Me tienes tan duro que hasta me duele. Pero es tu turno... Goza, Eva, goza.

¿Que qué? Me incorporo en la cama hasta que... que... me siento recta, sin atinar, apoyada en la almohada, contemplando la imagen que está saliendo en esa enorme pantalla.

En ella, Leo se toca, yo me quito la ropa y me sumo a su juego. Desde aquí puedo oler a sexo, esa excitación de nuestros fluidos que ese día no se mezclaron. Siento que me alarmo, que mi sexo se empapa y me pide a voces volver a sentirse así. La cámara está enchufada... enfocándose a mí.

Gimo y doblo las piernas por la presión que se ha acumulado entre mis muslos, impregnada de mi propia humedad, ya que mis hormonas se han revolucionado a un nivel que no logro dominar. Lo deseo, lo anhele dentro. Me quedo trastornada al ver cómo Leo se colocó sobre mí aquella noche y sus duros glúteos se contraían por la resistencia. Mis piernas abiertas, ofreciéndome a él. Sus gemidos... Mis lamentos.

—Quiero que toda esa humedad se acople a la mía hoy, Eva —murmura arrogante y engreído, con un dedo apuntando a mi sexo—. ¿Me la vas a dar?

Sus términos tan bruscos consiguen que no tenga dudas. Me encanta cuando su lengua es directa, soez... Aunque sólo en la intimidad. Un oscuro y profundo deseo se expande por mi cuerpo. Quiero cerrar los ojos, dejarme llevar por esta sensación tan deliciosa y febril.

Dejo los traumas a un lado y observo que espera mi respuesta, impaciente; sus dedos tamborilean en el borde del sillón. Se desabrocha el primer botón de la camisa y el ritmo de mi respiración se acelera. Manteniendo un mínimo de control, me bajo de la cama y, despacio, me sitúo sobre sus piernas. Se sorprende y detiene cualquier tipo de movimiento. Pero suspira satisfecho y suelta un gruñido de auténtico placer.

Sentada a horcajadas sobre él, empiezo a acariciarle el cuello, con su erección apretada contra mi sexo a través de la ropa... de mi picardía.

—Mi cuerpo cobra vida y mi respiración se vuelve irregular y forzada.

El anhelo recorre mi piel entera. Tiemblo al ver que sus ojos se oscurecen por la pasión. Me hace sentir atrevida y desinhibida, y experimento sensaciones que creía olvidadas.

—No quiero caricias —me aclara inflexible—. Lo necesito todo, Eva. ¿Me lo vas a dar? Mírate en la pantalla, excítate... mójate y deja que me empape de ti, dentro.

Aquí está otra vez su brusquedad... Me enciende.

Tomo aire y entrelazo las manos detrás de su cuello con menos templanza, dejando paso a la lujuria, a mis ganas de sentir en todas y cada una de mis terminaciones nerviosas a Leo por completo.

Hay luz, como de costumbre. No mucha, esta vez más íntima.

—Quiero dártelo. —Mi voz suena temblorosa, apenas audible—. Leo, quiero que me hagas el amor, no que me folles. Luego... no ahora.

—No sé si puedo ir con calma.

—Sólo al principio... —le pido.

Él me levanta y me da la vuelta. Tira de mí para ponerme de cara a la pantalla y me pide que me arrodille. No sé si estoy preparada... Me sujeta de la cola con un breve tirón y me quita la goma que me recoge el pelo. Enseguida cae sobre mis hombros. Pasea las manos por mi escote, haciéndome vibrar. Me coge del cuello, inclinándome hacia atrás, y me obliga a que lo mire.

Nuestros ojos se encuentran, mientras se oyen las suaves olas del mar.

—Estás tan preciosa con este picardía que podría correrme sin haber empezado... Más tarde lo disfrutaremos.

Levanto las manos, sé lo que quiere y se lo doy.

—Mi gatita... Sí.

Poco tiempo después, el picardía traspasa la ventana y cae fuera, en la arena... La ropa interior sigue siendo negra, pero Leo no lo menciona esta vez, sino que, desde atrás, se deshace de mi sujetador. Me estremezco, me siento indefensa, vulnerable. Sin embargo, aguanto el tipo.

Se arrodilla y me baja las medias. Sin ningún tipo de suavidad, demostrando tener prisa. Cierro los ojos y escucho mis gemidos desde la pantalla. Todo esto es tan insoportable...

—Me matan estas medias con el encaje en el muslo. Nunca dejes de llevarlas.

Deposita un beso en el final de mi espalda y se levanta, poniéndome de cara a él, exigiéndome que lo siga. Se retira y me mira. No puedo hablar, me cuesta, y él, que lo capta, me tumba en la cama con un suave empujón, mientras se va desnudando con tanta elegancia que parece de mentira. Al moverse para deshacerse del pantalón... se lo ve tan erótico. Prolonga los segundos y sigue.

Lo tengo en la pantalla y en la realidad y me vuelve loca. Ya no aguanto más. Su visión en el televisor, tocándose, es insoportable para mi exagerada temperatura.

Tras quitarse la ropa interior y sin dejarme mirarlo, se tumba sobre mí y cubre mi cuerpo, muy cerca de fundir su boca contra la mía.

—No me puedo creer que... —Me besa, se calla y yo le devuelvo el beso con la misma pasión, fuerza e intensidad. Me muestro tan exigente como él y permito que se deshaga de mis labios para descender y besarme la mandíbula, el cuello, hasta que llega a mis pechos.

—Leo...

Me los muerde y de mi garganta brota un inofensivo gemido.

—Pídemelo —exige contra mis pechos y me agarra del cuello, haciendo el momento más excitante—. Lo estoy deseando.

Arqueo la espalda y le pido más, tirándole del pelo, disfrutando de su

deleite con mis duros pechos. Me retuerzo, sin ser capaz de pedírselo. Tengo miedo de no poder... Estoy agitada. Pero como no hablo, alza la vista y se pone a mi altura, mientras se arrastra sin piedad hasta que los dos gemimos. El roce me llena de sensaciones placenteras y sé que no tiene por qué haber barreras, pero él prolonga el momento. Pasa la mano por mi muslo y tengo que cerrar los ojos por el abrasador calor que se genera entre nuestros cuerpos.

—Eva —insiste duramente.

Contengo los gemidos que amenazan con escapar de mi boca. Acerca la mano a mi centro y con un grito entre la sorpresa y la pasión, le pido:

—Te quiero... dentro...

Me chupa el labio hasta que creo que me va a hacer sangre.

—Déjame que te prepare. No seré capaz de dar marcha atrás, Eva.

Y yo lo sé, su control es frágil. Tiene la cara enrojecida por la tensión que aguanta. En los brazos se le marcan las venas. Su duro pene cae contra mi muslo, convirtiéndose en una tortura.

Y de golpe me mete un dedo.

—¿Qué haces?! —aúllo con un respingo—. Por favor...

—Siente —me ordena y saca los dedos, para pasarlos en torno a mi hendidura, que está ya muy hinchada.

Sus caricias surten efecto, la velocidad con la que su dedo empieza a moverse me aviva como él no es capaz de interpretar. Ya no consigo mantener el control, ya no soy yo la que está aquí, es la mujer que ha despertado esta bestia y que pide saciarse.

—Eva —gime y me acuna la cara, me exige que lo mire a los ojos mientras empuja con suavidad con el dedo, irrumpiendo en mí.

Noto que la sangre se me sube a la cara, que esta me arde y que mi expresión va cambiando.

Miedo.

Deseo.

Rechazo.

Como la vez anterior, la frente se le cubre de sudor. Me duele todo el cuerpo y sé que a él también por contenerse. Presiento su desesperación y me abandono a sus caprichos, cayendo posiblemente en un error que no me

quiero cuestionar... Consiento que con una mano siga sujetando las dos mías mientras yo lo rodeo con las piernas. Me muevo, sintiéndolo, aprisionándolo en medio de esta nueva locura.

—Acéptame, Eva —ruega.

Empuja... y descubre mi humedad.

—Espacio —imploro, con dificultad para articular las palabras.

Pero no sé si no me oye o le es tan difícil controlarse que entra hasta el final, obligándome a contraer las paredes vaginales por la desgarradora punzada que noto, por la intrusión de su dedo en mi interior. Suelto un gemido lastimero.

—Lo siento... —dice él con voz tensa—. No puedo dar marcha atrás. Quiero sentirte como hace tanto que no... No puedo parar.

Me besa la frente, la nariz, e introduce la mano derecha entre nuestras pieles sudorosas para estimularme el clítoris. Me relajo, porque me proporciona un exquisito goce, por su extrema delicadeza.

—Deja que tu cuerpo se acostumbre al mío, Eva.

Me arqueo con una mueca de dolor y resisto, tolerando sus atenciones, con su frente pegada a la mía. Me besa... me tienta y me olvido de todo. Lo siento a él, ardiente, y sé que es lo que quiero. Aunque otras imágenes intenten amenazarme y agarrotarme, me aferro a sus fornidos brazos y me acoplo a su cuerpo con el corazón volando lejos de mí. Con la inmensa necesidad de llorar al aceptar que me invada sin temores, creando un precioso instante.

—Te voy a comer toda —susurra suspirando y sonrío.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás cuando advierto cómo se posiciona y luego coloca el pene en mi entrada. Lo espero con los dientes apretados, entregándome según él va abriendo mis pliegues con un tacto infinito, arremetiendo poco a poco, sedoso, lentamente.

Con languidez, se hunde hasta llegar a mi interior.

Grito muy bajito su nombre y le araño los hombros. Me busca la boca con desespero.

No puedo creerlo... Relajo los músculos, no me duele... Estoy excitada, entregada a Leonardo Ferrer. Las imágenes dañinas se dispersan, sólo está él.

—Así, gatita. No grites.

Me abandono a sus labios y persigo su lengua, jugueteo con ella. Nuestras bocas chocan en una guerra de pasión. De erotismo. Chupando, succionando y devorándonos sin medida.

—¿Estás bien? —pregunta.

Gimoteo, mientras suelto los grititos que ya no puedo retener. No ante esta placentera forma de embestirme. Con cuidado, como me ha prometido. Yo lo acojo con anhelo, con fervor. Lo necesito dentro, firme, latiendo, vibrando. Mis ojos se empañan, pero no sale ni una sola lágrima. Me duele lo que siento, que es mucho. Lo miro y le acaricio la cara con las dos manos, que me tiemblan. Algo se rompe en mi interior al descubrir en su mirada que está tan abrumado como yo.

—Te deseo, Leo, me estoy muriendo —jadeo delirante, al tiempo que pronuncio las palabras en la profundidad de su boca—. No pares... Dios, Leo. Te siento.

Pasa los dedos por debajo de mi cuello, obligándome a arquearlo un poco hacia arriba, mientras se sigue moviendo, siempre pausado. Sus caderas son pura sensualidad al penetrarme con leves balanceos. Noto su trasero apretado, sus músculos tensos entre mis piernas, que le rodean la cintura. Mi sexo arde, caliente, y echa fuego. El suyo cálido, grande, apaga mis llamas.

—Dime que no te acuerdas de otro —implora, besándome el lóbulo de la oreja, bajando hasta mi cuello.

Me arqueo y le doy acceso a él, también a mis pechos. Le ofrezco mi cuerpo sin un ápice de recelo.

—Necesito saberlo —insiste.

¿Ahora? Apenas tengo voz. Los gemidos escapan de mi garganta y es mi manera de hacerle saber cuánto añoro esto. Lo mucho que he anhelado sentirme mujer con un hombre como él. Lo esperaba... Es caliente, todo esto es tan inesperado que me aturde.

—Dilo, Eva.

¡Ardo! Sale para deslizarse por mi clítoris, trazando círculos con la punta de su miembro empapado, y vuelve a entrar, llenándome de él.

—No, no... no —protesto acalorada cuando se mete un pezón en la boca. Me lo muerde. Tiemblo y me doblo, acogiéndolo dentro sin trabas, perdiendo la razón por el intenso placer que me recorre—. Quiero esto... a ti.

—Tranquila. —Me muerde el mentón sin perder el contacto visual y aún me pongo más nerviosa.

Anclo las piernas en su cintura, hambrienta de todo él, mientras me tenso.

—Haz lo que quieras... —me dice—, ponte cómoda.

Con un resoplido cargado de agonía, cambio de postura. Con el cuerpo temblándome como una hoja, me hago con el poder. Me pongo encima de él con un intenso escalofrío. Y me arqueo hacia atrás, con las manos junto a sus piernas. Sus ojos van a donde yo pretendo: a la unión de nuestros sexos. Me libero de la tensión que supone sentirme atrapada. Miro a la cámara y me lamo los labios...

—Eva, cuántas ganas... —masculla contenido—. Te deseo tanto que me parece que no voy a soportarlo. Párteme en dos, Eva, pero dentro de ti.

¡Señor! La forma en que me dice esto hace que saque a la Eva de Prohibido, la que provoca al público. A la gatita que él reclama en la cama, porque hoy sé que no deseo otra cosa que ser su gata y que él sea mi bestia.

—Esta sí es mi Eva...

Mi corazón late acelerado.

Me muevo hacia adelante, hacia atrás, adelante, atrás, mientras noto el cálido aire que entra por las ventanas. Subo, bajo, describo círculos. Oigo los gruñidos de Leonardo Ferrer y, para provocarlo y excitarlo aún más, con una mano, empiezo a pellizcarme los pechos. Alterada, soltándome. Me mojo los dedos y los paso alrededor del pezón. Siempre sin dejar de subir y bajar, de cabalgarlo. De seducirlo mientras me humedezco los labios.

—Controlas tú, cariño. Eres tú.

Ansiosa, pongo su mano en mi sexo. Cuando me acaricia violento, la habitación da vueltas. Empuja las caderas y me obliga a balancearme, loca, entregada, y permito que me domine. Me alzo y me empala sin contención con su enorme falo. Ya no respiro y él se incorpora y me saborea voraz, sin tiento. Es duro al succionar mis delicados labios, mientras me rodea con los brazos. Le gusta dominar...

—Córrete —ordena.

Y tras dos implacables embestidas más, introduce un dedo y pierdo el control. Todo se desmorona a mi alrededor, se me rompen los esquemas. Siento una acongojante emoción en el pecho de admiración hacia él. De

unión. La conexión no me permite hablar, la ansiedad de descubrir que sigo siendo mujer... Que él me ha hecho sentir así. Me echa hacia atrás y me desintegro cuando me tortura, me atraviesa hasta que me duele y, segundos más tarde, me clava las uñas en el vientre y sé lo que vendrá.

Me rompo, no sólo por el orgasmo, sino por lo que acaba de suceder. Me da miedo que sea un sueño... No quiero despertar. Todo es tan bonito...

—¿Has tomado la píldora?

Asiento sin energía y con un último empujón se vacía dentro de mí, me llena de él mientras yo me convulsiono, revolcándome entre gemidos. Mi pulso se dispara, igual que las sensaciones al mezclarse su placer con el mío.

Esto... esto... No tengo palabras. Vagos recuerdos se hacen patentes, los olores se fusionan como en tantas noches con Torres, pero ya no siento aquella nostalgia. Ahora Leo me ha...

Mi corazón se desboca, henchido, me cuesta tragar ante tantas emociones.

—Eva, madre mía. Señor.

Se deja caer sobre mí; yo estoy con las piernas dobladas bajo mi cuerpo. Es incómodo, pero no quiero que se aleje. Tocarle ahora me produce un efecto tan fuerte que me paraliza. Mi pecho sube y baja con intensidad, mi aliento se diluye en su boca hasta que su esencia se ha fundido en mí... en mí. Hemos sido como uno solo... Lo siento así.

—Mierda y mierda, Eva.

Cierra los ojos y presiona su boca contra la mía. Yo estoy ahogada y no puedo cerrarla. Quiero llorar. Sigue dentro, amoldado en el centro de mi placer.

—No sabes cómo te he echa...

—Leo... —susurro e intento abrazarlo. Colapsada

—Me importa poco si no te gusta lo que vas a escuchar. —Me acuna la cara, sin mirarme, casi sin voz, todavía jadeante. Con su frente sobre la mía —. Te quiero, Eva. Te quiero.

Estuve sin ella...

Un mes transcurrió lentamente y Eva no volvió. Me dije que me daba igual, que la odiaba por seguir enamorada de otro tras haberme entregado a ella. Por haber vuelto a sus brazos el mismo día en que, entre risas, planeábamos una fiesta.

Yo seguía sin trabajar, sin conseguir sustento, estaba gastando todo mi dinero y no quería acudir a mi familia. Tampoco estaba preparado para dar la cara ante ellos. No tenía nada.

Ese día fui a En la oscuridad, para buscarla en otras pieles, inútilmente, como de costumbre, pues ninguna mujer sabía darme lo que necesitaba. No encontraba su sabor, no sentía sus caricias. Su ternura...

De vuelta en casa, me senté en el sofá, y, mirándome en un espejo de mano, retiré la gasa. Carlota, que en ese momento pasaba por allí, se detuvo. Nos miramos, le brillaban los ojos. A mí también.

Desvié la mirada y observé la herida. Quedaba la marca, pero la carne ya estaba en su sitio. Me contemplé las manos, jugueteando con los dedos. Me había quedado solo, destrozando lo que construimos. ¿La podría olvidar alguna vez?

—No —dijo Carlota, contestando a mi pregunta no formulada.

—Lo sé.

Cerré los puños, totalmente abatido. Acababa de ser consciente de que estaba desquiciadamente obsesionado con Eva... y de que por lo mucho que la necesitara, no volvería a buscarla. Busqué el CD que había grabado de ella y lo partí en dos, eliminando su rastro. Ya no podría verla sintiendo placer, riendo o llorando. No lo soportaba, era algo que me desgarraba por dentro.

—Leo, he ido a su antigua dirección, la de la primera vez. —Miré a mi asistenta—. Ya no está... su número de teléfono tampoco está activo.

—Ha huido de mí —susurré—. No vuelvas a buscarla. No quiero.

—¿Qué hiciste?

—Estaba enamorada de otro —me lamenté sin voz.

—¿Y ahora qué?

—Es lo mejor para los dos —mentí. Para mí no lo sería.

Toqué la máscara que nos había separado y me incliné hacia adelante, con las manos en el abdomen. Cabizbajo, hundido. Acostumbrándome a este dolor perenne. Prohibiéndome saber de ella. Aunque me doliera demasiado, aunque me costara respirar un aire que Eva ya no compartía, debía tener valor y ser fuerte, recuperar mi vida.

¿Podría, tras haber conocido a esa mujer sin la que ya me costaba vivir?

Tantas preguntas sin respuestas, tantos sentimientos escondidos.

Me negaba a causarle más dolor al recordar mi ira... los latigazos. Estaba avergonzado y, a la vez, la odiaba. Mucho... Eva lo quería a él, se le había entregado. Terminé aceptando que tuviera un pasado, pero no un presente a costa de mi felicidad. Aunque sonara malvado, mi consuelo era imaginar que ella tampoco estaría bien. Ni siquiera con él.

—¡Ah! —grité con impotencia.

«Es de otro».

—¡Maldita seas, Eva Castillo!

Tendría que salir, recuperar mi trabajo, relacionarme con gente. Pero tenía temores, podríamos encontrarnos. ¿Me reconocería si nos viéramos lejos de la oscuridad?

La extrañaba tanto que no sé cómo pude soportar su ausencia.

En la oscuridad... Descubro que son la misma persona

Ahora soy yo quien cierra los ojos, totalmente confusa y descolocada, temblando. Me cuesta creerlo, desconfío, aunque en su tono de voz la profundidad ha sido evidente. Es cierto que hemos creado un vínculo muy fuerte, pero sus palabras van más allá de esto.

No puede ser... Yo no lo quiero a él, querer no es fácil. Sin embargo, la emoción colma mi pecho. Me tapo la cara con las manos y me ladeo hacia la izquierda, hundiendo parte de mi rostro en la almohada. ¿Por qué me siento tan débil?

De nuevo ese extraño sentimiento de querer llorar y no poder, de notar que me duele el corazón y que se me parte en dos. ¿Por qué razón?

—Eva —me llama y me acaricia la mejilla. Me encojo todavía más—. Mírame, no me rehúyas. Es cierto, te quiero.

—No sabes nada de mí —baluceo, apretando los párpados.

—Lo suficiente —susurra y tengo que abrir los ojos.

Comprobar que es él y no Torres, porque, por un momento, la imagen de este se ha colado entre este hombre y yo, el hombre que hoy me ha vuelto a hacer sentir mujer. Él asiente con la cabeza y me sonrío cálidamente.

—Te quiero —repite y me roza los labios, volviéndome hacia él—. Esto

tendría que habértelo dicho mucho... —se interrumpe.

—¿Mucho qué? —pregunto casi sin voz.

No dice nada y me besa con toda la fiereza con la que alguien es capaz de besar a otra persona. Me muerde los labios, su lengua se adentra en mi boca y la recorre como si fuese la última vez.

En vez de parar, baja y me chupa el mentón, sin la paciencia que lo ha caracterizado estas dos semanas. Yo saco las piernas de debajo de mi trasero y me tumbo más cómoda, me arqueo ante sus caricias, adivinando sus intenciones, y, jadeante, noto que llega a mi cuello, donde se entretiene durante unos apasionados y calientes segundos.

Sus labios continúan el recorrido y baja, mortificándome, pero entonces sigue hacia mi clavícula. Ahí vuelve a hacerme perder la razón, desliza la boca sin suavidad, húmeda y entregada, hasta llegar a mis pechos.

Suelto un suspiro, fascinada con él. Me siento vacía, incompleta cuando él ya no ocupa ese lugar que ha invadido con tanto fuego.

Pone las manos en mi cintura y se mete un pezón en la boca. Me retuerzo intentando no gritar, porque sus padres y su hermana no están muy lejos, pero esos lentos y sensuales mordiscos me matan.

—Leo...

—Que te quiero —repite, clavando los dedos en mi piel.

—Yo...

—Chis. Tenemos tiempo.

No hay marcha atrás para esto en lo que nos hemos involucrado. No me importa lo que suceda esta vez, confío en él, y con entrecortados gemidos, lo abrazo y le acaricio el pelo.

Es bonito cómo me mira...

Es precioso este momento tan deseado...

Es especial haberme entregado a él...

Clavo los talones en la cama y me arqueo de nuevo. Leo desciende, resiguiendo mi cuerpo con la lengua, mientras yo me muerdo los labios, acallando la locura que me provoca. En mi vientre no hay pausa y me quedo sin aliento e inmóvil cuando deposita unos besos en la cicatriz de mi ingle.

—Voy a matar al hijo de puta que te hizo esto, Eva.

Sustituye su boca por sus dedos y con los nudillos calma mi angustia. No

sé cómo me siento... Siempre he necesitado que alguien cuidara de mí y él lo hace. Me da besos, mimos. Dejo escapar un gemido por el dolor y el alivio de haberme descubierto ante Leonardo Ferrer.

—Te haré olvidar todo esto. Ya estoy aquí y no te voy a perder, entiéndelo. —Su aliento me hace cosquillas en la ingle—. Me da igual lo que vaya a venir.

—La cámara —le recuerdo casi sin sentido, asfixiada.

—Déjala, quiero que siempre te acuerdes de esta noche.

Lo haré...

Mete las manos debajo de mis nalgas y, sin preámbulos, hunde la boca en el centro de mi cavidad. Mis pulsaciones se disparan, se me seca la boca y tengo que cerrar los ojos.

—Leo —susurro, contrayéndome, y el placer se eleva hasta que se me escapa de las manos. Alcanzo el segundo orgasmo, pero esta vez contra su boca—. L-Leo...

Los espasmos de adueñan de mi cuerpo y de mis sentidos, obligándome a retorcerme con inquietantes movimientos, que a él no le preocupan porque no se retira. Me explora mientras se empapa de toda la esencia que, precipitadamente, le he regalado, la que él mismo ha despertado esta noche.

—Hostia, Eva. Hostia y hostia —insiste y aspira mi olor por última vez. Enseguida lo tengo a mi altura; me sonrío y me muerde la boca—. Esto sí, gatita. Esto sí.

Me hace sonreír; ¿cree que me tiene controlada? Él arquea una ceja, adivinando que estoy pensando algo. He aprendido que a los hombres hay que sorprenderlos y, aunque hace mucho que no hago esto, lo empujo y le señalo el pecho con el dedo. Ronronea y se echa hacia atrás mientras espera excitado. Me pongo de cara a la cámara y de espaldas a él, suspiro y me coloco a cuatro patas.

—Eva, te la estás buscando —me amenaza y, desde atrás, me coge la cara al colocarse junto a mi trasero, el que le estoy ofreciendo. Ambos jadeamos y él insiste, volviéndome loca—: Te quiero.

—Has perdido la cabeza —intento bromear, pero se me rompe la voz. Tengo muchas ganas de llorar.

—Lo sé.

Noto que está en mi abertura.

—Así, Eva, para mí. —Asiento, como él desea.

Nos miramos a los ojos y nos dejamos llevar por la pasión. Sonrío para mí y él me mira con tal intensidad que mi corazón se acelera. Me aferra la cintura y me la acaricia poco a poco con dedos tensos.

—Te sabré tratar como mereces. —Y como si quisiera sellar sus palabras, presiona los labios contra la cicatriz de mi espalda. Miro al frente, encontrándome con la cámara, y arrugo la cara—. No tengas miedo, nunca más te haré daño.

Oírlo me pone la carne de gallina.

Se vuelve a colocar, sin dejar de acariciar mi cicatriz, y poco a poco se abre paso en mi interior. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos; él se sujeta a mi hombro con un mano, mientras sensualmente mueve las caderas y me penetra. La tensión de diluye y, como antes, encajamos a la perfección.

—¿Estás bien? —jadea.

—Sí... —Sonrío.

Abarca mis pechos y marca un ritmo de total agonía. Me ensarta como si no hubiera un mañana, chocando contra mi trasero. Yo no tengo fuerzas y me debilito a punto de desfallecer, pero no me permite apoyarme contra el colchón. Es veloz, embiste tan rápido que da vértigo. Me hace arquear el cuello hacia atrás. Se lo consiento por la ardiente y tanto tiempo esperada noche que me está dando. Sólo por hoy...

—Aprieta —exige y yo obedezco apresándolo con mis paredes vaginales—. Joder, me corro.

Arremete con tanta potencia que me derrumbo y me traspasa, su líquido caliente me llena y un orgasmo brutal nos asola a los dos... No puedo moverme ni respirar. Sólo quiero dormir y asimilar todo esto, y que Leo ya pertenece a mi vida. Y que, pese a todos mis miedos, no quiero que se vaya.

Pero no deseo hablar ni expresar mis pensamientos.

Él se limita a cubrirme con una sábana roja, de un color apasionado como él.

¿Qué? Abro los ojos como puedo, al notar la claridad que irrumpe de pronto

en la habitación. Enseguida vienen los recuerdos y esta vez no los esquivo, al contrario, con una sonrisa doy la bienvenida a un nuevo día.

«¡No!», me dan ganas de gritar. Leo es el culpable de que me haya despertado. Está junto a la ventana, con una toalla en torno a su cintura, el cabello mojado y esperándome. ¿Qué pretende que le diga?

¿Acaso que me impresiona? ¿Que gracias a él hoy vuelvo a sonreír?

Con un bostezo, me siento en la cama, sujetándome la sábana contra el pecho, sin dejar ver mi cuerpo, y no le doy el gusto de oír lo que desea.

—Qué buen día hace —dejo caer.

La vista es preciosa y el sol que entra en la habitación enamora. Hace tanto que no disfruto tan cerca de la playa...

—¿Qué buen día hace? —repite atónito, ya con el cigarro en la mano.

Estoy tan... tan... tan todo, que me apetece una calada de buena mañana.

—Hmm... sí.

Se acaricia con la mano la recién retocada barba.

—Me encanta cuando dices eso. —Fingiéndome desorientada, frunzo el cejo y Leo aclara—: Ese «hmm».

—Ah... Te encanta de todas —le recuerdo, desviando la vista.

—De ti —recalca, rodeando la cama y sentándose a mi lado.

Cómo no, trato de ocultar mis emociones ante él, pero no me lo permite y me pide que lo mire.

—Intenta no hacer ese «hmm» —susurra.

Y, para mi vergüenza, en ese momento el estómago me ruge. Leo suelta una carcajada que hace que se me suban los colores hasta el punto de que siento que me arde la cara. Pero qué tonta y susceptible estoy.

—¿No me vas a dar los buenos días como Dios manda? —pregunta y apaga el cigarrillo en el cenicero de la mesilla de noche.

—¿Y cómo manda hacerlo?

—¿Estás bromeando conmigo? —se burla y se acerca un poco más a mi boca. Me pongo nerviosa.

—Sí. Además, me quiero dar una ducha —ronroneo—... contigo...

Se aprieta los párpados y gime.

—Nos esperan para desayunar —contesta—. Son las diez y diez, pero...

—¿Pero? —lo provoco, dándole un fugaz y caliente beso en la comisura

de los labios, que a ambos nos sabe a poco.

—Anda, tira, que te voy a enseñar qué es un buen despertar.

Como una idiota, salgo corriendo hacia el baño, envuelta aún en la sábana. Toda la cabaña es de madera, lo mismo que los muebles. Leo me permite coger ventaja y, cuando llego, dejo que la sábana resbale por mi cuerpo. Me veo en el espejo de frente y con esto también hay novedades. Ya no me escondo... Soy yo, con heridas, pero libre.

—Marchando una ducha para la gatita —me susurra Leo al oído, inmovilizándome, y, al darse cuenta, carraspea. Luego dice en voz más alta —: ¿Cómo la quieres?

—Ardiendo —respondo, con los nervios a flor de piel.

—Entra y gradúala tú.

Entro en la amplia bañera, abro el grifo y me quedo de cara a los azulejos negros del baño. Me echo el pelo hacia un lado y con un provocativo contoneo de caderas lo invito a acompañarme. Mi cuerpo queda expuesto para él. Oigo su acelerada respiración y un segundo después lo siento detrás de mí.

—Quiero amanecer así —murmura en mi oído—. Tengo las llaves de tu casa e iré cuando me apetezca.

—No te pases, necesito intimidad.

—Y yo quiero formar parte de ella —insiste con voz ronca—. Inclínate, Eva, te necesito o me volveré loco.

Consigue que el orgasmo me alcance en segundos. La última embestida es tan brutal que las rodillas se me doblan y Leo tiene que sostenerme, evitando que termine a sus pies dentro de la bañera. Mi corazón late tan fuerte que no sé si él puede oírlo. Sale de mí y, fiero, me vuelve de cara a él. Me atrapa con su cuerpo. Sus facciones reflejan satisfacción, también dureza, y, con manos trémulas, me acuna la cara y confiesa:

—He deseado hacerte esto toda la noche sin parar, Eva.

—Quiero ir despacio...

—Demasiado tarde —asegura, antes de besarme nuevamente.

He sido tan tonta al creer que sería capaz de contenerme... Los minutos pasan y yo no puedo estar más pletórica. No dejo de reír durante nuestra ducha conjunta, pero lo que más me sorprende es cuando llega la hora de

vestirme, con la ropa que él se ha atrevido a ir a coger de mi maleta mientras yo dormía... A Leo se le antoja grabar hasta el más mínimo detalle, que ahora a mí también me parece morboso. ¿Cuándo veremos ese vídeo? Tengo mucha curiosidad por averiguar qué sucederá cuando revivamos juntos cada momento, con esta Eva tan viva.

—Se nos ha hecho tarde —cuchichea mientras volvemos a la casa por la arena que cubre el camino. Juntos, de la mano, algo que le permito hacer, como es su intención. Pero sin dejar de repeinarme o alisarme el vestido con la que tengo libre, ya que estoy nerviosa.

—Buenos días, chicos —nos saluda Alba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola... —me animo yo y ocupo el lugar que Leo me indica, entre él y su hermana. Sus padres están enfrente, muy elegantes. Leo, también. ¿Por qué? Me consta que le encanta vestir de un modo informal, aquí en cambio no lo hace. Lleva coche, no moto. Trajes. Nada de cazadoras...

—¿Has dormido bien? —pregunta Víctor.

—Sí, muchas gracias por todo.

—No hay de qué —dice el hombre, con un gesto de la mano.

Leo y su madre no dicen nada, pero se miran con evidentes signos de complicidad. Supongo que habrán hablado de mí, pero tampoco me atrevo a pensar qué. Él anoche me dijo que me quería...

Intento asimilarlo mientras me sirvo un poco de té, del que a mí me gusta, el que sé que Leo ha pedido para que me sienta cómoda. Lo miro cuando me atrevo a coger una tostada y veo que él también cuida su dieta. ¿Podríamos ir al mismo gimnasio? ¡¿Qué digo?!

Tal vez no querré verlo a todas horas. Me cansaría. ¡Bah!

—¿Cuándo os vais? —pregunta su madre.

—Hoy mismo —responde Leo y me guiña un ojo—. Eva y yo tenemos mucho trabajo atrasado. Pero prometo volver el próximo fin de semana.

—¿Y ella? —lo presiona su madre.

—No lo creo —intervengo con decisión—, pero me encantaría volver pronto, por supuesto.

—Estás en tu casa —dice Alba, sirviéndose azúcar en el café—. No lo olvides. Me gustaría agradecerte la compañía a la familia y el apoyo que le has dado a mi hermano. Ha sido un placer conocerte.

—Gracias... —Miro a Leo y, sin ocultarme, murmuro—: Lo volvería a hacer.

—No la dejes escapar —bromea su padre.

Leo me mira con intensidad y asiente en silencio. Vaya, otra vez los nervios... Rehúyo sus ojos y observo a Claudia, su madre, que se mantiene al margen, aunque es obvio que el comentario de su marido le ha gustado, ya que sonrío.

Mientras mastico, miro el móvil y, la verdad, me extraña no tener noticias de Pam y del resto de la cuadrilla.

Ayer les dije que volvería hoy; eso sí, que no avisaran a mi padre.

Quiero pasar la noche en casa de Leo y, aunque viva en mi mismo edificio, mi padre no tiene por qué enterarse. Tengo grandes planes y voy a aprovechar cada una de mis armas. Esto acaba de empezar y no quiero que termine sin dejarme llevar. ¿Terminar? No entiendo por qué a menudo pienso en esa palabra tan fea.

Al reparar en Leo y ver su sonrisa, se me congelan los labios en el borde de la taza de té. ¿Qué siento? ¿Qué es esto?

Por un breve instante, la desesperación se apodera de mí al imaginar que al regresar todo puede cambiar. Que tras esto, puede retomar su vida sin necesitarme a su lado, debido a que ya todo está bien y que ha conseguido que me rinda ante él. Atormentada, dejo la taza sobre la mesa y el pulso se me descontrola. ¿Me estoy enamorando de él?

«¡Y qué más da!», me grito.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí —digo, sonriéndole cómplice—. Preparada para volver.

Capta mi indirecta y repite:

—Sí, tenemos mucho trabajo a la vuelta. Pero nos da tiempo de ver las playas de esta isla y hacer un poco de *footing*. ¿Te apetece?

—Me encantaría.

Poco después, lo estoy siguiendo hacia la orilla de la preciosa playa de Las Canteras. Me quedo embobada con el paisaje, me encanta. Su mar oscila entre dos colores... Respiro este aire puro y me planteo pasar unas vacaciones aquí. ¿En la cabaña? Se me escapa una risita.

—¿Eva? —me llama Leo.

Le sonrío y nos detenemos, bajando el ritmo. Me coge la mano y yo aprieto la suya.

—¿Vas a pasar por alto mi frase de ayer? Fui sincero, no era fruto del momento.

—Lo vi en tus ojos —confieso tímida—. Quiero esto, Leo. Necesito volver a sentirme así con alguien... Eres especial.

—Lo sé —se burla y me besa fugazmente—. Y te quiero.

—Ya... —Trato de sonreír, pero estoy muy emocionada.

Como una pareja, caminamos por la orilla y yo me hago preguntas acerca de por qué me tiene que querer si apenas sabe nada de mí. Es cierto que hemos pasado dos semanas juntos, apoyándonos... Pero ¿es suficiente, aparte de lo que ya había sucedido entre nosotros lejos de aquí? Me acaricia la mejilla y me sacudo con una tonta sonrisa. No me avergüenza estar así.

—Leo, apenas me has hablado de la mujer con la que has compartido... Quiero decir...

—Me dijiste que no querías conocer mi pasado.

—Es cierto, pero ¿qué representa en tu vida ahora? —Me atraganto un poco con las palabras—. ¿Mantenéis contacto?

—No, qué va. La relación se rompió y cada uno escogió un camino, no nos hemos vuelto a cruzar. —Sonríe y me atrae hacia él, pasándome un brazo por el hombro. Rozo su cuerpo—. ¿Te preocupa?

Me niego a decirle que estoy celosa y sin darme cuenta me muerdo las uñas. Suelta una carcajada y me quita la mano de la boca con una mirada de advertencia. Lo sé, es malo morderse las.

«Delata tus nervios», me dijo una vez.

—Y con tu familia —prosigo, indagando—, ¿por qué eres más formal?

—Es lo que esperan de mí —contesta sin darle importancia—. Somos una familia clásica y no quiero romper esa imagen. Y para el tiempo que paso aquí... —Me besa el cuello. Ronroneo—. ¿Un aperitivo y nos vamos a casa?

—A casa...

—Tus orgasmos no son lo único que deseo que sea mío. —Me hace reír y lo empujo, echando a correr—. Gatita, tú lo has querido.

Corro, medio cayéndome de risa. Él me atrapa enseguida y caemos en la arena. Me mira a los ojos y, despacio, se acerca a mi boca.

—Te quiero.

Lo atraigo hacia mí, a punto de soltar sin saber por qué un «Yo también».

Cuando aterrizamos en Madrid me caigo de sueño, igual que durante todo el vuelo, pero Leo no para de hablar y me mantiene despierta. Por otro lado, yo no paro de pensar en lo que siento y eso hace que esté demasiado callada.

—¿Entras? —me ofrece, abriendo la puerta de su casa—. No estés preocupada, deja que fluya todo. ¿O no quieres?

Me da la risa.

—Sin dudar —contesto.

Antes de cruzar la puerta, deja a un lado las maletas y me atrae cogiéndome por la muñeca. Sus brazos me acogen de una manera especial, haciéndolo diferente de otras veces. Es como si hubiera esperado mucho para recibir una muestra tan tierna y sincera por mi parte. Lo rodeo por la espalda y hundo la nariz en su pecho.

Mi alma se estremece. El corazón se me pone a mil. No quiero que me suelte. Casi toda mi vida he tenido un hombre a mi lado, siempre he sido muy dependiente de ellos y he odiado la soledad, pero tras las últimas relaciones he dejado de lado cualquier tipo de fantasía amorosa.

¿Y si él es capaz de devolverme la esperanza? He intentado negármelo por mis problemas, sin embargo, me gusta tanto que una parte de mí se haya ablandado hasta el punto de replantearme volver a creer en el amor... o al menos en una ilusión que me haga sentir, vivir y disfrutar. Me lo merezco.

—Ejem... —carraspea Pamela desde dentro de la casa de Leo, detrás de nosotros.

¡¿Qué es esto?! ¿Una reunión? Leo me besa el cabello y se aparta, acariciándome la mejilla y sonriendo, dándome a entender que él ya lo sabía. Es chocante el efecto que me produce, me aplasta.

—Ven aquí —dice mi amiga, que tira de mí—. Te he echado de menos y... te quiero.

—Y yo a ti...

Le doy un fuerte beso y la abrazo. Al retirarnos, no puede evitar reír.

Leo está a nuestro lado, pero se mantiene al margen. Camina arriba y

abajo, con las manos en los bolsillos. Es bastante inquieto e impulsivo a veces. Me temo que es una persona que pierde la paciencia con facilidad.

—Venga, vamos adentro —nos anima Pamela—. Están también Eloy, Omar, Sarah y Rebeca. Luego vendrá más gente. Hay música, comida y ¡ambiente!

Pongo mala cara; con Sarah ahí no creo que lo haya.

—No empieces —me advierte Pamela, que comprende mi expresión.

—Ya...

Sigo a mi amiga sin mirar atrás, aunque sé que Leo nos sigue. Normal, es su casa. Entonces pienso que él ha accedido a invitar a esta gente y entre ellos a Sarah. ¿Habrán hablado? ¿Ha coqueteado con él? Pero los malos pensamientos se evaporan cuando Leo me pone una mano en el hombro y me susurra al oído:

—Luego la noche será nuestra.

Niego con la cabeza, mordiéndome el labio, reprimiendo otra tonta y estúpida sonrisa. Saludo a Eloy, que suelta una risita burlona ante el gesto posesivo de su amigo. Pongo los ojos en blanco y doy saludo general a los demás.

—Hola.

—Mi reina, cuánto me alegra que estés aquí —dice Rebeca.

—¡Esa carita! —grita Eloy y me pellizca la mejilla. Casi le doy una hostia, es la primera vez que se atreve a ponerme un dedo encima—. En paz, Eva. Dejemos la guerra.

—Nunca la he tenido —miento, sentándome en el sofá que está cerca de la ventana, algo alejada del resto.

Eloy se da por vencido y Pamela se acomoda a mi lado, acercando su cara a la mía, mientras su novio va hacia Leo, con el que habla discretamente, aunque estoy segura de que es sobre nosotras.

—¿Qué, cómo vas? —cuchichea mi amiga.

—Pam, es un comienzo; ¿qué te puedo decir?

—Y te da miedo... —deja caer, pasándose la mano por el pelo.

—No, claro que no.

—Buah... Odio cuando te haces la dura.

Su frase me hace reflexionar.

En estos meses he oído esa palabra constantemente, por lo que debe de ser cierto. Me hago la dura desde aquella noche. Quizá no lo soy, pero a veces hay que ponerse una coraza para que nadie nos vuelva a hacer daño. También es verdad que no podemos juzgar a todas las personas por vivencias del pasado con otra gente. Y a la vez es tan difícil superarlo y ponerlo en práctica... Entonces me hago una pregunta: ¿estoy haciendo un esfuerzo por superarlo?

—Creo que estoy sintiendo cosas... —confieso.

—¡Mi gatita! —grita Pam y me abraza como si no nos viésemos desde hace siglos. Aun así, le correspondo.

—Sí, rubia.

—Madre mía, qué sonrisa me traes.

—Estoy feliz, Pam —reconozco sin vergüenza.

Mi amiga se separa de mí y resopla.

—¿Qué te ha hecho?

Me encojo de hombros. Sí, vuelvo a ser la Eva que era, lejos de la introvertida que se ocultaba. La que dejé atrás por culpa de...

—Esto hay que celebrarlo —exclama Pam—. Tenemos que hablar largo y tendido.

—Mañana te cuento todo, todo.

—¡Ay! —Se tapa la boca contenta—. Qué ganas tengo... Chis. Ahí viene —sisea—. Os dejo. Voy a poner música y a servir la cena; hoy la casa la llevo yo. —Antes de levantarse, añade—: Me encanta verte así.

—Anda, no seas tonta. —Disimulo lo emocionada que estoy.

Cuando Leo llega, le sonrío y se sienta a mi derecha. Las palabras sobran. Me ofrece un vaso de Coca-Cola, que yo acepto suspirando. No puedo evitar mirarlo con recelo, ya conoce las marcas de mi cuerpo, aunque no todas las causas por las que las tengo. ¿Querría seguir conociéndome de saberlas? De forma instintiva me toco la ingle y él cierra los ojos.

Bebo un sorbo, y me pregunto por qué le afecta tanto.

Estoy tan ensimismada que no me doy cuenta de que él me está mirando fijamente. Arrima su cara un poco a la mía, frota la nariz y yo, viendo dónde estamos, me echo despacio hacia atrás.

—¿Me has hecho la cobra? —Finge horror—. Gatita, no me tientes.

—No me digas «gatita» en público —lo regaño en broma—. Soy una persona seria y...

Justo en ese momento, aparece Oliver en la puerta. Me quedo en estado de *shock*, confusa. ¿Pam lo ha invitado? Posiblemente haya sido su querido novio. ¿No sabe que entre él y yo ha habido algo que puede incomodar a Leo? Y antes de que mi jefe llegue a saludarme, suena una melodía flamenca, pues Eloy es un apasionado de ese género.

—¿Podemos hablar? —me pregunta mi jefe.

Digo que sí y me levanto.

—Vuelvo enseguida —me excuso con Leo.

Él asiente, nada contento, es obvio, y yo me dispongo a hablar con Oliver y a dejarle las cosas claras. Lo haré en medio de una canción flamenca de El Barrio, que habla del olvido, de la diferencia entre los sentimientos de él y ella. Fingimos que bailamos y que estamos a gusto, ya que no queremos montar un espectáculo, y nos unimos a Eloy y Pamela, que bailan también. Rebeca y Omar ya están liándola en medio del salón.

—Eva, ¿estás con él? ¿Por eso te has largado? —me pregunta Oliver en voz baja.

Odio que se meta en mis cosas.

—Oliver, ¿qué te importa? —Recalco su nombre, igual que él ha hecho con el mío.

—A veces te dejas querer —me reprocha y me guía hacia el fondo.

—Siempre te he dejado las cosas claras.

Los dos nos callamos y seguimos mirándonos incómodos. Es cierto que le he dado más cuerda de la cuenta, pero él tenía claro que lo nuestro no avanzaría. ¿He dicho «lo nuestro»? ¡Eso no existe para la relación que tenemos! Me molesta verme en esta tesitura en presencia de Leo, al que no quiero ni mirar; ¿qué estará pensando ahora de mí?

Me centro en la letra de la canción, en el modo en que Leo me apunta con la mirada al llegar la frase: «cómo hueles a olvido». Al hacer alusiones a los momentos vividos... Su mirada se intensifica cuando la letra alude a cómo percibía él una despedida...

Le rehúyo. No se trata de nosotros, me reprendo.

Intento soltarme de Oliver, que me agarra y al mirar a mi alrededor otra

vez me encuentro con que Leo está hablando con Sarah.

Ella le sonrío y le cuenta algo al oído, coqueta. Siento que me estrujan las entrañas. Los celos me corroen.

Cabreada, me alejo sin decir nada y me voy a la cocina. Menos mal que Oliver lo ha entendido a la primera.

Aquí hay una buena montada, con *pizzas*, montaditos, mucha salsa roja y verde al mojo picón. Plátanos... A lo canario. Cojo aire, cuento hasta cien y me enciendo un cigarrillo.

¡Qué puto vicio tengo! Le doy un empujón a la silla, conteniendo la rabia.
¿Qué hago, les planto cara?

A los pocos segundos aparece Rebeca, abanicándose.

—Cómo me pone ese tío —murmura, señalando a Omar—. ¡Madre mía!

Se saca su cajetilla y me acompaña. Me cuenta cosas, se ríe muy a menudo y no deja de recogerse el pelo, acalorada, pero mi cabeza no está aquí, está con la «ligerita» de Sarah.

Me aprieto la sien; qué mala hostia tengo, joder.

—Voy al baño —le digo a Rebeca.

—No vale tocarse —se burla, empujándome.

—Hmm... no sé, no sé —le sigo el juego.

Apago el cigarrillo y paso de largo sin mirar a la pareja, o si no la voy a montar a lo grande. A vomitarles encima. Me encierro en el baño y me miro en el espejo. Estoy blanca como la pared, ahogándome con mi propia medicina. Esto me pasa por jugar con fuego al hablar con Oliver como si fuera divertido... y claro, me he quemado. ¡Estoy ardiendo del humo que me sale hasta por las orejas!

—Ey. —Es la voz de Leo, por lo que intento cerrar con pestillo; sin embargo, él ya está dentro. ¡Quisiera abofetearlo!—. Estoy enfadado, Eva.

—Y yo, Leo.

—¿Qué es él para ti? No voy a echarlo de mi casa y a montar un numerito. Sabes que no soy esa clase de hombre, pero...

—Ya hemos hablado de esto. Pero ve con Sarah y...

—Eva, ¿no entiendes que sólo quiero hablar, follar y cualquier cosa que se tercié contigo?! Hasta discutir, si es lo que toca. —Madre mía, parece una amenaza que no me achanta—. No vuelvas a hacerme esto. Si estás conmigo

no voy a permitir que nadie te roce como lo ha hecho él. Soy celoso si me dan motivos.

Me cruzo de brazos.

—Ahora, ven a bailar —me pide, serio aún—. Que es lo que quiero realmente y nadie me va a fastidiar esta jodida noche.

—Odio bailar —refunfuño.

—Me da igual. He dejado que tu amiga monte todo esto para que nos relacionemos ambos grupos y quiero pasarlo bien. Contigo. —Recalca la última palabra.

—No me gusta la actitud que Sarah tiene hacia ti.

Sus labios se tuercen un poco...

«Idiota».

—¿Celosa?

—Como tú —lo reto.

Asiente sin contradecirme, es obvio que ha sido su intención. Pero claro, de qué me quejo, yo he sido quien ha iniciado este estúpido juego.

—Bien, pues vamos a demostrar qué es lo que queremos. —No entiendo de qué va hasta que me arrastra de vuelta a la sala y, en el centro, me aplasta contra su cuerpo—. Estás preciosos...

No le da tiempo a terminar porque estampo mi boca contra la suya. Sé que todos nos estarán mirando, pero no me importa. Me quedo con la agonía de Leo, con su fuerza al no dejarme caer.

—¿Una copa? —gime contra mis labios.

—O dos...

Sin embargo, no va a buscar la bebida y Pamela, que es una bruja mala, nos rodea con un vaso de no sé qué en la mano, que cogemos sin preguntar ni alejarnos el uno del otro. Sí, estamos juntos, ¿y qué?! Me imagino la cara de Sarah y se me escapa una sonrisa maliciosa.

—Cómo está la cosa... —tararea Pam—. ¡Que siga la fiesta!

La famosa canción de Enrique Iglesias...

Leo se ciñe a mí, entonando cariñosamente la letra.

—No puedo más —susurra junto al lóbulo de mi oreja.

Suelto una carcajada. A este paso, ¡yo tampoco!

—¿Otra más? —canturrea Leo risueño, refiriéndose a la copa.

Me contoneo y digo que sí con un sensual beso.

—Te daré hasta enloquecer...

—Lo sé —gimoteo, mordiéndole el labio—... pero el control será mío.

La siguiente canción es de Henry Méndez y Dulce María... Otro exitazo. Qué repertorio tan movido me han cogido. Pam seguro que ha ayudado. Hay mucho de su estilo. Yo soy más de James Arthur.

Leo se calla y se acerca todavía más, intenso, profundo, en la parte en la que se habla de perdones por ciertas mentiras...

Bebe más de la cuenta, ansioso. Agitado. Me besa bestialmente.

—Eva... te veo doble —dice, mientras seguimos bailando frente a los demás, que nos miran impresionados... Nada nos importa y yo no dejo de reír con esta marcha tan movida.

—Pronto se irán —digo.

—Los voy a mandar a tomar por culo, gatita.

Le pongo un dedo en los labios y, con la cabeza, le hago un gesto a Pamela, que no me quita ojo. Puedo intuir lo feliz que está al verme en mi particular nube, tan cariñosa y entregada a un hombre. Dispuesta a sonreír...

—¡¡Esto se acaba... acaba... acaba... acaba...!! —grita ella, con Eloy detrás.

—La última —pide Rebe, con su baile de la ola—. Lenta, por fa...

Me apoyo en el hombro de Leo, cuando a mi loquilla amiga le conceden lo que pide. En esta ocasión toca Malú. Una vez me sentí identificada con la letra. Porque yo también me fui porque no encontré razones para seguir allí...

—Eva. —Me separo de Leo, al apartarme él suavemente con el hombro. Se ajusta el nudo de la corbata y me levanta el mentón—. Tengo algo para ti.

—¿Qué? —balbuceo.

Se mete la mano en el bolsillo, tan enchaquetado como viene de Canarias, y abre la palma, mostrándome un reloj de arena roja. El corazón se me pone a mil.

—Es precioso —susurro y casi me da miedo tocarlo—. ¿Tiene algún significado? —Lo acaricio, sin llegar a cogerlo.

—A veces siento que el tiempo se acaba —confiesa con voz ronca.

Quizá sí y no sé por qué tengo esta sensación, pero a veces yo también pienso que el tiempo corre en nuestra contra, sin detenerse; por eso le pido

que lo vuelva a guardar.

—No quiero que se acabe —digo.

—Yo tampoco —musita, cerrando la mano y volviendo a abrazarme, con el objeto entre sus dedos...

Una hora después, el entorno es otro.

—Te deseo, Eva —jadea, quitándome el vestido, una vez solos.

Para mí todo está borroso, pero mientras sus manos me desnudan... no pienso en otra cosa.

Me veo envuelta en una pesadilla de la que no puedo escapar. Ese enmascarado está sobre mí, abriéndome las piernas por la fuerza. Quiero huir, sin saber muy bien adónde. Lo voy a conseguir. Lo sé...

¡No! El dolor en mi ingle es tan real que me duele como la misma noche en que me hirieron. Intento concentrarme y alejarme de la pesadilla, hasta que lo logro, sentándome en la cama de golpe.

Tengo sudado todo el cuerpo, la frente, la cara. También advierto mis ojos empañados, pero no consigo ahuyentar mi pena. Entonces toco una mano que se aferra a mi muslo y me siento protegida. Sin importarme nada, acerco mi cara a la de Leo, al que apenas veo. Todo está oscuro; por primera vez, estando juntos, la luz está apagada. Le pongo una mano en la mejilla y se la acaricio, mientras froto nuestros labios. Él me corresponde con un tierno y callado beso. No me alejo de su boca y baluceo entre temblores:

—Me entregué a un hombre llamado Torres, Leo...

Él se tensa y detiene el delicado movimiento de su boca. Noto que traga con violencia.

—Todo fue muy raro —prosigo—, nunca lo vi... Pero lo necesitaba. La última noche que nos vimos, él fue cruel. No sé por qué perdió los papeles de esa forma y me a-azotó la espalda... Era un juego, pero por su culpa tengo la primera cicatriz.

—Eva...

Le doy un beso y lo acallo, abriéndole mi alma destrozada. Pero encontrarlo a mi lado tras la pesadilla ha sido... No quiero perderlo. Lo necesito cada noche calmando mis posibles miedos.

—Me decepcionó, descubrí cosas que me hicieron mucho daño. Yo tendría que haber evitado cometer muchos errores, pero me di cuenta demasiado tarde. Leo, cuando me marché de allí, alguien, no sé quién, intentó forzarme. —Oigo cómo traga, pese a que sabía esto. A mí casi no me sale la voz, me duele como si me estuvieran partiendo por dentro—. A-Al intentar escapar, ese miserable s-sacó una navaja y rajó donde pudo. En la ingle, ya lo sabes. T-Torres no me socorrió, aunque yo grité llamándolo... — Se me quiebra la voz.

—Eva, para, por favor.

Niego con la cabeza y me aferro a su pelo, mientras persigo su boca, donde quiero confesar mi tormento. Sus brazos se agarrotan y noto que empieza a sudar.

—El hijo de puta que me atacó estaba borracho y yo pude escapar — sollozo y le muerdo la boca con impotencia.

Suelta un gemido.

—Al llegar al hospital, estaba t-tan asustada. Pensé que tendría que contar dónde fue y era más de lo que podía... Así que mentí, dije que me había desmayado y que al despertarme... Leo —lo llamo rota.

Las imágenes de ese momento son tan dolorosas que no sé si podré soportarlo, pero necesito confesar este duro secreto que una vez juré llevarme a la tumba.

—Yo estaba s-sangrando, no sólo por la herida... Yo... acababa de perder un b-bebé, que ni siquiera sabía que existía, por la violencia a la que me sometió aquel desalmado en el forcejeo, antes de h-herirme con la navaja...

—¡¡Eva, no!!

Suplicándole, pongo mis dedos temblorosos sobre sus labios. Necesito desahogarme, que se calle. No tener secretos con él... Porque me parece que sí, que es una locura, pero que me he enamorado. Su respiración se acelera hasta que parece que se va a ahogar por la ansiedad, y al verlo callado, aunque exaltado, continúo con apenas un hilo de voz:

—Me arrancaron ese p-pedacito de mi ser sin yo poder evitarlo, Leo. Era de él... de ese hombre que no salió a ayudarme mientras me atacaban a unos metros de él... Era de T-Torres, pues, pese a mi última mentira para hacerle

daño... yo sólo había estado con él desde que los dos nos prometimos no tocar a otros... Me d-duele, Leo, yo no busqué a ese ser que crecía dentro de mí, pero ya lo q-quería... Era mío y no pudo nacer.

—Eva, por favor. ¡Por favor, cállate!

Me fuerza a que lo abrace y su cuerpo se sacude violentamente, no atina cuando pretende acariciarme el pelo. Yo lo beso, ahuyentando mi terrible dolor, ese que me está destrozando. Al estar así, el pasado se hace presente y el olor de Torres invade mis sentidos. Sus labios tienen el mismo sabor y el tacto de su mano es como el de él. No sé si es porque lo estoy recordando o...

—Torres —susurro, sin saber por qué.

—No puedo más, Eva... —responde Leo, con la voz rota—. Dime...

Mis ojos vagan por la oscuridad, con un nudo en la garganta.

Angustiada, cierro los ojos, evitando ver nada, como sucedía entonces. Lo beso y, cuando me corresponde... noto que nada ha cambiado.

«No puede ser», me digo. Me niego. ¡Me niego! Vuelven a mí las frases que me ha dicho desde que nos conocimos en la inmobiliaria, su forma de mirarme. Su familiaridad al tocarme y llamarme... Su manera de abrazarme. ¡No!

No he podido estar tan ciega. ¡Esto no puede ser!

—Dime que no —suplico y sus labios se paralizan—. Por favor, dime que no.

—Eva... —susurra como hacía Torres.

—¡No! —grito y, desesperada, deslizo las manos por su silueta, sin dejar de probar ese sabor que me hizo perder la cabeza. Es su cuerpo, mis manos hoy lo reconocen. Es su tono, su misterio. Su olor—. Torres...

—Te amo, Eva. Te amo —musita Leo, y me sujeta la cabeza, a sabiendas de que estoy entrando en un estado de pánico—. Lo siento. ¡Lo siento!

—¡No! ¡No! —Intento separarme, pero él no me deja. Entonces, todo lo que fue una vez y lo que sucedió la maldita noche se me echa encima y las lágrimas corren por mis mejillas. Lágrimas que no he podido derramar al contarle que perdí a... y ahora sí por él—. ¡¿C-Cómo has podido?! ¡No!

Lo golpeo sin cesar, hipando y sin dejar de llorar.

—¡Perdóname! Yo no sabía... Yo... —Trata de enjugarme las lágrimas, tan roto como yo. Sé que está llorando por el tono de su voz—. ¡Era mío y te

lo arrebataron! No debí... ¡Me estoy muriendo de dolor, Eva!

No puedo respirar, me falta el aire. En la oscuridad descubro que son la misma persona y no puedo soportarlo. Por su culpa mi vida se rompió en mil pedazos. ¡Lo odio, y ahora ha conseguido que también lo quiera, incluso siendo la misma persona! Quiero a Torres... Y a Leo... y son el mismo, la misma piel. Esa bestia tatuada en su piel es lo que es. ¿Cómo ha podido?

Ahora todo empieza de cero y siento que esta vez no podré superar su pérdida de nuevo, pero no lo quiero a mi lado. ¡Me lo arrebataron por su culpa!

Sus manos se aferran a mi vientre y llora contra él. Intenta apoyar la cabeza, pero yo lo empujo, al darme cuenta de que le he puesto cara a Torres...

Ahora entiendo el reloj de arena... se le acababa el tiempo para ser descubierto, como una vez se nos acabó a los dos, a lo nuestro... Y hoy cambia el rumbo de esta historia.

Me estoy ahogando y, sin fuerza, me desplomo contra su pecho.

—¿Eva? —El dolor de mi corazón se expande por todo mi cuerpo. No me sale la voz. Me quiero morir reviviendo los momentos que vivimos juntos.

—¡¡Eva!!!

Otra vida errónea

Dos meses más tarde mi vida dio un vuelco. Todo fue demasiado deprisa. Viviana me llamó para saber cómo estaba y yo le pedí que volviera. Estaba sumido en mi soledad llena de angustia y le pedí incluso que se casara conmigo, que me acompañara cada día, cada hora. Quería olvidar a Eva, no podía vivir con el vacío que había dejado en mi pecho, en mis manos, en mi habitación. Creí que conseguiría un poco de felicidad.

Viviana esperaba mi llamada y no tardó en regresar.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó, tras hacer el amor a su vuelta.

Estábamos en otra habitación... la otra era de Eva y mía. De nuestros recuerdos.

—Un pasatiempo.

—¿Y el tatuaje es su beso?

—No —mentí, incapaz de hacerle daño—. Algo inventado.

No le dije que no había sentido lo que debía al tocarla, que mi mente estaba en otro lado. Pero lo intentaría. Viviana era la única que podría reemplazarla, pues fue la primera que me hizo sentir algo por una mujer.

El día de nuestra boda fue triste, su familia no estaba, tampoco la mía, a la que ni avisé; sabía que no la aceptaban. Aunque cuando se enteraran me lo recriminarían... Fue sólo por lo civil, pero así me aseguraba de que estaría a

mi lado. Relajándome. No quería extrañar a Eva, quería amar a Viviana.

Los primeros problemas llegaron con la luna de miel.

—No puedo permitirme más —le advertí.

—Bueno, pero tu familia sí. Llámalos... —Se encogió de hombros—. No te quiero triste.

—No los llamaré hasta que vuelva a ser quien fui —sentencié y le besé la frente. Estábamos haciendo las maletas para el viaje exprés de dos días—. Lo he perdido todo, Viviana. No volveré a verlos hasta que recupere lo que tuve. ¿Estás segura de que quieres esto?

—Lo llevo deseando desde que te conocí.

Nos llamamos y, sonriéndonos, nos besamos. Pensé que viviana me hacía feliz, me proporcionaba la estabilidad que buscaba. La fidelidad. No eran los mejores momentos para unirnos, pero al menos tenía a alguien conmigo.

Llevábamos tres meses casados cuando Viviana tomó la determinación. No me sorprendió, la esperaba. Pasar la luna de miel encerrados en el hotel los dos días, y más tarde no tener vida social por mi cicatriz, que me seguía atormentando, nos estaba pasando factura. Y yo no podía seguir fingiendo. No la amaba.

Nos sentamos en el salón de casa, la cual ya apenas podía mantener.

—No puedo seguir así, Leo. Esto no es lo que quiero.

—Lo sé. De nuevo te vas en el peor momento —la acusé. Ya no me dolía, la quería, aunque sin la profundidad que ella merecía—. No te culpo, no he sabido valorarte.

—No es eso —suspiró agobiada—. Aspiro a algo más y tú estás esperando no sé qué... No aceptas trabajar, no... no eres tú. Ni siquiera en la forma de vestir.

—¿Cómo?

Me miró a los ojos. Los tenía empañados.

—Me comentaste que ibas a ir a ver a tu amigo Eloy, pero...

—Estoy en ello. —Me encendí un cigarrillo—. Hace mucho que perdimos el contacto y he de hacer las cosas con calma.

—Excusas —dijo levantándose.

La vi venir, iba por sus maletas. Se marchaba.

Me di cuenta de lo mucho que me había precipitado embarcándome en un falso matrimonio con una mujer a la que sólo apreciaba; mis sentimientos nada tenían que ver con lo que había sentido una vez por ella.

—¿Estás bien? —me preguntó Carlota, que acababa de llegar. Asentí sin mirarla—. Se va a París, con su hermana. Tenía que pasar —dijo ella.

—¡Lo sé!

Carlota no se iba, pese a que yo no le pagaba. Me apoyaba, me protegía de las batallas con mi familia, que reclamaban verme, saber de mi vida. Y yo me negaba.

De nuevo estaba solo, pero con algunas expectativas de futuro gracias a Eloy.

No decaería, lo intentaría de nuevo. Recuperaría mi antiguo yo... Al verdadero Leonardo Ferrer, que nunca debía haber dejado de ser.

Lo que no esperaba era volver a ver a Eva en aquel bar. Ni sentir aquello después de estar tanto tiempo sin ella. Me pregunté qué pasaría y si me reconocería... La intensa necesidad de hablar con ella me nubló la razón, sin pensar en el daño que me podría hacer a mí mismo.

¿Reconocería Eva mis caricias alguna vez, incluso sin saber mi identidad?

En plena confusión

Atontada, esa es la palabra. Me empiezo a mover atontada. Estoy cansada, me siento la cara hinchada y me escuecen las mejillas. ¿Las tengo húmedas? Noto cierto frescor en la frente y como un soplo de aire directamente sobre mi rostro. Intento abrir los ojos, pero es un poco complicado, creo que también los tengo más hinchados de lo habitual.

¿Qué me pasa?

Tras una breve lucha, consigo abrirlos y me encuentro delante de Leo. Está arrodillado ante mí, y creo que estoy en su cama. Me da aire con un trozo de cartón y, en silencio, retira de mi frente un paño helado. ¿Qué ha pasado?

Está demacrado, blanco. Por cómo me mira veo que está preocupado. Levanta la mano derecha y me acaricia la boca con el pulgar, inquieto. Apaga el cigarrillo, tras dar las últimas caladas. Me observa con fijeza y arruga la frente. Parece arrepentido.

Lo observo sin apenas moverme. No lleva camisa, sólo un pantalón de pijama largo y yo sigo desnuda.

—Eva —susurra—, ¿te acuerdas de algo?

—¿Qué?

Presiona los labios contra mi frente, depositando un sonoro, fuerte e

intenso beso. Un gesto que me obliga a hacer memoria, a preguntarme por qué ambos estamos tan extraños.

—Eva, yo, no sé... —musita apagado y se vuelve a arrodillar—. Perdóname.

Y de pronto todo se vuelve claro a mi alrededor. Mi respiración se acelera, mi pecho sube y baja descompasadamente. Siento ansiedad y me parece que me ahogo. Sin controlar mis sentimientos, como he aprendido a hacer, las lágrimas se desatan y caen con libertad. No puedo moverme, estoy destrozada.

Perdida, con sensaciones tan contradictorias que creo que enloqueceré.

Ahora entiendo sus frases desde que ha vuelto a mi vida.

«Quiero conocer a esta Eva Castillo...».

«¿Tanto daño te... te han hecho...?».

«Estás preciosa».

«¿Qué te ha pasado...?».

«Esta sí es mi Eva».

Era él... y yo no lo sabía.

Los momentos felices que vivimos juntos se mezclan con el hecho de haberle puesto cara al hombre que al principio me sacó de un pozo sin fondo. Su modo de cuidarme, de recibirme, de apoyarme... Su manera de animarme y de hacer que volviera a quererme. Lo conocí cuando más lo necesitaba.

Lloro a mares, sintiendo aquellas caricias y las que ahora me hace en la mejilla, enjugando mis lágrimas con el arrepentimiento reflejado en el semblante, en sus ojos. Pero todas esas huellas se envenenan cuando recuerdo la noche de nuestra despedida. No fue el daño físico que me causó lo que provoca esta ira en mí, fue su abandono. Me ignoró y perdimos algo tan nuestro que jamás podremos volver a recuperarlo... Una persona que no tenía culpa de nada y que no nació por su orgullo. Lo odio, ¡lo odio con toda mi alma!

Le doy un manotazo en la mano y me siento, encogiéndome junto al cabecero de la cama donde hace poco hemos hecho el amor tan apasionadamente. Lo miro demostrándole mi desprecio, mi dolor y decepción.

—¿Cómo has podido engañarme así? —le espeto, llena de impotencia—.

¡¿Cómo has permitido que llegáramos hasta aquí?!

—Eva, por favor, antes te has desmayado —implora, con las manos en alto, en señal de que me respetará—. Intenta calmarte, escúchame.

Levanto yo también las manos abiertas, advirtiéndole que no se acerque. Él asiente y da un paso atrás, y se sienta al borde de la silla, justo enfrente de mí. Se pasa las manos por la nuca, se aprieta los párpados con los dedos y me mira abiertamente, permitiéndome ver un dolor que, a pesar de mi rencor, sé que él siente con sinceridad. Al mirarlo, el corazón me da un vuelco.

Reacciono de nuevo, sorprendida. ¡Es Torres! ¡Su cara! La que nunca me permitió ver... Me estoy ahogando, levanto la cabeza en busca de un poco de aire.

La ansiedad me estrangula con un nudo en la garganta.

—Nunca quise hacerte daño —dice cauto, aunque visiblemente afectado. Le palpita el mentón y no sabe dónde poner las manos para mantenerlas lejos de mí—. Te lo prometo. Daría mi vida por borrar cada jodido momento malo de la tuya. Daría lo que fuera por que todo lo que me has contado no fuera cierto. Eva, ¡estoy hecho polvo! ¡¿No lo ves?!

Sus manos caen al vacío, se le ve vulnerable.

—Yo no contaba con volver a tenerte en mi vida —prosigue muy bajito con gesto compungido, mirando la nada—. He pasado por muchos momentos difíciles y acudí a Eloy en busca de ayuda... Lo que no esperaba era que, tras unas semanas trabajando en el proyecto en el que ahora estamos embarcados, te encontraría de nuevo.

Ahora sí me mira y, pendiente de mi reacción, se sienta a mi lado en la cama. Yo me alejo sujetándome la sábana para cubrir mi desnudez, con los dientes apretados, sin controlar el llanto. No estoy preparada para oír todo esto, pero tampoco soy una cobarde y no pienso huir. Quiero que me diga lo que me tenga que decir y luego me largaré. No volveré a verlo jamás.

Me destrozó la vida. ¿Cómo podría perdonarlo?

—Eloy me llevó a Prohibido; yo acababa de separarme y bueno... —explica sin ganas, abatido.

Tiene los hombros caídos, sus ojos vagan de mí hacia ninguna parte. Le cuesta sostenerme la mirada y yo, cada vez que lo hace, me aísla un poco más. Esto es muy duro, es una pesadilla.

—Creyó que un poco de diversión no me vendría mal —prosigue—. Pero entonces te vi, ¡allí estabas tú!

Doy un respingo y aprieto la sábana hasta que se me ponen los nudillos blancos por la fuerza con que aguanto la tela que cubre mi cuerpo desnudo. Me doy asco por haberme entregado a él, me siento tan sucia como cuando aquel desconocido intentó poner sus asquerosas manos sobre mí.

—Y riendo, Eva; ¡eras feliz sin mí! —grita y se levanta, alcanzando otro cigarrillo de la mesilla de noche. Va a la ventana y me da la espalda—. No puedo ni mirarte, Eva. ¡No al saber qué te sucedió por no haber ido a ayudarte! Era mío... —Se le apaga la voz—. ¿Crees que no me duele?

Cierro los puños.

—Dime más —pido, llorando sin cesar—. Cuéntame más de la noche en que me volviste a encontrar.

Suspira con un gruñido.

—No te voy a negar que la desesperación me llevó a pensar que con una noche me bastaría, sólo una para recordar lo que me hacías... Que incluso sentí deseos que vengarme al verte tan bien. Pero, Eva, yo no contaba con tu actitud, tu cambio. Con ese remolino que levantabas en mi interior de nuevo. Quería más. Era inevitable, de ti siempre lo quise.

«¡Dios, cómo me duele esto!!».

—Eloy me pidió que esperase unos días para ese encuentro contigo que yo le pedí desesperado. No pude... a espaldas de él, investigué para buscar información. ¿Crees que podía esperar? ¡Eras tú!

Mis ojos vagan por su rostro, por su piel. No puedo creerme que sea quien es, ¡no puedo! Apoyo la frente en las rodillas y me protejo de todo esto que siento, que es una mezcla de sufrimiento, nostalgia y odio.

—No ha sido fácil callar, ocultarme. Al presentarme en la inmobiliaria ya sabía más cosas de ti y me sorprendí al descubrir cada mueca o movimiento tuyos tan cerca. —Toma aire—. Cuando me dijiste que lo que te sucedió fue al salir de casa de Torres, ¡¿cómo crees que me sentí?! ¡Me odié, hostia!

»Eva, yo quería que conocieras al Leo que fui antes de que mi vida se truncara por culpa de la cicatriz, y he fracasado, ¡lo sé! Pero no me arrepiento.

Lo oigo más cerca y, con la carne de gallina, me encojo, como si así

podiera evitar mi estremecimiento.

—¿Sabes por qué?

Niego enloquecida ante su pregunta y él continúa:

—Porque me he dado cuenta de tantas cosas... Has vuelto a ser mía y eso, Eva, aunque haya supuesto mi perdición, no lo cambio por nada. La sensación de fundirme en ti y tenerte como hasta hace unas horas, es lo más pleno que he sentido en toda mi puta vida. ¡¡Lloré cuando vi la cicatriz de tu ingle!! ¡Estabas borracha, Eva!!

La humedad en mi cuello al despertar. Lo recuerdo.

—Yo era feliz —reconozco con un hilo de voz, todavía ocultándome de él—. Yo empezaba a creer que podía retomar mi vida, que tú podrías ser la persona que necesitaba. ¡¿Por qué ni siquiera me has dejado disfrutar de ello?!

—¡Se me ha ido de las manos! ¡Lo siento!

Me zarandea bruscamente y me hace levantar la cabeza. Me obliga a que lo mire y acuna mi cara. Sus manos tiemblan y su boca se tuerce de nervios. Cierro los ojos, impidiéndome seguir mirándolo. Es como un puñal que me está destrozando el pecho y el corazón. Aun así, no me suelto.

—Aquella noche tampoco fue fácil para mí —continúa más acelerado, deslizando los dedos por mis mejillas. No sé si he dejado de llorar, estoy trastornada—. Me cegaron los celos. Tú con él, y yo... no dejaba de pensar en ti. ¡¿Por qué mentiste?! Me dijiste que habías estado con él y...

—Me creíste sin más.

—¿Qué pensabas que haría? —Una lágrima rueda por mi mejilla. Entonces lo miro y él me la seca. Gimo al notar ese tacto tan conocido y Leo traga ante su vulnerabilidad—. Ya te quería, Eva, y no supe verlo. Cuando te dije que quería más que una noche, que me habías partido en dos, sentía algo tan... pero no quería reconocerlo, no quería ponerle nombre. Me di cuenta cuando te volviste a entregar a mí por completo, tras encontrarte de nuevo; cuando en tus ojos vi ese brillo mientras volvías a pertenecerme en la intimidad. Eras la mujer que yo conocía...

—Ella ya no existe.

—Me niego a creerlo. —Coge mi mano derecha y la besa. Me tiembla y se me hace un nudo en la garganta—. Dame una oportunidad, Eva. Me casé

con otra porque no soportaba el vacío que habías dejado...

—¿Con ella? —pregunto con voz ronca.

—Lo siento —masculla.

Algo me atenaza y me niego a creer que sean celos. Si había una oportunidad para nosotros, todo se disipó cuando yo perdí a nuestro hijo. Ese pensamiento me devora. Un pensamiento que intentaba mantener lejos de mí.

—Ya no importa —susurro finalmente y vuelvo a cerrar los ojos. Me niego a mirarlo, pero no le prohíbo tocarme y sé que con el tacto, como siempre hizo, intenta transmitirme lo que siente. Me acaricia y apoya la cabeza en mi vientre. Suelto un gemido, achicándome. Me parte el alma esta escena—. Vete de mi vida, Leo, y deja de hacerme daño.

—¡No me pidas que me vaya, Eva! Te di también cosas buenas, empezaste a quererte y a aceptarte como yo lo hacía, gracias a lo nuestro.

—Te odio tanto que no puedo ni mirarte —susurro y clavo las manos en el colchón. Controlándome.

—¡Estoy arrepentido, también estoy sufriendo!

El llanto vuelve a ser mi compañero y me desahogo como necesito. Dentro de mí hay una sed de venganza que me asusta. Sé que ha sido sincero, que, aunque tarde, se ha dado cuenta de que me quiere, pero yo deseo su sufrimiento, el mismo que he padecido y padezco por él.

Es una locura, soy consciente de lo que mi cabeza se está planteando.

—Lo mereces —susurro—. No me permitiste ver cómo entrecierras los ojos, ni cómo metes el labio hacia dentro cuando sonríes... —se me escapa.

—Tú también me has privado de mucho. Durante el vuelo he visto mil veces el vídeo de esta mañana en el que te vestías, reías... Y me sentía afortunado. ¡Te estaba recuperando, Eva!

—¡No me lo recuerdes!

Se incorpora y, con cuidado, inmoviliza mi cara. Aprieto los párpados. Mi rostro se crispa, sé que la frialdad está presente en mis demacradas facciones, pero él, sin rendirse, descansa la frente contra la mía.

Tiene la respiración descompasada, como yo.

—Te amo, Eva. Lo he sabido cuando me confesabas tu pesadilla, que ha sido la mía. Mi castigo. Estoy viviendo cada una de tus sensaciones: dolor, rabia, impotencia y decepción conmigo mismo.

Inspiro hondo y no digo nada.

«Me ama».

¿De qué nos sirve? No puedo volver a aceptarlo en mi vida. Ya no.

—Pídeme que me quede a tu lado —suplica—. Perdóname por haber juzgado tu vida y tu pasado aquel día. —Más dolor. Sé que habla de la sumisión. Del posible trío—. Eva, por favor. ¡¡Mira hacia aquí!!

Noto su aliento cerca; sin embargo, se refrena y no me besa, aunque sé que lo está deseando. Yo no, me digo. Se mueve y me ruega que abra los párpados, hasta que me rindo.

Él se pone de pie, se baja un poco el pantalón y me señala el beso que lleva tatuado.

Mis lágrimas empiezan a cesar... o eso creo, hasta que Leo dice:

—Es tuyo, Eva. ¡Es de aquella noche en la que te perdí!

Me toco los labios, recordando el intenso carmín rojo que siempre suelo llevar. ¡Oh, Dios! Revivo aquel segundo como si estuviera sucediendo. Me despedí de él llorando cuando...

—Te quise recordar, aunque te odiaba por haberte largado con él; porque lo buscarías, o eso pensé tras tu mentira... Necesitaba marcar mi piel con algo tuyo. Es real, es tan de verdad como todo lo que vivimos. Eva, no tires por la borda todo lo bueno que hemos compartido.

¿Y lo malo?! ¡Él nunca fue totalmente sincero como yo!

—¡Me mentías! ¡Me grababas!

—¡Porque quería recordarte! —Parpadeo, acabando con unas lágrimas que él no merece—. Mira mi cara, Eva. ¿Querrías a un hombre con una herida en carne viva? ¿Lo desearías?!

—¡Lo hice con toda mi maldita alma, como no merecías!

—Porque no me veías.

—¡Desde que te vi, tu cicatriz no ha supuesto un impedimento para mí!

—Lo sé —reconoce avergonzado—. Lo he superado, Eva. Era una bestia y quiero ser tu bestia; ¿ya entiendes el porqué del tatuaje?! —replica encolerizado, buscando mi mirada de pie delante de mí—. Tenía miedo, te necesitaba. Te quería y no quise verlo. ¿Crees que me fue fácil estar con otra, Eva? ¡Tres meses tirados a la basura!

—No es mi problema —miento, rechinando los dientes.

—Yo no podía imaginar que tu grito era por algo semejante o te juro que nada me hubiera importado. Lo habría matado sin remordimientos, condenando mi vida por la tuya, Eva. ¡Porque estuvieras bien!

—Ya es tarde —sollozo, apretándome las manos contra el vientre—. Llegué a quererte como Torres, ¡quise decirte que estaba enamorada! Pero todo aquello quedó en nada en cuanto salí... ¡Ahora es odio lo que siento!

Leo gruñe, yo ya no puedo más.

—Eva, no puedo verte así, por favor. —Hinca una rodilla en el suelo y se deja caer, rogando mi perdón, desarmado—. Hemos vivido rodeados de confusiones, no me impongas una condena que no es mía, por el hecho de morirme de celos y creer que dejarte ir era lo mejor. ¡Me destrozó saber que yo te había hecho daño! Quise pensar que tú también estabas mal... ¡Fue cruel, lo sé! Me cegué. Quiéreme como has confesado quererme antes, en nuestro pasado; lo necesito.

—¡Todo se acabó! Por tu culpa, sólo por tu culpa. ¡Todo! Tu oscuridad ha hecho que mi vida nunca más tenga luz.

Niega con la cabeza y coge mi cara nuevamente, suplicante. Nos miramos a los ojos como nunca pudimos hacerlo, sabiendo la identidad real del otro. Los suyos se inundan de todos aquellos momentos que compartimos, de dolor, ensanchando aún más la brecha que existe entre los dos. Sus manos tiemblan sobre mi fría y temerosa piel, la que tantas noches tocó sin barreras de por medio.

—¿No sabes nada de esa persona? —Niego con la cabeza—. Lo va a pagar, Eva, aunque sea lo último que haga.

—Ya basta.

—La casa donde lo nuestro creció está en venta... Carlota la cuida. —Niego una y otra vez. No lo soporto—. Pídemelo que me quede contigo, Eva. Sé que llevas ropa interior negra porque te acuerdas de mí, sé que sientes algo por mí. Pídemelo, Eva. Te juro que voy a recomponer...

El corazón me da un vuelco y grito:

—¡No quiero saber nada de ti! —Me alejo cuando por fin puedo levantarme y sostenerme por mí sola. Me quedo de espaldas a propósito, mientras busco mi ropa, para que vea la cicatriz que él me dejó—. Si me molestas, llamaré a la policía, Leo. No voy a jugar limpio, quiero verte como

yo he estado.

Recojo mi vestido, mi ropa interior y mis medias. Poco después, aturdida, me empiezo a vestir sin saber ni cómo. Las piernas apenas me sostienen, estoy debilitada, muerta de miedo.

—Me tiré meses encerrada, sin ganas de vivir —reconozco distante—. Un dolor que tú causaste y que vas a pagar, te lo aseguro.

No lo oigo moverse, no se acerca, me ha liberado sin más. Pero sé que es su culpabilidad lo que lo mantiene inmóvil y entonces miro por encima del hombro. Con actitud derrotista, se sienta sobre la cama y se sujeta la cabeza entre las manos, meciéndose, tras haber lanzado su móvil contra el colchón.

Una melodía suena en su teléfono. Me siento al otro lado de la cama, mientras me esfuerzo por vestirme. ¿Cómo me hace esto?

¡Sí!, todo se nos fue, como dice la canción. Y no, no podrá empezar de nuevo. Ya no iremos el uno al lado del otro. Esos sueños por segunda vez se rompen. Sí, sólo existe el pasado. ¿Qué hacer con tanto daño?

—Eva, es nuestra canción. La que representábamos tú y yo en nuestro mundo. Por eso la llevaba en el coche. Ibas y venías conmigo. Empecemos, es lo que quiero. Intenté irme cuando me lo pediste. ¡Creí que no te merecía! Pero no soy capaz...

Mantengo la compostura, aunque por dentro ya no puedo estar más resquebrajada. Me duele todo, no sólo el alma o el corazón, que se me ha roto en más pedazos de los que creía posible, sino que también me duele el cuerpo, en el que él ha quedado marcado tan hondo que me destroza. Ya no es posible empezar de cero nuestra relación.

Porque lo miro tras levantarme y él hace lo mismo, tan cabizbajo y roto, y no siento compasión, y eso no ha de ser bueno.

Los preciosos sentimientos que estaban aflorando horas atrás, han sido pisoteados por mi orgullo y mi calvario del pasado, que se ha presentado ante mi nuevo presente. No quiero que todo empiece «de cero» como dice la canción de Dani Martín. ¡Yo no quiero nada más de él!

Ante la emoción que amenaza con embargarme por la letra, los recuerdos y el acercamiento que él vuelve a intentar con paso lento, confieso en voz alta los pensamientos que se han apoderado de mí desde que me he despertado.

—Voy a buscar a Abel —digo.

No se lo esperaba. Se tira del pelo, impotente.

—¡No lo hagas! —Suelta un grito desgarrador desde lo más profundo de su ser y, con los ojos desencajados, se acerca a mí y me sujeta la cara sin pensar lo brusco que es—. Eva, no me hagas esto. No me voy a quedar viendo cómo te vas con otro, ¡con él! Siempre es él. Por ahí no pienso pasar. ¡No lo hagas! Hace poco me dijiste que lo querías... pero ¡pensaba que conmigo...! ¡Él también te hizo daño!

¿Que yo lo quería...? Entonces, adivino su pensamiento, ahora todo encaja... Rememoro la escena de hace pocos días.

—¿Estás enamorada de alguien? —me preguntó él.

Ante mi silencio, gritó:

—Eva... ¡esto es una mierda!

—También lo odio —reconocí, al descubrir que seguía pensando en Torres—. Lo siento... lo siento. Abrázame...

—No me pidas esto... ¡No otra...! Mierda, Eva. Mierda y mierda. Vas a olvidarlo, por mi vida que lo harás. ¿Sabes algo de él? ¿Te llama? No me mientas.

Se equivocaba tanto en ese momento y ahora...

Hecha pedazos, esbozo una sonrisa forzada. Él ha deducido que cuando no contesté a si estaba enamorada de alguien me refería a Abel. Qué confundido está. Por eso pedía que no volviera a hacer lo mismo, se repetía la historia.

Hablaba de Torres, ¡de él! Pero hoy no lo reconoceré.

—Eva —masculla, sacándome de mi ensimismamiento.

Con ímpetu, estampa sus labios contra los míos y me fuerza a besarlos, aplastándome la cara, y, aunque yo lo golpeo, soy incapaz de huir. Su boca persigue con desesperación que me rinda, pero no puedo. Es su sabor, su manera tan intensa de besar. Es Torres... prohibido para mí por el daño irreparable que me causó su manera de echarme de su vida aquella noche.

—Aún estás a tiempo, Eva —susurra atropellado y me muerde el labio,

me lo chupa. Me besa suave y cálidamente. Luego, más temperamental. Resisto—: Pídeme que me quede y dime que no existe nadie más. Lo olvidaré todo y te haré olvidar. Hazlo, Eva. Puedo darte lo que necesitas, por favor.

Me mantengo firme, aunque en mi interior, y no sé por qué, ya que es descabellado, me muero por besarlo, por gritarle que justo hacía unas horas acababa de darme cuenta de que lo quería y de que quizá lo nuestro, con un poco más de tiempo, habría ido más allá, como ya fue una vez. Pero mi ansia de venganza es más fuerte y, con cara de asco, rechazo sus besos y sus súplicas. Negando con la cabeza y golpeando su duro y helado pecho.

Leo acata mis deseos a regañadientes y con un último y violento beso se aparta definitivamente.

—Piénsalo bien, Eva, y no es una amenaza, pero si te vas con él, no vuelvas. De poco me va a importar el amor que te tengo, ¡o lo arrepentido que estoy del daño que te hice!

Altiva, me pongo los zapatos de tacón, que era lo único que me faltaba para estar vestida.

—Me decepcionas, Eva.

—Pues aún te queda mucho por ver...

Cojo mis cosas, destrozada por dentro, y, sin mirar atrás, salgo de su habitación y segundos después de su casa. Enseguida bajo corriendo la escalera.

—¡Eva!

—¡No me sigas o todo el mundo sabrá qué has hecho!

—¡Te arrepentirás! —Me detengo—. Como yo no te querrá nadie. No lo olvides. Nadie —acaba, creyendo que ya no lo escucho.

Desesperada sigo bajando, porque tengo unas incontrolables ganas de llorar de nuevo, porque una parte de mí no quiere dejarlo y, además, me siento liberada al ver que le he puesto cara al hombre que quería. Del que me enamoré y luego odié, pero ahora lo que siento es una mezcla. Sin embargo, lo esconderé dentro de mí. No lo merece. No sé si podré volver a levantar cabeza.

Quiero hacerle daño y me paro y me doblo en dos en el portal. ¡No quiero sentir esto! Hoy todo me resulta una pesadilla y me echo a llorar como una

histórica.

La realidad se abate sobre mí y soy consciente de lo que ha sucedido. Se me empaña la vista, me duele el corazón, me duele como si me lo estuvieran partiendo. Lloro, pataleando, encogiéndome. Los oídos me zumban, sus palabras se repiten. Su agrio beso, sus ásperas manos. Su cara... la oscuridad.

Dos hombres diferentes me han utilizado y me he convertido en una mujer a la que odio. Esta situación me supera. Quiero ver a Leo tan destrozado como lo estoy yo, y sé que sólo lo conseguiré trayendo de vuelta a una persona a la que tampoco me importará hacer daño, porque ahora lo utilizaré yo para destruir.

Ambos son culpables y deben pagar.

Sin pensar bien lo que hago, saco el teléfono de mi bolso. No tengo el número de Abel grabado, pero me lo sé de memoria de tantas veces como lo llamaba. Un momento... ¿Qué estoy haciendo? En plena confusión, me doy cuenta de cómo estoy actuando. ¿Es esto lo que quiero? ¿Cruzar mi pasado y mi presente por una venganza? ¿Seguir estancada?

¿En qué clase de monstruo me han convertido?

Me aparto el pelo de la cara, que llevo suelto, enmarañado, y saco un cigarrillo. Me lo enciendo nerviosa. Dejo las cosas en el suelo y pienso que es una locura, porque yo vivo aquí mismo y si mi padre sube o baja... Me da igual. Me dejo caer hacia atrás, dando una profunda calada. Tengo escalofríos, estoy helada. Con el corazón en un puño al recordar lo que acaba de suceder ahí arriba. La impotencia vuelve a invadirme y me acuerdo de Abel...

¿De verdad iba a hacer esto? Más daño ya no me pueden hacer y devolverles el que me han hecho no me servirá de nada. Hoy mi vida está del revés, la ilusión que tenía se ha perdido y me siento como aquella noche, vagando sin rumbo, sin ganas.

Ya echo de menos a Leo y a la vez me da asco que haya puesto las manos sobre mi cuerpo este tiempo. No merecía ser él quien me volviera hacer sentir de nuevo. Lloro de nuevo destrozada.

Tras desahogarme, me hago la fuerte y me seco los ojos con las mangas de la chaqueta, porque si caigo de nuevo ya no podré levantarme. Ahora soy más fría que antes. Siento tanto dolor que a veces no lo noto.

Me he acostumbrado y puedo tolerarlo.

Me pongo de pie y con un coiletero que llevo en la muñeca me hago una cola de caballo. Pero antes de que termine de hacérmela, el ascensor se abre. Me quedo sin respiración. Leo sale como una bala, completamente vestido. Me señala con el dedo mientras se acerca y, una vez a mi lado, me levanta contra su cintura.

Lo miro perpleja, sin reaccionar ante su brutalidad.

—¿Te vas con él, Eva? —me pregunta con dureza—. Sube a casa, por favor.

«A casa...».

—Que me dejes, ¿no ves que me has destrozado la vida?

—Lo sé —susurra y me mira a los ojos. Penetra en el fondo de mi ser—. También he destrozado la mía y quiero recomponerla a tu lado. Déjame intentarlo.

—Y-Ya no puedo.

Voy a bajarme de su cintura cuando me veo envuelta en una situación que no sé detener por lo precipitada que se presenta. Tampoco soy capaz de mostrar mucha resistencia. Leo me sube el vestido y se baja la cremallera del pantalón, echa a un lado mi braguita y me penetra velozmente. En un impulso, caigo hacia él, chocando con su boca, superada y sin aire.

—¿Q-Qué haces...?

—¿Crees que él puede hacerte sentir esto? —Camina conmigo encima y, con cada paso, nuestros cuerpos se balancean y la penetración se hace más profunda. Gimo, lo que produce otro gemido en él. Se oculta entre la escalera y el ascensor y me empotra contra la pared—. Dímelo, Eva. ¡¿Puede?!
Aprieto la mandíbula y rechino los dientes.

—Más que tú —murmuro, sin darle lo que necesita.

Leo se enfurece aún más y me empala hasta que ahogo un grito en el fondo de mi garganta. He de reaccionar, pero no consigo salir del trance, de esta posesión tan... descabellada. Sus manos me tocan, me acarician y me poseen por todas y ninguna parte en concreto. Hoy es él, Leo Torres, dos hombres en una misma piel. Dos sensaciones, dos sentimientos... dos mundos.

—No, Eva... No te vayas.

Me abandono, por un momento quiero recuperar lo construido hace unas horas, lo que sentí hace meses. Cierro los ojos y me dejo llevar por lo tórrido que hemos vivido desde el primer minuto en que se cruzaron nuestros caminos, por aquella sensación de plenitud que me destrozaba.

Lo atraigo por la nuca sin contemplaciones y nos besamos como locos en cuanto nos rozamos, sin tregua. Él me invade, irrumpe con embestidas llenas de desesperación, de perdones, que yo no acepto aunque esté dentro de mí.

—¿Ves, Eva? —clama y me mete la lengua, me hace su esclava—. No puede... Ni él ni nadie. Me esperabas sin saberlo.

Y tiene razón. Pese a mi odio, ya nadie puede hacerme sentir como él, nadie se adentra en mi interior con tanta precisión, encajando como si fuésemos uno. Mi hinchado sexo se abre para Leo, mi carne cede para que su abultado miembro entre en mí y casi me parta en dos.

Su beso... su olor... su tacto...

Gimoteo sin hablar, las palabras no me salen. Estoy empapada, dolorosamente húmeda por y para él. Entregada y destrozada. Contra sus labios, que presiono con angustia, permito que mi llanto vuelva a aflorar. Esto duele mucho, es tan intenso como doloroso. ¿Qué voy a hacer?

De un momento a otro el ritmo se eleva, la pasión nos consume más allá del sexo. El fuego arde en mi interior y contraigo mis paredes vaginales para que esto acabe, porque si no terminaré diciendo frases que no debo. Y al arremeter por última vez, cuando me penetra tan hondo que me deja sin aliento, el orgasmo me atrapa y ya no hay nada más que mi grito perdido en su boca.

Su gruñido acompañado por un duro «Lo siento...».

Y sus impacientes manos clavándose en cada punto de mi sensible piel, en cualquier rincón, marcándome con su esencia, con su tacto.

—No me prives de tu piel. —Su frase hace que retroceda, recordando con claridad la primera vez que me lo dijo Torres. Me duele muchísimo.

Me llena de él, se sacude con tan violentos temblores que creo que le va a dar algo. Ahora lo que realmente quiero es acurrucarme contra su pecho y que me abrace como hace unas horas. Pero me quedo rígida y espero que los espasmos mengüen. Asimilando lo que acabo de hacer en el portal de un edificio, como una mujer frívola y necesitada tras el duro tema que acabamos

de tratar. Pero tenía que sentirlo sabiendo quién es...

Avergonzada, abro los ojos.

Me topo con los de Leo, rojos, furiosos. Vidriosos.

—Sube a mi casa y acaba con esto —me ordena, aún convulsionándose.

—Iba a llamarlo... —reconozco—. Para vengarme de ti.

—¡Maldita seas! —escupe, saliendo de mí apresuradamente.

Me sostengo como puedo contra la pared, viéndolo venir.

—Ve con él, Eva, pero cuando sientas que no te da lo que necesitas, ven para que yo te folle. Porque será lo único que quiera de ti una vez te dejes tocar por él. Tu cuerpo, tu deseo... toda tú ya no valdrás nada para mí.

—No te...

—Espérame en mi casa, Eva. Si te vas, significará que habrás ido a buscarlo y entonces no esperes nada más de mí que esto. Placer, porque, aunque sea jodido, porque aunque nadie como tú me llena, no habrá nada más. ¡Todo esto quedará en simple sexo!

Y subiéndose la cremallera, corre en dirección contraria a mí y se va. No a su casa. Me deja con las piernas abiertas, el vestido subido y el corazón hecho añicos. Temblando, me arreglo como puedo. ¿¿Quién se ha creído que es?! Yo de él tampoco querré más.

¡Perdí una parte de mi vida por su culpa y lo odiaré siempre!

Tengo que irme... desaparecer... recomponerme... y entonces volver. Retomar mi vida de una maldita vez. Sin él, asimilando que ha vuelto a conseguir tenerme a sus pies. Ya no quiero más de esto...

Únicamente olvidar y empezar de cero, sí, pero sola.

Desde ahora, Leo y Eva te contarán su presente...

Termina un capítulo viejo... Empieza una nueva historia

Acabo en un bar de copas del centro de Madrid. Sola, como me he prometido. Sin prestar atención a quien hay a mi alrededor, recordando cada palabra y cada frase dicha desde que lo nuestro comenzó de nuevo. Sí, increíblemente son dos veces, ¡y yo no lo sabía!! ¿Cómo pude no darme cuenta?

¿Y cómo hacerlo?

Sigo en trance, me cuesta creer que todo esto sea cierto. ¡Él!, el hombre al que he añorado y odiado por igual, sin darme cuenta de lo primero hasta que ha vuelto a mi vida...

Una parte de mí, quizá la más irracional, la loca, la que había desaparecido, cree que no he querido barajar esa posibilidad, que me he engañado. No quise pensarlo al percibir las sensaciones que me llegaban desde nuestro primer encuentro. Y tenía un claro motivo... Mi piel y mi corazón lo reconocieron como yo no supe hacerlo, como no tuve la capacidad de hacerlo.

—Otro mojito, por favor —le pido al camarero.

Apoyo la frente contra la helada barra y me echo a llorar. No soy capaz de controlar el llanto. Tampoco me importa que no sea el lugar. Rememoro el momento en que mi vida se destrozó, cuando Torres no hizo nada por

evitarlo, y no soporto el dolor. ¡He sido feliz con él estos días!

¿Por qué ha tenido que destrozarlo todo? Sollozo, triste, mal.

Cierro los ojos y las imágenes afloran sin compasión por primera vez, completamente, sin que yo sepa dominarlas.

—¡No!

—Aquí.

Ese hombre tiró de mí y me lanzó contra el suelo. ¿Me esperaba? Apenas había dado unos pasos alejándome de la puerta de Torres.

—Eres mía...

Olía a alcohol y yo estaba muerta de miedo. Llamé a Torres, llamé al hombre que acababa de marcarme con un látigo, esperando que con su salida enmendase ese error. Pero no pasó nada. Me taparon la boca y acercó a mi cuello unos ásperos labios. Apestosos. Yo intentaba apartarlo, alejarlo, y no era capaz. Su mano ascendía ya entre mis piernas... Todo sucedía demasiado deprisa.

Quiso sujetar las mías por encima de mi cabeza y ahí obtuve mi oportunidad. Le di un rodillazo en sus partes. Respiré, me creía a salvo... hasta que me agarró por el tobillo y caí al suelo de espaldas. Y entonces sentí el pinchazo.

Las palabras no me salían, me ahogaba. Luché... Al estar borracho, ese cerdo no pudo retenerme y corrí, corrí con la sangre bajando por mis piernas. Desfallecida, paré un taxi...

Cuando me desperté, estaba en el hospital.

—Ha perdido al bebé que esperaba, lo sentimos.

«Ha perdido al bebé que esperaba, lo sentimos».

«Ha perdido al bebé que esperaba, lo sentimos».

Las palabras de ese día acompañan cada copa que pido. ¿Cuántas llevo? No lo sé ni tampoco quiero saberlo. Pago la última y salgo afuera, tambaleándome. Antes de cerrar la puerta casi me caigo, pero un hombre me sujeta.

—¿Está bien?

Asiento entre la risa y el llanto. No sé cómo, consigo parar un taxi en la Gran Vía.

«¿Es esto lo que quieres?», me pregunto, antes de darle la dirección al taxista, que aguarda con paciencia. Sí, quiero alejarlo de mí y sé que esta es la única forma de no volver a sucumbir a su piel. Le daré asco y...

La venganza me arrastra y termino soltando la dirección que no debo.

Forma parte de mi pasado...

«¡Leo y Torres son el mismo!», me grito, volviendo a la cruda y dura realidad.

¿Qué hora será? Me parece ver que son las siete menos veinte de la mañana cuando llego a mi destino. Pago al taxista, me quito los zapatos de tacón y, descalza, llamo a la puerta de una casa que me trae todo tipo de sensaciones.

Pocas buenas. Y me recuerdo: «Mi propósito es utilizarlo para hacer daño».

—¿Eva? —Trago saliva. Dejo que mis ojos vaguen por el suelo ante ese sonido—. Eva...

Levanto la cabeza, echándome el flequillo a un lado, sin saber cómo actuar.

—Abel —balbuceo.

Hace mucho que no oigo su voz, pero la recuerdo con total claridad, aunque no me produce la alteración de antaño. Ni siquiera rechazo... Ya no hay nervios, ni el pellizco en el estómago ni las ganas de abrazarlo y besarlo. Sí un tremendo choque emocional, sumado a que mi descubrimiento me deja peor de lo que ya estaba...

Tiene el pelo más rubio y corto. Va vestido muy formal, incluso con corbata, como tanto me gustaba. Fuerte... Un hombre de negocios, que sigue madrugando.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, sujetándome por los brazos—. ¿Vienes sola? ¿Estás bien?

—¿Hay alguien?

Niega y señala una taza en la mesilla de la entrada. Echa humo, presumo que es café. Era un vicioso de la cafeína.

—Yo... Eva, cuánto tiempo.

Es una situación tan inverosímil que ni él ni yo sabemos qué decir o hacer. ¿Hace cuánto que no lo veo? Desde que se lo prometí a Torres... Además, Abel es muy orgulloso y cuando le dije que estaba viendo a otro, terminó por zanzar lo nuestro, como yo quería. De raíz. Prohibiéndome volver. Y hoy estoy aquí, tal como él predijo una vez. Eso sí, con otro tipo de intenciones.

—¿Estás bien? —murmura.

—No lo sé...

Intento entrar, pero Abel me coge del codo. Tensa, le advierto con la mirada. Él no se lo toma como la advertencia que es y no afloja la presión. Ni siquiera me suelta.

—¿Qué buscas a estas alturas, Eva?

Dejo caer los zapatos que llevo en la mano y que retumban contra el suelo. Abel me estudia de pies a cabeza. Da un paso y me coge la cara. Sus palmas son ásperas, cuchillos que ahora me cortan. Sabe que estoy mal. Por un segundo parece que no haya pasado tanto tiempo desde que no nos vemos. Es como si la situación no hubiera cambiado. Yo hecha polvo... buscándolo.

—Joder, Eva —exclama, rindiéndose y estrechándose contra su cuerpo. Me huele, luego me besa el cuello—. Por fin estás aquí —gime tan desesperado que me asusto—. Has llorado mucho —musita y me limpia las mejillas—. Ven conmigo.

Permito que me guíe sin cuestionar adónde. No dejo de ver a Leonardo Ferrer Torres... Él, parte de mi vida. Mi gran incógnita.

Mi salvación... mi decepción... mi destrucción... mi secreto. ¿Qué hago para borrar todos esos sentimientos, con lo destrozada que ha quedado mi vida tras haberme echado él de la suya?

—Duerme, Eva —me susurra Abel, acostándose en una cama.

No sé en cuál, sólo sé que es su casa. Donde tantas noches yo le entregué mi cuerpo y mi alma, sumisa, arrastrándome ante su dominación.

A los pocos minutos algo cambia, o quizá haya pasado más tiempo. Me siento perdida, desorientada. Ahora soy consciente de que no estoy sola en este espacio tan reducido. Gimo con la boca seca y la cabeza dándome vueltas. Todo sigue sin importarme por la cantidad de copas que llevo

encima.

Me muevo un poco para mirar hacia la ventana. Fuera está oscuro.

—He esperado tu vuelta siempre, Eva —susurra Abel detrás de mí y se arrima. Mi cuerpo se amolda al suyo. Me paralizó sin aliento—. Te ha costado entenderlo. Tuve que dejarte, Eva. Tuve que hacerlo para no destrozar mi vida. Lo siento... Ahora que estás aquí, que tú me buscas, todo cambia. Eva... mía.

—Abel.

Lo miro por encima del hombro, él se apoya en un codo y se acerca. Quedamos a escasos centímetros. Es muy fuerte volver a tenerlo así.

—No sé por qué todavía hoy, y tras este tiempo, te necesito, Eva. Quiero esto. He vuelto a ser feliz al verte entrar por la puerta de casa, cariño —sisea y nos señala a los dos—. ¿No te gustaría recuperar lo nuestro? Como si nada hubiera sucedido. Lo borraré todo. Lo he pasado mal desde que...

—Lo nuestro acabó —murmuro, frágil ante la situación—. Ya no te quiero.

—Lo supe cuando... —No termina la frase—. No me importa, hay tiempo para volver a reconquistarte. —Hunde la mano en mi pelo—. Déjame intentarlo. Será diferente.

—Pienso en otro —confieso estremecida.

Me aplasta la nariz con la suya. Lo hace con rabia, impotencia.

—No me importa, Eva. Lo sé... Tu mirada es fría.

Sonrío asqueada... Los tríos.

—Quiero irme, Abel. Ha sido un error venir.

Vuelvo a tumbarme de costado, hecha un ovillo. Apenas estoy consciente. No visualizo bien la habitación y mi mente está llena de lagunas que ensombrecen mis pensamientos. Es Abel... Abel.

—Eva —insiste y me coge la cara.

Me pone boca arriba y, despacio, como una clara advertencia, se sube sobre mí sin dejar caer su peso. Cierro los puños contra el colchón. Su aspecto es el de cuando se despertaba. Distinto, sereno.

—Déjame intentarlo, convencerte de que este es tu sitio. Si no, ¿por qué has terminado aquí? —Y recalca—: Buscándome.

«Para vengarme...». En mi cabeza resuenan las palabras de Leo.

«Ve con él, Eva, pero cuando sientas que no te da lo que necesitas, ven para que te folle, porque será lo único que yo querré de ti una vez te dejes tocar por él. Tu cuerpo, tu deseo... toda tú ya no valdrás nada para mí».

¿Cree que otro no me podrá dar lo que necesito?

Frustrada, cojo la cara de Abel y tiro de él para que se una a mi boca, sin romanticismos. Él ronronea y, con lujuria, me besa ligeramente los labios. Pasa los nudillos alrededor de mi ombligo y yo protesto.

—Quieres, Eva. Lo sé.

Me hace incorporarme un poco y me quita el vestido sin contemplaciones. Entonces recuerdo las cicatrices... Da igual, rechazo el pensamiento de vergüenza y lo dejo hacer.

—Eva, cariño. No sabes la de noches que he imaginado volver a tenerte así.

Con suavidad, coloca los dedos en el borde de mis braguitas, negras, y me las baja despacio. Un cúmulo de sentimientos se arremolinan entre nosotros. Abel se queda mirando la marca de la ingle, aumentando mis nervios.

Finalmente, sus ojos deambulan por el resto de mi cuerpo, sin hacer preguntas. Me quita el sujetador y me arranca las braguitas por completo. Mi monte de Venus queda a la vista, osado para él. Yo tiemblo, y no de frío.

Apenas lo veo...

—Eva, me pones a mil. —Se coloca en la abertura de mi sexo y yo lo empujo hacia atrás—. ¿Qué?

—No sin protección.

—Nunca la usamos. —No quiero contarle nada—. Está bien, hoy por ti moriría de ser necesario.

Se va y yo me quedo de nuevo hecha un ovillo en la cama, sin ser consciente del todo de la situación tan delicada, porque las palabras de Leo siguen torturándome. Abel aparece desnudo, con el condón puesto, y se lanza sobre mí. Ya ni su espectacular figura me acelera. Cuando nuestros cuerpos se tocan, no existe el fuego que antaño me consumía.

Se ha perdido.

Me mira a los ojos con una admiración diferente y se cuela poco a poco dentro de mí y, con una última acometida, entra completamente en mi interior.

Esto es tan extraño... horrible. Me besa los labios, se mueve, sus embestidas son duras. Pero aunque es un hombre intenso y al que yo conozco bien, no me excito. Me encuentro en la misma situación que tiempo atrás. Me echo a llorar por lo que estoy haciendo.

Abarca mi boca, a la vez que me embiste.

—Eva, Eva. Por Dios.

Se tensa y hunde la boca entre mis pechos. Yo ni me muevo...

—Dios santo, vuelvo a rozar el cielo —gime.

Tampoco me arqueo, me ofrezco pasiva, como una Eva que nunca he sido. Siento frío por la vacuidad de esta unión tan carnal y a la vez tan indiferente.

Tengo náuseas. Entonces me acuerdo de Leo y cierro los ojos. Tiene razón, nadie puede hacerme sentir como él. Yo acepto a este hombre dentro de mí, sintiéndome presionada debajo de él y... no hay nada más.

Sólo... sus gemidos, su placer, su incontrolable excitación.

Me muerdo el labio sin ser capaz de visualizarlo, porque tengo la vista nublada del llanto que no cesa. Le imploro que me bese y quite esta terrible sensación de mi boca, la que ha dejado Leonardo Ferrer Torres... Pero cuando me besa, nada de lo que espero sucede. No siento nada. Puede entrar y salir, poseerme con el deseo desgarrándole la piel, que yo soy un trozo de hielo.

—Eva —gime contra mi boca—, te sigo queriendo, cariño.

Algo más profundo se rompe dentro de mí. No sé qué responder ante la naturalidad de la palabra. Únicamente quiero que esta frustración acabe. Asimilo la frase y, en segundos, su convulsión llena la cama de temblores, de salvajes gemidos, hasta que Abel estalla... y yo finjo correrme detrás de él.

Un orgasmo que no ha existido.

—Eres única —susurra Abel, dejándose caer contra mi pecho—. ¿Estás bien?

—Creo que sí...

Con dolor, lo retiro sin mirarlo a los ojos, como hacía antes. Él no se opone, me da un beso en la frente y se va al baño. Cierro los ojos, aferrando la sábana contra mi pecho. Cansada y fatigada... Vacía.

Cuando abro los ojos la cabeza me estalla.

Entierro la cara contra el colchón, obligándome a despertar de este amargo sueño. Pronto, vagos recuerdos me sitúan aquí. ¿Qué demonios he hecho? ¡¿Qué?! Me tiembla el labio, el cuerpo. Me sudan las manos.

¿Cómo he cruzado de un pasado tan olvidado al presente por hacerle daño a Torres... a Leo? Siento unas repentinas y horribles náuseas. Vergüenza de mí misma, de mi comportamiento. ¿En qué me he convertido por culpa del veneno que me corroe por dentro? Esta situación ha sido tan forzada...

Me doy asco.

¿Cómo se me ocurrió venir? Una parte de mí sabía que Abel me recibiría, sé que fui su debilidad y que lo sería el resto de sus días, que me echaría de menos.

Tras lo de anoche y esto sé que tengo que rescatar mi alma de la oscuridad que anida dentro de mí; perdonar a las personas que más daño me hicieron y liberarme. Reconozco que sin ellos nada habría tenido sentido en mi vida. Conocí todo lo malo de Abel, de Torres, de Leo...

¿Y si he de quedarme con lo positivo? Con lo mucho que los quise, para recuperar las riendas de mi vida. Desde que me estanqué en ellos, en el dolor y el sufrimiento, no he retomado la libertad que añoro. Me he basado en dramatizar cada momento de mi existencia. Si los amé sería por algo...

Tarde, sé que es tarde para esta reflexión.

Y la culpa la tiene haberle puesto rostro a Torres, el hombre que me hizo quererme y odiarme. El hombre que, nuevamente, había dado luz a mi vida. La misma que él apagó con otra identidad. Leo tiene razón, ahora lo sé y me duele reconocerlo. Él tampoco hubiera querido que perdiéramos lo que teníamos. Me cuidaba... Aun así, mi rencor hacia él es inevitable.

Ahora todo es diferente. Mi ilusión de ayer se ha evaporado.

Lo hemos intentado en dos ocasiones, con dos personalidades distintas cada uno por el momento en el cual nos encontrábamos, y no ha funcionado; ¿para qué herirnos más?

Somos adultos y sabremos sobrellevar la situación. Yo tendré que verlo y seguir luchando contra lo que ya no será... porque me niego a que sea.

—Eva. —Noto el peso de Abel en la cama—. Tengo que salir, pero volveré enseguida y hablamos. Es necesario después de esto.

Me incorporo, sujetando la sábana en torno a mi cuerpo, y me arrodillo de espaldas a él. Me provoca rechazo hasta su forma de llamarme.

—Terminarás aceptándome —añade él—. Sé que por eso no has disfrutado. Pero pasará. Estás aquí porque quieres estar a mi lado. —Me roza la cintura—. No he podido reemplazarte.

Me abraza por el vientre desde atrás...

—Abel, ya nada es como antes —contesto, fría como la nieve.

—Desapareciste de mi vida sin que yo lo quisiera.

Me recoge el pelo hacia un lado y deposita un beso en mi cuello. Trago saliva.

—Tu vida no estaba hecha para mí.

—Ya hablaremos, Eva. No es el momento.

¿A estas alturas? ¿Acaso no ve que es demasiado tarde?

No sé por qué tuvo que recibirme. Debió echarme...

—No hay nada de que hablar, Abel. —Cierro los ojos—. Una inesperada situación me ha arrastrado hasta aquí. Yo... yo odio esto. Ni quiero estar contigo, ni valgo para ser una sumisa, Abel. El tiempo me ha cambiado.

—¿El tiempo? —repite y presiona los labios contra mi nuca—. ¿O algún hombre? Sé que existió otro, no lo olvides. Me dolió que te fueras y...

—Necesito una ducha, por favor. —Cambio de tema sin más. Con los nudillos blancos por la presión de mis dedos en la sábana con la que me tapo el pecho—. Esto ha sido un error... —reconozco—. Ya hablaremos con más tranquilidad. Si tienes cosas que hacer, ve. Quiero estar sola, Abel.

—No seas tan fría. —Me encojo ante su tacto—. Ve a ducharte, te espero.

Me miro el reloj de pulsera: casi la una del mediodía.

Llegaré tardísimo. ¿Y quiero ir a trabajar así? Aunque supongo que mi padre me estará sustituyendo desde que ha vuelto, como es su deber.

Doy un salto, aún envuelta en la sábana, para que no vea ni un ápice más de mi cuerpo, no quiero. Voy hasta el baño y cierro la puerta detrás de mí. Me dejo caer, lacia, apoyándome en ella y asimilando el error que acabo de cometer en un momento de debilidad.

Me cubro la cara, negándome a volver a ser la frígida de antes por pensar en Leo. En él, que es Torres... Me miro en el espejo, horrorizándome. Tengo una cara que da pena, con el maquillaje hecho un desastre y los ojos tiznados

de negro por el rímel corrido. He querido someterme a un hombre por el que ya no podré volver a sentir deseo. Ni quiero sentirlo.

Me toco la boca y cojo un cepillo de dientes, no me importa de quién sea, y me los cepillo, arrancándome ese sabor agridulce que ahora no me gusta y que en cambio antes hubiese muerto por él. Una vez acabo, entro en la ducha, abro el grifo y cojo el gel, con la necesidad y la urgencia de oler a otra cosa que no sea a sexo, mezclado con la esencia de Abel.

Me froto hasta hacerme daño. Aprieto los dientes cuando oigo abrirse la puerta.

Sé que es Abel. ¡Abel! Por Dios, pero qué bajo he caído. Me meto debajo del grifo y permito que el agua no sólo me aclare las ideas, sino que se lleve el tacto de su piel. ¡¿Qué he hecho, joder?! Gimo con la alta temperatura del agua.

¿Qué he hecho?

—Eva...

—Dios, vete, Abel... vete.

—Pero...

—¡Nada!

Me pongo de cara a él, y me da la vuelta y me toca la cicatriz de la espalda, que ahora sí ha visto. Me encojo.

—¿Qué ha pasado en todo este tiempo?

Lo escudriño con mala cara.

—Déjame sola, por favor —insisto—. No hagas preguntas, no voy a contestarlas. No quiero rendirle cuentas a nadie, Abel. Se me ha ido la cabeza, lo siento mucho, déjame sola.

—Esperaré fuera.

¡Señor!

Le cierro la cortina en las narices.

—Vete, ¿quieres? —suelto cabreada—. ¡Vete!

Nunca le he hablado así. Jamás me atreví a levantarle la voz. Se sorprende.

—Bien...

Me pongo a llorar como una histérica en cuanto sale. Le he regalado mi cuerpo a Abel, ¡él no se lo merecía! Y después de haber estado con Leo. Sin

entender por qué una parte de mí siempre se ha sentido atraída hacia Leonardo Ferrer, desde el primer segundo, cuando lo vi bajar de aquella moto. Mi cuerpo reaccionaba a sus caricias de una manera diferente al resto... y ya conozco el motivo. Mis sentidos lo reconocían aunque desconocieran su identidad.

¿Qué voy a hacer?

Entre lágrimas de arrepentimiento, salgo de la bañera y me arropo en el albornoz. El olor de Abel está aquí presente. Estoy en su casa... ¡¿por qué?!

Me agarro del pomo de la puerta, secándome las lágrimas. Entonces oigo que suena mi teléfono. Salgo del cuarto de baño y me me quedo helada al ver que Abel me mira serio y contesta.

—No, Eva no está. Soy Abel —dice al descolgar—. ¿Quién llama?

Lo veo tragar saliva, enfurecerse. Conozco su gesticulación. Yo pongo una cara inexpresiva. No asimilo que haya propiciado esto.

—Leonardo, de acuerdo —repite con dureza—. Le daré tu recado. Gracias.

Me muerdo el labio, cardíaca. Voy hasta él y le arranco mi móvil de las manos.

—¡¿Por qué has contestado?!

—Me ha pedido que te diga que no olvides sus últimas palabras. —Me atraganto con la bilis. «Sólo querré tu cuerpo...»—. Es... ¿Quién es él, Eva?

—El hombre que me salvó del pozo en el que tú me tiraste —murmuro sin pensar. La frase me sale de dentro. ¿Qué demonios?—. Necesito vestirme, por favor. —Y recalco—: Sola.

—¿A qué coño has venido entonces, Eva? ¡¿No te folla como yo y has necesitado desahogarte?!

—¡No tienes ni idea!

Furiosos, nos desafiamos con la mirada. ¿Qué puedo decirle? Yo soy la única culpable, la que con mi conducta ha desencadenado esta absurda situación. Se mira el reloj y dice:

—No te muevas de aquí, tengo una reunión, pero vuelvo enseguida.

—Tranquilo —miento, fingiendo fortaleza y serenidad—. Aquí estaré.

Con la altanería que siempre lo ha caracterizado, sale de la habitación dando un portazo. ¡Esto es una mierda! Lo primero que hago es tirarme en

esa cama deshecha donde he perdido la poca dignidad que me quedaba. He vuelto a dejar que dos hombres la pisotearan.

¡Dos en una misma noche!

Me arañó el cuerpo hasta que en algunos lugares logro hacerme sangre... y me quito el albornoz, alejándome de esa cama.

¿De verdad quiero seguir siendo esta Eva tan frívola? No, no puedo más. ¡He de reaccionar! Con este maldito triángulo olvidado termina un viejo capítulo de mi vida y empieza otra historia.

Decepcionado con ella

Mi mirada se pierde en el teléfono, en ese que acaba de romper por completo lo que Eva y yo teníamos. Con rabia, le doy una patada a la silla que tengo delante y aprieto el móvil entre los dedos, intentando borrar lo que me acaban de confirmar.

—¡No! —chillo alterado.

Eloy, que sale de la cocina, adonde se había retirado para dejarme un momento de intimidad, me estudia. Sabe que estoy fuera de mí, que me come por dentro saber que Eva está con él. Me muerdo los nudillos, controlando la ira. Los nervios. ¡El sufrimiento! El daño que ella me acaba de hacer. No lo soporto... No ahora que ha vuelto a mi vida.

—Me voy a Las Palmas —le digo a Eloy, sacando un cigarrillo—. Necesito unos días, trabajaré desde allí. No sé... ¡tengo que irme de aquí!

—¿Qué ha pasado, macho?

Hablarlo con él supondría meterlo en posibles problemas con Pamela y no quiero perjudicar a terceras personas. Y menos, a mi amigo. Aunque necesite desahogarme escupiendo barbaridades que quizá no sean ciertas. ¡Qué más da!

—Da igual, Eloy.

Miro por la ventana, con el cigarrillo encendido en la mano. El paisaje es

gris, oscuro como lo ha sido durante mucho tiempo. Le ha faltado tiempo, le han bastado horas para correr a sus brazos. Aún recuerdo su boca abierta, sus ojos desencajados por el brutal placer que le estaba dando en el portal de abajo.

Un momento que ahora casi odio. Casi siento asco de haberla tocado, porque él ha borrado todas mis huellas. ¿Se habrán reído? ¿Seguirán en la cama?

Me siento en el sofá y me masajeo las sienes.

Tengo taquicardia. La boca seca.

Un desconsuelo tan profundo que me supera.

¿Es tan diferente a la mujer que yo conocí? Entiendo que lo ha pasado mal, que no tener mi apoyo habrá sido un duro golpe, pero no tanto como para merecer esto. No me apetece hablar con nadie. Sí verla. A pesar de todo, quiero tenerla frente a mí y comprobar que sus ojos no me mienten, encontrar algún tipo de arrepentimiento.

No, ella no está arrepentida... Si no, habría hecho lo posible por evitar que fuera ese miserable quien respondiera.

—¡Hijos de puta! —grito al vacío.

—Leo...

—Dime que esto no es real. —Apago el cigarrillo con los dedos. Ni siquiera me quemo—. ¡Dime que Eva está en su casa, Eloy!

—No sé qué está pasando.

Pasa que no quiero saber nada de ella, que en este instante prefiero el dolor, los sentimientos de miedo, angustia e impotencia de cuando me rajaron la mejilla que esto. Este vacío, el modo en que me abro por dentro porque Eva está con su ex. ¡Con él! ¿Cómo me puede doler tanto?

¡¿Por qué me tiene que doler tanto?!

Me acuerdo de sus confesiones, de su llanto. De esa Eva que reaparecía tras su ausencia. No la identifico con la de ahora, con la que guarda silencio permitiendo que su amante responda con voz placentera, confirmando que está en su cama. Sabía que la llamaría, ¡me conoce lo suficiente como para saber que mantendría la esperanza! ¡¿Por qué me hace esto?! Pensaba que me quería... Me había hecho a la idea de que ya nunca íbamos a distanciarnos.

Estoy tan decepcionado con ella... que me cuesta admitirlo.

Se ha vuelto más fría de lo que jamás creí posible. ¿Piensa que no estoy hundido al saber que perdió un hijo nuestro? ¡No, hostia, no puedo ser tan desgraciado como para que dentro de mí no se remueva nada! ¿No fue capaz de ver cómo me estaba dejando? ¿Acaso no oía el arrepentimiento y mi dolor en mi manera desesperada de pedirle que me diera una oportunidad?

Estoy peor de lo que pensaba, machacado y pisoteado, porque ahora la pérdida no es una, son dos, y me duele demasiado.

Me duele demasiado mi amor por ella, por una mujer que no lo merece.

Distintas fases...

Antes de abandonar la casa de Abel, me veo en la obligación de dejarle una escueta nota:

No volveré. Lo siento. Esto no es lo que quiero. Si deseas una última conversación, te espero a las tres y media en el Starbucks del paseo de la Castellana.

Sé que no me puede buscar, no tiene mi dirección ni mi teléfono, ya que cuando me fui por Torres... borré mi rastro.

Pero es necesario que afronte mi error.

Llego delante de mi casa en tensión, por no hablar del estado pésimo en que me encuentro. Miro con disimulo a mi alrededor, ni siquiera subo en el ascensor y entro en casa como un huracán. Todo está recogido, huele a ¿hogar? Corro hacia la cama y me tiro en ella. ¿Y qué me espera? Ponerme a llorar de forma desconsolada. Estoy en la fase de asimilar y expulsar el dolor, sin obviar mi metedura de pata, por supuesto. Me doblo en dos en la cama, y doy golpes en el colchón.

—Por favor, sácalo de aquí —pido, tocándome el pecho—. ¡No quiero hacer más estupideces! —grito impotente.

No sé cuánto tiempo transcurre mientras, totalmente abatida, dejo que el llanto me domine. Poco después oigo que me llega un mensaje al móvil. Sigo

llorando y, con una punzada en el corazón, lo saco de mi bolso. Las lágrimas caen sobre la pantalla. Veo su nombre. Es de él. Leo.

Durante un buen rato, me quedo mirando la nada, llorando aún, sin tener el suficiente valor como para mirar lo que me dice. Me espero cualquier cosa, tras saber lo de Abel... ¿Y qué más da?!

«Es lo que pretendías», me recuerdo.

Finalmente, y sin dejar de temblar, lo leo.

Eva, he decidido poner distancia por unos días, pero tenemos que hablar. No me siento capaz de reprocharte todo lo que quisiera, y menos, por este medio. Perdona si me dejé llevar por un impulso. Perdona mi forma de hablarte tan despectiva, aunque pese a todo... las palabras eran ciertas. Una vez te juzgué por tu pasado y eché lo nuestro a perder. No lo haré esta vez con tu presente. No porque aspire a arreglarlo, tú has decidido y yo voy a respetarlo. Me gustaría verte, tener una conversación contigo que cierre esto de una manera más civilizada. Creo que ambos lo necesitamos. No tienes por qué responderme hoy. Estaré disponible el sábado.

Las lágrimas que fluyen de mis ojos se meten entre mis labios. De pronto, siento cierta serenidad. Encuentro la paz que necesitaba. No sé por qué, no entiendo el motivo. Que no haya una guerra me calma.

Sin fuerzas, caigo contra la cama y leo y releo su whatsapp. Ignoro por qué lo hago, pero algo me empuja a ello.

—¿Nena? —Sorprendida, me incorporo a medias con movimientos torpes. Enfoco como puedo con la vista nublada. ¡¿Abuela?!—. Por Dios, ¿qué te pasa?

—¡Abu!

Le tiendo la mano. Ella se deja caer a mi lado y me estrecha contra su cuerpo. Joder, lloro aún más. Es menudita, muy parecida a papá. A sus sesenta años es muy activa, moderna y comprensiva. La adoro, ella ha cuidado de mí hasta que se fue a vivir a Barcelona, poco antes de que mi madre se marchara.

—Llora, cariño —me susurra—. Desahógate.

La obedezco, como no puedo hacer con mamá... De haber estado mi madre aquí, ahora la situación quizá sería diferente. ¿Qué será de ella o dónde estará? Un día se fue con otro hombre, aunque, realmente, su papel de madre siempre dejó mucho que desear. A veces creo que el hecho de que se

marchara no fue tan malo. Los insultos eran constantes tanto hacia papá como hacia mí.

Nunca nos quiso. No tuve su apoyo... y tampoco la echo de menos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a mi abuela.

—¿Tú qué crees? A tu padre le hace falta un buen toque y estoy yo aquí para dárselo. ¿Qué tienes?

—Nada...

Me acaricia con ternura y susurra:

—Bien. ¿Un caldito?

—Por favor —suplico y la miro. La beso en la mejilla—. Gracias por venir.

Veo que intenta no emocionarse y me dice:

—Date una ducha y ven a comer, anda...

Sé que apesto a alcohol. Que da pena verme. Ella se va y me deja con la soledad que necesito. Me miro en el espejo y me compadezco de mí misma. Veo reflejada una mujer horrible, abandonada, que no reconozco.

Me doy un merecido baño y, al salir, mientras me seco el cabello con una toalla, veo a mi abuela con *Miau* pegado a sus pies, como una lapa. Le ha gustado. Me arrodillo y lo acurruco contra mi pecho. Ronronea. Es como si hubiera pasado una eternidad. Suspiro melancólica. Quiero aprender a disfrutar, pero sin dejar atrás mis responsabilidades.

Mi casa no termina de tener mi esencia. Justo ahora huele a comida casera. Está calentita, confortable, algo que no es habitual aquí.

—¿Sirvo ya el caldo? —pregunta mi abuela. No tengo apetito, pero me duele el estómago de lo vacío que lo tengo—. Estás muy delgada.

—Un poco sí.

—Tienes un piso muy acogedor —me piropea, cogiéndome la mano—. Nena, qué bien estaremos aquí los tres, y tu gato, claro.

Le sonrío de medio lado, entrando en la cocina. La mesa está puesta para tres personas. ¿Mi padre está en casa? Sedienta, me bebo un vaso de agua. Él entra distraído, fresco, con una cinta de envolver en la mano y, al verme, se queda quieto en el umbral. La incomodidad se cierne sobre nosotros. Mi abuela, a punto de servirnos, le quita hierro al asunto.

—Anda, daos un beso, sosos.

Es tan entrañable...

—Eva —suspira mi padre—, ¿cómo estás?

—Muy bien —miento, entera y distante, y le doy dos besos. No huele a alcohol, lo que me relaja—. ¿Qué tal todo por aquí? Mañana me reincorporo al trabajo. No te preocupes.

—Eva...

Opto por ignorar su advertencia y me siento a la mesa. Jugueteo con la cuchara cuando mi abuela me coloca delante el plato de sopa lleno hasta arriba.

—Te dije que a mi vuelta todo sería como antes —zanjo sin ser brusca, en tono suave—. Mañana retomaré mi vida y mis quehaceres aquí. Sin cambios. Y sin preguntas, por favor.

—¿¡Ves?! —grita mi padre. Su reacción tan virulenta me pilla por sorpresa. Mi abuela le da un codazo—. ¿Crees que esta actitud es normal?

—Déjala, así es la juventud —me defiende ella.

Comemos en silencio. Yo no dejo de pensar en mis cosas; en las malas y en las no tan malas. En Leo... en Abel... en Torres... en Leonardo Torres, en Pamela, a la que he de llamar. Lo necesito. Recuperar la confianza. Estoy decaída, más calmada sí, pero hecha polvo. No se me ocurre otra cosa que enviarle un whatsapp, tras avisar a mi pequeña familia de mis planes.

—Esta noche estaré fuera. —Los dos se miran—. Con Pamela.

—Ah, su amiga —comenta mi abuela con un aspaviento—. Muy bien, nena. Sal y disfruta. Si no puedes trabajar mañana, pues nada. Para eso está tu padre, que ya se ha librado bastante.

Y le echa una mirada que da miedo. Me encojo de hombros con el móvil en la mano. Que hagan lo que quieran.

Pam, necesito cena de chicas. Es importante, por favor.

Poco después, ella responde, mientras yo me como un yogur natural de postre.

Por supuesto. ¡Prepárate! Por cierto... Leo se ha ido a Canarias. ¿Todo bien?

Luego hablamos.

Se ha ido... ¿Por eso lo de que estará disponible el sábado? Quizá ha ido a cometer el mismo error que yo y verse con su ex. Desecho el pensamiento, intento que no me afecte; no sé si lo consigo. Quiero empezar de cero y lamentándome no podré. Por otro lado, quiero tener la mente despejada para mi cita con Abel.

He de enfrentarme con él y acabar con lo que yo misma he desenterrado.

—¿Hay té verde? —le pregunto a mi abuela.

—No, lo siento.

—Bueno, luego lo compro. —Me levanto—. He quedado. Volveré pronto.

—Pero acaba de comer —me regaña mi abuela.

Retiro el plato con los restos de ensalada y de pollo que ella ha añadido sin mi permiso y que no he podido terminarme, y le doy un beso en la mejilla, despidiéndome.

—Estaba todo riquísimo, gracias.

—A esta la pongo yo firme —la oigo farfullar.

—Ya estás tardando... —deja caer mi padre.

—Dame tiempo, machote.

Miro a papá por última vez; lo veo más comedido en cuanto a beber y apuesto, acertando, a que mi abuela lo tiene enfilado. ¿Hasta cuándo le hará caso? Dudo que esté mucho más tiempo sin probar el alcohol. Y es una situación que no soporto, porque entonces no sabe lo que hace y odio que cambie así de actitud.

Salgo de la cocina y me pongo la bufanda y un gorro. Llevo unos vaqueros ceñidos, botas de tacón y jersey largo por debajo del trasero. Grueso. Cojo el bolso y también me pongo el chaquetón. Estamos en pleno noviembre y hace bastante frío. Las Navidades se acercan y no las soporto. Cuando salgo de de casa soy consciente de quién más vive aquí. Dudo antes de bajar, pero me digo que él no está.

Pam me ha dicho que se ha ido a Canarias.

Carraspeo y me armo de valor, ahuyentando las voces que a veces resurgen y que me niego a escuchar. Espero el ascensor mirando a ambos lados y entro en él nada más parar en mi planta. Me apoyo en el espejo, con los ojos casi cerrados, y suspiro.

Salgo disparada en cuanto llego abajo.

Doy una vuelta en el descansillo, con las imágenes bombardeándome. Aquí fue nuestra despedida, igual que todas las nuestras. Desbordados por la pasión y el descontrol. Sumado al dolor.

«¿Crees que él puede hacerte sentir esto?».

«¿Ves, Eva? No puede...».

«No me prives de tu piel».

Tiro del pomo de la puerta de la calle, que pesa bastante, mientras rebusco el mechero en el bolso. Estoy atacada de los nervios.

¿Dónde está y por qué siempre lo pierdo? Camino mirando al frente y doblo la esquina. Casi meto la cabeza en el dichoso bolso buscando el mechero. Pero ¿cómo se puede perder en un espacio tan reducido?

¡Ups! Choco contra alguien y, sin prestar atención, me disculpo.

—Perdona.

—Eva.

Al levantar la mirada no me lo puedo creer.

—Abel —mascullo—, ¿qué haces aquí?

—He pedido que te siguieran para saber dónde vives. No me fiaba y no me he equivocado —contesta, examinándome con interés. Luego pregunta—. ¿Vamos? —Y del bolsillo se saca un mechero.

Lo acepto con recelo. Me enciendo el cigarrillo y se lo devuelvo.

Él me sonríe.

—No vuelvas a seguirme, Abel —ordeno incómoda—. Si digo basta, es que basta.

—Por favor, dame estos minutos ahora —insiste. Se pone delante de mí y en sus ojos veo la súplica, el deseo de que esa conversación tenga lugar—. Es importante, luego no volveré a molestarte si así lo decides.

Accedo sin cuestionarme por qué lo estoy haciendo, de hecho, yo he sido quien le ha dejado la nota. Aunque supongo que es el modo de cerrar nuestra historia. Una vez más...

—Sé breve —murmuro—... no tengo mucho tiempo.

—De acuerdo.

Durante el trayecto, las palabras no fluyen entre nosotros. Caminamos el uno al lado del otro, pero aislados. Yo fumando, sin tener cuenta que va

conmigo y él con el móvil, con el que parece responder mensajes o *mails* a toda velocidad. Incluso hace una llamada diciendo que se va a retrasar para volver a casa y que ya está todo casi listo.

Escruto su perfil. No puedo creerme que lo tenga a mi lado después de todo este tiempo.

Llegamos a la puerta del Starbucks, en el paseo de la Castellana. Él, como el caballero que nunca fue, me abre la puerta y me cede el paso.

No lo reconozco. Aun así, soy educada y se lo agradezco con un seco mohín.

Me dirijo al fondo, donde hay más tranquilidad. Me quito el chaquetón, la bufanda y el gorro y me siento enfrente de donde espero que se siente él. No lo quiero a mi lado, ni que me roce siquiera.

—¿Qué te apetece? —pregunta amablemente.

—Un zumo de naranja natural, por favor.

—Enseguida vuelvo.

Suelto un suspiro. Miro como se aleja y me pregunto qué le ha pasado. Parece más centrado, menos brusco. Algo ha cambiado, pero tampoco me importa el motivo o si mi percepción es equivocada.

Miro el móvil para ver si he recibido algo. Me sorprende cuando encuentro varias cosas. Lo primero que abro es un whatsapp de Pamela.

¿Cómo vamos? Hoy la cenita será, cómo no, en casa de Rebe. Y... ¡fiesta de pijamas! Por cierto, ¿te he dicho que te quiero con toda mi alma?

Sonrío con desgana, todavía destrozada emocionalmente, y le respondo:

Me encanta la idea. Todo bien... bueno, surrealista. Luego te cuento.

P. S. Yo también y mucho.

Listo por aquí. Lo siguiente que abro es el correo. Vaya... Oliver.

De: Oliver Manzanares.

Para: Eva Castillo.

Fecha: 03/11/2014 16.08

Asunto: Jornada laboral.

Eva... gatita... me dejaste sin la mejor bailarina que había en Prohibido de un día para

otro. No quiero molestarte, pero tu puesto te espera. Dime cuándo te reincorporas, quiero anunciarlo para que todo el mundo se entere. No me trataste bien, pero ¿qué decirte? Te echo de menos. Además... eres irremplazable.

Te espero.

Oliver Manzanares

¿Desde cuándo es tan tolerante? Lo tengo tan claro y meditado todo que no me hace falta pensarlo un minuto más. Quiero volver a la normalidad cuanto antes, aunque justo en este momento piense que nada está siendo lo que esperaba al regresar... La llegada de Abel a la mesa me lo confirma.

Está aquí y yo con él. Increíble.

—Dame un segundo —le digo.

—Claro.

De: Eva Castillo

Para: Oliver Manzanares

Fecha: 03/11/2014 16.11 Asunto: RM: Jornada laboral.

Querido Oliver, si me dejas, el sábado mismo estoy allí. Lo siento mucho todo, pero sabes que no estaba al ciento por ciento y necesitaba mi espacio. Esta semana me iré recuperando. Gimnasio para ponerme en forma, dietista y la inmobiliaria, pero el sábado estará todo en orden. Te agradezco tu generosidad. También yo os he echado de menos a todos.

Un beso.

Eva Castillo, tu empleada desagradecida

—Listo —le anuncio a Abel, guardando el móvil.

Empuja el zumo hacia mí, sonriendo. ¿Desde cuándo sonríe tanto?

—Gracias.

—Eva, ir con rodeos nunca ha sido lo mío.

—Te agradecería que hoy tampoco lo hicieras. —Da un sorbo a su café y asiente, entreteniéndose más de lo que debe—. He sido clara... tarde, lo sé, pero clara. Anoche no estaba bien, bebí y...

—Siento mucho todo lo que ha pasado, Eva. Todo —recalca, con un deje de arrepentimiento en su tono tan ronco—. No merecías el trato que te daba. El daño que te hice. Tuve que alejarme sin quererlo, Eva. Créeme. Lo siento de verdad. Hoy me das la oportunidad y puedo decírtelo...

Abro lo ojos sorprendida.

—Ya no importa, Abel.

—Me temo que sí, después de tenerte. ¿Sabes? —carraspea repetidas veces—, no he dejado de pensar en ti, por descabellado que parezca.

—Abel, no...

—Lo sé, lo sé. —Alarga la mano y yo retiro la mía. Con disimulo, la retira él también—. Sólo quería que supieras que quiero cambiar de aires, que no he conseguido rehacer mi vida y que me he planteado muchas cosas a raíz de lo que ha sucedido esta mañana.

Me quedo de piedra. Una lágrima se desliza por su mejilla. Él era un témpano que jamás se rompía. ¿Cuántas veces le imploré que fuera más humano?

—Has devuelto a mi vida algo que había perdido: la ilusión. Y... —Se seca la mejilla, bruscamente—. ¿Sabes cuántas veces esperé para...? —No puede acabar.

Su contención le impide desahogarse y trata de calmarse bebiendo un sorbo de su café, del que sale mucho humo.

Entrelazo los dedos, contagiada por su tristeza.

—Abel...

Carraspea y de nuevo me mira. Me siento incómoda y me remuevo en el asiento. No me gusta hacerles daño a las personas, aunque sea él. Pero anoche no me importó ir contra mis principios.

—Lo que quiero decir es que me he visto obligado a recapacitar. Quiero estabilidad, y cuando pienso eso, pienso en ti. Tú me la podrías haber dado.

—Podría —confirmo en tono bajo—. Estoy de acuerdo. Podría.

—Lo sé. Es demasiado tarde, pero quería que supieras que estoy arrepentido de todo lo sucedido entre nosotros. De todo —insiste—. No quise buscarte, no podía... Ahora... te has cruzado en mi camino.

Nerviosa, juego con las puntas de mi cabello, reprimiendo los reproches.

—¿Qué hay de ti? ¿A qué te dedicas?

Me muerdo el labio, sé que le va a sorprender.

—Bailo los fines de semana en un local, aparte de tener una inmobiliaria.

—¿Bailas? —repite sorprendido.

—Sí...

—Vaya, me gustaría ver eso —comenta y se le escapa una sonrisa—.

Vuelve conmigo, Eva.

Parpadeo y hago una mueca.

—¿Perdona? —Eso es imposible.

—Quizá necesitas tiempo —murmura.

—Metí la pata, Abel, y te pido por favor que me respetes.

Suspira mientras se aprieta el puente de la nariz, y cuando me presta atención parece muy vulnerable. Mostrándome una cara opuesta a la que conocía.

—Si lo hago, ¿podría ser que más adelante volviéramos a vernos?

Pienso la respuesta y, como sé que se convertirá en un estorbo si no miento, susurro:

—De momento déjame espacio.

—Claro, por supuesto.

Me bebo el zumo que me queda en el vaso y me levanto sin esperar a que él termine. Cojo el gorro, la bufanda y la chaqueta, que cuelgan del respaldo de mi asiento.

—Estás guapísima. —Lo ignoro, abrigándome—. Desde esta mañana he vuelto a vivir, Eva. Perderte es lo más duro a lo que me he tenido que enfrentar nunca. Lo sabes, nunca me he comportado como hoy. Se me ha ido la cabeza al... En fin.

Lo miro y me encojo de hombros.

—Es bueno que valores lo que has perdido.

Estiro la mano hacia él, que entrelaza los dedos con los míos. Abel aprovecha el gesto para un acercamiento. Se aproxima y me acaricia la mejilla con los nudillos. Lo miro a los ojos, impasible ante su ternura.

—Eva, seguiré en la misma casa, y no pienso cambiar de teléfono. Espero que cumplas tu palabra o si no volveré a buscarte. No estaré bien desde hoy...

—Lo sé.

Doy un paso atrás. Me retiro y, muy apresurada, salgo del Starbucks, esquivando a todo el mundo. Una vez fuera no miro hacia atrás. La reacción de Abel me ha dejado asombrada. Ahora se arrepiente, ahora que para mí es sólo un resto del pasado con el que torpemente he tropezado.

La cena con las chicas es de todo menos normal. Hasta hemos cenado *pizzas*. Por ahí antes no pasaba, pero darle un capricho al cuerpo a veces no está de más. Estamos sentadas en el suelo, frente al televisor, comiendo como si no lo hubiéramos hecho en siglos. Apenas hemos hablado en este rato y yo espero sacarle partido a la reunión, que tiene pinta de ser larga. He intentado mantenerme fuerte, pero justo ahora, a punto de empezar las confesiones, vuelvo a sentirme vacía.

El engaño de Leo me pasa factura.

—Entonces —me dirijo a Rebeca—, lo tuyo con Omar se está formalizando.

Se pone tontita, hasta roja.

—No puedo evitarlo, mira que no me quería enamorar. Pero chica, si aparece por la peluquería y me trae un café con un bollo. Si a la hora de almorzar me invita a comer y por la noche me ayuda a cerrar el negocio... —suelta una carcajada. Pamela y Erica ríen también—, pues me lía, claro. Y si ya hablamos de que me echa el polvo de mi vida... ¡*Enamorá perdía!*

—Qué bien. Me alegro por ti. —Mastico un trozo de *pizza* de barbacoa, contenta con estas gamberras, y me dirijo a Erica—. ¿Y tú qué?

—Nada, hasta arriba de trabajo y sin ganas de estos líos, la verdad.

Pamela se hace notar con sus típicos ruidos de garganta. Miedo me da.

—Le hace ojitos a mi hermano Miguel. —Y parpadea—. Pero es muy cabezota y se niega. Es obvio que a él también le gusta.

—Que no. —Erica se ríe—. No quieras ver donde no hay.

—Ya... Bueno, ¿y tú, gatita? —nos interrumpe Pamela—. Creo que me debes algunas explicaciones, como por ejemplo, qué pasa con Leo... Eloy no sabe nada, su amigo no ha querido contarle qué pasó y se ha pirado.

Yo... Vaya, es mi turno. ¿Eloy no sabe nada? No sé ni por dónde empezar. Hace tanto que no tenemos reuniones de estas en las que nos contamos los secretos... Me termino la *pizza* y, tras beber un sorbo de vino, me aclaro la garganta. Creo que me enciendo un poco, no sé, noto cierto rubor en las mejillas.

—Hoy he coincidido con Abel... —Todas jadean. Pam se cubre la boca, como si fuera algo horrible—. Lo sé, increíble. Hemos tomado algo...

—¿Que qué? Pero ¿y Leo? —pregunta Pamela y me sujeta las manos—.

Escúpelos todo.

—Lo que os he dicho. Quería hablar conmigo y al final he accedido. Lo que no esperaba era su arrepentimiento, me ha hablado del mal momento que está pasando. —Suspiro con los ojos en blanco, haciéndome la dura, obviando el resto de la historia—. Que se acuerda de mí, dice. Y con Leo...

—¿Qué has sentido? —insiste Pamela.

Bufo, vaya pregunta.

—Er... Chicas —balbucea Erica, levantándose y empujando a Rebeca, que no tiene intención de moverse. Su mandíbula casi toca el suelo—. Os dejamos... tenemos sueño.

Rebe la mira con mala cara.

—Venga —masculla Erica—. Vamos.

Les lanzo un beso, agradecida de que quieran darnos intimidad a Pamela y a mí. Miro a esta y no sé por dónde empezar, pero me siento con fuerzas para abrir mi corazón. Sé que llorará. Sé que lloraremos.

Es mi punto débil, así que le sirvo una buena copa de vino y otra para mí.

—Pam...

—A ver —murmura ella con un carraspeo—, no me asustes.

—Lo busqué yo, Pam. Me he acostado con Abel —suelto a bocajarro.

—¡No te creo!

Bajo la vista, soportando la opresión en el pecho al acordarme de Torres, de Leo, de sus dos identidades.

—Eva, mírame. ¡¿Qué coño estás diciendo?!

—Y hace meses perdí un hijo de Leo...

Lejos... no de Eva

La tranquilidad de la casa de mis padres me hace bien. Me tumbo en una hamaca del jardín, fumando y bebiendo, pero con medida. De momento no quiero perder el control. No aquí, en presencia de mi familia, ante los que siempre he mantenido una apariencia.

—¿Leo? —Mi hermana Alba me sorprende, sentándose a mi lado—. ¿Qué haces aquí solo y tan tarde?

—Tomando unas copas, relajándome. —Le sonrío.

—Y pensando en Eva, ¿no?

Su gesto picarón me hace reír. Pensando en ella, sí, porque no por haber puesto distancia Eva está lejos. No por no tenerla a mi lado ha dejado de estar presente para mí a cualquier hora del día. A cada segundo me pregunto dónde y con quién estará. Hoy, sin querer, lo sé... Eloy me ha contado que tenían una reunión de chicas. ¿Estará feliz confesando su desliz con él?

Contengo una maldición y me remuevo inquieto.

El trago me sabe amargo y termino dejándolo sobre la mesa con desgana. Agobiado. Me parece injusto echar de menos a una mujer que ha querido hacerme daño, sin importarle la mierda en que me he convertido. Pero me culpo de todo lo que ha pasado desde que la eché de casa... de mi casa.

—Ey, no me gusta este silencio, Leo.

—Lo sé. Perdona.

—¿Por qué no ha querido venir Eva?

La misma pregunta que también me han hecho mis padres. Le acaricio la rodilla, Alba ya sabe la respuesta. Mejor dicho, la supuesta respuesta.

—Es una pena que no haya podido dejar el trabajo —continúa—. ¿Estás seguro de que ese es el motivo?

—¿Por qué iba a mentir? —respondo, levantándome.

Me pongo bien la chaqueta y me la abrocho. Aquí soy Leonardo Ferrer, el prestigioso abogado. Como el resto de mi familia.

Recojo mi vaso y me guardo el paquete de tabaco en el bolsillo interior.

—Voy a dar una vuelta —digo.

—¿Adónde vas a estas horas? —Pongo los ojos en blanco, intentando parecer divertido. Sabe que no soy amigo de dar explicaciones de cada paso que doy, aunque ella sea mayor que yo. Lo que no sabe es que no las doy porque no estaría bien contarle adónde iré. Su opinión de mí no sería muy buena.

—Vale, vale.

—Cualquier cosa me das un toque al teléfono.

—Papá está recuperándose, ya lo has visto.

Sí, su mejoría me ha dejado impresionado. Eso me ha alegrado y ha hecho que no me sintiera tan mal hijo por el tiempo en el que no he querido tener demasiado contacto con ellos. Ahora ya estoy de vuelta, que es lo que importa.

Entramos en la casa y Alba me acompaña a la cocina, donde dejo mi vaso en la encimera. Me despido de mi hermana con un beso y también una sonrisa.

Aquí echo de menos mi moto, mi vida. La libertad. A Eva... Estoy lejos, sí, pero no de ella. Ocupa mi mente de forma constante. Es mi pregunta al despertar, mi pesadilla al dormir. Mi eterno tormento.

Dentro del taxi que he cogido, abro la carpeta secreta que guardo en el móvil, y accedo a los vídeos.

«No caigas», me digo.

Quiero hacerme a la idea de que estoy bien, de que ella no merece que yo esté mal. De que puedo pasar página, porque soy tan fuerte que no me voy a

volver a encerrar en una casa. Quiero imponerme ser feliz sin Eva, porque así lo he decidido. Aunque una pregunta me atosiga: ¿cómo se hace?

Es imposible olvidarla; pese al rencor y la decepción, vive dentro de mí. Es inevitable despertarme y mirar el teléfono por si tengo un mensaje suyo, diciendo o pidiéndome algo... algo, por poco que sea.

Pero Eva simplemente me ha echado de su vida.

Y yo me aferro a su recuerdo a través de otras. Como esta noche, en busca de un consuelo telefónico con su amiga, la que me manda mensajes desde que sabe que estoy aquí. Sarah...

Mientras, me refugio en un local parecido a uno que frecuentamos Eva y yo. Donde nos conocimos.

Sólo que no es ella a quien toco...

Cayendo en la tentación

Me desperezo con dolor en todo el cuerpo, incómoda. ¿Dónde estoy? Intento abrir los ojos. Me escuecen. Desisto, no me preocupa dónde estoy. ¿O sí? Me duele la cabeza, intuyo que por la resaca.

¿Dónde he pasado la noche? Paladeo varias veces sintiendo el asqueroso sabor de las mañanas mezclado con el vino. Qué horror... Abro los párpados y miro a mi alrededor. La mesa pequeña del salón de Rebeca está llena de cajas de *pizza*, de latas de refrescos y de bebidas. Hasta gominolas hay...

Me miro el pecho, que me siento aplastado, y sonrío con ternura; Pamela está abrazada a mí, con su cara oculta en mi cuello, como cuando éramos adolescentes y le daban miedo las tormentas.

Apretadas, sin espacio.

—Pam —trato de despertarla—. Rubia...

De un salto, se incorpora y me mira a los ojos. Oh, qué mal está.

—¿Estás bien? —pregunta angustiada.

—¿Y tú?

Niega, rompiendo a llorar.

—No supero lo que me contaste, Eva... —contesta y me retira el pelo de la cara—. No supero que la pérdida de... Y yo sin poder ayudarte. Tu impresión al saber quién era Leo. ¿Por qué Eloy no ha confiado en mí?

—Es su amigo —intento tranquilizarla—. ¿Tú habrías faltado a tu palabra?

—Pero te ha hecho daño...

—Está arrepentido. —Le acaricio la mejilla, emocionada. No dejó de llorar con cada palabra que yo decía. Sufrió como si fuera a ella a quien le hubieran hecho lo que a mí—. Y pagando su error.

—Eva... prométeme que me lo contarás todo. Que no dejarás que te hagan más daño.

Me cuesta, pero aun así, asiento. Lo que me pide es lógico.

—Estoy aquí —dice ella—, lo siento tanto. Te quiero, gatita.

—Yo... yo era feliz, Pamela. Él me hizo sentir especial cuando era Torres... y luego como Leo —confieso rompiéndome—. Me siento engañada, todo me parece mentira. ¡Son el mismo! Lo peor es que... lo quiero.

—Eva... —Solloza.

—Cuando supe que era él me sentí morir, yo... yo necesitaba conocer a Torres, verle la cara. Ahora que lo pienso, estoy muerta de miedo, decepcionada. Yo... yo no sé cómo he de estar. Pienso en él y me acuerdo de lo que perdí. —Le agarro la mano y la miro a los ojos—. ¿Crees que tiene la culpa? Lo conozco, él no era malo, Pam. No lo hubiera permitido. Creo que le eché la culpa por no haber sabido controlar nuestra situación. Estaba tan...

—Te miraba con todo ese amor que no podía decirte que sentía, Eva. Piénsalo bien...

—¡Me hace tanto daño!

—Chis, ven, cariño.

Desoladas, lloramos las dos, abrazadas. Hace mucho que no sucede algo así y no me parece tan malo. Reconozco que sigo queriendo a Leo, y más sabiendo que es Torres, el hombre que tanto para bien como para mal marcó un antes y un después en mi vida. Pero al pensar en el bebé... se me cae todo encima. Es una barrera que nos separará siempre.

Él está prohibido para mí si quiero ser feliz y rehacer mi vida sin sombras.

—¿Qué pasa? —pregunta Rebeca.

Una irreconocible Rebeca entra en el salón en ropa interior, despeinada, y

se queda mirándonos fijamente con cara de póquer.

—¿Me voy? —Señala hacia el pasillo—. Yo...

—Ven aquí —la invito, abriendo los brazos. Erica se queda quieta detrás—. Venid las dos. Anda... Os quiero, ¿eh?

Rebeca corre y de un salto está sobre nosotras. Erica, como de costumbre, es más cauta, pero igualmente viene. Son mi familia, ellas son todo lo que necesito para ser fuerte y mirar hacia el futuro. Yo creo que no son capaces de imaginar lo que me levantan el ánimo.

—Y vamos a recoger, ¿no? —les digo, quitándole hierro al asunto y dejando de llorar—. Sólo quiero deciros que estoy bien.

Yo lo estoy. Pam, no.

Aun así, hace lo posible por recomponerse y colabora en recoger la casa. No me quita ojo y a cada segundo me busca y me da un beso tan sonoro que se oye en toda la estancia. Menos mal que cuando nos despedimos hasta la noche no se echa a llorar. Trato de hacerle entender que todo ha acabado y que he pasado página. Es lo que quiero y pretendo.

Sin embargo, su preocupación continúa hasta que llegamos a mi edificio.

—Te veo luego en la inmobiliaria —susurra en el portal—. Que te quiero, ¿vale? Y que gracias por confiar en mí.

—No seas tonta. —La empujo en broma—. Pam, de verdad, no estés mal. He podido contártelo todo porque he conseguido reconciliarme con mi pasado. Dejémoslo atrás. No hables con Leo, por favor. No entres en esto.

A regañadientes, asiente.

—Eloy me las va a pagar. Me volveré a casa de mis padres hasta que estemos casados...

—Pam —le advierto—, no lo culpes.

—Tiene que pagar. —Me da un beso y un abrazo—. Te quiero ver recuperada y radiante para el sábado. Quiero que te comas al público.

—No lo dudes.

Le doy otro abrazo y la dejo ir con andares cansados, hasta que la pierdo de vista. Una vez cruzo las puertas, de camino al ascensor, tontamente me vengo abajo. Por desgracia, con esta historia he descubierto que no tengo el corazón de piedra.

Hago los ejercicios para relajarme, prohibiéndome coger otro cigarrillo, y

suspiro con los ojos cerrados.

Cuando creo que me he recuperado, saco la agenda de mi bolso y me anoto:

Hacerle a Pam un súperregalo.

Con ella conociendo cada detalle puedo conseguirlo, lo sé.

Pero poner en práctica las cosas no es fácil y por la noche termino en un local de copas... bebiendo tanto como le reprocho a mi padre que beba.

Me lamo los labios, un poco asqueada por el mal sabor de boca. ¿Qué hora es? El teléfono suena y suena. No me apetece cogerlo, pero son tan insistentes que finalmente lo hago.

—¿Sí? —bostezo, sin siquiera haber mirado la pantalla.

Sigo con los ojos cerrados, acurrucada en posición fetal.

—¡Eva! —Doy un salto y compruebo que el grito viene de la línea de teléfono... ¡Por Dios...! ¿Y cómo es que tengo el mentón mojado? Espero que no sea de babilla.

—¿Quién es?

—Soy Rebeca. Anoche iba pedo y, sin querer, me tiré a Miguel... — Joder, salgo de la cama cuando la oigo llorar. *Miau* ronronea. Le pido silencio—. Se lo he contado a Omar y me ha dejado.

—Vaya, lo siento... —Me rasco la cabeza—. No sé qué decirte. ¿Por qué no te vienes a casa y hablamos un rato? Odio que llores así. ¿Qué puedo hacer?

—No lo sé, lo único que necesitaba era hablar con una amiga y desahogarme.

—Y aquí estoy —murmuro, al tiempo que me lavo la cara. Tengo muy mal color—. Para lo que necesites. ¿Has intentado explicarle que habías bebido?

—Todo, Eva.

—¿Y si le das unos días? Necesitará pensar y recapacitar, ¿no crees? — En la medida de lo posible procuro que se relaje—. ¿Te apetece quedar y

tomar algo? No sé, despejarte.

Su llanto aumenta.

—Hoy me gustaría estar sola —susurra entre lágrimas—. Siento molestarte.

—No seas tonta, para eso estamos.

Pongo pasta de dientes en el cepillo.

—Bueno, llámame y quedamos cuando quieras, ¿vale?

—Te quiero, Eva. Gracias, tía.

—Cualquier cosa estoy en casa —le recuerdo—. Y yo a ti, campeona.

Qué pena me da esta situación. Con lo ilusionada que estaba. Si es que la bebida no es buena. ¿Cuántas noches Torres y yo...? ¡No!

Tengo un malestar en el estómago que me impide ponerme recta. Dejo el teléfono a un lado y me cepillo los dientes. Apesto a alcohol. Estoy hecha un guiñapo. No, no, no..., me digo cuando el terremoto de nostalgia y sentimientos me acosa. No quiero recordar nada. No debo.

Por fin llega el sábado, después de unos días complicados tratando de retomar las riendas de mi vida. He vuelto a coger el ritmo de la inmobiliaria, también en el gimnasio, con un Miguel nada curioso, lo que me ha extrañado. Deduzco de todo esto que Pamela ha pedido que me dejen en paz, porque hasta Oliver, en nuestra primera reunión el miércoles por la noche, no hizo preguntas. Se limitó a hablar de mi trabajo y de lo que esperaba de mí.

Hoy estoy nuevamente aquí, en mi puesto.

Abandono el camerino. En pocos segundos, el pistoletazo de salida me anunciará que es mi turno. Quizá no con el mejor estado de ánimo, pero aun así salgo a comerme el escenario. En cuanto cruzo las cortinas, el público enseguida se anima, me reconocen... La adrenalina me recorre las venas y me entrego como debo.

Hay muchísima gente. Toda la atención de la sala se dirige a mí. Yo me arrodillo y gateo por el escenario, haciendo honor a mi apodo. Enseguida la gente empieza a gritar.

—¡Gata!

Mis amigas saltan y gritan pidiendo más, como el resto. Hasta Pamela

está bastante animada. Paso la vista por todo el mundo e instintivamente lo busco a él cada minuto del espectáculo. Sé que no está, pero es como si lo sintiera. No sé por qué me decepciono tanto al no encontrarlo. Me quedan dos minutos para terminar.

Dos minutos que empleo con el mismo empeño, pero sin las mismas ganas, al ser consciente de que él no verá lo recuperada que estoy.

Me despido del público entre contoneos y paso junto a mi jefe, que me felicita con un tierno beso en la mejilla.

Cansada, abro la puerta del camerino y cierro de un portazo, agobiada. Me da miedo reconocer que la ausencia de Leo se me está haciendo tan cuesta arriba. Me agacho y me quito un zapato, luego el otro y lo lanzo hacia la ventana.

Pero ¿qué...?!

Me descompongo cuando miro lo que hay ante mí y sobre la cama, sentado, está Leo... Con la frente apoyada en sus manos entrelazadas. Mirando al suelo.

Me quedo anonadada, no esperaba verlo aquí. No puedo dejar de temblar. Un intenso cosquilleo me recorre el cuerpo.

Intento recobrar la compostura.

Estos días he tenido tiempo para asimilar quién es él, para tratar de perdonar una culpa que tal vez no le corresponde... y también para no olvidar que me trató como a una cualquiera, echándome sin reparos, tras haber marcado mi cuerpo, del que corrían hilos de sangre.

—Leonardo... —murmuro.

Él no me mira, se queda en la misma postura. Está raro y casi me rindo, pero me recuerdo que esto no puede ser. Me lo he prometido a mí misma para poder avanzar y empezar una nueva historia. No quiero nada más del pasado que me hundió. Cauta, doy unos pasos hacia él.

Me arrodillo a sus pies, sin controlar mis actos, e intento colarme entre el hueco de sus manos. Hace lo imposible por no dejarse ver. Toda yo soy un manojo de nervios al sentir su piel. Se me acelera el pulso y el corazón de una forma que me sorprende. Estudio su ropa, tan de él, personal... La chaqueta de cuero está fría. Las botas sin atar, hoy quizá menos cuidadas.

—¿Qué quieres, Leo? ¿Qué quieres de mí? —pregunto angustiada—. No

te he contestado porque de momento no quiero hablar contigo.

—Pero ¡no es justo, Eva!

—Estuve con él, Leo —gimoteo, consciente del gran error que cometí—. ¿Es eso lo que quieres confirmar?

Se frota los ojos, se tira del pelo, se humedece los labios.

—Y yo con otras estos días, Eva. —Le vibra la voz. Me quedo inmóvil. Él con otras... Es imposible que no me afecte, es más, me destroza—. ¡Yo con otras... y no eran tú!

De pronto me escuecen los ojos.

—Entonces ¿a qué has venido?

—A que reclames lo que es tuyo, lo que no te podrá dar otro —responde y me mira. Ahora sus ojos vuelven a ser turbios. Raros—. Tus orgasmos siempre serán míos, Eva. Te guste o no. Siendo Torres y Leo.

Estoy a punto de darle una bofetada, hasta que levanta ambas manos hacia mí. Por un momento me planteo retroceder, sin embargo, no me muevo. Se me corta la respiración. Me limito a aceptar su caricia. Me acuna el rostro y me permite ver sus emociones. Él siempre ha sido transparente en ese sentido. No había máscaras. Sólo la que llevaba en la cara.

Me estoy ahogando.

—¿Y si tras la última noche yo te hubiera retenido, Eva? —pregunta angustiado—. Quizá no hice todo lo que estaba en mi mano, no te dejé expresarte en el portal.

—Nada habría cambiado; iba a irme de todos modos, porque me quedé rota —reconozco—. Lo habría buscado, Leo. Por el motivo que sea, igualmente habría acabado allí. Ahora ya da igual.

«Para hacerte daño...», me callo. Pero ¡me arrepiento ahora! ¡Demasiado tarde, sí!

Aprieta la mandíbula y cierra los ojos, casi negros. Cargados.

—No te encuentro en otra piel, ¿es que no lo entiendes? —admite en voz baja, casi balbuceando—, pero has conseguido que no te... adore como lo hice al volver. —Y añade—: Nunca voy a borrar de mi mente su respuesta, casi confirmando que estabas en su cama. —Se le quiebra la voz—. Tú, con él... Con ese hombre que tanto daño me hizo. ¡Incluso que te lo hubieras follado lo habría tolerado si te hubieras arrepentido después! ¿Cómo has

podido reemplazar algo tan... nuestro por un polvo? Horas antes habías sido mía, Eva. ¡Mía!

Suena tremendamente dolido, y tiene razón. ¡Me comporté como una...! Me encojo de hombros, porque yo tampoco apruebo mi comportamiento. Fue la desesperación, el despecho y el rencor.

El mismo que estoy dejando atrás al asumir mi parte de culpa.

—Olvídate de lo nuestro, Leo; yo ya lo he hecho.

—Y te arrepentirás. —Cierro los ojos. Su expresión es dura—. Eva, aquel día en la playa tú me dijiste sin palabras cuánto me querías. Lo vi, pero no me querías lo suficiente como para quedarte a mi lado —dice y me da un beso en la mejilla. Rápido. Sentido—. No olvides mi última propuesta, Eva. Por alguna razón, ambos lo necesitamos.

Noto su aliento tan cerca que enloquezco, giro la cara y me aclaro la garganta. Huele a alcohol. ¿Qué es esto? Cuando nos conocimos lo utilizó para rehuir los problemas; ¿ha retomado esa costumbre olvidada?

—Vete —murmuro con un suspiro, evitando más contacto—. Y cuidado, Leo... hay formas de olvidar que no son buenas.

—Lo sé. Pero no conozco otra.

Se pone de pie, se coloca bien la bufanda en el cuello y se alisa el pantalón. Mientras, yo sigo de rodillas, y, tras mirarme y pensárselo, se va, como obligándose a ello. Le cuesta avanzar, sus pasos son tambaleantes, como mis pensamientos...

¿Cómo voy a salir a bailar de nuevo en el estado de melancolía en el que me hallo ahora? Poco después llaman a la puerta y sé que es mi turno. La noche es larga y yo espero que acabe cuanto antes para poder irme con mis amigas y olvidar.

Quizá tampoco de la mejor manera.

Tras el éxito obtenido con mi actuación, me quedo con las chicas tomando unas copas. Oliver nos regala la primera ronda, después de felicitarme como un auténtico y orgulloso jefe a su empleada. Todo está tranquilo ya, pocos quedamos en Prohibido a esas horas de la noche.

Lo principal no ha cambiado. Leo sigue en mis pensamientos y su confesión de que se ha tirado a otras me retuerce el estómago. Noto un agudo

aguijonazo, que reconozco como celos. Al pensar que no es a mí a quien toca... El hecho de no poder estar con él no quiere decir que no me duela o que no lo quiera.

—¡La noche es loca! —Finjo estar animada por las copas que llevo de más—. Ey, Rebe, anima esa cara, anda.

—No me perdona —balbucea ella, ahogando las penas igual que yo—. La he jodido. ¡La he jodido!

Erica la mira con tristeza y me da por pensar que tampoco está bien. ¿Será de verdad que le gusta Miguel? Vaya palo doble.

—Pues Eloy no quería que saliera, y, ¿sabéis qué?, lo he mandado al carajo —dice Pamela.

Yo aplaudo; las chicas al poder. De reojo, miro el local por si aparece Leo. Bufo, me da igual y pido otra copa. Emborracharme me gusta, así las cosas no son tan malas ni las heridas duelen tanto.

—¡Eva! —me regaña Pamela y niega con el dedo índice—. No, no. Es malo. ¡Muy malo!

—Lo sé... —refunfuño—. Voy al servicio.

De camino, le sonrío a Oliver cuando me encuentro con él. Entonces el pánico me invade. ¿No sentí nada con Abel porque era él o porque no podré sentir nada con nadie que no sea Leo? ¡Me niego!

—Bésame —le pido a mi jefe, tirando de él y encerrándonos en el baño.

Sorprendido, él detiene mi mano cuando voy a meterla en su pantalón.

—¿No querías esto? Pues tómalo —digo.

—Eva, estás...

No permito que acabe la frase. Quiero que me bese y cuando, tras meditarlo, lo hace entre gemidos, con una pasión que me impresiona, me tenso. Su beso y su sabor son exquisitos, pero a mí me resulta agrio.

Asustada, me alejo. Oliver me mira a los ojos.

—Venga, Eva —susurra en voz baja—. No cometas una locura.

—Yo...

—Ve con tus amigas. —Me sonrío con cariño—. Y luego a casa, por favor.

Durante el resto de la noche sólo quiero derramar lágrimas, llorar de agonía por mi extraño comportamiento, por mis sentimientos. Parece que

ahora llorar se ha vuelto para mí una costumbre. De impotencia y dolor. ¿Vamos a jugar a hacernos daño liándonos con otros por llenar un vacío? Yo me niego a sufrir más, creo que ya es suficiente.

Tampoco reconozco a esta nueva Eva, pero dejo de cuestionármelo cuando llego a casa tambaleándome. Nadie me oye. Todo está en silencio, salvo por los tenues ronquidos de alguien, no sé si de mi abuela o de mi padre.

Ambos son especialistas en eso.

Me quito el vestido, que se desliza por mis piernas hasta el suelo. Me quedo en ropa interior y pongo la calefacción. Entro en la cama con un suspiro. Por fin... La habitación da vueltas y, sin calcular las medidas ni la distancia, termino rodando por el suelo al rebasar los límites del colchón.

Consigo volver a la cama sana y salva. Cuando estoy cerrando los ojos y dejándome conquistar por Morfeo, oigo que me llega un whatsapp al móvil. ¿A estas horas? Me inclino y lo cojo a tientas. Todo mi ser palpita. Es de Leo. No saluda ni dice nada. Simplemente me manda un vídeo, que yo reproduzco en medio de mi soledad.

—*Leo...*

—*Que te quiero.*

—*Yo...*

—*Chis. Tenemos tiempo.*

Durante ese diálogo él saboreaba mis pechos y yo lo tenía abrazado, y no quería que se apartara. Recuerdo la sensación, el temor a no desear dar marcha atrás. La excitación. La emoción mezclada con el desconcierto por las intensas y preciosas palabras. Sinceras, era real. Su mirada me lo decía.

Me arqueaba para Leo, que recorría con la lengua mi cuerpo, mi vientre. Mientras yo, callada, me mordía los labios para mantener cierto control. Me besó la herida de la ingle... sin saber la principal razón por la que yo la ocultaba.

—*Voy a matar al hijo de puta que te hizo esto, Eva. Te haré olvidar todo*

esto. Ya estoy aquí... no te voy a perder, entiéndelo. Me da igual lo que venga.

—La cámara.

—Déjala, quiero que siempre recuerdes esta noche.

Y lo estoy haciendo.

Luego, la cámara captó el momento en que él hundió la boca en el centro de mi humedad. Mis sollozos de placer... ese placer que creía olvidado. Anhele la sensación y mis pulsaciones se vuelven a disparar como aquella noche en que me entregué sin reservas.

—Leo. L-Leo...

Entre lágrimas, me meto la mano dentro de las braguitas, despacio. Todo está oscuro en mi habitación, sólo se ve el destello de la pantalla del teléfono. Lloriqueo y me echo un poco hacia atrás, advirtiendo la tensión de los músculos de mi cuerpo. Dando la bienvenida al deseo.

Jugueteo con los dedos por el contorno de mi sexo, en el que aparece una repentina humedad que me deja perpleja, frente a la sequedad de otras veces. Me masturbo oyendo de fondo el vídeo que Leo me ha enviado.

—No tengas miedo, nunca más te haré daño.

¡Lo has hecho!

Noto la convulsión, la necesidad de alcanzar el orgasmo, pero sé que no tendré suficiente. Hay un vacío que me impide encontrar placer sola... me falta él. El pasado no ha regresado mientras lo recreaba y tomo el vídeo como una vía de escape esta noche, una vía de urgencia, aprovechando que no contiene imágenes desagradables, incluso visualizando a Torres.

«Sólo una vez», trato de convencerme.

Para demostrarme que tampoco siento nada al hacer el amor con él, como no sentí con Abel ni con la pasión de Oliver, que soy yo... No porque él no me tocara, sino porque me pasará lo mismo con todos los hombres, incluido

él. Es lo que quiere de mí, ¿no? Mi cuerpo...

Voy a reafirmar mis miedos. A reafirmar que mi problema no es que no me toque Leo, que da igual quién lo haga... que vuelvo a ser hielo.

Y entonces ¿por qué estoy excitada? ¡No tiene sentido!

—¿Puedes?

—Sí...

Recuerdo que le sonreí...

Doy un salto tambaleante desde la cama y enciendo la luz. Sigo bebida y no es fácil encontrar lo que necesito. Cojo una bata de las perchas de mi vestidor. Me pongo las medias de encaje, que sé que a Torres le gustaban... y me dejo la ropa interior negra, para que entienda que no voy a dejarlo satisfecho a él, sino, si puedo hacerlo, si puedo sentir como necesito, lo que voy a hacer es quitarme esta hambre de sexo... Sólo sexo.

Placer. Para mí. Aun cayendo en la tentación.

Me lavo la cara, me cepillo el pelo.

Me pongo el chaquetón sobre la lencería fina que llevo debajo y unos zapatos de tacón. Salgo de casa con mucho frío, tras haber estado calentita en mi habitación. Cojo el ascensor pese a que me prohibí hacerlo, pero era para no encontrarme con Leo, justo la persona a la que ahora voy buscando. Y aquí estoy, de camino a su casa. Llamo a la puerta flojito, con un simple golpe seco de nudillos.

No encuentro en nadie lo que Eva me da

Sonríó irónicamente y dejo la copa sobre la mesa. Reproduzco el vídeo por última vez antes de abrir, un vídeo que le he mandado a Eva y por el cual sé que es ella quien llama de esta manera tan discreta. Suelto un gruñido de pura agonía que escapa de mi ronca garganta. Podría haber estado con Sarah, que me acosa para quedar desde que he aterrizado en Madrid...

Pero mi cuerpo exige a otra. A ella. Su cara en el vídeo es la de una persona relajada, casi querría creer que enamorada. ¿Seguro? No lo sé, me hace demasiado daño pensar en ella, imaginarla... Sin embargo, aquí estoy, mirando con melancolía ese momento que compartimos.

En el cual yo me sentí el hombre más feliz del mundo.

Ahora estoy debilitado, aunque ardiendo por Eva. No sé si las copas de más son lo que hace que cierta parte de mí se rinda y la reclame íntimamente. Apartando de momento el orgullo.

No encuentro en nadie lo que Eva me da.

Verla bailar a escondidas ha supuesto mi perdición. Ella riendo y bailando para otros. ¡Otros que no son yo! ¿Estaría él allí?

«Me acosté con él, Leo. ¿Es eso lo que quieres confirmar?».

«Lo habría buscado, Leo. Por el motivo que sea, igualmente habría

acabado allí. Ahora ya da igual».

«Olvídate de lo nuestro, Leo... yo ya lo he hecho».

Eso es lo que quería confirmar. ¡¿Para qué?!

En su mirada no había alegría al reconocerlo, por el contrario, me ha parecido ver remordimientos. ¿Estará arrepentida? ¡Me da igual!

«Lo habría buscado», lo ha dejado claro. ¿Siempre fue su intención buscarlo en cuanto lo nuestro fracasara? Me va a estallar la cabeza de tanto pensar en cómo podrían haber sucedido las cosas de haber actuado de un modo diferente.

¡¿Tanto lo ha querido?! Yo deseaba cuidarla... y una vez más no me lo ha permitido por entregarse al hombre con el que espero no coincidir nunca.

He bebido, he bebido tanto porque quería quedarme sin conocimiento, para perder mi propia voluntad y cometer la locura de buscarla... y reclamarla.

Y poder tocarla.

Esclavos de la piel

La puerta se abre y él no parece sorprenderse de mi visita. Me mira, me inspecciona de arriba abajo, con ojos cansados. Rojos, como los míos. Está despeinado, sin camisa, con un pantalón de pijama y descalzo... Imagino que su cuerpo ya está sobre el mío y termino soltando un jadeo.

No me pregunta, simplemente me abre la puerta. Me indica que pase.

Me adelanto y, con él a mi espalda, olvido los preámbulos. Los dos sabemos qué hago aquí. Dejo que el chaquetón caiga a mis pies. Temblando, me deshago el nudo de la bata. Me quedo con la ropa interior de encaje negro, las medias con ligas de encaje y los tacones de aguja.

El aire se mueve a nuestro alrededor, sé que es él acercándose.

La luz está encendida y yo hago un enorme esfuerzo por no cerrar los ojos cuando siento el tacto de su piel contra la mía. Noto cómo su torso se arrima al mío y contengo cualquier sonido de los que suplican escapar de mi boca.

Leo desliza la palma de la mano por mi espalda, desde los hombros hasta la cintura. Callado... impetuoso. Al subir, me coge el pelo y me lo echa sobre el hombro derecho y pega los labios en el otro.

Gimo incontrolablemente.

Con las dos manos, me coge la cara desde atrás y me aprieta tan fuerte

hacia él que me duele. Suelta un suspiro cerca de mi oído y, con presteza, me chupa el lóbulo de la oreja. Mi espalda termina apoyándose contra su pecho, sus dedos en mi cintura presionan, me exploran un poco más.

Y baja, sus besos van resbalando al ritmo de su mano, mientras yo me voy consumiendo por dentro. Esto, lo que él me ofrece, es lo que me da tanto miedo. De no volver a sentirme igual en toda mi vida si no es con él.

En mi cabeza resuena:

«Tus orgasmos siempre serán míos. Te guste o no...».

Noto que se hinca de rodillas, chupando con delicadeza la terminación de mi espalda, e introduce una mano entre mis muslos. Sin hablar, me indica que separe un poco más las piernas y yo obedezco. Sus caricias van desapareciendo a medida que cruza la cara interna de mis muslos, sin llegar a mi sexo. Se deleita con las medias, por la zona del encaje, sé que le gusta.

Advierto que muerde el borde de mi braguita y un puro y duro latigazo de placer se mezcla con mi anhelo, obligándome a soltar un grito.

El calor entre mis piernas ya es intenso; él lo sabe y aguanta estoicamente las ganas que tiene de tocarme. Me tortura e insiste en desarmarme cuando desliza la braguita por mi trasero con los dientes. Se ayuda con el dedo por la zona de delante y, en segundos, la tela se desliza sin problemas por mis piernas, hasta acabar trabada en los zapatos de tacón, que aún llevo puestos. No suplico... aunque me muero por hacerlo.

Hoy las palabras sobran. Somos esclavos de la piel... pese a nuestro pasado y presente en común. Pese al daño y el dolor.

Nada importa, no podemos dominarnos.

Me rodea con los brazos por las caderas, estrechándome, y me pongo a temblar. Me cuesta seguir en pie, mantener el equilibrio. Despacio, llega a donde estoy deseando.

—Ah... —gimoteo.

Tengo el vello de punta, el corazón en la boca. Mis ganas son infinitas. Con la otra mano, me abre, me prepara para introducir dos dedos en mi interior. Rozo el cielo, dejo caer la cabeza hacia atrás, perdida, mojada hasta el punto de que creo que llegaré al orgasmo sin que él necesite hacer nada más. Involuntariamente, cierro los ojos. Es suave, va conquistándome en cada caricia que me regala.

—L-L... —Me prohíbo decir su nombre.

Va grabándose en mi piel, y entonces, de repente, deja de jugar.

Me penetra una, dos, tres... hasta diez veces, con intensas y dolorosas invasiones. Arquea los dedos y aprieta las yemas hacia dentro, a mi interior, como formando un pequeño gancho... No sé qué pasa, no tengo tiempo de reaccionar ante lo que acaba de hacerme y llego al orgasmo de un modo salvaje. Entre espasmos que me sacuden y me dejan sin respiración.

Sollozo y caigo de rodillas mientras todo da vueltas a mi alrededor.

Me inclino hacia adelante y me muerdo los nudillos. Por Dios, ¿qué me ha hecho? Tengo la boca abierta, buscando un poco de aire. No lo encuentro. La frente sudorosa se me pega al suelo. Toda yo sigo con convulsiones.

Cuando Leo tira de mí, yo no me opongo. Mi fuerza de voluntad desaparece justo ahora que trato de controlarla. ¿Qué haré después de esto? Él sigue de rodillas y me coloca de modo que yo, en su misma postura pero de espaldas, me abro de piernas y, desde atrás, busca mi sexo, que de nuevo se ha encendido. Hace que le rodee el cuello con los brazos y descansa la cabeza en su hombro. Sólo de imaginar lo que vendrá me da miedo.

No es brusco y, despacio, va irrumpiendo eróticamente con su prominente erección. Sus caderas empujan en busca del último tramo, para que encajemos, y, cuando sucede, me parece que me voy a morir.

Me siento completa, llena, complacida y viva. Soy mujer con él, sólo con él. Mi temor se convierte en realidad.

Me contraigo cardíaca y a la vez temerosa. Él suelta un gemido contra mi cuello. Da marcha atrás y vuelve a colarse, impregnándose de mi humedad.

Noto su respiración en mi oído, su contención, su goce. Todo ello cala en mí. Apenas puedo soportarlo, no obstante, me hago la fuerte. Sin embargo, cuando me pellizca el pezón, la tensión va en aumento y su miembro me ayuda a que me acople a sus movimientos. Como en un baile, sincronizados, nos mecemos juntos en el suelo, arrodillados, incapaces de mantener el control. Su mano vaga por mi piel, apretándome los senos.

—H-Hmm... —gimoteo.

Me mezo hacia adelante y hacia atrás, apasionada, chocando contra él, que va y viene a mi encuentro. Las embestidas son en extremo carnales, primitivas; lo vivo, lo siento. Me esfuerzo por no parecer débil... ¿Cómo

puede ser tan maravilloso esto con él? No me besa y yo lo estoy deseando. Giro la cara y con su pelo entre mis dedos lo incito a que acerque sus labios a los míos. Se lo piensa, me mira directamente a los ojos. Poderoso... Más dudas me asaltan.

Más siento. Creo que se me llenan los ojos de lágrimas al tenerlo conmigo. A él, tan real. A Leo y a Torres, los dos hombres que quise y quiero... pese a todo.

En un impulso y con rudeza, atrapa mi labio superior, lo chupa y saca la lengua, resiguiendo el contorno. Entregada, sigo con los movimientos adelante y atrás, sugerente y atrevida.

—V-Ven —le pido, reclamando su boca por entero.

Ah... Logra desarmarme. Mi boca le pertenece y mete la lengua con ímpetu, me insta a seguir con las penetraciones tan morbosas mientras nos besamos de la manera más brusca y elemental. Hay hambre... Hay ansia.

Ralentizo el compás y meto la mano entre nuestros cuerpos. Leo me pega al suyo con más atrevimiento. Mi piel lo reconoce y se estremece en cuanto se posa en mí. Aprieto los dedos y le tiro del pelo, arqueándome un poco más, ofreciéndola el acceso necesario para que dé el último empujón y nos destroce a los dos en esta extraña burbuja que no quiero que me vuelva a atrapar.

Llega... llega sobrepasándome y rompiéndome en diez mil pedazos. Leo siente que lo aprisiono y poco después advierto cómo su líquido me llena, calmando mi ansiedad. Caemos hacia atrás, él contra el suelo, yo sobre él.

Los temblores nos derrotan. Él me sujeta por el vientre, me clava los dedos. Me esfuerzo por no suplicarle que se detenga. Que deje de demostrarme cuánto me desea, y menos en esa zona tan significativa.

No sé qué debo hacer o decir ahora.

Me ha superado.

Los minutos transcurren cuando por fin Leo se incorpora, ayudándome a mí a hacerlo. Levantarme no me resulta nada fácil; la vergüenza me abrumba cuando me da mi ropa, presumo que me está echando. Me muerdo las uñas mientras analizo lo sucedido desde su confesión. En menos de una semana he estado con los dos hombres que se mezclaron en un momento de mi vida. Y casi cometo el error de involucrar a un tercero, mi jefe.

Lo observo de reojo. Se sirve una copa, tiene ya cinco vacías a su lado, y se sienta en el sofá, sin ocultar su desnudez, con un cigarrillo en la mano. Sé que es momento de que me marche. Él no quiere nada más de mí, ni yo espero nada de él.

Lo nuestro está destrozado por completo. Ha quedado en esto: sexo silencioso con palabras calladas. Esclavizados por la piel.

—No tardes en volver —lo oigo decir cuando estoy marchándome.

Arrepentida de haber caído tan bajo, me echo a llorar.

Al amanecer, entro en la ducha como una zombi y media hora no es suficiente para que vuelva a estar decente. Intento evadirme de la realidad paralela que creé anoche impulsada por la bebida, porque ese es el motivo de que yo terminara en el lugar equivocado, olvidando nuestro pasado. Me pongo crema hidratante en la cara y corrector. Me duele un montón la cabeza. Con mi pijama de seda, salgo hacia el salón, que está muy tranquilo. ¿Dónde están estos dos?

Un momento. Mi abuela me ha dejado una nota sobre la mesa.

Cielo, no te asustes, ¿vale? Estoy en el hospital con tu padre. El muy cabrito se puso a beber y está algo tocado. No hace falta que vengas, no te preocupes. Posiblemente estemos de vuelta hoy mismo.

Miro la nota y aborrezco a mi padre. ¿No se da cuenta de que él y sus estupideces fueron los que me arrojaron toda la mierda que llevo encima? Y no, no pienso ir, que vea lo enfadada que estoy.

Yo entiendo que no es una situación fácil que tu mujer se largue sin más, pero también a mí me han dejado y, sinceramente, pienso que no fue tan malo.

Cuando estaba en casa, las peleas eran constantes. En cuanto ella se fue me libré de eso, aunque me duele que no esté. No obstante, tampoco la tuve cuando estaba con nosotros.

Deambulo por el piso y me detengo ante la nevera, curioso un poco. Con este pesar el menú de hoy no puede ser muy generoso. Me conformaré con un poco de pescado con arroz hervido.

Otra vez el teléfono; pues tendrán que esperar a que ponga mi almuerzo en marcha. Porque tela, ya son las tres y veinte de la tarde. Tan pronto como lo dejo todo listo en la cocina, respondo al teléfono, que suena de nuevo.

Esta vez reconozco el número, aunque no esté anotado en mi agenda.

—Abel —contesto con el manos libres, cogiéndome una cola—. Mira, de verdad, disculpa mi actitud. Voy a ser sincera: no quiero volver a tenerte en mi vida. No me llames, no busques información sobre mí porque no quiero saber de ti.

—Pero ¿te estás oyendo? Viniste a casa... y luego me hiciste una promesa.

Remuevo el arroz y pongo a calentar la sartén para hacer el pescado a la plancha. No quiero ser brusca y me temo que agotaré las opciones si él se pone en este plan, en el cual lo desconozco. Antes nunca se rebajaba.

—Abel... no sentí nada. Arrepentimiento más tarde, por haber querido demostrarme a mí misma algo inevitable. Te utilicé, lo siento.

—Eres cruel.

—Me habéis hecho ser así —replico.

—Te invito mañana a cenar —insiste con urgencia—. Eva, por favor. ¿No crees que merezco más explicaciones, después de haberme abierto ante ti como nunca lo hice estando a tu lado?

Creo que tiene razón. Sí, por una vez es coherente.

—Mejor el jueves. —Suspiro—. Te advierto que será una despedida, Abel.

—Hemos estado juntos... Te he tenido y te he perdido en el mismo día.

—¿Se me fue la cabeza! —insisto airada—. Nunca debió suceder.

—Te espero en casa a las nueve.

—Las diez —lo corrijo, lavándome las manos—. Tengo gimnasio.

—Gimnasio... No sabía que fueras. Pero de acuerdo, hasta el jueves.

«Hay tantas cosas que no sabes...».

Aprovecho mi soledad para ponerme hasta arriba de lo que me he preparado. Tengo hambre, mucha. Parece que me haya pasado un camión por encima, me duelen todos los huesos, los músculos y hasta la boca. Me atraganto con la comida, porque el tórrido y violento beso que me dio me viene a la mente.

Su pasión, su entrega, su silencio...

Bebo un poco de agua y me levanto de la mesa, ahora sin apetito. Son pasadas las cuatro de la tarde de un domingo solitario; lo que me apetece es ver una película, bien tapada en el sofá. O leer algo nuevo, que hace meses que no toco un libro. Anoche cogí el de Pamela en Prohibido.

Voy a la habitación, me llevo el libro al salón y me tiro en el sofá.

A ver qué nos cuenta esta trilogía.

—Eva. —Me zarandean—. Eva.

¿Pamela? Oh, qué pereza, joder. Sonriendo, me quita el libro de las manos. Me he leído más de la mitad. ¡Menuda pareja! ¿Y las gafas? Joder, las estoy aplastando con el culo. Me pongo de lado, sin decir nada. Espero que ella sea quien hable, ya que se ha colado en mi casa, como tantas veces, sin permiso.

—Me tenías preocupada —me dice—. No me cogías el teléfono.

—Estaba sola en casa —me excuso—. Ya sabes.

—Me temo que no.

Me quita los pies del sofá y ella ocupa ese espacio. Sin ánimo, me siento como me está obligando a hacer y encojo las rodillas contra el pecho.

—Sarah —dice entonces.

Me altero al relacionarla con Leo. ¿Habrá sido una de las «otras»? Cojo un cigarrillo, de pronto enferma. Pamela continúa:

—Dice que anoche intentó quedar con Leo y que lo estuvo llamando hasta la madrugada, pero no le cogía el teléfono. No sé por qué ambas hemos pensado en ti.

Doy una calada, esquiva.

—Me lo prometiste, Eva. Que me lo contarías todo. —Miro a cualquier lado menos a mi amiga, ahogándome con el humo—. Mira cómo estás. Tiene que ver con él, ¿verdad?

—Estuvimos juntos —reconozco. Me aprieto las sienes—. Bebí y fui a buscarlo tras recibir un vídeo que me mandó, en el cual manteníamos sexo. No preguntes —le pido al ver su cara de horror—. Por favor, Pam, no me eches un sermón. Sé que es una mierda, que estoy metiendo la pata hasta el

fondo cuando me prometí empezar una nueva vida. ¿Y qué he hecho?

»Retroceder a las dos anteriores. Me siento como si le hubiera sido infiel y no es justo. Estoy mal porque sé que no es bueno para mí, quiero evitarlo. Pero ¿por qué razón no puedo dejar de pensar en Leo?

»He asumido ya que los dos son una misma persona, ¡que es el hombre que llegué a querer en la oscuridad! Sin verlo, sin saber mucho de él... Pero se acabó, no quiero que mi vida gire en torno a esa relación.

—¡Yo me cago en su puta madre!

—¡Pam! —Le doy un empujón. Ella se echa a reír—. ¿Qué voy a hacer? En estos días me han besado tres hombres diferentes.

—¿Tres? Pero ¿de qué vas?

—No lo sé... —Apago el cigarrillo y, como la idiota en la que me he transformado, me echo a llorar—. Me estoy convirtiendo en alguien que no soy para olvidar y borrarlo de mi vida. Para dejar atrás el pasado y recuperar mi presente.

—Te diré una cosa que me va a costar mucho decirte, pero ¿y si... empezáis de cero?

«Como nuestra canción...».

—Quiero decir: como si fuera la primera vez que os conocéis, dejando atrás algo que tanto daño os hizo y que ya no se puede borrar. —Me coge las manos—. Lo quieres, Eva. Y él también a ti...

—Es sólo sexo. Para él ya no valgo nada y yo busco el modo de ser mujer, algo que sólo me da Leo. ¡Y me destroza! —grito, moqueando—. Eso ya no puede ser. Con él me siento completa en la intimidad y luego una porquería. No es para mí, Pam.

—Piénsalo y deja de beber. Él también se emborrachó ayer y no me gusta lo que estáis haciendo —me dice—. Ya basta, Eva, te quiero ver feliz.

Y yo... Le pellizco las mejillas.

—Eres la caña, rubia.

—Ya... Anda, llora, si lo estás deseando.

Me dejo llevar. Apoyada contra sus piernas me desahogo, mientras ella trata de tranquilizarme contándome cómo le va en el trabajo. Está muy contenta, orgullosa de poder dedicarse al diseño por fin.

Me habla también de su relación con Eloy, que quizá no atraviesa el

mejor momento, y eso no es bueno, dado el poco tiempo que queda para su boda. Nos tiramos hasta las once de la noche, recordando los viejos tiempos, intentando poner orden en los nuevos. Sus consejos me dan qué pensar.

Una vez se va, no sé qué hacer. Lloro de nuevo desconsoladamente por los temores que me invaden. Por lo que siento. Estoy decepcionada conmigo misma. Cuando me fui de casa de Leo quería cerrar mi pasado, pero no lo consigo.

Saber la verdad me está ayudando a cicatrizar las heridas, no me voy a engañar, aunque la haya cagado con mis acciones. Decido vestirme, sin saber qué rumbo coger. Tengo claro cuál no cogeré: el que va a la casa de Leo; esta está prohibida para mí.

—Tiempo —me digo.

Estoy preocupada por mi padre, pero cuando lo veo llegar con mi abuela, se me pasa la preocupación. Está riendo, como si la cosa no fuera con él.

—Me tienes harta —digo, y salgo de casa sin dar explicaciones.

—¿Adónde vas, nena?

—A dar una vuelta, abuela.

Y sin saber cómo, mi vuelta se reduce a unos chupitos en el bar de la esquina. Y una vez ya estoy tontita, me vuelvo a la planta número tres. Concretamente a la segunda puerta. Mis piernas me llevan solas y yo, irracional, lo termino aceptando. Son las doce y cuarto de la noche, mañana los dos tenemos que trabajar... ¿Estará despierto? Hoy, en vez de dar unos golpecitos en la puerta, llamo al timbre.

Nerviosa, camino de un lado a otro. ¿Por qué no me abre? ¿No está?

Entonces oigo un ruido y sé que va a abrir. Esta vez sólo asoma la cabeza, es evidente que no espera a nadie. Ni siquiera a mí. Tiene el pelo revuelto, los ojos hinchados, presumo que estaba durmiendo. La barba lo hace verse más demacrado, blanco e incluso más delgado. Aunque en realidad no lo veo con mucha nitidez, debido a cómo vengo. Hoy su mirada no se desliza por mi cuerpo, por tanto, no sé si me aceptará.

—Yo...

No puedo decir nada más. Leo no me da tiempo. Tira de mi chaqueta y me arrastra hacia dentro. Me tambaleo, con la boca seca. Me desnuda como un depredador, lanzando la ropa por los aires.

Él va vestido, con camisa de manga corta ceñida, que acentúa la musculatura de sus brazos, un pantalón de chándal. Descalzo... Acaricio su barba y, de un tirón, me aprieto contra él.

Lo sujeto por el pelo, me pego a su boca sin apenas respirar y con el deseo recorriéndome las venas. Esto es demasiado. ¿Tampoco hoy me dirá nada?

Su gruñido resuena en la profundidad de mi garganta antes de que yo me aleje. Me agacho un poco y me quito los zapatos de tacón, seguidamente las medias y, antes de que él pueda volver a reclamar mi boca, le toco los párpados, le pido con los dedos que cierre los ojos. Por un instante parece dudar, hasta que se deja llevar y, sin ver nada, vuelve a reclamar que lo bese.

No voy por su boca, me hincó de rodillas en el suelo y le deshago el nudo del pantalón, que luego le bajo.

Leo gruñe. Me tira del pelo. No me dice en voz alta lo que siente.

Su respiración se acelera y sus manos se mueven con urgencia, alborotando mi cabello. Y no sé por qué, quizá porque la bebida me incita a hacer estupideces, vengo dispuesta a complacerlo, a no cuestionarme nada... Él no me ve. Estamos como antaño. Cierro los ojos y me imagino que estamos allí, sin luz. Cuerpo a cuerpo, dispuestos a dejarnos la piel en saciarnos.

De pronto me coge de la camisa y, en volandas, me levanta hasta su altura. Estoy desnuda de cintura para abajo. Abro los ojos, necesito ver qué sucede...

Leo coge su miembro y apunta a mi sexo, explotando contra él. Me quedo con la boca abierta ante la morbosa situación. Ya no tengo el control. Sigo sorprendida y ardiendo, con su fluido resbalando entre mis muslos...

—A-Ah —se me escapa, rota por el placer que acabo de sentir. Llego al orgasmo sin haberme tocado. No me lo creo. Estoy tiritando como una pequeña y abandonada hoja en otoño.

¿Y ahora?

Todavía no he recobrado la compostura cuando me estrecha contra él. Nuestras frentes quedan pegadas, húmedas de su sudor. Sus labios me buscan y nos besamos enloquecidos, mientras se deja caer hasta sentarse en el suelo y me coloca a horcajadas sobre él.

Entra en mí... Me sobrepasa...

Me ahogo contra su boca, evitando gemir su nombre.

Sus dedos se clavan en mi espalda, y resigue con uno la cicatriz que él me hizo. Ambos gruñimos. Yo me aferro a su tatuaje, a su bestia, esa que hoy ha liberado y con la que yo estoy muriéndome... cayendo en un abismo.

Pringosos, mojados, nos fundimos piel con piel. Las penetraciones no cesan, el ritmo de sus caricias aumenta. Es fuerte, intenso, desgarrador. Su boca me consume, me reclama...

Y yo, sollozando, le regalo el tercer orgasmo desde anoche. Leo se une a mí, se descontrola mientras estalla contra mis paredes vaginales, y un remolino de sensaciones y sentimientos me supera.

Me hallo a un paso de pronunciar la frase «empecemos de cero», pero él no me da opción.

Lo veo de frente. Me mira con una ternura que me devasta. Lo veo doble. Pero sé que es él. Sus ojos oscuros, su cabello, su cicatriz menos visible debido a la barba. Me veo en su reflejo y el corazón me da un vuelco.

—No vuelvas más, Eva —susurra y me besa—. Se acabó.

Trago saliva a duras penas.

Quiero decirle tantas cosas, justo ahora que él ya no quiere saberlas... Quizá no sea el momento, me digo. Me he equivocado. Está tan mal como yo. Sé que me necesita. Y ahora siento que no quiero irme, que esto es lo que he estado anhelando desde que todo acabó aquella maldita noche.

A su lado, mi dolor ha menguado hasta el punto de sentir que se curan mis profundas heridas. Pienso que es de otra y me quiero morir.

¿Por qué? ¡Tenía que salir adelante sin Leo!

Me deposita en el suelo y, como anoche, me cuesta sostenerme en pie debido a las malditas copas que llevo encima. Me entrega mi ropa y los zapatos.

Me echa y yo, avergonzada de mi repulsiva actitud, me voy.

Su frialdad...

Ni siquiera me atrevo a mirar cómo se va. Tengo tantos sentimientos y sensaciones asaltándome... Tanto miedo a que lo nuestro se convierta en esto. En una ida y vuelta silenciosa en la cual ambos nos dejamos la piel, callando las palabras. Me hace daño su actitud, su frialdad al acudir sólo por sexo. Que no me dé ningún tipo de explicación de por qué ha venido, cuando yo le dejé claro que pese a todo la necesitaba.

Quiero que se olvide de mí, olvidarme de ella. Por eso le he pedido que se vaya, que no vuelva. ¿Seré capaz de mantenerme firme? ¿De qué me sirve aferrarme a una mujer que ya no existe? Que me busca por sexo... Sin querer, me doy cuenta de que la estoy volviendo a juzgar.

Y no, no tengo derecho. ¿Con cuántas he estado yo estos días?

Pero no con Viviana, que sería la que realmente removería algún tipo de sentimiento en Eva, como me sucede a mí con... Aprieto los dientes y luego doy una calada, presa de los celos y la decepción.

Pensar que estuvieron juntos me resulta insoportable.

Cierro los ojos e inspiro tan fuerte que mis sentidos se inundan de ella. De ese olor que ha dejado aquí. Del corporal, del sexual. Con el que mi ser la identifica, incluso aunque no la tenga cerca.

De esa entrega carnal que me deja hecho trizas.

No sé a quién llamar para desahogarme. A Alba le cuento historias inventadas sobre mi relación con Eva, ni a ella ni a mis padres he querido explicarles la situación actual. La verdadera: que no estamos juntos. Parecen ilusionados, aunque intuyen que algo no va bien. Mi madre es la que está más alerta. Desde que me separé de Viviana la primera vez, temen que vuelva a pasar.

Sarah me sigue molestando después de que ayer, en un momento de debilidad, me la tirase... Suena a frialdad, sí, porque eso es lo que fue.

—Vaya... te dignas venir a verme —dijo cuando fui a su casa.

—No me gusta hacer esperar demasiado a la mujeres —bromeé yo.

—Conmigo has fallado.

La rodeé por la cintura. Ella se mordió el labio sensualmente.

—¿Por qué eres tan insistente, Sarah?

—Sabes que estoy loca por ti.

Sonreí ante su franqueza. Repasando la curva de su espalda.

—Pues bájate las braguitas. Se acabó la espera para ti.

No puedo decir que no lo disfrutase, porque mentiría. Sarah supo cómo despertar mi curiosidad, cómo crear tensión sexual entre nosotros. Una tensión que desapareció en cuanto me corrí, la vi y me di cuenta de que no era la misma mujer con la que, dos segundos antes, yo estaba fantaseando con los ojos cerrados.

Era Sarah... no Eva Castillo. Mi condena.

Abro los ojos, alertado por el olor a humo que se está colando en mis fosas nasales. ¡Mierda! Doy un salto. Una pequeña llama centellea a mi izquierda, concretamente en mi pantalón. El que me he quitado para follar con Eva hasta quedar inconsciente.

Mi mente está en blanco hasta que reacciono. ¡El cigarrillo!

Me tambaleo al levantarme, en el momento justo en que la llama arde con más fuerza y, de un modo u otro, eso me aclara las ideas, aunque el fuego me nuble la visión por su intensidad y rapidez al aumentar.

Si salgo vivo de aquí sólo tengo claro que no puedo seguir así con Eva.
Porque la quiero demasiado como para echarla para siempre de mi vida.

Por favor

Las sábanas se me pegan y no me extraña. Me dieron las cinco de la mañana sin pegar ojo, tras la aventura. La aventura que me está costando tan cara y me está pasando factura. No tengo mejor cara que ayer. Salgo de la habitación corriendo mientras me pongo los zapatos. Lo que me falta.

Mi padre es mi primera visión, mi pobre abuela se mete en medio.

—No, no voy a hablar porque no tengo tiempo —les aclaro, metiendo las llaves, el tabaco y el móvil en el bolso—. He de trabajar y no volveré hasta la noche, tarde. Tengo gimnasio y después cena con una amiga —miento. Y le advierto a mi padre—: La inmobiliaria es tuya por la tarde, no lo olvides. No me voy a matar a trabajar para que tú te lo gastes en borracheras.

—¡Olé tú! —suelta mi abuela.

¡Me la como! No tiene remedio. Le doy un beso y me pongo la chaqueta. ¡Por Dios!, las nueve menos dos minutos. El ascensor no existe para mí esta mañana. Me meto en el garaje y trato de poner el coche en marcha. ¡No me jodas! No arranca. Odio los lunes, y este no empieza de la mejor manera. Nada, tendré que coger un taxi.

¡Estoy hecha una mierda! Quiero llorar como una puñetera niña. Porque me he dado cuenta de que lo busco escudándome en el alcohol, para no admitir ante mí misma que lo necesito más que al aire que respiro. Porque, de

pronto, es como si no pudiera volver a renunciar a él tras haberlo aceptado dentro de mí.

Me puse a prueba y entre los dos no existieron barreras, fuimos la Eva y el Torres que se refugiaban en la oscuridad. Sentí lo que es ser una mujer completa, entregándome de verdad.

No era sólo sexo, no soy tan frívola como para pasar de un extremo al otro con total naturalidad si no hubiera un motivo, y existe uno grandioso y desgarrador: que lo quiero más de lo que jamás pude imaginar. Estoy fatal porque bebo como entonces, y no quiero hacerlo.

El resto de la mañana me va de pena, no por falta de trabajo, sino por todo lo contrario. Llevo varios casos de alquileres, preparo hasta tres contratos y enseño dos pisos.

He caído con Leo y me da miedo sufrir. Pensamientos que provocan que tenga un dolor de cabeza enorme. ¿Cómo se toma él que nos hayamos vuelto a acostar tras todo lo ocurrido? ¿Se puede normalizar una situación de la noche a la mañana, por mucho que echas de menos a una persona, a pesar de la tremenda brecha que nos separa?

No lo sé y me desespera no tener la respuesta. Odio que nos hayamos convertido en un polvo necesitado, donde nos pille y como venga.

—¿Hola? —Pam asoma la cabeza. Le sonrío disimulando—. Hoy voy a mil y mañana no estaré por aquí, así que hasta el miércoles no te veré —me dice, acercándose y dándome un beso en la frente. Luego se sienta encima del escritorio—. ¿Y esta carita? ¿Estás bien? ¿Otra vez Leo? Porque ha venido a trabajar y luego se ha ido.

—Anoche volví a estar con él —reconozco en voz baja y me miro las manos—. Estoy yendo contra mí misma y no puedo más, rubia.

—Pues deja de luchar.

—Nos hemos hecho mucho daño.

—Y seguís follando. —Casi me atraganto con la saliva misma—. No me mires así. Necesitáis poner cualquier excusa para no reconocer que queréis estar juntos, por culpa del pasado, ¡pasado, Eva!

Lo sé, estos días apenas he recordado que la primera cicatriz me la hizo él, comportándose como un salvaje inducido por los celos. Casi se me ha olvidado que me dejó tirada y... Sé que cuando nos reencontramos estaba

totalmente arrepentido, que mi tristeza era la suya. Que cuando me toca crea maneras de sanar las heridas, las visibles y las ocultas.

—Ay, Pam. —Dejo caer la cabeza en las rodillas de mi amiga—. ¿Qué voy a hacer? Me siento tan perdida...

—Déjate guiar por el corazón, Eva. No calcules más tu vida, sé la de antes, por favor. Los que te queremos lo necesitamos. A esa Eva dulce y humana.

—Voy a intentarlo, lo prometo.

Una vez he acabado con todos mis lamentos y todas mis ocupaciones, según está anotado en mi agenda, durante todo el día y hasta las tantas de la noche, me vuelvo a casa en taxi. Delante de la portería hay una moto aparcada y sobre ella su conductor.

Se lo ve totalmente abatido. Tiene la barba más larga, ojeras y su bronceado brilla por su ausencia. ¿Qué le está pasando a Leo? Otra vez me atrapa la angustia, la ansiedad, que provoca el caos de mi cabeza, y no sólo de esta, sino también de mi débil corazón.

Él me ve, me mira y me pide con el dedo que me acerque.

¿Para qué? Anoche me dejó claro que quería acabar con esto. Hoy las excusas no existen, estoy sobria y si lo obedezco... Dos segundos más tarde estoy a su lado, tropiezo con sus piernas y termino cayendo contra su cuerpo. Me tensó y trago saliva. Entonces, me levanta el mentón y me sonrío como no lo ha hecho desde que se descubrió ante mí. Gimo.

—Estás preciosa, Eva. —Su semblante refleja tranquilidad.

Creo que me voy a morir.

—No me digas eso, Leo.

—Lo hago porque me da la gana.

—Leo...

—Estás preciosa, te lo repito.

Me separo un poco o perderé el hilo de mis pensamientos.

—Cuando hablaba de otro hombre... no era de Abel. —Me sale de dentro—. Era a Torres a quien yo recordaba y quien estaba allí. Abel pasó a no ser nada. —Señalo su corazón—. Por ti.

Lanza el casco al suelo y la bufanda. Se le hincha la vena del cuello, me empuja hacia él y me monta en la moto, de manera que quedo con las piernas

abiertas y él en medio. Me coge la coleta y la enrolla en su mano, obligándome a rozar su boca. No hay tregua... aunque anoche me la pidió.

—Pero volviste a caer con Abel, Eva —me reprocha con dolor—. Quiero que dejes de hacerme daño. ¿Lo entiendes?! —Trago saliva—. ¿Por qué me dices esto ahora?!

—Porque es la verdad. No quiero que te sientas engañado. Y me temo que durante mucho tiempo los dos nos hemos sentido así. Quizá echándonos la culpa de malentendidos o de situaciones que no pudimos controlar.

Me lame la boca, lo que me hace saber que ha bebido, y mucho, quizá por eso esté rompiendo su promesa. Nos miramos. Me aferro a su pelo y cierro los ojos, lo anhele en la oscuridad, inspiro su perfume, su inconfundible olor. Vuelvo a abrirlos y me parece que es la primera vez que los abro de verdad.

Es él, ¡él! Mi Torres. Mi Leo.

Noto que unos picores me asaltan todo el cuerpo, un fugaz cosquilleo que me desarma por completo. Con un sollozo, me arrimo sin dejar ni un milímetro entre nuestros cuerpos y asimilo sin prejuicios, abandonando ese maldito pasado en común, que estoy perdidamente enamorada de Leonardo Ferrer Torres.

No estoy bebida. No hay excusas. Soy yo completamente en mis cabales.

Tanto que me siento viva. Que soy feliz cuando lo tengo cerca, aun habiéndome querido imponer un sentimiento contrario por rencor, por una pérdida que él no supo ni pudo evitar. Fue el destino. El mismo que hoy me hace ver esto, justo ahora que lo tengo como tanto he anhelado.

Se me empañan los ojos al reconocerlo, al sentirlo.

—Quiero que hablemos —imploro contra su boca—. Tenemos que hablar.

—Lo sé... —gruñe—. Ven mañana a casa a cenar, por favor. A las nueve.

Se deja caer contra mi frente, la suya está sudorosa, y me mira a los ojos. El aliento le huele tanto a alcohol que me asusta. Le acaricio la cicatriz.

Leo gruñe de forma ambigua y yo escondo una sonrisa. Todas esas imágenes del pasado, las buenas, las que me hicieron ser feliz, pasan por mi mente como diapositivas. Recuerdo las sensaciones, los olores, nuestras charlas. La forma en que avanzamos incluso siendo dos ciegos. Cierro los ojos y rozo sus perfectos labios. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Lo amo como jamás podré amar a nadie; no tiene que ver con lo que sentía por Abel, esto es algo más bonito y sincero. Leo es los dos hombres que necesito en un mismo cuerpo, en una misma piel, y ya soy incapaz de ocultar mis sentimientos. No quiero hacerlo.

—¿Estás bien? —pregunta y yo asiento, creo.

Estoy en *shock*.

—Lo siento —se lamenta y deja de besarme—, se me ha ido de las manos. Entre nosotros no puede volver a pasar lo de estas últimas noches.

—¿Por qué?

—A pesar de todo, sigues valiendo mucho para mí.

Se aparta tan rápido que me deja desconcertada. Sin mirarme, arranca la moto y se va susurrando:

—Adiós.

Siento rabia y me echo a llorar.

Al día siguiente no sé cómo sobrevivo. Estoy y no estoy. Casi me atropella un coche, casi me caigo al no ver un escalón y cuando he ido a recoger el coche al taller, al salir, se me ha pinchado una rueda por subirme a un bordillo despistada. Tengo la cabeza en la cena, en la cita. Recibo dos mensajes de Abel a los que ni contesto. Que si estoy bien, pregunta. Es gilipollas.

Ahora, más relajada o eso intento creer, me repaso en el espejo. Llevo un vestido corto, rojo, con medias tupidas con el famoso encaje de liga. Los labios del rojo que ambos adoramos. Las uñas bien arregladas y el maquillaje más bien sobrio.

—Nena, voy a... —Mi abuela se interrumpe al verme—. ¿Vas a salir?

—He quedado con un amigo.

—Ya. —Chasquea la lengua—. Ahora se los llama así.

Le sonrío y pongo los ojos en blanco, como ella, imitándola.

—A lo que iba —prosigue—: necesito bajar un momento y me da miedo luego subir sola en el ascensor a esta hora. Acompáñame, anda.

—¿Bajar, para qué?

—Tu padre acaba de salir de la inmobiliaria y me va a acercar la compra.

—¿Y adónde va él? —pregunto a la defensiva, mientras me pongo la chaqueta—. No le pases ni una.

—Que no. Ha quedado con una mujer para enseñarle un piso.

—¿A estas horas? —Son las nueve menos cinco—. No me lo creo.

—Tira ya y déjame a mí. La mujer no podía hasta ahora. ¡¿Vamos?!

Le sale la gruñona que lleva dentro, y no me extraña. Lidar con nosotros no ha de ser fácil. Papá y yo sólo hablamos tirándonos pullas y ella está en medio. Pero no sé actuar de otra manera con él, aunque me estoy replanteando cómo hacerlo.

Acompaño a mi abuela al ascensor, donde hablamos de lo que hará de comer mañana. Mientras la estoy esperando dentro, para volver a subir con ella, la oigo decir a pocos centímetros, en el vestíbulo.

—¿Eres de aquí? Qué muchacho más mono.

No se la puede dejar sola. ¿Con quién...?

Leo le lleva las bolsas en la mano, por lo que deduzco que acaba de entrar en el portal. Se sorprende al encontrarse conmigo.

Yo creo... creo que me pongo un poco colorada.

Vaya, está guapísimo y muy elegante. Ha dejado a un lado su estilo informal y va con traje oscuro y camisa blanca, y tampoco le falta la corbata. Se ha recortado la barba y lleva el pelo engominado.

Quita el hipo, el sentido y corta la respiración. Lo pillo devorándome con la mirada. Tiemblo. Mi abuela me lo señala con el mentón.

—¿Has visto, nena? Qué vecinos tan guapos tenemos.

—Abu... —la regaño.

Leo me mira inquisitivo y yo asiento en silencio.

«Sí, esta es mi abuela».

—Ha sido un placer, señoritas —dice él cuando llegamos a su planta—. Espero veros pronto, a las dos.

—Mi nieta vive un piso más arriba.

Le doy un codazo, escondiendo una sonrisa mientras se cierran las puertas del ascensor. La miro de reojo. ¿De qué va? A estas alturas, por Dios.

—Te pone fina, nena.

—¡Abuela! —Me horrorizo. Viuda como es y más salida que el pico de una mesa—. Venga, tira para casa. Nos vemos más tarde.

Me guiña un ojo y se burla:

—O mañana...

La ignoro, con ella no se puede. Me centro; una, una sola planta me separa de saber cuál es mi futuro. Cuando llego, estoy temblorosa, como en una primera cita. Llamo a la puerta, suave, despacito. Leo enseguida abre. Y al verlo me quedo aún más tocada: me está sonriendo y con la mano me invita a pasar.

Huele increíble.

—Cuidado —susurra, quitándome la chaqueta. Ya estamos con los escalofríos. Esos que irrumpen en mi cuerpo para quedarse—. He encargado comida china, tengo vino y...

—Gracias, Leo. Es perfecto. —No lo dejo terminar.

En pleno centro del salón hay una preciosa mesa decorada con velas y la cena ya servida. ¿Para qué habrá bajado? Veo que desenvuelve un paquete de tabaco y supongo que ese era el motivo.

—Siéntate, Eva —me pide.

Finalmente, deja el tabaco sobre un mueble y se acomoda a mi lado. Él en un extremo de la mesa y yo a su derecha. Juego con la servilleta y me muerdo el labio. No sé cómo empezar ni qué decir. Leo empuja el plato hacia mí.

Yo acepto el pollo con almendras y la ensalada china, valorando cómo encajar todo esto. Hay una gran variedad de comida, aunque sé que sobrará la mitad. O no. No tengo mucho apetito, pero recuerdo que a él los nervios le dan por comer. Se me escapa una sonrisa.

—Leo, yo...

—Eva, no sigamos así.

Mis músculos se relajan. Sí, es justo lo que quiero. Así no soy feliz.

—Yo...

—Tú vas a formar siempre parte de mi vida y no quiero estar así contigo, fingiendo indiferencia o mirándote como si no existieras tras haber compartido una noche intensa —susurra, mirándome a los ojos y pasándose una mano por el pelo con gesto cansado—. He cometido muchos errores, Eva. Perdón por no saber hacer las cosas en condiciones, por destrozar algo tan bonito como lo que teníamos. Perdón por no haber sido sincero cuando volví. Y perdóname por haberte juzgado. Te fuiste con él... y yo me he tirado

a otras. No hay soluciones, lo sé.

«No me lo recuerdes, por favor. Que me duele».

—Yo... —insisto.

—Lo sé. Ya no puede ser —dice.

Levanta una mano como borrándolo todo. Pero yo lo acepto temerosa, incapaz de negar que deseo enterrar el hacha de guerra, el rencor. Como dice él, después de lo que ha sucedido entre nosotros, ¿nos liamos y ya está? No, lo nuestro nunca ha funcionado tan fríamente.

—Eva, he pensado mucho y necesitaba hablar contigo. No sabía cómo te tomarías esto. Nos estamos haciendo daño y es lo que menos quiero — prosigue decaído, jugando con mis dedos. Bajo la mirada—. Dame una tregua... Tengamos una relación cordial. Te prometo que encontraré al hijo de puta que nos hizo esto. Pero tengo que cerrar este capítulo.

Asiento cabizbaja. Entrelaza nuestros dedos y yo los observo, llena de anhelo.

—Anoche, cuando te fuiste casi quemó la casa por estar bebido. No quiero verme así porque lo nuestro no funcione. Tengo que aceptarlo. Entiendo tu dolor, pero te pido que te quedes con lo bueno que te di.

Me aferro a sus dedos y resigo con la otra mano la cicatriz de su mejilla. Cómo me hubiera gustado saber antes que tenía este problema y nos habríamos evitado tantos errores...

—Estoy en ello, me ha venido bien tenerte lejos —confieso, esforzándome por sonreír—. Quizá yo, por miedo a perderte, tampoco te hubiera dicho mi identidad —suelto sin pensar, topándome con la verdad. Y en un momento de bajón, añado—: Lo siento mucho, Leo. No ha sido fácil para mí. Mi vida está patas arriba. Choques emocionales, confusión... Yo no quería...

—Chis. —Se levanta y me obliga a incorporarme.

Me aprieta contra su pecho de un brusco empujón y yo suspiro hondo, recuperando la respiración tras quedarme sin aliento. Con él me siento bien.

—Te quiero, Eva. Pero tú no olvidas el pasado ni yo lo de la otra noche. No, tratándose de él. Ese hombre ya me jodió la vida una vez. No os voy a consentir a ninguno que sean dos, pero tampoco quiero vivir reprochándotelo.

—Lo sé —me lamento—, lo sé.

Esta cena no es lo que esperaba. Él está acabando definitivamente lo nuestro. Es coherente, sensato. El hombre que yo conocí. Huelo su colonia. Tan suya. Me recoge el pelo y yo me estremezco.

—Venga, cenemos —murmura, ofreciéndome de nuevo el asiento.

Me cuesta apartarme de él. Termino dejándome caer en la silla.

—Quiero que seas feliz —añade—. Quiero que seas tú, la Eva que se reía con tonterías, la que aprendió a soñar.

La melancolía me arrastra. Sirve vino en las copas y levanta la suya. Yo choco la mía, pidiendo como deseo que lleguemos a un entendimiento. Que intentemos convertir lo nuestro en la relación que no llegó a ser.

—Nadie me había abrazado como tú, ni mimado. Ni cuidado —reconozco, tras dejar la copa en la mesa.

Leo se humedece los labios, apoya los codos en la mesa y el mentón en sus manos entrelazadas.

—Contigo encontré justo lo que necesitaba —concluyo.

—Los dos lo encontramos, Eva, y no sabes cómo me alegro de poder hablarlo contigo civilizadamente. —Mastico despacio, es difícil comer con su mirada tan pendiente de mis acciones—. Cuando regresé, me propuse ser el Leo que era antes de mi agresión y hoy he vuelto a decidir que quiero recuperarlo.

—Me gusta. —Río—. Me gusta lo descarado que eres.

—Lo he intuido, sí.

Suelta una carcajada que yo recibo embobada.

—Voy a poner algo de música —dice, activando el aparato con el mando a distancia—. Eva, sólo quiero saber una cosa. —Hace una pausa y frunce el cejo, no confuso, sino pensativo—. ¿Estás con él?

Adivino que su boca se ha vuelto agria, como su rostro.

—No. Se me fue la pinza, Leo. Me odio por haber metido la pata hasta el fondo. —Recuerdo su frase sobre mi arrepentimiento y prosigo—: Fue por despecho. Después de aquello me di asco... Lo siento tanto.

—Está bien. —Se rasca la barba.

No, no lo está.

—¿Y tú, Leo? —pregunto simplemente.

Enseguida sabe por dónde voy.

—No querrás saber la respuesta —contesta—. Come, por favor.

Imagino sus manos sobre una mujer que no soy yo y las arcadas se adueñan de todo mi ser. Intuyo que él se siente de la misma manera. La impotencia me domina, y noto que estoy cayendo en un abismo del que no hay salida, no sin Leo. Me está dejando. ¿Por qué no hablé con él cuando descubrí su identidad? Irme a buscar a Abel fue nuestra destrucción.

Doy un bote por la canción que salta sin yo esperarlo. La reconozco, es de David Bisbal. En silencio, escucho la letra. Imagino que Leo me dice cosas parecidas, como que le gusta quererme, aunque es amargo no verme... Hoy me tiene aquí, en su piel, y mañana no estoy. Porque vamos y venimos, así es nuestro amor.

Me termino la cena, tengo el estómago revuelto por las mierdas que inventa mi cabeza tras su confesión. Él me sigue, se levanta y me hace un hueco a su lado en el sofá. En silencio, me ofrece un cigarrillo, que yo necesito como agua de mayo. La letra de la canción es tan significativa...

¿Esto es lo nuestro? ¿Así se siente él? ¿Y cómo me siento yo? No tiene ni idea del precio que he pagado por entregarme sin condiciones. Agobiada, dejo caer la cabeza hacia atrás, una vez nos hemos fumados nuestros respectivos pitillos.

Leo se incorpora y se inclina hacia mí. Todo mi ser tiembla cuando insiste en acercarse demasiado. Sus ojos son transparentes, preciosos, con un brillo diferente al de antes. Quisiera verme reflejada eternamente en ellos como ahora. Nerviosa, se me escapa un gemido al ver que con el pulgar repasa mis labios, llevándose levemente el rojo en la yema.

Las manos me sudan, estoy agonizando por este beso.

—Estás preciosa —susurra suspirando—. No permitas que nadie vuelva a hacerte daño, Eva. Porque se las verá conmigo.

—¿Por qué, Leo?

—Porque esto no sólo te ha destrozado a ti, yo me he quedado muy mal al saber qué pasó. Qué perdimos. También estoy hecho polvo, Eva. Porque te quiero, ya te lo he dicho, y no soporto tenerte tan cerca sabiendo que ya no puedes ser mía.

El vello se me pone de punta. Beso su dedo, no queriendo asumir que es una despedida, y menos con esas palabras de amor de por medio.

—Alba ha querido llamarte, mi hermana es muy pesada, pero le he pedido que no se meta en nada.

Me molesta el cambio de. Me acerco un poco, y advierto que él me mira los labios. Me quedo embobada, recorriendo con la mirada sus facciones. Esas de las que me privé por mucho tiempo. Es perfecto... Lo amo.

—Te he echado de menos, Torres —confieso emocionada y una lágrima rueda por mi mejilla—. Mucho. Desde que me fui, y he tardado en verlo. Te he extrañado. No sabes cuánto me hubiera gustado tenerte en los momentos difíciles.

—¿Por ejemplo? —murmura ronco.

Con el dorso de su mano, acaricia mi barbilla.

—Al despertar en aquel hospital.

—Eva, por favor...

—No me mires de esta manera tan intensa, mientras me echas de tu vida como lo estás haciendo —suplico, tocando sus labios con los dedos—. ¿Tú a mí no me has echado de menos?

Inspira muy fuerte, cierra los ojos y me sonrío desganado.

—Por favor —le imploro con un sollozo, sujeta a su camisa.

—Echaba de menos esta dulzura. Claro que sí, Eva.

Acuno su rostro, esperando que él dé el siguiente paso. Porque sé que su mirada refleja lo difícil que esto le resulta también. Sin querer veo el rencor en sus oscuros ojos. Rendida a él, reconociendo el amor que le tengo, lo empujo hacia mí, pero Leo me detiene con la cara contraída, a escasos centímetros de alcanzar su boca. Me enjuga una lágrima suavemente.

—No puedo, Eva. —Me besa la frente, con un lamento—. Ya no, cariño.

—Leo...

—¡Lo siento!

Me resisto, me niego a no tenerlo ya en mi vida.

—Déjame quedarme aquí, por favor, por favor —suplico, enterrando la cara en su cuello—. Sólo esta noche, en casa... Contigo.

—En casa —repito tenso, y sólo me roza obligado por la cercanía—. Me pediste que olvidara lo nuestro, que tú ya lo habías hecho. Me arrojaste a la cara que te lo habías tirado, a él... —me espeta asqueado.

—Me equivoqué...

—Siempre te equivocas con el mismo. Eso no es un error, Eva.

—¡Lo siento!

Me arrepiento y lo abrazo con fuerza. No quiero que se me escape.

—Si hubiera pasado con cualquier otro... podría, Eva. Pero de esta manera no. Sabes que no lo puedo superar. Si estoy bebido sí, porque no tengo ni puñetera idea de lo que hago y mi piel te reclama, mi cuerpo pregunta por ti —susurra cerca de mi oído, destrozándose—. Por eso no quiero refugiarme más en ese maldito vicio. Justo ahora me estás demostrando que quieres todo lo contrario de lo que me habías pedido. ¿Qué esperas, Eva?

Derrumbado, como denota su voz, me abraza, y yo termino gimoteando y presionando los labios contra su nuez. Lo siento tragar repetidas veces, sacudirse, mientras con sus manos me acerca más a su cuerpo.

Dios, adoro este olor. La seguridad que me proporcionan sus brazos. No quiero perderlo, me duele sólo imaginarlo, sabiendo quién es y cómo es.

—No quiero forzar nada —susurro con un hilo de voz. No puedo más—. Sólo sentir. Haz tú lo mismo, Leo, por favor.

—Siento demasiado, joder, Eva, ¡¿no lo ves?!

Esos gritos suyos...

Hunde las manos en mi pelo, en mi espalda. Me encojo, sintiéndome chiquitita, perdida y anhelante de esto que ahora mismo me entrega sin merecerlo.

—Y por eso estoy hecho una mierda, pero quédate... —susurra como antaño—. Quédate esta noche, Eva.

Me aprieta con impotencia y se me saltan las lágrimas.

Casi puedo transportarme a la primera noche que me pidió justo esto.

La situación era tan diferente entonces, nosotros lo éramos. Me arrimo más y me acurruco junto a su cuerpo, sus brazos me rodean y sí, esto es estar en casa.

Con otra tranquilidad, con una tregua que no tengo idea de adónde nos llevará... pero la acepto.

Pero la deseo...

Oculto un gemido con el roce de su silueta amoldada a mi cuerpo. Ella está aquí. Ella. Real, sin ser el hielo que una vez me dijo que era cuando nos encontramos.

—Hostia —mascullo sin querer.

Eva se ha quedado dormida, su presión al agarrarme se ha vuelto floja. Su respiración es tranquila. Hemos dado un paso al frente. Me he propuesto olvidar. Durante más de dos horas recapacito, sabiendo que es el momento de cambiar de actitud. Ninguno hemos sido los de antes y no es justo. Por otro lado, Eva tiene que creer que yo lo estoy superando, para no hacerle daño y darnos un espacio.

No puedo... ya no puedo mirarla como antes. Una muralla nos separa, una muralla que no pongo yo, sino mi corazón. Tampoco quiero engañarla. No lo merece, no es culpable de haberse dejado llevar por el despecho.

Bajo la cabeza y, con cuidado, levanto la suya. Sus labios y los míos casi pueden tocarse, su aliento se entremezcla con el mío. Tiene lágrimas secas en la cara, sin querer sonrío. Está preciosa, se la ve tan dulce... se la ve... Eva.

Con el pulgar recorro su boca, me gusta la expresión que tiene cuando descansa. Odio privarme del color de sus ojos, de ese azul tan impactante. No puedo soportarlo y, contenido, le muerdo los labios. Ella gime. Esto es una

tortura, porque no quiero utilizarla para el sexo si sé que en cuanto a sentimientos no podré avanzar, pero la deseo.

—Señor...

Lo peor viene cuando toco su media, con el encaje, tan fina... ¡Joder, joder! La escena tan intensa que hemos vivido en el garaje vuelve a mi mente, no con la nitidez que quisiera, debido a que iba como una cuba.

Se me va la cabeza...

Me levanto y voy al baño, donde me refresco con una ducha. De paso, me visto ya para mañana. ¿A quién quiero engañar? No pegaré ojo. Eva está aquí, en mi casa. Me ha echado de menos... Su voz rota me ha dicho que era sincera, pero sigue existiendo él. En mi mente y en su vida.

Desesperado, pienso que tengo que llamar a Eloy. Su voz es un murmullo cuando responde:

—¿Eñ?

—Eloy —susurro desde la puerta de la cocina, contemplando a Eva—. Necesito hablar con alguien.

—Claro, tío. ¿Todo bien?

—Eva está en casa.

—Joder, ¿y qué haces llamándome? Folla como un loco, macho. Yo que estoy tan necesitado por culpa de no habérselo contado a Pam...

Sí, he sido egoísta con él por meterlo en este lío.

—No es lo mejor —digo, apoyándome en el marco de la puerta. Ella arruga la nariz. Sonríe—. Pero tampoco es fácil.

—Hasta los huevos estoy de vosotros, ¿eh? —se burla, entre risas—. Llévala mañana a cenar, coge dinero de la tarjeta, ¡yo qué sé!

—Tengo, Eloy. De momento, los pagos van perfectos y sin necesidad de exprimerte más. Gracias.

—Psss. Me sobra. En fin...

La sigo mirando embobado.

—Si crees que ha hecho algo mal, pues que se lo curre —suelta Eloy.

—Venga, duerme que desvarías.

Termino cortando la llamada, con un pensamiento rondándome la cabeza.

He de fingir, hacerle creer que paso de ella, o si no no escaparé de sus redes. Porque hoy, y aunque no creía que fuera posible, la amo más que

antes. Sin que me sirva de nada. Nuestra conversación me ha dejado tocado... casi vencido.

La tarjeta de En la oscuridad

Por la mañana no me quiero despertar, reconfortada al haber pasado la noche con él, aunque no de la manera que quisiera. Cuando vuelvo en mí, estoy cubierta por una manta, en el sofá y sola. Hace frío, estoy helada.

La sala huele a tabaco, por lo que supongo que Leo tampoco está bien. Me hago la dormida, fantaseando que ahora me despertará y me dirá que tras dormir a mi lado quiere seguir haciéndolo el resto de su vida. El despertador suena y me confirma que esto se acaba.

Sé que me iré y no volveré. Leo lo desea así, pero yo no puedo aceptarlo.

—Eva —me llama con un suave empujón—. Gatita, vamos, arriba.

«¿Gatita?». ¿A qué viene esta frescura y naturalidad?

—Ey, si no te despiertas, saco a la bestia, que ahora mismo está durmiendo, y te arranco las medias a bocados —susurra en mi oído. Me quedo estupefacta—. Oye, pues a la bañera con agua fría. Verás como te despiertas.

Me echa sobre su hombro y me lleva de camino al baño. Impresionada por su buen humor, sin venir a cuento tras dejarme tan claro todo anoche, le doy una palmada en la espalda.

—¿Qué haces, Leo?

—Vaya, por fin —se burla, colocándose en mitad del pasillo.

Me apoyo en la pared, con las medias torcidas y unas pintas que no quiero ni ver. Lo estudio de arriba abajo y es el Leo de siempre, divertido y natural.

—Tienes un té verde en la cocina. Venga, que llegamos tarde.

Pero ¿qué se cree? ¿Cómo puede tratarme como si nada hubiera sucedido...?

—¿Te llevo en la moto?

—¿Qué? —Me quedo a cuadros.

—¡Espabila! —Me zarandea por la cintura—. *Go, go, go.*

Me he perdido algo. Anoche estábamos melancólicos, tiernos, hablando de esa especie de despedida. Hoy somos como dos amigos que acaban de amanecer juntos en un maldito sofá sin que haya pasado nada. Me duele todo el cuerpo, aun así, eso es lo que menos me importa. Todo esto me desquicia. Había imaginado otro despertar, poder verlo soñoliento y tranquilo tras darse una ducha... Me deja helada.

—Bien... —Entro en su juego—. Dame unos minutos, por favor.

—El baño es todo tuyo —dice con una reverencia.

Sin decir nada, me encierro en el cuarto de baño. El espejo me muestra la facha de pena que tengo. Anoche no me desmaquillé y sí, da asco verme. Me lavo la cara en condiciones, frotando hasta que salen los restos de maquillaje. Hago mis necesidades y me arreglo la ropa como puedo. Utilizo su cepillo de dientes, porque odio no cepillármelos por la mañana.

¿Por qué no entra e intenta pillarme desnuda?

—Ya estoy —lo aviso, saliendo.

Está en la cocina, preparando unas tostadas. Los músculos de la espalda se le marcan por debajo de la camisa. Su pantalón, arrugado, se le pega a los muslos y los gemelos. Me muerdo una uña, indecisa sobre si rodearlo por detrás.

—Dime qué te apetece —dice—. Menos dulces, tengo lo que quieras. Bien grande todo lo que necesites.

—¿Perdona?

Sonríe por encima del hombro, con el labio hacia dentro.

—Las tostadas, por ejemplo —me aclara con sorna.

—Eh... bien, una, por favor.

Me quedo mirando los azulejos de su cocina, descolocada, confusa y

dolida.

—Aquí tienes —dice. Deja el plato en la mesa y se sitúa frente a mí, vacilante—. ¿Todo bien?

—Claro...

—Elige lo que quieras.

—¿Cómo?

Con una ceja alzada, señala divertido la mesa. En concreto la mermelada, la mantequilla y el queso tierno.

—Que escojas lo que quieras —repite, bebiendo un sorbo de su café—. He de irme pronto, tengo mucho trabajo atrasado. Llevo días que no rindo bien. ¿Te llevo entonces?

Me decanto por no comerme la tostada y me bebo el té rápidamente.

—Leo, prefiero irme sola —digo, levantándome y cogiendo mis cosas—. Nos vemos en otro momento.

—Por supuesto.

¡¿Es lo único que tiene que decir?!

¿Qué ha cambiado de anoche a hoy? Aparte de que tuvimos una conversación profunda y un tierno acercamiento antes de dormir. La despedida ha pasado a la historia, como lo nuestro, ya que a él no le supone inconveniente alguno tenerme cerca, por lo que parece.

Me voy con la cabeza gacha.

Menos mal que cuando llego a casa no tengo que dar explicaciones; papá y la abuela aún están en sus respectivas habitaciones, dormidos. Después de darme una ducha rápida, me visto. Ya de vuelta en el garaje, el puñetero coche no me arranca; pero ¡¿qué complot es este?!

—¿Te llevo? —oigo que me dicen y a continuación el sonido del arranque de una moto. A mi lado está Leo, con el casco en la mano y el pie apoyado en el suelo—. Voy al estudio...

El que faltaba. ¡Pues bien!

—Si pudieras, me ahorraría otro disgusto —trato de bromear. Es raro esto.

Él se ríe y yo noto que me pongo roja, pero del enfado.

—Siéntate de lado y toma el casco.

Lo hago. Me ayuda a ponérmelo, metiendo los dedos por dentro para

atármelo. Que no... que no me roce, por favor. Parece que me haya oído, porque se retira enseguida. Señala con la mano el asiento trasero. Una vez estoy subida, se pone su casco y es lo más *sexy* que he visto nunca.

—¿Preparada?

—Sí.

Nos ponemos en marcha y yo me agarro a su cintura. Su vientre se hunde un poco. No sé si es porque le ha gustado mi tacto y le ha despertado el mismo sentimiento que a mí. Miro el paisaje, en realidad totalmente ajena a donde estamos. No dejo de pensar en él y en nuestras circunstancias.

Entramos en el garaje del edificio. El coche de Pamela ya está allí y también el de Eloy. Nuestras plazas están vacías, la de Leo es ocupada enseguida. Tras apagar la moto, baja y me ayuda a mí, pero al segundo me ha soltado, como si le quemara o de pronto odiara el contacto entre nosotros.

Quiero escupir culebras por la boca.

—¿Por qué me miras así? —pregunta mientras camina.

—Porque no te entiendo, Leo.

Se saca un cigarrillo, encogiéndose de hombros.

—Cambios, Eva. Cielo, asume el pasado y enfrenta el presente.

¡Jodido idiota!

No sólo no asumo el pasado, sino que no apruebo su actitud. ¿Está representando un papel, o realmente se ha dado cuenta de que lo nuestro fue un error?

No, yo no lo veo de esta manera, sin embargo, me pasa factura la jornada laboral de la mañana, cómo no.

Tras cerrar la inmobiliaria, con un té y un café en la mano, me dirijo al estudio de mi mismo edificio, para llevarle el café a Pamela, que me lo ha encargado. En cuanto me ve, se apresura a mi encuentro.

Sabe que no estoy bien, no puedo estarlo.

—Qué mala cara traes —murmura.

—No recordaba qué era trabajar tan duro —me burlo.

Eloy y Leo están al fondo, hablando. Al percatarse de mi presencia, ambos me saludan con la cabeza. El novio de mi amiga con el claro gesto de culpabilidad por su silencio. Le guiño un ojo, él no tiene por qué pagar los platos rotos de su amigo. Poco después, y mientras me siento con Pamela

para beberme el té, oigo a Leo decir:

—Me iré el veinticuatro por la mañana y tengo por confirmar el día de vuelta. Mi hermana está muy pesada con que pase allí las Navidades. Mi padre quiere reunir a toda la familia.

—Lógico, Leo. ¿Vas solo?

—Sí. —Me mira de reajo, incómodo—. Ya sabes.

—Claro.

¿Sabe qué? ¡¿Claro qué?!

—Gatita, estoy organizando una fiesta de Año Nuevo —dice Pam.

Pongo mala cara, ella sabe que las celebraciones no son lo mío, y menos en estas fechas.

—No empieces —me regaña—, que lo tuyo es dar el cante.

Doy unos golpecitos con el tacón en el suelo. Nadie dice nada.

—¡Oh! —grita Pamela, rompiendo el silencio—. Sube el volumen. Qué bonita es esa canción, por favor. Leo, te va a encantar esta balada. ¿Verdad, Eva?

¿Qué canción? De fondo, muy de fondo, se oye la melodía y Pamela sube el volumen, mientras me enseña uno de sus diseños. Sus socios, aunque pendientes de nosotras, siguen mirando unos planos sobre la mesa blanca.

—Enganchada a un amor inventado —canturrea ella la canción de Malú, le encanta esta cantante—. Engañada al principio y ahora cansada de ti...

Leo, con un humor diferente, deja el lápiz con el que está trabajando y se quita la chaqueta. Oigo a Pamela de fondo, porque estoy más centrada en la música y en él. Leo se acerca con unos sándwiches vegetales.

—No tendremos tiempo de salir a comer —le dice a Pamela y me mira a mí—. ¿Nos acompañas?

—Claro...

«¡Con todas esas a las que te estás tirando!», me invento ahora la canción. Pamela me mira, yo desvío la mirada, porque estoy a punto de echarme a llorar.

Leo prepara una improvisada mesa. Me preocupa ver que pone vino. Pamela y Eloy se miran, yo tampoco sé muy bien qué pinta eso aquí. Anoche me dijo que casi quema su casa por estar bebido. Empiezo a ponerme nerviosa.

—Yo no quiero, gracias —digo.

—Nosotros tampoco —recalca Pam.

—Yo menos —dice Leo, encogiéndose de hombros.

—¿Quedamos los cuatro para cenar mañana? —propone Eloy.

Abro el envoltorio de mi sándwich, esquivando.

—Yo no puedo, he quedado —susurro.

—Comeos lo mío —nos dice Leo sonriendo agrio y levantándose—. Se me ha pasado el hambre. Además, tengo mucho trabajo.

—Gracias —murmuramos al unísono, pendientes de él.

El almuerzo no me sabe a nada. Mi atención se centra en Leo, en cómo ha ido variando su actitud. No coge la botella y me da miedo que lo haga. A las cinco de la tarde los dejo en el mismo plan y me temo que la culpable de su cambio de actitud soy yo. Lo que hace que me replantee dejar de hacer la idiota. Si lo quiero, ¿por qué no puedo estar con él?

Pero y si le digo que lo amo y me rechaza...

¿Y si no? ¿Y si encontramos el punto medio que necesitamos?

—Eva, date caña, ¿eh? —se burla Miguel en el gimnasio—. Lenta, lenta.

—Lo siento —me disculpo por enésima vez.

Mi ritmo no mejora cuando termino.

Salgo del gimnasio, donde hoy me he duchado; ya no me avergüenza mi cuerpo. Sí, es una nueva vida.

Cojo un taxi hasta mi edificio, y decido ir a hablar con Leo y explicarme. Que la cena que tengo prevista es sólo para despedirme de Abel sin malos rollos, que, por otro lado, será mañana, y que hoy podemos dar una vuelta juntos. Sé lo que estará pensando de mí.

No me abre. Un cuarto de hora más tarde, sigo llamando a su puerta. Veo que en el suelo sobresale algo.

¿Qué es? Me agacho y meto un poco el dedo por la ranura.

Una tarjeta de En la oscuridad...

¿Está volviendo por allí? ¡Joder y joder! Creo que empiezo a temblar. A marearme. Me dan náuseas. No me puedo quedar con estas dudas, él sabe que me hará daño si retoma esa vida. Pero ¿de qué me quejo? Yo he sido quien

nos ha arrastrado a los dos a tomar otros caminos. No tengo otra salida.

Cojo otro taxi y en media hora estoy en el local. No pienso en lo que sucedió aquí mismo, no ahora que él puede estar con otra. Cruzo las cortinas y lo veo al fondo.

Solo. ¡Bien! Bebiendo. ¡Mal!

Sé que en cualquier momento pedirá en recepción entrar en las habitaciones y he de hacer algo para evitarlo. Me coloco cerca, en el pasillo cerrado que separa un lado del otro. Como he adivinado, Leo pide habitación y oigo que le asignan la número tres... a la que puede llevar compañía...

Tendría que pensarlo, me estoy embarcando en una locura. Pero en cuanto él desaparece, yo voy también a recepción y susurro:

—Me gustaría la habitación número tres.

La mujer mayor se sorprende de que haya sido tan directa.

—Tiene que esperar diez minutos, acaba de ser ocupada.

Asiento con la cabeza y me quedo allí para hacer el pago pertinente. ¿Es que nunca voy a dejar de meterme en líos? Me pidió que lo dejara... y no puedo.

—Puede pasar —me indica por fin.

Los recuerdos me aplastan al pisar el espacio tan reducido que nos unió. Es la misma habitación. La misma sensación de incertidumbre y miedos.

Cierro detrás de mí.

—Soy Laila... —susurro casi sin voz.

—¿Laila? —duda Leo, titubeante—. Da igual. Sólo quiero follar —añade. Me quedo helada—. No me importa tu nombre ni tu cara... sólo busco olvidarla.

Se me seca la boca. ¿Habla de mí?

—No se me va de la cabeza la voz cansada de él tras seguramente habérsela tirado toda la noche —murmura—. Ella me cambió por una mentira. Yo la quería cuidar. Formaba parte de mí... pero volvió a largarse con él. ¡¿Una noche?! Qué más da. Ha conseguido que mis manos se rompan al tocarla. Y mañana cenarán juntos...

Es imposible describir lo que siento en estos momentos. El dolor de mi pecho por su decepción. Ha intentado hacerse el duro, pero estando bebido se deprime, se derrumba y aquí a cualquiera le habla de mí.

Me tapo la cara, con emociones tan dispares como la alegría y la tristeza. Se acuesta con otras para olvidarme a mí, para no sucumbir a la tentación, que soy yo. Sin querer, las lágrimas brotan de mis ojos. La cena de mañana lo ha arrastrado hasta aquí.

—Ey, no estoy aquí para tonterías —reclama de mal humor.

Me seco las mejillas enseguida.

Mi ropa hoy es la adecuada para estar aquí. Falda corta, zapatos de tacón... Sin medias. Chaqueta y ropa interior de encaje. Llevo un moño, que esperaba que él deshiciera en su casa, conociendo mi identidad. Me acerco, pero no me da tiempo a mucho más. Leo pone una mano debajo de mi trasero y me levanta, me aprieta contra él hasta que mis pies abandonan el suelo.

Ahogo un gemido, sintiendo cómo su aliento se cuele entre mis labios.

Lo rodeo por la cintura y cojo su cara, helada, rígida, entre las manos, con intención de besarlo. Niega desesperadamente, apartándola.

—No puedo —murmura, poniéndome la carne de gallina.

En este momento es Torres. Y yo soy la Eva perdida que no sabía qué rumbo tomar para poder lograr un poco de felicidad y estabilidad. Hundo la cara en el hueco de su garganta y me bajo las braguitas desde atrás. Su olor es inconfundible, su barba me araña.

Él se muestra como su tatuaje, salvaje, irracional. Me parte en dos y me empotra contra la pared. Me baja de su cuerpo y me pone de espaldas a él. Desde atrás, mete la mano debajo de mi falda y me la sube. Oigo el repentino sonido al rasgar un envoltorio. Sé que es el preservativo. Y luego me embiste de forma atropellada.

—Señor... hueles a ella —murmura entre más balbuceos—. Me estoy volviendo loco. Loco.

Satisfacción, eso es lo que siento. Huelo a ella, soy yo. Me coge las manos y me las sujeta por encima de la cabeza contra la pared. Me levanta el culo y me atraviesa de una sola estocada. Mi interior arde en llamas. Sus manos tiemblan entre las mías. No las entrelaza, como hacíamos nosotros...

—Sedúceme, por favor —me suplica.

Con la otra mano estruja la falda por encima de mi vientre y me muerde el hombro. Encogida, me muevo según me pide. Buscándolo, tentándolo. Obligándolo a que se acople a mis movimientos y me ensarte más

profundamente. Sé que sólo quiere saciarse, porque ni siquiera me toca.

Yo sé cómo acaricia cuando hay deseo, cuando hay amor. Yo conozco cada emoción que su cuerpo transmite más allá de su voz. Y eso no está aquí, sé que piensa en mí.

Quisiera decirle que soy yo, que abandone esta locura y nos vayamos a casa... donde lo nuestro fue creciendo de la manera más sincera e inesperada.

Añoro todo eso y me muerdo los labios mientras quiero gritarle que no vuelva aquí, que es mío. Pero él me embiste, me hace añicos tanto por dentro como por fuera. Callándose lo que siente... Es él. Y yo no puedo ser yo y abrazarlo con la intensidad que me gustaría. Lo quiero y me duele mucho no poder decirlo ahora.

—Voy a correrme —me advierte, sorprendiéndome por la rapidez con que deseo acabar el momento.

Enseguida lo noto temblar, lanzándose a un precipitado orgasmo que ni siquiera comparte conmigo.

Lo alcanzo después de él. Mi garganta no es capaz de emitir ningún sonido, a pesar de mi boca abierta, en busca de un aire que no encuentro.

Tras esto, todo es muy rápido y raro. Una parte de mí se alegra de saber que no las trata a todas como a mí, que conmigo alarga los segundos del placer. Aquí es todo tan frío e indiferente...

¿Y ahora?

Se aleja de mí. No sé dónde está, y luego se abre la puerta, se cierra y él se marcha.

Huele a Eva

Tambaleándome, aviso a la mujer de recepción.

—Me cambio a la cinco —balbuceo—. Si viene Sarah Martín, que pase allí.

—¡Espere!

Cuanto más rato pasa, más huele a Eva. Y no está aquí.

¿Me estoy volviendo loco?!

No, sin haberlo deseado casi le he sido infiel, porque he de reconocer que la chica ha sabido llevarme a un terreno que me ha impactado. Por eso he querido acabar pronto, y por ese motivo esperaré a Sarah, con la que tenía previsto el juego. Sin embargo, al demorarse y como me he cruzado con la nueva compañía, me he obligado a aceptarla. Pero ahora quiero más... y no es bueno.

No me quiero enganchar a una persona en una situación como esta. Por mí, por Eva. Que sigue siendo la dueña de cada uno de mis pensamientos. ¡Ella que está con ese hijo de puta mientras la echo de menos!

No cierro los ojos o la veré a ella. Pero ¿veo? Ni siquiera lo sé. He vuelto a beber, mucho. Tanto que sólo puedo reconocer un olor que no existe y buscar el consuelo de alguien que, al tocarla, ha descargado sobre mí una electricidad impresionante.

Me ha dado miedo probar su boca, porque su aliento también me era familiar. Ese olor a vainilla que reconozco en Eva. He sentido que se estremecía, que su cuerpo sufría unos extraños espasmos. Posiblemente sólo sean paranoias mías, alucinaciones que inventa mi mente para traerla conmigo y tenerla cerca, haciendo incluso que no pueda tocar a otras como lo hago con ella.

Porque mis manos le pertenecen, porque mi piel no goza igual, no se altera de la misma manera que cuando acaricio a Eva.

Pero algo ha pasado, con esta chica he deseado un poco más de lo que he necesitado de otras en los encuentros. Más que de la misma Sarah, que no sólo me da sexo, sino alguna caricia sincera.

Me mareo, por lo que termino en el servicio.

Y mañana nada habrá pasado... o no me acordaré.

¿Dónde está la chica con curvas de vértigo, cabello sedoso y tacto adictivo?

Como Eva.

No puedes tocarla como a mí, por favor

Respiro hondo. Trato de mantener la calma, diciéndome que Leo no será capaz de irse con ella, como acabo de escuchar. Sé que está borracho, que su control sobre sí mismo es casi nulo en su estado de embriaguez. Ha bebido, mucho no, bastante. El olor a alcohol se mezcla con el de sexo... A tientas, me agacho y me arreglo la ropa.

Sarah se aprovecha del estado de Leo para tenerlo. Nunca me ha parecido trigo limpio y hoy lo confirmo. Aborrezco este espacio, este aire contaminado por su huida hacia otra, que ha borrado el fugaz momento que él y yo acabamos de vivir juntos, con los papeles intercambiados.

—¡No puedes tocarla como a mí! —grito a solas, sabiendo que no me oye ya—. No, no puedes tocarla como a mí, por favor...

¿Qué hacer? No quiero dejarlo aquí, pero si me descubro puedo empeorar la situación. Y, por otra parte, voy a por todas. Tenemos que hablar, el camino que está tomando será su destrucción. También la mía, porque lo quiero.

He de encontrar el momento y me temo que no es este.

Miro la puerta repetidas veces, estoy llena de dudas.

¿Estará con ella? No, no puede ser... Me gustaría llevarlo a casa, dormir

abrazada a él, como hacíamos antes. Vuelvo a casa en un taxi, no sé ni cuántos llevo hoy. Mañana me espera más de lo mismo...

Entro en mi piso intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a mi abuela y a mi padre. Me apoyo en la puerta, cansada. Con las llaves colgando de mis dedos. El peso de una mirada recae sobre mí. No, el peso de dos, de cuatro ojos que me observan fijamente. Los dos están sentados en el sofá, mi abuela con los ojos casi cerrados, papá con un gesto agrio en el rostro.

—Eva, no quiero meterme en tu vida —empieza, cauto—, pero me temo que es hora de decir algo. Te vas a las tantas de la noche o de la madrugada, según se tercie, no paras en casa, y sólo trabajas por las mañanas. ¿Qué pasa? Estoy hartos.

—No eres el único. —Me siento en una silla y me quito los zapatos. No me apetece dar explicaciones—. Tú y la bebida habéis amargado parte de mi vida.

—Estoy dejándolo, Eva. Lo prometo, pero no lo valoras.

—Lo siento —digo, levantándome—, ya no confío en ti.

—¡Ni yo en mi hija, que no sé dónde está!

Me enervo con su grito. ¿Quién se cree qué es? Con lo que traigo encima después de lo que acabo de vivir con Leo, doy un golpe en la mesa.

—Tú a mí...

—¡Ya! —interviene mi abuela, acariciando a *Miau*—. A dormir, que es tarde. Dejaos de reproches e intentad hacer algo para salvar la relación.

—No sé si se puede —zanjo, quitándole a *Miau* y marchándome a mi habitación. Una habitación glacial sin Leo...

—Abu, no quiero hablar —le digo a la mañana siguiente, saliendo de casa—. Comeré aquí, pero cenaré fuera. Hasta luego.

—Cuídate, anda.

¿Y Leo, estará en casa? Me froto los ojos y saco el móvil del bolsillo.

Sigo teniendo el coche estropeado, ¿me llevas?

En el fondo es una excusa para saber de él. He dormido mal, qué digo, fatal. Me alivia leer su respuesta, me da cierta tranquilidad.

No puedo, lo siento. Ya estoy en el trabajo.

Vale, bien. Desanimada, salgo del descansillo. Hace frío, me parece que estoy cogiendo un buen gripazo. Me duele el cuerpo, la garganta me arde. Me pesa todo, así que lo primero que hago tras bajarme del taxi es ir por un té caliente a mi cafetería preferida. Menos mal que desde que está la abuela ya no como en restaurantes a diario. Tengo mejor piel, no sé... O será el cariño con el que lo hace o lo mimada que me siento, pero mi cuerpo lo nota.

Ups... Mira quién está aquí. Al fondo, un poco taciturno y leyendo con interés unos papeles, veo a Leo. Se ha vuelto a recortar la barba. Va arreglado y bien peinado, aunque tiene mala cara. Sonriente y como si tampoco me afectara su presencia, me acerco y le doy un toquecito en el hombro.

Al verme, deja los papeles y se cruza de brazos.

—Buenos días —dice. Tiene la voz ronca, mostrando claramente la borrachera de anoche—. ¿A desayunar?

—Ajá. ¿Puedo acompañarte?

—Por supuesto.

Me quito el gorro, los guantes, la chaqueta, la bufanda y, por fin, me siento. Qué alivio. Al mirar al frente, veo que me está observando. Con una mezcla de nostalgia y algo más que no sé qué es. Sí sé que mi estilo ejecutiva, con falda, medias y chaqueta le gusta mucho. Y a mí ese motero que lleva dentro. Aunque no es tan libre como cuando vino la primera vez como Leonardo Ferrer.

—¿Cómo estás? —pregunta, agitando la cabeza y apartando la vista de mi moldeado cuerpo.

Levanta la mano y pide un té para mí al camarero.

Esbozo una sonrisa tonta.

—Muy bien, afrontándolo.

—¿Afrontando que no puedes vivir sin mí?

Me pone a prueba, jugueteón, aunque hoy no me engaña y sé que es una máscara. Así que me lanzo a jugar. Hago un puchero, con las manos en las

mejillas.

—Sí, la bestia ha decidido abandonarme... —Gruñe al escuchar mi atrevida queja—. ¿Qué voy a hacer, Leo?

—Podrías hacer mucho...

—¿Como qué? —Me lamo el labio. Se agita en el asiento—. Dímelo.

—¿Te has despertado juguetona?

—Un poco sí. Me he encontrado con cierto vídeo y... ya sabes —miento.

—No te creo —masculla sobresaltado.

—Te invito a que vengas a casa y lo compruebes.

Mi reto le hace sonreír, pero sinceramente, pues su labio se mete hacia dentro. Yo alzo una ceja, esperando su respuesta, una que tras beber un sorbo de café con una elegancia que me desarma, sigue sin formular.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Leo? —coqueteo, cruzando las piernas.

Mi tacón le roza el tobillo. Con un carraspeo, se pasa la mano por la nuca y murmura, mirando a los lados:

—La lengua no, pero me gustaría que me comieran otra cosa.

Me quedo callada esperando el té, que viene con sorpresa: una deliciosa tostada, que unto con mantequilla. Sinceramente, no sé qué decir.

No soy capaz ni de mirarlo sin recordar que anoche nos tocamos de nuevo. Cierto que no con la ternura y la pasión que yo esperaba, aunque de ser de otra manera me hubiera sentido como una colilla. Como si me estuviera siendo infiel...

Evito que las imágenes de él con Sarah se formen en mi mente. No las vi ni quiero verlas. No pasó nada entre ellos, trato de convencerme. Anoche... ¿Y con otras?

«¡Ya basta, Eva!».

Él se siente igual que yo y quiero luchar por dejar toda la suciedad atrás. Una vez que lo tenga, no le permitiré ni siquiera que bromea con otra. En esta etapa de nuestra relación, y aunque me duela, no me pertenece. Pero me duele. Mucho.

—¿Ahora se te la han comido a ti? —pregunta, sacándome de mis reflexiones.

—¿El qué?

—Lo que tú quieras, gatita. —Doy un mordisco a la tostada, disimulando una sonrisa. Será tonto—. ¿Qué? ¿Y esa cara?

—¿Te estás calentando para luego acabar en nada?

—¿Acaso tú querrías terminar en algo? —Se inclina hacia adelante, retira los papeles y el bolígrafo y me mira directamente a los ojos—. Eva, tu tiempo pasó, cariño.

Idiota, cretino... ¡anoche estuviste conmigo!

Me muero por decirle que lo oí lamentarse por mí. Restregárselo. «Calma», me obligo. No pierdo la compostura; es más, con total tranquilidad, continúo con mi delicioso desayuno.

Luego miro la agenda, en la que me sale la cita con Abel. La cierro enseguida y saco del monedero el dinero de lo que acabo de tomar.

—No te engañes, Leo —digo irónica. Me beso el dedo índice, manchándolo de carmín, y se lo pongo en los labios. Luego me aparto y me abrigo, advirtiendo su agitación—. Sé que te tiras a otras pensando en mí. Buenos días, cariño.

—¡Ey!

Me doy la vuelta y le enseño el dedo corazón. No sé qué se ha creído. Me dice que formará parte de su vida siempre, que me quiere pero que lo nuestro no puede ser y por la noche se va con otra porque no soporta que yo vaya a cenar con Abel. Muy bien.

Me enciendo un cigarrillo mientras camino helada hacia la inmobiliaria.

Saludo con la mano a Pam, a Rebeca y a Erica, que me esperan en la puerta; la visita de las dos últimas me sorprende. Por lo menos me alegran esta mañana que no ha empezado de la mejor manera. Para colmo, he dormido poco y mis ganas de ir al gimnasio son nulas. Sin duda he de quemar adrenalina, mala leche y eliminar estos celos que están envenenándome.

—¿Qué tal, chicas? —pregunto, fingiendo estar animada.

Ellas no responden.

—¿Hola?

—Pero mujer —dice entonces Rebeca—, ¿qué le has hecho a ese hombre?

—¿Perdona?

Pamela señala discretamente con el dedo detrás de mí. Erica se pone

blanca. Me doy la vuelta y me topo con un Leo furioso, que se detiene a escasos centímetros de mí. Su boca cerca de la mía, con restos de carmín en los labios por mi provocación anterior y los ojos fuera de las órbitas.

—¡Como te atrevas a volver a dejarme en ridículo en la calle, te las vas a ver conmigo, Eva! —me amenaza. Le echo el humo en la cara—. Ese humo te lo metes por donde te quepa. Y el dedo de antes por donde puedas.

—Me cabe en muchos sitios, pero lo tengo reservado para uno en el que tú estás deseando entrar.

Oigo el jadeo de mis amigas y la risa de ¿Eloy?

—Te recuerdo que he entrado, he salido y he hecho en ese sitio lo que me ha dado la real gana.

Me quita el cigarrillo, da una calada y luego lo pisotea. Me hierve la cara de contenerme.

—¿Qué? Sí, callada estás más guapa.

—Tu actitud es patética, sobre todo después de lo que sé.

—¿De qué?

Me coge del codo y me arrima a él. Me quedo sin aliento. ¿No ve que estoy deseando arreglar las cosas? De pronto, sonrío abiertamente. Nerviosa, me muerdo el labio.

—Ay, Eva, no voy a besarte. Aunque ese color me esté incitando a ello.

¡Maldita sea!

—Por supuesto que no, porque entonces querrás más de lo que yo estoy dispuesta a darte. Suéltame y no vuelvas a tocarme.

Con la respiración acelerada, me obedece.

—Y ahora —me alejo, dándole la espalda—, feliz jueves. Chicas, ¿me acompañáis?

—¡Goleada, Leo! —le grita Eloy, que se parte de risa.

Con mi grupo de amigas me encamino hacia la inmobiliaria. Entre ellas van cuchicheando, mientras yo pongo las cosas en orden. Al acabar, todas, y cuando digo todas, son todas, incluso Erica, me miran cruzadas de brazos, esperando una explicación. ¿La quieren? ¡Pues escupo el veneno!

—Se está acostando con Sarah, ¡con ella! Si aparece por aquí no me contendré, pero lo hace recordándome a mí. Lo sé, no empecéis con las preguntas, sólo haced caso de lo que os digo. ¿Veis cómo estoy de alterada

por ese tío? Queríais a la Eva de antes, la de siempre, ¡¡y aquí estoy!! Joder.

Me dejo caer en el asiento, con las manos en la cara.

—Lo tiene así la cena con Abel, pero sólo voy a zanjar ese asunto.

—¿Y crees que él te dejará? —pregunta Pamela.

—Es lo que toca.

Me encojo de hombros.

Paso un rato agradable con ellas en esta mañana tranquila de jueves, en la que, por cierto, el frío es horrible y he de tener la calefacción a tope.

Como en casa, con la abuela y papá, que se comporta correctamente, con las típicas frases de «Pásame el pan, el agua, la sal...». Excusas para hablarme, mientras mi abuela me regaña con la cabeza.

Por la tarde, me preparo para ir al gimnasio, el coche podré recogerlo a última hora del taller. Con la bolsa a cuestas, me ajusto los leggins y me quito la sudadera, para quedarme con un fino top. Hoy toca ejercicio en la bicicleta elíptica, pero qué pocas ganas tengo... y decido escuchar música.

Pongo a Bryan Ferry, y tarareo bajito.

Canturreo, hasta que Pamela me llama y me corta el rollo.

—Pam, estoy en el *Gym* —respondo bruscamente.

—Eva... cuidado con Abel.

Lo que me faltaba para terminar de sentirme culpable.

—No seas dramática, anda, rubia.

Me tomo su advertencia como algo sin sentido, ya que cuando llego a casa de Abel no puedo ser mejor tratada. La cena no está nada mal, se ha esmerado con un delicioso menú de pastas y ensaladas, y con un buen vino del que no he probado ni una gota, a diferencia de él.

Mi ropa es discreta, un vaquero y un jersey, dejándole claro que no me voy a poner guapa para él, porque no busco nada más que hablar. Esto no es una cita y quería que lo supiera antes de que empezara. Aun así, al verme llegar su mirada ha sido directa, pero respetándome en todo momento.

Estamos sentados frente a frente a una mesa donde tantas noches hemos cenado y en la que, en aquellos instantes, me sentía muy afortunada de tenerlo conmigo. Menos mal que esa venda se cayó de mis ojos; hoy, lo que me produce es un horrible malestar recordar cómo terminé aquí hace unos días.

Con sus manos sobre...

—¿Qué pasa? —pregunta, al ver que me da una pequeña arcada.

—Abel, tengo que irme. De verdad, siento mucho todo esto. Yo ya te expliqué mis motivos para venir aquí aquel día. Creí que había descubierto algo horrible, algo que en realidad era maravilloso y...

—Me utilizaste.

—Y me arrepiento. —Bebo agua y aparto el plato—. Me equivoqué. Tú lo hiciste muchas veces y no por ello te arrepentiste. Abel... quiero seguir con mi vida y en ella no estás tú.

Alarga la mano, esta vez, con éxito, pues consigue posarla sobre mis nudillos.

—Ya no puedo dejarte, Eva. Lo intenté... Luego, luego lleno de culpa, he procurado seguir adelante, pero no he podido.

—A mí me pasó algo parecido y no te importó. Abel —digo triste, apartando disimuladamente la mano para ponerla sobre mis rodillas—, con esta situación he hecho daño a una persona que quiero más de lo que creía y necesito que desaparezcas.

Creo leer «él» en sus labios.

—Yo te quería, Eva, y te quiero, pero a mi manera.

—Por favor, Abel —le imploro, jugando con los picatostes que están esparcidos por la mesa—, deseo ser feliz. Con él. Y nos estamos destrozando por tratar de olvidarnos el uno del otro, involucrando como idiotas a otras personas.

—Pero Eva...

—No. —Levanto una mano, no quiero escucharlo más—. Gracias por la cena, por el trato, pero se acabó.

Veo que se pone de pie, rodea la mesa y se sienta a mi lado. Sus ojos están un poco nublados. En el fondo me da pena que se haya convertido en un hombre tan amargado como parece ahora. Alza una mano, poniéndome nerviosa, y me acerca a él por la nuca.

—Te quiero, Eva —susurra, a punto de rozar mis labios.

Eternos rivales

Me bajo del coche una vez decido que he de hacerlo, tras haberlo pensado bastante. Los he seguido; no sé si he perdido por completo la cabeza. O mis motivos son justificados y acertados. Ya no sé nada.

Me escondo detrás del árbol que da a la sala donde cenan. Casualmente, la cortina está abierta por completo. Los tengo enfrente, me cuesta tragar. Están tan cerca que me invaden los celos. Cierro los ojos, no soy capaz de mirarlos.

Araño el tronco, desesperado.

¿Cómo puede estar Eva aquí después de lo que hablamos? Con él... ¡Él!
¿Qué le ve?

Esta tarde, y sin poder soportar la inminencia de la cena, se me ha revuelto el estómago. Al ir por un café, lo he visto, un hombre que se escondía cerca de la inmobiliaria. No sé por qué he pensado en él...

Sin más, me he acercado.

—Si le haces daño te mato —lo he amenazado, cogiéndolo del cuello y empotrándolo contra la pared.

Sorprendido, se ha quedado paralizado, sin decir nada.

—Soy Leonardo, el que la llamó el otro día después de que tú te la hubieras tirado.

—¡Suéltame! —ha reaccionado al reconocirme.

He supuesto que el sentimiento de odio era mutuo, por ser los eternos rivales.

—Ella me ha buscado —ha dicho luego.

—No me importa. Que haga lo que quiera. ¡Esta noche haced lo que os dé la gana! Pero ¡si haces algo en contra de su voluntad, te mataré, hijo de puta!

Se ha zafado de un empujón, poniéndose bien la chaqueta.

De pronto, algo en él me ha hecho saltar las alarmas, no he sabido descifrar el qué. Algo sombrío, nada bueno. Hacía un rato me había propuesto abandonar a Eva a su suerte pero he tenido miedo. No por el miserable que me retaba con la mirada, sino por lo que pudiera pasar en la cena.

No entre ellos, iba más allá de eso. Ya no eran únicamente las imágenes de ellos entrelazados en la cama lo que me abría la carne. Ha sido algo más fuerte y profundo.

—Cuidado conmigo —he insistido con más furia—. Si te atreves a ser...

—¡¿Qué, eh?!

Me he callado, sin darle una sola pista más y luego he añadido:

—Ándate con ojo, que te tengo ganas.

He ladeado la cabeza y él ha tragado con cara de asco.

—Eva es una persona importante para mí, más de lo que jamás llegarías a imaginar porque no eres capaz de valorarla. —Me he apretado el puente de la nariz—. La amo y por tu culpa... Espero que no tenga mucho más de que culparte o te juro por mi vida...

—¿Qué sabes?

—¿Qué ocultas? —Lo he intimidado con mi cuerpo—. Más te vale que no hayas sido capaz de lo que imagino. Más te vale que vaya descaminado.

—Yo...

—¡Tú no la mereces y ella es tan idiota que, pese a decirme que ya no significas nada en su vida, va a ir a verte!

Ha sonreído desafiante.

—Esto no va a quedar así —añado—. Que Eva haga lo que quiera, pero

procura no haber robado algo que no te pertenecía.

—Eva me la comía como nadie.

¡Hijo de puta! Me he mordido el labio, agitado, mientras él continuaba:

—Era una sumisa perfecta, me lo daba todo. Me la follé en todas las posturas imaginables en el pasado y la otra noche...

Un seco golpe ha impactado contra su estómago, silenciando su asquerosa boca. La misma que me producía asco, sobre todo, cuando la nombraba.

Sin preámbulos, me he alejado... no a mucha distancia. No soy una persona que dé golpes con facilidad, aunque motivos me sobrarian en este caso. No he podido desaparecer como me había jurado hacer por el rechazo que estaba sintiendo por Eva. Lo he esperado... y lo he seguido. Lo que he descubierto me ha llevado hasta esta cena.

Abro los ojos y siento que me desgarran por dentro. ¿Qué ha pasado? El acercamiento entre ellos es más íntimo, tierno.

Doy un paso atrás, descompuesto, abandonando esta batalla que ya no me pertenece.

Como ella.

La Eva fuerte... yo

Bajo la cabeza, por lo que su beso termina en mi nariz. Oigo su resoplido desesperado, su inconformidad con mi rechazo. Sin embargo, es lo que hay.

—No puedo, Abel.

Me retiro, poniéndome en pie. Él también se levanta. Cansada, suelto un suspiro cuando veo su súplica incluso sin que diga nada. Pero él decide romper el tenso silencio.

—Déjame intentarlo, Eva. Tienes razón, me he equivocado muchas veces.

Demasiadas, diría yo, pero lo dejo pasar. ¿Qué me importa ya? Si lo único que me propongo es que me olvide, como lo había hecho hasta ahora.

—No quiero saber nada de ti, Abel. —Me aparto de su lado y voy a recoger mis cosas. Me pongo la chaqueta mientras él me mira, sin hablar. Cojo mi bolso y, cerca de la puerta, insisto—: No vuelvas a molestarme. Quiero ser feliz con Leonardo, el hombre que me llamó el día que erróneamente terminé en tu cama.

—Eva...

—Que no, Abel. —Niego con la cabeza. Se ha enfadado—. Lo nuestro se acabó. Lo sé, yo tengo la culpa de esto, de estar de nuevo aquí, pero se acabó. Respétame como yo lo hacía contigo cuando decidías echarme de tu vida.

Se mete las manos en los bolsillos, cabizbajo. Creo que por fin ha

entendido que no quiero volver a verlo. Tampoco me despediré, no tiene sentido. Un acercamiento físico puede suponer otra situación incómoda que luego me verá en la obligación de contarle a Leo y que puede malinterpretar entre nosotros.

Sin una sola palabra más, me dirijo hacia la puerta y espero que de una vez por todas termine lo nuestro. Abro para marcharme y consigo dar dos pasos, ni uno más, ya que Abel me sujeta del brazo, acercándose bruscamente a su cuerpo. Lo que más me impresiona es que está llorando...

Me asusto. No sé por qué, mi cuerpo activa un modo de alerta que me pone muy nerviosa.

—Abel —digo con calma—, déjame ir, por favor.

—Pasa la noche conmigo. Lo necesito, Eva. Tu perdón...

Despacio, poso la mano sobre la suya y le abro los dedos uno a uno. Nuestros ojos se encuentran mientras me deshago de él, y casi puedo ver su oscura alma. Desconozco el sentimiento que me produce eso, sólo sé que la congoja me ahoga hasta dejarme casi sin voz.

—No quiero —susurro.

—Se me fue la cabeza, Eva. Te quería y no aceptaba que me dejaras... — balbucea, agarrándose de nuevo, hasta que entre nuestros cuerpos no queda espacio—. Estoy arrepentido.

—Abel...

—Cariño.

Me empuja contra él, realmente es el abrazo más desesperado que me ha dado nunca. No quiero cerrar los ojos, sé que si los cierro las imágenes se sucederán y tengo miedo, mucho miedo de confirmarlas.

—La última noche que te hice el amor ya no eras mía. Tenías la mirada vacía, sin ese brillo que aparecía en tus ojos cuando me mirabas antes. Y te busqué...

—No, por favor.

Me besa el cuello aunque yo intento apartarme. Pero me quedo sin fuerzas, de pronto me siento débil. Es como si mi ser saliera y entrara en mí varias veces. Veo doble y a él lo veo borroso, y, sin entender cómo, tan pronto está a centímetros de mí como más lejos.

Me parece oír un grito, una voz masculina.

Desorientada, me apoyo contra la pared, doblada hacia adelante. ¿Qué me pasa?

—¿Cómo pudiste?! —pregunta alguien.

—¡Tú!

Oigo un golpe, un golpe seco que me deja helada. Estoy aturdida. No puedo enfocar la vista...

Ahora me parece ver a dos hombres... que vienen hacia mí. ¿Leo? Sólo es él. Sus manos me acunan la cara y me ayudan a incorporarme. Noto un temblor, desconozco si es suyo o mío. Tengo frío... me encuentro muy mal.

—¿Estás bien?! —Creo que asiento—. Vámonos a casa. ¡Lo voy a matar!

Leo me coge en brazos a toda prisa, metiéndome en su coche. No sé si está cerca o es que no controlo la distancia. Lo veo furioso, con rabia. Entro y salgo de la realidad. ¿Dónde está Abel?

Yo estoy dentro del coche de Leo, que está helado y lleno de humo. Miro por la ventanilla, aunque me cuesta enfocar la vista.

—¡Leo! —grito. Tiene a Abel en el suelo, dándole puñetazos—. ¡L-Leo! —Vuelvo a llamarlo, saliendo del coche—. No merece la pena...

Me voy quedando sin voz, con las piernas totalmente flácidas, hasta que termino de rodillas delante del coche, con la frente apoyada en la rueda. Retrocedo sin ver nada, retrocedo a meses atrás...

Estaba en casa, sola, imaginando cómo sería el próximo encuentro con Torres. Tenía ganas de verlo, estaba loca por estar con él y pasar el fin de semana juntos. ¿Qué tenía aquella extraña relación que me alteraba tanto? Cuando oí que llamaban al timbre, pensé que sería algún vecino que me venía a pedir algo.

Era miércoles.

Al ver quién llegaba me quedé muda y no supe si volver a cerrar. El caso es que Abel no me lo permitió. Me costó asimilar que estuviese ahí. No sentía por él lo de antes, era obvio que toda yo lo recibía diferente. ¿Lo seguía queriendo? No lo sabía, pero su presencia me afectaba.

—¿Estás sola?

—Sí... —contesté insegura, cerrando la puerta.

—Estoy mal, Eva. Necesito que vuelvas a casa.

Me agarroté; no era inmune del todo a su deprimida voz.

—No volveré a pedirte nada ni a...

—Abel —dije sollozando.

—Ven aquí, por favor.

No supe qué pasó o cómo terminamos el uno sobre el otro, la ropa esparcida en el suelo, nuestros cuerpos unidos en el sofá de mi casa. Con la última embestida, la imagen de Torres se presentó ante mí, obligándome a dejar de ver a Abel como lo veía antes...

Noté que se rompía y no llegué al orgasmo. Abel hizo que lo mirara y yo lo esquivé, me daba vergüenza. No sentía nada. Echaba muchísimo de menos a Torres, y justo entonces, me arrepentí de lo que acababa de suceder.

—Eva —me reclamó Abel mientras me sujetaba el mentón.

—Ha sido un error...

—¿Por qué tu mirada es diferente? —preguntó. Tragué saliva—. ¡Mírame!

Con valor, lo miré a los ojos.

—Déjame —le pedí, empujándolo—. He conocido a alguien.

—¡Lo sabía!

Se alejó de mí y yo me acurruqué, aliviada de su peso.

—Te vas a arrepentir, Eva.

Me quedé de nuevo sola, aunque algo ya había cambiado en mí. Mis sentimientos eran otros. No volví a verlo.

Tiempo después, yo salía de casa de Torres, llorando, con aquel hilo de sangre que corría por mi espalda. Desolada.

Acababa de marcharme cuando sentí el asalto. Lo primero que pensé fue que me estaban esperando, pero ¿quién? Sería una coincidencia.

El encapuchado iba borracho, apestaba a alcohol.

Me asusté... temí por mi vida, hasta que pude huir.

No supe ponerle cara ni olor ni sabor a aquel monstruo que me acechaba. Sólo quería olvidar, olvidar ese momento, lo que acababa de perder. Dejar atrás la última época vivida. Por desgracia, hoy, dentro de esta especie de regresión o pesadilla, tras lo sucedido cuando aún estaba consciente, mis

sentidos reconocen al encapuchado como Abel. Sí, él fue la persona que me destrozó, y hace días yo le regalé mi cuerpo, el mismo del que él había intentado abusar.

Abro los ojos adormecida. ¿Qué ha sucedido? Estoy en la cama de un hospital, pero hoy la diferencia es que no estoy sola. A mi lado, sentado y con la cara magullada, está Leo. Preocupado, con las manos en la nuca, meciéndose adelante y atrás.

—L-Leo...

Mi voz le devuelve el color.

—Por Dios, Eva. —Casi se lanza contra mí. Se inclina sobre mi cara, con los brazos a los costados—. ¿Estás bien?

—¿Qué ha...? —La lengua se me traba.

—Has sufrido una importante bajada de tensión... —Me acaricia la mejilla—. La causa ya no importa.

—¿D-Dónde...?

—¿Confías en mí? —Se adelanta a mi pregunta con amargura. Afirmo débilmente—. Ya ha pasado, Eva. Todo está en orden. Se va a pudrir allí.

—¿C-Cómo fue capaz?

—Obsesión. Ese hijo de puta... —Cierra los ojos, como queriendo borrar las imágenes de su cabeza—. Llevo días loco y hoy he barajado esa posibilidad —reconoce, sin poder mirarme—. Por eso me he presentado allí. No sabía qué me iba a encontrar, pero era tan obvio... Está mal. Lo he dejado inconsciente, pero tendría que haberlo matado. Le voy a destrozar la vida encerrándolo. ¡Joder, Eva!

—G-Gracias, Leo —musito con un gemido.

—¡Ven aquí!

Por fin me abraza, rodeándome hasta que quiero llorar. Creo que por fin, y a pesar del dolor, estamos cerrando el pasado. Ya no hay nada que podamos hacer.

Me siento defraudada, una mierda. Decepcionada, engañada. Destrozada.

Me aferro a Leo y lloro contra su cuello; él me abraza con ternura, con ese cariño que es capaz de darme. Hasta me duele de tan fuerte como me

aprieta, creo que en cualquier momento me crujirán los huesos... Pero me callo, añoraba esta dulzura, la ansiedad que refleja al preocuparse por mí, lo que demuestra que me quiere aun a su pesar.

Me muero por conseguir esta seguridad que él me da. Sé que si estoy a su lado, bajo su mismo techo, estaré bien.

—Vámonos juntos el fin de semana —suplico entre lágrimas—. Llévame a tu casa, Leo, donde empezamos lo nuestro, por favor.

Él sigue abrazándome sin decir nada. Sus dudas no le permiten darme la respuesta que tanto necesito. Cuando finalmente se aparta, se sienta a mi lado y me coge las manos. Entrelaza nuestros dedos.

—Aquella casa está llena de recuerdos, Eva. —Me seca las lágrimas, con la cara contraída. Le duele lo que acaba de suceder—. No es buena idea.

—Por favor...

—Esta tarde, él y yo nos hemos visto. Te estaba espiando cerca de la inmobiliaria —explica y me hiela la sangre.

Él sigue acariciándome los nudillos. Me hace daño imaginar el encuentro, por lo que me niego.

—Le he advertido que si te hacía daño lo mataría, que nada me importaría. Sus ojos, Eva; ¿cómo no te diste cuenta de que era la persona que...?

Me encojo de hombros, llorando más fuerte.

—Lo he seguido a escondidas y le he hecho varias fotos, que le he enseñado a Carlota. Me ha dicho que le sonaba su cara, que había ido por casa hacía algún tiempo, preguntando por ti, pero que no le dio importancia.

Quiero acabar con esto o me volveré loca. La cabeza me da vueltas, las lágrimas me inundan como un río desbordado. Es un palo muy duro, pero ¿qué más puedo hacer? Asumir que, desde que se cruzó en mi camino, esa persona me destrozó.

—Te van a dar el alta, Eva. —Me levanta el mentón, veo que tiene la vena del cuello hinchada—. Y cuando salgas por esa puerta —señala con agresividad—, vas a olvidarte de todo. Todo quedará aquí. Vas a cerrar esta etapa, ¿me oyes?! —Asiento repetidas veces—. Él ya tiene su merecido, poco para todo lo que has sufrido tú y para lo que hemos perdido, lo sé, pero ya no nos queda otra.

—¿Me llevarás contigo?

—Cariño —susurra y se apoya en mi frente—, me has hecho mucho daño. Mi imaginación vuela oyéndolo hablar de ti y no lo soporto.

¡Maldito Abel!

—Perdóname.

—Ahora, y sin querer, yo también te culpo —reconoce, besando el camino de mis lágrimas—. Hace días me cambiaste por él, la persona que nos ha perjudicado tanto desde que nos conocemos. Quien te alejó de mí y te arrancó algo que sólo nos pertenecía a los dos.

Me toco el vientre.

—Tú también has estado con otras...

—¡¿No lo entiendes, Eva?! —Me sobresalto. Se aleja nervioso y empieza a caminar arriba y abajo—. Pueden haberte tocado mil manos, mil hombres, que yo me estaré muriendo de celos, rompiéndome por dentro, sí, aun sin pertenecerme... Pero ¡él! ¿Cuántas veces nuestra relación ha cambiado por su culpa? ¡Hasta hoy! No puedo más, Eva, ¡no puedo más!

—¡Lo siento! —Me incorporo desesperada—. ¡Llévame a tu casa, por favor!

No me contesta y sale de la habitación. Pasan más de diez minutos, durante los cuales yo me visto, sin parar de llorar. Cuando Leo vuelve, lleva unos papeles en la mano, deduzco que los informes y el alta. Miro la hora, son las dos y veinte de la madrugada. Él se me acerca y me acaricia la mejilla.

—Basta ya, por favor. Odio verte así. —Me pasa un brazo por el hombro, y yo me desahogo—. De acuerdo, llora, haz lo que tengas que hacer, porque cuando salgamos de aquí, ya no va a haber más llanto.

—Tengo miedo, y si no puedo...

—Chis. —Me acaricia el pelo y me besa la sien—. Podrás, Eva. Por favor, dejemos ese tema. No lo soporto, me duele demasiado. Te acompaño a tu casa.

—Déjame estar un poco en la tuya.

En silencio y agarrados, vamos hacia su moto. Tierno, me pone el casco y me ayuda a subirme. Luego me da una chaqueta motera y se sienta delante. Lo abrazo desde atrás, con la mejilla apoyada en su espalda, mientras el aire

helado me azota, al tiempo que me refresca el rostro.

Ya en su casa, me invita a entrar y me ayuda a desabrigarme. Pone en marcha la calefacción y enciende la tele, tras lo cual tira de mí hasta que me siento en sus rodillas. Nos miramos a los ojos y yo, tímida, hundo las manos en su pelo alborotado. Le acaricio las marcas que ha dejado ese cerdo en su cara. Gruñe.

—Me gusta esta Eva —susurra, rozándome los labios—. Fuerte, valiente.

—Leo... te quiero.

Cierra los ojos, inspira hondo y tuerce el gesto.

—Eva...

—No sólo te quiero. —Me mira, sabe lo que voy a decirle. Su cejo se frunce por la confusión. La tensión—. Te amo.

Suspira con agonía.

—Cariño, ahora lo sé —musita, repasando mis ojeras—. Como yo a ti...

Le agarro la cara y le muerdo el labio inferior.

—Leo, quiero estar contigo, necesito que me des una nueva oportunidad. Me he equivocado, lo sé, pero no puedo estar sin ti. No concibo la vida sin ti después de saberlo todo. Me dijiste que pertenecía a otro y así era... a ti. Primero a Torres y después a Leo, en lo que yo creían que eran dos cuerpos distintos, pero no, eran una misma piel.

—No sigas, por favor —implora compungido.

—Pasa el fin de semana conmigo y prometo acabar con esto.

—Te tienen que llamar para declarar —me recuerda.

—Ya no me afecta. Me han defraudado tantas veces que...

Pone un dedo en mis labios. Resigue su contorno. Yo le rodeo el cuello con los brazos, le hago cosquillas en la nuca. De repente deja de tocarme y se masajea las sienes.

—Deja de complicar las cosas, Eva.

—Entonces deja de rechazarme.

Suelta un prolongado y hondo suspiro.

—Quizá el próximo fin de semana, ahora necesito tiempo. —Reprimo una triste sonrisa—. Vuelves a ser la Eva que conocí. La que sonreía, lloraba, la que era humana.

—¿Me viste sonreír?

—Te conozco. Te vi incluso sin verte, sólo con el tono de tu voz sabía cómo te sentías. Si estabas bien o mal.

—Dime que me quieres —imploro de pronto.

—Te quiero, Eva. —Me aferro a su pecho—. ¿Y ahora qué?

—Abrázame.

Me estrecha contra su pecho y así permanecemos por un largo rato. No sé si son horas o minutos, hasta que una llamada nos saca de nuestra burbuja. Es la hora, la hora de dar un carpetazo a todo ese sufrimiento que guardaba dentro.

Vamos al juzgado para declarar contra Abel. Cuento mi historia, cada paso, cada segundo, cada momento que vivimos juntos.

No quiero verlo, ya ni eso quiero. Lloro al revivir el pasado, pero con una diferencia, que me siento liberada, siento que aunque no podré recuperar lo que perdí, se hará justicia. Me dicen que está mal, que se ha declarado culpable entre lágrimas de arrepentimiento, y que tiene dos costillas rotas por la paliza de Leo. Yo he explicado que fue en defensa propia.

Leo me espera fuera y no pregunta nada, sólo me abraza y me susurra al oído que quiere que esté bien, que me dará el fin de semana que le he pedido y que, a cambio, cumpla mi palabra.

Olvidar, afrontar la vida y vivirla.

—Te espero el próximo viernes cuando salga de Prohibido —le recuerdo.

—Descansa, Eva. —Se despide dándome un fugaz beso en la frente. Dejándome helada más tiempo del que puedo soportar.

Esa noche tengo que tomarme una pastilla para dormir, porque no es fácil conciliar el sueño, pero tampoco voy a recordar más lo que ha pasado. Abel me he hecho mucho daño, pero se acabó.

Así pasa una semana, en la que mi rutina se tuerce un poco, mientras finjo delante de mi familia y mis amigas. Lo que ha ocurrido quedará sólo para Leo y para mí. Mientras, recompongo los pedazos que no creí poder juntar de nuevo.

Por fin llega mi esperado viernes y ya estoy más recuperada. Leo no está yendo al trabajo, lo que me preocupa. Aunque me dejó claro que estos días

iba a ejercer de abogado en una causa en la que se dejaría la vida: mi causa. Yo acepté sin poder evitarlo.

Los días han pasado lentamente, he navegado en cierta soledad.

Lo echo mucho de menos, cuento las horas que faltan para que esté con él esta noche. Confío en que anhela lo mismo que yo y que responderá a mi desesperada petición.

A las dos de la tarde vuelvo de la inmobiliaria, el día está siendo tranquilo.

Durante el almuerzo, mi padre y mi abuela se miran, se hacen señas... y consiguen que me ría. Me termino el plato, un riquísimo revuelto de habas. Estoy recuperando el apetito.

—Lo siento —murmuro, limpiándome la boca con la servilleta de papel—. Mi comportamiento últimamente ha sido horrible. Papá, lo siento, sé que estás haciendo esfuerzos y yo...

—Olvídalo, no lo vuelvas a hacer y ya está —Le cojo la mano y se la aprieto. Me emociono, hace mucho que no tenemos un acercamiento tan sentido—. Quiero que estés bien, el resto me sobra.

—Qué bien —interviene mi abuela, con cara de emoción—. Tu padre tiene algo que contarte, Eva.

—¿El qué? —Lo miro. Noto el temblor de la mesa, por la advertencia que le hace a mi abuela por debajo—. ¿Qué pasa?

—Ha conocido a una mujer.

No doy crédito.

—¿Te acuerdas de que el otro día enseñó un piso tarde? —pregunta mi abuela. Afirmo con la cabeza, sonriendo cómplice al mudo de mi padre—. Pues era ella; anoche cenaron...

—¿Y cómo se llama? —pregunto, sin saber cómo se hace esto.

—Ana —dice por fin mi padre.

—Ah, pues me alegro mucho. Quiero decir, bonito nombre —murmuro, abriendo un yogur—. ¿Cuándo podré conocerla?

—Espera un poco —me pide con cautela.

—Es como tú, nena —comenta mi abuela con una carcajada—. ¿Cuándo nos vas a presentar al chico por el que andas loquita?

—¿Perdona? —Me atraganto con el yogur.

—No te hagas la tonta.

—Yo... er...

Llaman al timbre y yo aprovecho para excusarme y salir pitando hacia mi habitación. *Miau* está en mi cama, adormilado; me tiro a su lado y le beso el cogote.

—Perdona si te tengo abandonado —murmuro—. Pero todo ha pasado ya.

Tengo muchas cosas que hacer, como por ejemplo preparar una maleta para el fin de semana. La llenaré de ropa sugerente, atrevida. Qué nervios. Voy sacando y ordenando el mini equipaje.

—*Hello!*

¡Qué susto! Mis tres mosqueteras irrumpen en mi habitación. Rebe, como siempre, haciendo la ola con ese movimiento tan gracioso del cuerpo.

—Anoche Omar y yo hablamos —dice—. ¡Lo tengo a punto!

—¡Qué bien! A por él, no te rindas, ¿eh? —digo, dándole dos besos—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Saber, gatita. Saber —dice Pam y carraspea, mientras toca las prendas que he metido en la maleta, que yo cierro casi pillándole los dedos—. ¡Ay! Pero ¿adónde vas?

—Voy a pasar el fin de semana con Leo. O eso espero...

Las tres se quedan pasmadas. Supongo que no entienden que si no lo tengo confirmado esté haciendo la maleta. Pero me da igual lo que piensen. Estoy ilusionada. Con ganas. Perdidamente enamorada y desesperada.

—Me encanta —dice Erica dando palmas. Rompiendo el hielo.

—¡Me vais a matar! —Ya está Pamela—. Hasta he discutido con Eloy, diciéndole que él tenía que saber por qué Leo no había ido a trabajar. Me ha dicho algo muy raro, algo de que estaba haciendo unas gestiones como ¿abogado? No me he tragado una sola palabra.

Abogado, sí. De un caso del que quiere ocuparse exclusivamente. El mío.

—No estoy muy enterada —la esquivo—. ¿Y la boda cómo va?

—¡Fatal! Vaya padrinos que nos hemos buscado.

—Lo siento, te prometo que la próxima semana seré toda tuya.

—Y esta noche —ronronea—, ¡polvete, polvón! Que te la va a meter hasta el fondón. ¡Toma cómo te canto!

Las cuatro sonreímos, sobre todo al oír que Rebeca murmura:

—Qué guapa está, ¿verdad?

Yo estoy histérica, porque se acerca la hora de nuestra supuesta cita. Al prepararme en Prohibido hasta me cuesta hacerme el moño.

—Con un par de horquillas aguanta —dice Lili, mi compañera, ayudándome—. Estás espectacular.

—Gracias. Por cierto, ahí tienes más regalos que llevarte.

Mientras Lili va por las cosas que suelo regalarle cada semana, esos obsequios que no quiero aceptar, Oliver aparece en el umbral de la puerta y observa el conjunto que llevo hoy. De un verde precioso, llamativo. A juego con los zapatos de plataforma. Me mira cariñoso, no del modo en que me inquieta, sino de la manera que necesito. La de un jefe... un amigo.

—Ahí está tu amigo —suelta, encogiéndose de hombros con una sonrisa—. En la barra, sin mirar. Supongo que hasta que salgas tú.

¡Sí! Madre mía, madre mía. Quiere decir que sí, que acepta. El corazón se me pone a mil. Siento ese hormigueo que distingue qué es amor, querer a una persona con una intensidad que te deja sin respiración.

—Ya. —Me tiembla la voz—. Gracias.

Me sonrojo. En un impulso, cojo el móvil y le escribo un mensaje.

Este número va para ti, todo lo que haga, cada movimiento, cada mirada, cada gesto, será tuyo. Como mis orgasmos.

P. S. Tu gatita. Sólo tuya.

Sé que es un atrevimiento por mi parte, pero me da igual. Quiero que le quede claro que este fin de semana voy a por todas, a tenerlo, porque nunca debí perderlo. Aunque en realidad nunca ha sido mío.

—Vamos, Gata —me anima Oliver—. Cómete a tu público.

Al salir, la melodía y la letra me invitan a moverme de una manera más exquisita, sensual. Como dice la canción, voy por él... sólo por él. Lo busco entre la gente, recorro la sala hasta verlo. No atino, me cuesta coger la postura. Ya que sólo quiero mirarlo, bajar y besarlo. Fugarme con él. Sus ojos se clavan en mí, se le iluminan cuando yo le dedico una sugerente sonrisa.

Me bajo del escenario, paseando de mesa en mesa con contoneos de cadera. Deslizando los dedos por la madera y regalando miradas cargadas de

erotismo, aunque todas van dirigidas al hombre callado y taciturno de la barra. Reconozco que me exhibo más de la cuenta, que me hago notar más de lo que debo. Todo por él, para que se sienta orgulloso de mí, para que se muera de ganas de que acabe mi turno, llevarme a su casa y dedicarnos el tiempo que necesitamos para hablar, besarnos y amarnos.

Me doy la vuelta, regresando a mi puesto en el centro de la tarima. Moviéndome sin piedad. Mi sorpresa es que cuando vuelvo a buscarlo con los ojos... él ya no está. Me inquieto. Con disimulo, lo busco por todo el local. Oliver, que se percata de mi desconcentración, señala hacia la puerta. ¿Leo se ha ido?

Con los últimos compases, mi mente se acelera. Pienso dónde puede estar y me hago una ligera idea de su paradero. Pero no lo entendería, hemos quedado. Ha estado aquí, lo que quiere decir que acudía a nuestra cita.

Me devano los sesos barajando mil posibilidades, descartando las que menos me gustan. ¿Realmente no quiere que lo nuestro funcione?

Una vez acabo, salgo disparada, incluso con el maquillaje y la ropa del número que acabo de terminar. Parece una huida, porque ni siquiera me despido de nadie. Cojo mi bolso, la chaqueta y entro en mi coche con un cigarrillo en la mano. El temblor que tengo hace que ponga el coche perdido, lleno de ceniza. Lo cual no me ayuda.

Pongo el coche en marcha y acelero, estoy muy cerca de saltarme una señal de tráfico. Cuando consigo llegar, me he fumado más de tres pitillos, estoy sin aliento. No me importa si me ve, cruzo las puertas de En la oscuridad como un huracán.

Se me va de las manos, siento que lo nuestro se me escapa tan pronto como veo que levanta tres dedos hacia la recepcionista, y tira de Sarah con la otra mano.

¡Mierda!

Me como las uñas, me desquicio, con ganas de golpear la pared. Un momento... Lo veo tambalearse. ¿Ha bebido mucho en Prohibido?

—Por favor, la tres —le pido a la mujer de recepción, que hoy no se inmuta.

—Cinco minutos.

Logro colarme a tientas. Lo primero que oigo es un brusco gemido de

Leo...

Y sé que ha llegado el momento de enfrentarme, de dar luz definitiva a esta oscuridad que nos persigue y que consigue arrollarnos.

Déjame quedarme

Estoy en la cama, no sé cómo he terminado aquí, sólo que noto las manos de Sarah intentando abrirme los botones del pantalón. Se me escapa otro gemido, porque me acaricia por encima de la tela y mi mente ya fantasea con que sus manos son las de otra, menos brusca, más sutil. Advierto que se detiene cuando la puerta se cierra. Poco después, el peso de otro cuerpo hunde el colchón salvajemente, otro cuerpo que viene directamente a por el mío.

Sarah ha aceptado mi condición: permitir que se nos unan otras, por lo que no puede quejarse. No quiero estar con una sola mujer.

Eso es más íntimo y no quiero hacerlo.

No entiendo la rapidez con que se deshace de Sarah, haciendo que se aleje, a regañadientes pero sin protestar, como le he pedido. La nueva se coloca a horcajadas sobre mí. Me da lo mismo una que otra, porque no estoy con ninguna de ellas. Imagino los vídeos y la cara de placer de Eva mientras me mira.

Echo la cabeza hacia atrás, abarcando su cintura. «Señor», mascullo entre dientes, con el recuerdo de Eva moviendo las caderas para todos durante su baile. Con sus ojos azules que sonreían para todos los hombres que babeaban por ella, mientras que mi cabeza estaba colapsada por su caso, nuestro caso.

He tenido que ver a Abel, sin poder destrozarlo, como hubiese querido, por cómo ha arruinado mi vida con la mujer que quiero.

—Bésame —me implora de pronto la nueva compañía con una voz dulce, baja. Me besa el cuello, tensándome—. Por favor, sólo a mí.

Intento negar, pero sus manos me sujetan la cara y su boca seduce a la mía con un gesto posesivo que me descoloca. Me impresiona, me desarma. Me besa con dureza, reclamándome con intensidad, con fiereza. Lo peor de todo es que se me mezclan dos mujeres. Eva y la chica del otro día... Los olores se fusionan, como nuestros labios. La saliva. Me lleva al límite, me calienta.

La aprieto contra mí y recorro sus muslos. Me dejo tocar más abajo por quien interpreto que es Sarah. No lo sé... Estoy desconcertado.

—Párala, por favor —susurra contra mi boca—. No la toques como a mí.

Es como si estuviese escuchando a Eva, que me suplica que no desee a nadie como a ella. ¿No entiende que tampoco podría? Sólo quiero desahogarme, olvidar una vez más.

Desesperado, tomo el control y le doy la vuelta, cambiamos la postura. Sin querer, aparto a Sarah, pero no me importa.

Con fiereza, loco, con una angustia que no identifico de dónde viene, meto las manos por debajo de la falda de la mujer apasionada que me ha ganado.

Lleva poca ropa y la cabeza me empieza a dar vueltas. Esta ropa... Estas medias.

—Leo —reclama Sarah.

—Espera —balbuceo.

Abro bien las manos, mordiendo el labio superior de la chica. Reconociendo el sabor de esa adicción que me tiene tan mal. Sabe a Eva, ¡a mi Eva! Repaso con los dedos sus facciones, en las que noto un imparable temblor. Cierro los ojos, aunque no veo nada, y descanso la frente contra la de esa mujer. Está helada, quieta. Ahora sin tocarme, incluso evita el contacto.

—¿Por qué huele a mi Eva? —pregunto al aire.

—Leo, basta ya —insiste Sarah, tirando de mí desde atrás.

Me sacudo, zafándome de sus garras.

—Vete —le pido—. Déjame a solas con ella.

—¡No!

El cuerpo de la chica tiembla, se altera. Con la palma, resigo su piel hasta el vientre, que se contrae al sentir mi tacto. Inspiro, casi ladro. Me concentro y hundo la boca en su cuello. No puede ser... es la misma con la que estuve el otro día; su inconfundible esencia se clava en mis sentidos.

No me rehúye. Sigo acariciando su pelo, el tacto de este... Vainilla. Meto la mano entre sus muslos, sin el menor control. ¡No puede ser! Mi cuerpo se revoluciona, se me cierra la garganta. Le beso el mentón, echo su cuello hacia atrás con las dos manos. Noto que se estremece... Casi me convulsiono.

Me siento como aquellos días en los que, sin luz, me palpitaba el corazón acelerado. Mi ansiedad crecía ante su visita... ¡¡Que no, joder!!

—¿Eres tú? —Se me escapa la pregunta, temiendo que se me escape ella—. Eva, ¿eres tú?

Cuando, violentamente, me acaricia la mejilla, aprieto la mandíbula. Vuelvo a la realidad, aborreciéndome. Es Eva, sé que es Eva, no tengo dudas de que es ella. Lo presiento. Su cuerpo me lo dice, el mío lo reconoce. Su olor, su sabor impregna cada rincón de esta habitación. Y yo con otra... aun queriéndola.

¡No, no y no! No tengo perdón, pero ha sido tan duro volver a verla allí bailando, como el día que la encontré de nuevo, bien, feliz, mientras yo he pasado unos días de mierda, con las imágenes del forcejeo...

—Lo siento, lo siento —susurro y me dejo caer contra su pecho. Que sube y baja, intuyo que está llorando. Desgarrándome.

¡¿Por qué?!

¡¿Qué hace aquí?! No me abraza ni me rodea con las piernas.

Señor, ¡¿qué estoy haciendo?! Es aquí donde me siento como debo. Sobre su cuerpo. Su corazón late a una velocidad vertiginosa. Temblando, sigo un camino de besos por sus brazos, su cuello. Ella se hace pequeñita, se encoge.

Sin necesidad de que me diga nada, sé que no me estoy confundiendo. Que no es una fantasía. Sé que es Eva, que es la misma del otro día, la que tanto me desconcertó. ¡¿Cómo pude?! Era tan obvio que me sentía así porque era Eva.

De pronto, la claridad rompe el hechizo, la intimidad de nuestras pieles

reconociéndose en la burbuja que formamos y seguimos manteniendo después del tiempo. Una luz me da directamente en los ojos, molestándome. Veo a Sarah delante de mí, con los brazos en jarras, enrabiada y asqueada.

No tengo que levantar la vista para confirmar lo que ya sé... Que Eva se ha arriesgado por mí. Por lo nuestro, mientras yo trato de olvidarla.

—¿Por qué no lo dejas en paz?

La reclamación de Sarah me obliga a incorporarme lentamente. Me cuesta. Los ojos de Eva se clavan en mí con mil reproches. Con el dolor despuntando en sus facciones. Le he hecho daño, ahora lo sé.

Me he comportado como un estúpido cerdo. ¿Acaso ella hubiera deseado que todo pasara como pasó? Me dijo que me amaba. Que me quería... Y en vez de intentarlo, me he encerrado en mí mismo, he sido egoísta, le he dado una patada.

¿Cuántas noches soñé con escuchar cómo declaraba su amor por mí?
¡¿Cuántas?!

—¿Qué estás haciendo conmigo, Leo? —gimotea Eva, casi sin voz.

Niega una y otra vez con la cabeza, bebiéndose las lágrimas.

—Ibas a tocarla delante de mí, Leo —balbucea—. La ibas a... —No puede acabar.

Suelto lo primero que me sale.

—Estabas bien, ¡y yo viviendo un infierno! Yo...

—No eres la persona que yo creía, ¿cómo has podido? —Me tira del pelo, reclamando llena de impotencia. No puede controlar el llanto y a mí me desgarran su desolación—. Teníamos una cita, ¡una cita con la que yo estaba muy ilusionada! ¿Qué quieres? ¿Que me encierre y me pierda para siempre al saber que me he relacionado con una persona que... que me jodió la puta vida? ¡Quiero ser feliz, joder! ¡¿Por qué tiene que ser sin ti?!

Me da un empujón, alejándome de ella. Le imploro con la mirada, no sé cómo, estoy metiendo la pata. Si la miro, noto cuánto la quiero, lo que duele no tenerla. Tambaleándome, me siento en el filo de la cama y me sujeto la cabeza con las manos. Tengo mareos, no me encuentro bien.

Soy un mierda que no la merece.

—Te refugias en la bebida —prosigue y noto que se levanta de la cama—. Como él, Leo, ¡y mira qué me hizo! ¡¿Quieres ser igual que él?! ¡Mi

espalda, Leo, acuérdate!

¡Lo sé! No tengo el valor de mirarla, me duele todo. Tiene razón, llevo días, o semanas, alcoholizado para evadirme de la realidad, para olvidarla. Sin saber si cualquier día cometeré una locura, porque bebido nada me importa.

Él la tocaba, él intentó forzarla, él mató lo nuestro y a...

—¡Déjame solo! —grito, meciéndome adelante y atrás y consiguiendo que la habitación dé aún más vueltas—. ¡Fuera!

—¿Cómo permites esto, Sarah? —Oigo decir a Eva a lo lejos—. ¡¿Por qué te engañas?! Creo que no te merece la pena esto por conseguir, ¿qué?

—Me gusta y tú...

—¡Yo soy lo que busca y no es capaz de entenderlo!

Llora amargamente. Un nudo en la garganta me deja sin aliento. Me destroza verla así.

—Pero me rindo —continúa—, porque ya no puedo más. Me niego a tener que colarme en una habitación para prohibirle que esté contigo o con otras. Sarah... ¡lo quiero!

—S-Se me ha ido de las manos —reconoce ella.

—¿Cómo crees que me he sentido al...?

La bilis se me sube a la garganta al pensar en la situación a la inversa. Entrar en un lugar donde Eva estuviera con... Empiezo a vomitar, tengo sudores fríos. Las voces de ellas se pierden. Los oídos me pitan y no oigo nada más que mis propios y asquerosos sonidos.

Todo se vuelve confuso, odioso. ¡¿Dónde está Eva?!

No quiero que me deje, no ahora, o me iré a la deriva.

Está a mi lado, la siento intentando reanimarme.

Respiro, sin alcanzarla.

Creo que me viste. No lo sé, aprieto los párpados, no quiero abrir los ojos y ver en qué me estoy convirtiendo. En el mismo Leo que huía de los problemas, que no los enfrentaba. Dándole la patada a una persona que necesito.

A esta mujer que es toda mía. Nos hemos hecho daño los dos tantas veces que ya no quiero ni contarlas. ¿Por qué ha tenido que ser así siempre?

Si la amo tanto que no se puede explicar con unas jodidas palabras...

—Vamos a casa, Leo —me dice, colocando mi brazo en su hombro.

Me aferro a ella. Estará helada, mal, y no soy capaz de cuidarla. No me sostengo ni la veo.

—Haz un esfuerzo, por favor —me pide.

Creo que entramos en un coche, pero sigo sin ver nada. Me apoyo en su hombro, hecho polvo, y no sólo por la bebida, sino por cada error cometido, que han sido continuos, luchando con mis propios sentimientos por mantener mi orgullo por encima de todo. He comprendido cuánto ha hecho Eva para intentar solucionar las cosas. La otra noche me acosté con ella sin saberlo.

Doy asco. Intento cogerle la mano, pero me evita. Gruño en voz baja, no me extraña su gesto. Lo merezco, pero que no me deje, ahora no.

Me parece que vomito otra vez en una tapicería que no es la de su coche ni la del mío. Que me arrastran hasta no sé dónde.

Me doy pena, soy el Leo del que intentaba huir al llegar aquí. Ahora la herida es interna, de las que posiblemente duelen más. Como las que ella esconde y trata de obviar tras descubrir la verdad. Una verdad que yo he tomado de otra manera al juzgarla porque estaba contenta. ¿Acaso no es eso lo que le pedí?! La estoy volviendo loca, pero es ver su cara y la de él se me cruza, restalla como el látigo que yo estrellé en su espalda.

Se me ha ido de las manos. ¡¡Porque la quiero tanto que me puede el sentimiento. El dolor. Los celos!! La decepción...

¿Qué es esto? Agua, agua fría me cae por la cara. La miro, ella está aquí, me tiene en la ducha. Vestido. Enfriándome la cabeza.

—Me has decepcionado, Leo —dice, levantando la mano al ver que abro los ojos—. No pienso compartirte con nadie. No pienso entrar en tu sucio juego. Si me quieres, ¿por qué buscas en otro lado lo que yo puedo darte?

—¡Eva!

—Te doy asco después de que él... ¡Yo también me lo doy! Pero necesito que tú borres esas huellas, que me quieras de verdad, y no eres capaz.

Deja caer los brazos, negando con la cabeza.

—¡Irme de tu casa aquella noche fue lo peor que hice en mi vida, entiéndelo de una vez! —Se aprieta las sienes.

Sufro al verla y quisiera poder retroceder, no haberla dejado escapar, aunque hubiera estado con él.

—¿Quién eres? —pregunta—. No te reconozco como aquel hombre en el que me refugiaba.

—Te quiero, Eva. —Bajo la mirada, dándome cabezazos contra las rodillas—. ¡La he cagado, lo sé! ¿No ves que amarte tanto me está matando?

Se hace un silencio que me deja vacío por dentro.

—Me voy a casa... Ya estás a salvo —murmura ella, retrocediendo.

Aprieto los dientes. «¡No te vayas!».

—Deja de beber, por favor —añade—. Odio haber tenido que arrastrarte como hacía con mi padre.

—¡Eva!

Me da vergüenza mirarla a la cara; no soy capaz de levantarme. Por primera vez en mucho tiempo, lloro como un niño mientras el agua me ahoga. Me tiro del pelo y suelto un violento grito. La estoy perdiendo y lo peor es que soy yo quien la está echando de mi vida.

¿Soy feliz sin ella? ¡No! Entonces ¿por qué me impongo hacerlo? Eva no hizo bien al ir a buscarlo a él, pero se arrepintió. No es culpable de haber estado en sus manos tras haberla... No lo sabía. ¡No lo he sabido entender!

Ambos hemos cometido errores.

No volveré a beber. Tiene razón, estoy jodiendo mi vida como Abel nos jodió a Eva y a mí. ¿De qué me servirá todo si no está conmigo? Si deja de ser mía...

Aunque nunca lo ha sido realmente.

Salgo del cuarto de baño con la mente y las ideas aclaradas, aunque no por ello bien. Estoy mal, muy mal. No puedo estar de otro modo sabiendo el daño que le he causado. Sin verla a ella en una situación parecida y sólo con imaginarla, me partía en dos; ¿cómo habrá sido enfrentarse a ello directamente? ¡Mierda!

Entro en mi habitación, me desnudo y me pongo ropa limpia. No me importa exactamente cuál. Luego rebusco entre los cajones hasta encontrar lo que necesito: la llave.

Salgo de casa y entro en el ascensor. El trayecto se me hace eterno. En el espejo veo al Leo de aquella noche, cuando me descubrí la herida de la mejilla, que hoy no supone un problema en mi relación. Cierro el puño contra el reflejo, y tapo mi imagen. No soy yo... no soy yo porque no la tengo.

Sé que me estoy jugando que me eche, que su familia llame a la policía o... Meto la llave, despacio, cansado. Tengo los ojos hinchados por las malditas lágrimas que he derramado. La casa está a oscuras y voy directo hasta su habitación. Compungido, asomo la cabeza. Me maldigo al oírla llorar bajito.

Me mortifica haberla dejado así. Es Eva, la dulce... la mía.

Me arrodillo al lado de la cama, colocando la cabeza cerca de su vientre. Pega un salto, se asusta al verme. Su gato ronronea.

—¿Leo? —pregunta desconcertada.

—Un día te dije que entraría siempre que quisiera —susurro, tanteando la cama, buscando su mano. Inhalo al sentir que entrelaza sus dedos con los míos—. Lo siento, Eva... Me perdió ver que estabas tan bien tras lo que había pasado. Que lo hubieses asimilado tan rápido. Yo apenas he podido dormir ni vivir estos días.

—¿He de pedir perdón por querer recuperar mi vida?

Le beso los nudillos. Está más caliente, su piel me transmite calidez.

—Eva...

—Te quiero, Leo, basta de hacerme daño. —Llora sin consuelo—. No soporto saber que fui de él hace poco. No soporto que estés con otras... Me duele demasiado. Me duelen mucho los recuerdos, el pasado y el maldito presente.

Derrumbado, levanto la cabeza y le aprieto la mano. Llora a lágrima viva, esperando una respuesta. Algo que marque nuestro destino, un destino que ella selló cuando apareció en En la oscuridad, la primera vez que volví a sentir tantas cosas... Cautamente, me acerco poco a poco, creyendo que me rechazará.

Sus labios me esperan con agonía, con pasión. Me besa como si fuera una despedida que duele y que no quiero.

Torpemente, me abro paso en su cama, enredando las manos en su pelo.

—Déjame quedarme —suplico. Ella asiente desesperada—. No esta noche, Eva. Siempre, déjame quedarme en tu vida. Dime que podemos empezar de cero. Dímelo, por favor.

—Quiero creer que sí, Leo.

Solloza y me sujeta por el pelo, prohibiéndome marchar. Con una mirada

penetrante, se aleja apenas unos centímetros. Los suficientes para dejarse ver. Hay poca luz, la justa para que nos identifiquemos como la Eva y el Leo que reclamamos.

—¿Por qué no podemos querernos bien, Leo?

—No lo sé —susurro con sinceridad, acariciándole la nuca.

Rozo mi cicatriz y me sonrío con tristeza.

—Yo te quiero.

Directo al corazón, clavándose en él una y otra vez. Rozo su boca con la mía, y Eva pronuncia estas palabras que hoy por fin nos decimos con libertad.

—Quiero saber qué es amanecer con Leonardo Ferrer Torres, a plena luz del día. Sin escondernos. Necesito despertar contigo a mi lado.

—Eva —me lamento.

—¿Cuántas veces tendremos que separarnos y buscar en otros cuerpos lo que nadie nos podrá dar? —Me cuesta tragar y seco la humedad de sus labios—. Aquella noche no debimos jugar, no debimos probar algo que no sabíamos controlar. Pero pasó... y quiero olvidar. Por favor, Leo, ya basta.

—Lo siento. —Deslizo la mano por su espalda y le acaricio la cicatriz. Ella se encoge, con los ojos casi cerrados—. Te lo dije cuando me descubriste, Eva. Daría mi vida por borrar ese momento. Por no haberte causado ningún daño.

»Cuando supe que era él, créeme, me aguanté para no matarlo y...

—... destrozarme para siempre —acaba la frase, enjugando mi lágrima.

—Lo sabes.

—Lo sé —repito temblorosa—. Tenías una mirada asesina, buscabas venganza.

«Hasta que pensé que no merecía la pena ensuciarme las manos...».

—¿Qué vamos a hacer, Eva?

Ahora es ella quien me besa la cara.

—No lo sé, me parece que necesitamos tiempo, sin presión.

Quizá es la única salida.

—Tengo previsto un viaje a Canarias, quiero arreglarlo todo —confieso. Se pega a mí—. No puedo seguir así, Eva. Mi vida tiene que dar un giro.

Entrelazamos nuestras piernas, con miedo. Con el miedo de no saber sobrellevarlo, de que, a pesar de querernos así, no podamos seguir adelante.

Aunque veo en sus ojos tanto amor que sé que será posible. Porque ya no quiero pasar un minuto más sin ella. Porque es demasiado duro tener que fantasear con su presencia.

—Leo, dime que volverás y hablaremos, y que mientras estés lejos no...
—pide, apoyándose en un codo, cerca de mi cara. Asustada—. Por favor.

—No tocaré a otra. No puedo hacerlo. —La aprieto contra mi cuello, sintiendo el cosquilleo de su aliento, que tanto echo de menos—. Espérame, Eva. Quiero estar contigo, pero cuando hayamos sanado nuestras heridas.

—Leo, cuando vuelvas... acaba con este dolor —solloza.

—Lo prometo.

Días que van... Él viene.

Días van y vienen.

La cena de fin de año se me hace más corta de lo que esperaba. Con la abuela, papá, *Miau...* y hasta Ana. Una mujer a la que tengo tanto que agradecerle que no se puede hacer una idea. Está cambiando a mi padre, regalándole una nueva ilusión que lo aleja de la bebida. Es alegre, cálida... especial.

No he dejado de fijarme en cómo lo atiende, lo cuida.

Me gusta la cauta pareja que forman.

Al acabar, me despido de todos con un cariñoso beso y un abrazo. Son las doce y veinte de la noche, acaba de empezar el nuevo año... Ahora voy a celebrarlo con Pam y mis amigas.

Aún estamos más unidas, incluso he sacado tiempo de donde me parecía imposible para poder colaborar en algunos de los preparativos de la boda. Me he sentido como una mala amiga que no prestaba la suficiente atención al grupo como requerían ellas.

Pero mi día a día está en pleno cambio y compaginarlo todo no es fácil.

Ha sido un mes y medio complicado, en el que mi vida ha tomado un ritmo de vértigo. En la inmobiliaria, en el gimnasio, en Prohibido... Con nuevos proyectos. Sin Leo, porque ni siquiera nos hemos atrevido a

llamarnos, y creo que ha sido mejor así. Para curar las heridas, y dejar que se cierren las cicatrices, como él mismo dijo.

Y acabando con el tema de Abel para siempre. He tenido que asumirlo.
«Vamos, Eva».

En cuanto las chicas me ven llegar al enorme local en el que han planeado la fiesta, las tres mosqueteras corren hacia mí.

—Pero qué guapa va, ¿verdad? —exclama Rebe, con ese tono tan simpático como ella.

—Como siempre, de infarto —me elogia Pamela.

—¿Todo bien?

Asiento con la cabeza a la pregunta de Erica, saludándolas una por una. Ellas sí que están increíbles. Rebe vestido negro, Pam rojo y Erica plateado. Con el pelo recogido. Yo voy de dorado, con traje largo y trenza al lado.

—¿Una copa para celebrar la entrada del nuevo año? —me atrevo a pedir, ya que no he bebido nada desde que sentí que se me iba de las manos—. ¿Y Eloy?

—Con los chicos —se adelanta Rebe mimosa—. He tenido un gran acercamiento con Omar. ¡Me ha besado al felicitar me el año!

—Hombre, por fin —digo, caminando con ellas. No se me escapa el detalle del repaso que Erica le dedica a Miguel desde lejos—. Un momento, voy a saludar a mi entrenador y compañía.

—Nosotras vamos al baño.

Extrañada porque Pam habla en plural, las miro.

—¿Qué? Nos estamos haciendo pis, todas.

—Ah... pues no tardéis.

—Espéranos en la barra.

No sé por qué, pero en sus miradas veo algo sospechoso que me pone nerviosa. Caminan de la mano, entre risas, un gesto curioso para ir a compartir retrete. En fin...

Con una sonrisa, saludo a los chicos. Van elegantes, con chaqueta y corbata. Están animados y bromean entre sí, hasta Eloy me parece más atento que de costumbre.

No puedo evitar que, antes de darme la vuelta, se me escape preguntar:

—¿Sabes algo de él?

—No —me contesta sonriendo—. Ve a la barra, ahora me acerco y hablamos.

Otro que me manda a la barra... Camino hacia allá y me siento en un taburete alto, con lo que la raja lateral del vestido deja mi pierna al descubierto. Hoy llevo medias de encaje... unos taconazos como los que tanto me gustan y los labios pintados de un rojo permanente. Me gustaría que Leo me viera.

—¿Un chupito? —le propongo al camarero, que me sonrío—. Realmente no sé qué tomar. Dame un segundo a que lleguen mis amigas.

—Perfecto.

—Un Martini seco aquí, por favor —piden a mi izquierda, con un tamborileo.

Veloz, vuelvo la cabeza y confirmo que no me equivoco. Me tiemblan las piernas, el paladar se me reseca. Resoplo, pendiente de su reacción. No hace otra cosa que mirarme con profundidad, como si quisiera traspasarme. Casi consiguiéndolo. Tiene una mano en el bolsillo, con la otra se afloja el nudo de la corbata.

Siento un cosquilleo, no solamente en el estómago, sino en las manos, por las ganas que tengo de tocarlo. De acortar esta pequeña distancia. Lo analizo como él a mí. ¿Por qué no da el paso que, sin hablar, le estoy pidiendo? Está sereno y me extraña. Yo tengo que controlarme para frenar mis rebeldes impulsos.

¿No le pasa a él lo mismo?

Va muy elegante. Con corbata, cinturón, peinado y con algo de barba.

—¿Bailas? —pregunta serio.

¿Bailo? ¡Yo qué sé! Estiro la mano aceptando la suya, sin saber muy bien qué es lo que pretende. La conexión es evidente, como los chispazos que nos asaltan en el momento en que entrelazamos nuestros dedos.

Me lleva al centro de la pista, guiándome por la cintura hasta que mi mejilla y la suya se rozan. Nos amoldamos el uno al otro sin palabras. Apoyo la mano en su hombro, con la derecha aferrada a la suya. Inspiro hondo, llenándome los pulmones. Lo sigo en los lentos pasos que marca la melodía.

Descansa la frente en mi sien y de su boca brota un gutural sonido.

—Hola —susurra—. Feliz Año Nuevo.

—Hola... Igualmente.

Pierdo la noción del tiempo; se disipa al bailar así con él, tan pegados que puedo sentir su respiración acelerada en mi oído. Tan cerca que el vello se eriza con el roce. Es un baile íntimo, como si con el cuerpo nos quisiéramos decir lo que no somos capaces de expresar en voz alta.

Me transmite autocontrol a la vez que fogosidad con el solo gesto de demandar, de algún modo, mi contacto. De pronto, destruye la magia y me lleva de vuelta a la barra casi en volandas. Recuperando la actitud anterior.

Yo lo imito, descolocada, sentándome en el taburete. Como si lo sucedido hubiera sido un espejismo de mi imaginativa mente. ¿Qué ha pasado?

No me resisto y le sonrío abiertamente.

—¿Esto es todo? —pregunto sin preámbulos—. ¿No me vas a salud...?

Me obliga a callarme de la manera más vehemente posible.

Plantando los labios contra mi acalorada boca, que lo acepta, casi diría que con desesperación. No se lo pongo nada difícil, a pesar de lo juguetón que ha venido y de merecerse un buen desplante.

Me bajo del taburete y le rodeo el cuello con los brazos. Lo acaricio... Le consiento que me bese sin decencia, aquí, en público, y le correspondo con gemidos que escapan del fondo de mi alma.

—¿Cómo estás? —pregunta, tanteando mi cara y mi pelo, inquieto, y gimiendo contra mis impacientes labios—. Dime que lo has pasado tan mal como yo al no poder tenerme cerca.

—¿Lo preguntas?

—¿El qué? —responde, mientras me mordisqueea el labio superior con ansia—. El cómo estás o el dime que...

—Te he echado de menos, Leo.

No me puedo aguantar. Me palpita todo, porque sólo él es capaz de dejarme esa sensación tras besarme.

—Y yo a ti, Eva. —Cierra los ojos con fuerza—. Y yo a ti, tanto que el vuelo se me ha hecho eterno. Que las manecillas del reloj no corrieran. Que cada estúpido día que he pasado lejos ha sido una tortura. —Me examina y niega, sosteniéndome la mirada—. Tanto, Eva... tanto que he conseguido dar carpetazo a nuestros errores, porque me niego a seguir viviendo en esta soledad que es mi vida si no estás tú en ella. Eres la única persona que me

aleja de la oscuridad.

—No me digas estas cosas —imploro, pegando la frente a la suya.

—Te lo digo porque lo siento y porque me da la real gana de no esconderlo.

—Me gusta escucharlo —confieso sin apenas voz—. Me gusta porque yo me he sentido igual. Porque nunca he deseado tanto ver, abrazar y tocar a alguien como a ti. Porque he sufrido pensando en si sentirías lo mismo o con la distancia no lograrías superar lo que...

—De cero —me interrumpe, y me aferra por la cintura. Me aprieta contra él, mordiéndose el labio, impulsando la cabeza frenéticamente hacia adelante, para retroceder enseguida, controlándose—. Sí, sabes que estoy haciendo un esfuerzo para no montarte sobre la barra y demostrarte todo lo que te quiero.

—Leo... —lo regaño, quizá demasiado tontita—. Tenemos que hablar.

—Largo y tendido.

Me retiro un poco para poder mirarlo, pero no sé si es peor, pues más ganas tengo de estar a solas con él. Su labio metido hacia dentro me demuestra que sus palabras son ciertas, que sonrío de verdad.

La claridad de su mirada me transmite que no hay reproches. Empiezo a jadear, su mano está bajando y masajeando mi trasero.

—¿Nos vamos? —Frunce el cejo y yo aclaro—: A hablar.

—Ya.

Pero no se mueve, no disimula sus ganas de verme.

—Estás impresionante, Eva. —Su mirada se desliza por mi discreto escote—. No puedes hacerte una idea de... ¿Te la haces?

—Creo que sí. —Señalo más abajo, hacia el bulto de su pantalón. Una prominente erección que me invita a todo tipo de fantasías que no quisiera cumplir sin tener una conversación seria antes.

—A ver... —Se aprieta las sienes agobiado—. Vamos a la mesa del fondo.

Me coge la mano y le hace el pedido al camarero, señalando el lugar que acaba de mencionar. Ni siquiera me extraño cuando, de lejos, veo a mis tres amigas con los chicos, riendo. Sé que ha sido una encerrona.

Y me encanta.

—¿Qué esperas? —pregunta sin rodeos, tras sentarnos.

No muy lejos el uno del otro; nuestras rodillas se rozan y la raja de mi vestido aumenta su presión. No consigue estarse quieto y el nudo de la corbata cada vez le molesta más.

—No sé por qué contigo me resulta todo tan difícil —me sincero y doy un sorbo al Martini que me ofrece. Bien—. Siento que las cosas eran más fáciles cuando no lo parecían. Cuando yo no sabía quién eras.

—Pero me quieres —afirma y por primera vez parece inseguro.

—Eso ya lo sabes, Leo. Pero hasta ahora no nos ha bastado. A veces siento que somos dos auténticos desconocidos que se aman sin entender por qué.

—Yo sí lo entiendo. —Se inclina hacia adelante, brusco, intimidante—. Porque no hay nadie como tú, Eva. Nadie capaz de hacerme sentir tan vivo, nadie que me haga sentirme igual que cuando tú me besas o me miras de esta forma tan tierna como justo lo estás haciendo ahora.

Toda yo me derrito. Todo mi cuerpo manifiesta la emoción que me embarga al oír sus palabras.

—¿Y por qué esta distancia? —me quejo, señalando nuestras manos que ni siquiera se buscan—. ¿Por qué? Si se supone que los dos hemos pasado días difíciles por no tenernos cerca, si nos duele tener que haber dejado pasar tantas noches para superar nuestros problemas...

Se hace crujir los dedos, con la respiración más acelerada a medida que hablamos.

—Porque estoy conteniéndome para no abalanzarme sobre ti y demostrártelo de la única forma que sé, que es besándote, tocándote... haciéndote el amor.

Lo enumera de una manera tan intensa que me siento vulnerable.

—¿Y si lo estoy deseando? —murmuro, con un nudo en la garganta.

—¿No te importa dejar tiradas a tus amigas? —pregunta, ronco.

—Me temo que...

—Es lo único que me retenía aquí. Ven.

Levanta la mano y se despide de todos en nuestro nombre, mientras se me lleva casi en volandas. El hecho de que no me haya dejado terminar la frase no me molesta, es más, lo estaba esperando. Es dejar esa contención a la que no estoy acostumbrada. Casi aterrizo de rodillas delante de una ¿limusina?

—Tenía preparada una noche a lo grande —me susurra, abriéndome la puerta como un perfecto caballero—. Esto no es todo lo que quiero ofrecerte, no sólo una noche, Eva. Pero hoy lo necesito.

Me arrastro por el asiento hasta llegar a la otra esquina del mismo. Con los ojos vidriosos. No vemos al conductor, por lo que deduzco que él tampoco nos puede ver por el cristal que nos separa. Leo no lo permitiría. En cuanto él también se acomoda, apago la luz de arriba, quedándonos a oscuras una vez más... y me siento sobre él.

Leo tampoco tiene paciencia; su mano ya trepa por mi muslo, y gruñe al tocar el encaje de la media.

—Muy bien —brama—. Sin riesgo de que nos vean.

—Yo...

—¿Me deseas como yo a ti?

Afirmo con la cabeza sin parar, desabrochándole el pantalón. Resoplo al liberarlo. Es todo mío.

—Joder, Eva. Adoro tu forma de tocarme.

No hay luz, pero imagino la manera en la que seguramente me estará mirando. Noto la impaciencia de sus manos acariciando mi piel mientras avanza. Me quedo sin respiración, siento cerca la humedad de la punta de su miembro. Rozándose entre los pliegues de mi sexo al retirar la braguita, ahora ya sin ningún impedimento.

—L-Leo...

—Te voy a partir en dos. Quiero que me folles hasta destrozarme.

«Joder».

—Me gusta este Leo directo —murmuro, envolviéndolo con la mano. Subo y bajo—. Te echaba de menos, cariño.

—Joder, Eva. ¡Y yo!

Me atraviesa tan rápidamente que siento un dolor agudo en la zona. Pero ni siquiera tengo opción de quejarme. Su boca es brusca, violenta, me reclama con los cinco sentidos. No me da un respiro y lo necesito, ya que el primer empujón me ha dejado impactada.

—Siente las huellas que dejo en tu piel —clama contra mi boca, meneándome a su capricho, deslizando las yemas de los dedos por mi cuerpo—. Nota cómo borran las de todos aquellos que intentaron hacerte sentir

como yo.

—Leo...

—¡Chis!

Conmigo encima, se lanza hacia el asiento de enfrente. En una postura incómoda, con medio cuerpo fuera y que a Leo no le ocasiona ningún tipo de problemas, se acomoda sobre mí, ensartándome de lleno hasta que tengo que gritar, dejándome la garganta en cada embestida. Sus labios son duros, exigentes. Sus manos me ordenan, piden mi completa rendición, que yo, rematadamente enamorada, le entrego.

No sé dosificar la pasión, el deseo y el anhelo que siento.

Me fundo en su piel como Leo en la mía. Me da tan duro que mi voz se quiebra cada vez que intento decir algo coherente. Me acostumbro a su calor enseguida, ese que me envuelve y me domina cada vez que me penetra.

Uno, dos... Creo que son siete seguidas, sin pausa. Y yo me entrego sin condición. Lo amo. Mi instinto me lo pide... soy su prisionera.

—¿Te gusta? —jadea, resbalando por mi cuerpo vertiginosamente.

—S-Sí.

Le tiro del pelo, alzando las caderas, ansiando la penetración que me deje muerta y, cuando llega, pierdo la fuerza. Leo me tiene que elevar cogiéndome por el trasero para encajar plenamente en mí. No me salen las palabras, siento cómo vibra, cómo detona con una potencia que me desborda.

—¿Bien, Eva? —E insiste con la misma intensidad—: ¿Bien? ¿Estás bien?

—Te amo...

—Sí, joder. Y yo. Más que ayer y menos que mañana.

—Cállate ya. —Nos besamos una vez más, locos, como si fuera la última—. ¿Adónde me llevas?

—A mi casa, Eva, necesito dormir contigo.

Su cara sudorosa se frota con la mía, buscándome. Sé que me anhela. Mis manos lo acarician cobrando vida propia. Hasta que con un apasionado mordisco, se incorpora.

A tientas, enciende la luz. Su primera reacción es comerme a besos.

—Ahora mismo tienes la expresión más exquisita que jamás haya visto.

—¿Será porque estoy enamorada? —respondo temblando.

Sigue dentro de mí y yo siento que jamás quiero perder esto tan extraño que tenemos.

—Quiero creer que sí. —Con el pulgar palpa mi labio—. Afortunado de él. —Me guiña un ojo y me besa la punta de la nariz—. Cariño, ya no te me escapas.

—No quiero... —Le sonrío—. Átame a tu cama... a tu vida.

Su mirada tan oscura se transforma en ternura.

—No me des ideas con lo primero. Lo segundo, acabas de sentenciarlo al haberte entregado a mí ahora.

Le acaricio el pelo.

—A lo bestia, como tú.

Nos echamos a reír entre abrazos. Hasta que unos golpes en la ventanilla nos hacen saber que hemos llegado. Nos apartamos corriendo, arreglándonos la ropa a toda prisa. Yo estoy nerviosa como si me hubieran pillado.

Menos mal que al salir la calle está desierta.

—Mierda —masculla, Leo, rebuscando en los bolsillos—. He perdido las llaves de mi casa o las habré dejado en alguna parte.

—¿Y esas? —Señalo las que cuelgan de su pulgar.

—Las de la tuya. —Sonríe—. Por si acaso.

—Pues vamos —propongo, sin pensar en la de gente que puede haber en casa o en si nos descubren.

En el ascensor, los besos y arrumacos se suceden, esto es algo mágico, tan esperado...

—Chis —le chisto al llegar a casa.

Como dos fugitivos cruzamos el salón. Tenemos la suerte de que hay silencio, duermen o quizá no estén. *Miau* no se percata de nuestra presencia.

Al entrar en mi habitación sobran las palabras.

Destapo la cama, tumbándome de lado y le hago un hueco.

—¿Y ahora, Eva?

Me acerca a él, mientras yo apoyo un codo vuelta hacia su cuerpo, desbordada por la ternura que sólo él sabe sacarme.

—Ahora a empezar. Dame lo que me prometiste. Nuestro fin de semana, por favor. Lo necesito, Leo. —Se limita a asentir—. ¿Estuvo allí...?

No llego a decir «Viviana», porque se me seca la boca.

—En la habitación oscura nunca.

Me aferro a su corbata.

—Me muero de celos.

—Y yo, Eva. Pero este tiempo los dos hemos cumplido. —Intuyo que me pone a prueba, mientras confiesa no haber tocado a otra. Asiento—. Olvídalo ya.

—Dime que dejaremos atrás lo que... —pido, poniendo la mano en su corazón—. Dime que nos sentiremos afortunados por amanecer juntos. Sin barreras, por favor.

—Lo prometo, Eva. —Me acurruco contra su pecho, aprisionándolo hasta que mis nudillos pierden el color—. Lo prometo, cariño. Se acabó. —Me besa el cabello—. Se acabó vivir sin la persona que más amo en la vida.

¡Oh, por Dios! Se me escapan unas lágrimas de alegría.

—Tú eres lo mejor de la mía, Leo.

Es mi último pensamiento. Él... Sus caricias... Su olor. Mi Leo.

Sin soñarla. Ahora está aquí

El sonido del teléfono me desvela. Adormilado, lo busco en el bolsillo de mi chaqueta antes de que despierte a Eva. La miro, cerciorándome de que está aquí, y vuelvo a respirar. Es un mensaje de mi madre... Le resto importancia ante la visión con la que me encuentro. Ya estoy aquí y Eva está conmigo.

Cierro los ojos y por un segundo fantaseo con lo que vivimos en mi casa, a oscuras. Cuando intentaba descifrar cómo era su cara o adivinar el color de sus ojos. Sonrío, agachándome, y dándole un delicado beso en la frente.

Otro mensaje, que, en este caso, sobresalta a Eva.

Pongo el móvil en silencio, y paso un brazo por debajo del cuello de Eva, estrechándola, mientras leo el mensaje con la paz necesaria.

Tu hermana me ha dicho que urge que firmemos los papeles mañana y hacerlo todo oficial pasado mañana, para que ella viaje a Estados Unidos y los entregue dentro del plazo. Sé que es Año Nuevo, no entiendo por qué no lo has pasado con nosotros. Alba ha quedado contigo temprano; ¿a qué hora?

Eva se mueve, persiguiendo el calor de mi cuerpo. Tecleo.

Quiero pedirles algo importante para mí. Eva y yo nos hemos reconciliado. No puedo ir... ¿Por qué no venís vosotros y de paso comemos todos juntos?

Es el único modo que se me ocurre de compensarlos por no haber estado con ellos. De hecho, justo cuando daban las campanadas, yo aterrizaba. La sola idea de ver a Eva merecía la pena. Me estaba muriendo por hacerlo.

He vivido en una constante agonía sin tener noticias tuyas.

Cielo, tu padre está considerablemente mejor, pero ¿te das cuenta de lo que nos pides? Además, Alba no está y no sé a qué hora podré localizarla.

Entonces olvídale. Lo siento, no puedo dejar a Eva. Ya lo tramitaré en otro momento, aunque haya que pasar por otro proceso... Mañana hablamos, ahora no quiero despertarla. Buenas noches.

Me vuelvo un poco para dejar el móvil en la mesilla. Eva, que siente que me alejo, me da un tirón de la solapa de la chaqueta y abre los ojos con expresión asustada. Le pellizco la mejilla, cariñoso.

—No te vayas —implora.

—Claro que no. —Le aparto el pelo de la cara. La trenza se le está deshaciendo y ella se la suelta con rapidez—. Estaba respondiendo a un mensaje.

—¿A estas horas?

—Era mi madre. —Sonrío, quitándole hierro al asunto. Odio que se inquiete sin motivo. No me iría, y menos sin avisarla—. Ven aquí, duerme.

La estrecho contra mi cuerpo y cierro los ojos. Sin soñarla; ahora está aquí.

Amanecer con él

Oigo la puerta de la habitación y me hago la dormida, tapándonos hasta arriba. Sé que es mi abuela, pero al ver mi gesto se va. Me quedo debajo de la manta, con la cara de Leo a escasos centímetros.

Resoplo varias veces, hasta me da miedo tocarlo.

Está guapísimo, quieto, tan tranquilo...

No me quiero despertar de este sueño. Ni me pellizco. Me da pánico descubrir que lo de hace unas horas es mentira o una falsa ilusión, como otras frustradas madrugadas en las que me despertaba sola... Aunque la prueba de que es real es que está a mi lado, sin haber tenido que terminar necesariamente en sexo tras habernos acurrucado en la cama, porque lo nuestro va más allá.

Siempre ha sido más que atracción o deseo.

Me encanta su mano en mi cintura, la manera en que, como un imán, su cuerpo se une al mío. Sonrío en silencio, porque llevo añorando esto tanto tiempo... Recuerdo cuando por las noches me arropaba tras llegar los fines de semana. Cómo me cuidaba, me mimaba. La de veces que pensé lo que daría por ver su cara al despertar y ahora está aquí. Torres.

Me atrevo a rozarle la mejilla, tan suave que él no se inmuta. Si supiera que incluso con la marca es tan atractivo que me deslumbra, que su cicatriz

nunca hubiese supuesto un problema entre nosotros.

Habríamos llevado una vida normal...

De pronto, tengo una idea. Sorprenderlo cuando se despierte, así que le doy un leve beso en los labios y me suelto de su abrazo. Me parece oírlo gruñir, pero sigue dormido. Todavía llevo la ropa de anoche y no creo que sea adecuado presentarme así.

En el vestidor me pongo un camisón y una bata.

Lo miro por última vez y doy saltitos ñoños. Quiero gritar «¡Soy feliz!». Hemos tenido que pasar por todo tipo de situaciones para llegar aquí, pero me da igual. Ya no me quiero cuestionar nada de lo de antes. Sino vivir el futuro que deseo construir a su lado. Sin reproches, sin nada que nos separe.

«¡Vamos, Eva!».

Vaya. Cuando estoy cerrando la puerta, choco con mi abuela.

—Ups —carraspeo.

—Cansada, ¿eh?

—Em... Sí —digo, quitándole de la mano una galleta—. ¿Y papá? Necesito una charla a tres.

—En la cocina, preparándote un té.

—Bien —murmuro nerviosa—. ¿Vamos?

—Uh, qué misteriosa.

Me hace reír. Me coge del codo y vamos a la cocina. Mientras, pienso en la forma de abordar el tema. Nunca le he hablado a mi familia de ninguna pareja. Con Abel él se empeñaba en mantenerlo en secreto. Rechazo el pensamiento enseguida, como si nada. No me influye, trato de convencerme.

En cuanto veo a mi padre casi me retuerzo los dedos y al sentarme a su lado no puedo evitar sentirme como una niña que está a punto de hablarle de su primer amor. Mala suerte que no esté Ana...

—Feliz Año Nuevo —digo, rompiendo el hielo.

—Ajá...

Le doy un suave empujón, aceptando el té verde que me sirve.

Resoplo.

—En mi habitación hay una persona muy especial para mí —suelto atropelladamente. Esquiva, me pongo a jugar con las galletas. Sé que hay dos pares de ojos que me miran impactados—. Ha pasado la noche conmigo. No

penséis mal... sólo quiero... —Tomo aire y los miro. Ambos están boquiabiertos—, sólo quiero que sea tratado como merece.

—Oh, un chico, ¿no? —Veo a mi abuela con el rabillo del ojo, afirmando con guasa—. Si es importante para ti... —consigue decir.

Bebo un sorbo de té, aguardando la reacción de mi padre. Que es nula. Nadie tiene por qué conocer el resto de la historia. Nadie tiene por qué sufrir como lo hemos hecho Leo y yo. Y me la reservaré.

—Di algo, papá. No espero que me des tu consentimiento, te recuerdo que es mi casa, pero sí que me prometas que lo tratarás con respeto.

—Un respeto que no habéis tenido al encerraros en...

—Anda ya —interviene mi abuela—. No seas antiguo. ¿La estás oyendo? Mira la sonrisa tan tonta que tiene y esos ojos que...

—¡Abu!

Es verdad, noto que la cara me arde, que casi se me inflama por el fuego que siento. Busco una salida, porque odio sentirme así. Simplemente han de aceptarlo. Me levanto y les doy la espalda, mientras preparo unas tostadas para Leo. Enchufó la cafetera, con la que no me llevo nada bien, y meto una cápsula. Me sostengo agarrotada a la encimera, pensando que como mi padre la líe no se lo perdonaré.

—¿Y... le vas a llevar el desayuno a la cama?

—Sí, abu. —Suspiro.

—Eva, no te pases.

La actitud de mi padre no ayuda. Me doy la vuelta y planto las palmas de las manos en la mesa, encarándolo muy enfadada.

—Oye, tranquila —me aconseja él.

—¿Has oído? Te estoy diciendo que es importante para mí. Papá, soy bastante mayorcita como para tener que darte explicaciones sobre este tema. ¿Yo te las pido?

—Ahí le has dado, nena. Si tu abuelo viviera...

Evito reírme, pero mi abuela no me lo está poniendo nada fácil.

—De acuerdo, si es importante para ti, también lo es para mí.

—Bien, hijo, muy bien.

Le doy un beso enorme a mi padre en la mejilla. De los que hace tiempo que no existen entre los dos. Creo que incluso se cohíbe un poco. Parece una

tontería, pero no lo es, dada la relación que hemos tenido últimamente. Mi abuela no cabe en sí de contenta. Yo, en mi tonta nube, sigo con la preparación del desayuno, colocándolo todo en una bandeja, bien ordenado. Resoplo, estoy histérica.

—Voy a buscarlo —aviso y les guiño un ojo.

—Se nos ha hecho mayor la niña, hijo.

—Sí... ya veo.

Vaya par. *Miau* me sigue, aunque no entra en mis planes su compañía, por lo que me las ingenio para impedirle el paso. Dejo la bandeja sobre el escritorio y vuelvo a cerrar con pestillo. Me apoyo en la puerta al ver a Leo. Está destapado, con la camisa arrugada y el pantalón desabrochado. Con su barba oscura y la tez de un color rosado precioso. ¿Cuándo se ha quitado la chaqueta?

No sé si despertarlo. Sin querer me pongo reflexiva. ¿Realmente desde cuándo estoy enamorada de él? Creo que fue pronto, algo imprevisto que me hizo necesitarlo como no imaginaba. Fue una salvación tan intensa e inesperada...

Cuando estoy a punto de acercarme para lanzarme a sus brazos y despertarlo con un alegre «buenos días», suena el teléfono. El suyo. Me quedo dubitativa; ¿contesto, o no? Hasta que veo el nombre de Alba en la pantalla y decido arriesgarme y cogerlo, aunque no sea de mi incumbencia.

—Leo.

—Alba, soy Eva —susurro, acercándome a la ventana.

—Oh, Eva, qué alegría hablar contigo. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y por ahí?

—Todo bien, justo llamaba para eso. Estaba preocupada por Leo. Anoche habíamos quedado en que tomaría un vuelo esta misma mañana para terminar de arreglar los trámites del bufete que llevará en Madrid.

Un momento, miro hacia atrás. A él. Mi cabeza se revoluciona enseguida con la información que Alba me acaba de dar. ¿Leo se había planteado irse hoy si venía con planes de estar conmigo? ¿Abrir un despacho?

Si está trabajando de arquitecto... Necesito un cigarrillo urgente.

—Eva.

—Em... Él está dormido —digo, buscando entre mis cosas un paquete de

tabaco—. ¿Te parece si le digo que te llame cuando se despierte?

—Claro, dile que no se olvide, por favor.

—Vale —disimulo—. Un beso a todos.

—Igual para ti.

Me paso las manos por la cara con una sensación de agobio que no llevo nada bien. Opto por lavarme la cara en el baño y regreso a la habitación. Ni siquiera me atrevo a mirarlo. Durante varios minutos se me ocurren todo tipo de explicaciones para su huida, pero no hallo ninguna coherente.

Me inclino hacia la mesilla, buscando los cigarrillos, histérica por si hoy sigue pensando en marcharse. De pronto, me veo rodeada por unos fuertes brazos que tiran de mí hacia la cama. Ese tacto... esa forma de respirar...

El beso que me da en el lóbulo de la oreja me deja loca.

—Buenos días —me cuchichea al oído—. ¿Cómo estás?

—Bien...

Me doy la vuelta y me coloca sobre su cuerpo. Transcurren varios segundos en los que ninguno de los dos hablamos, sólo nos contemplamos, como atrapados en una especie de hechizo. Tiene la mirada serena, limpia, sin los temidos reproches. Cierro los ojos, grabándome la imagen tan perfecta que acabo de presenciar. ¿Cómo se puede querer tanto a una persona que no es de tu familia y a la que conoces de la manera más surrealista?

—Eva, mírame.

Me muerdo el labio y lo observo. Está sonriéndome. Me muero de amor.

—Me duele la cabeza —se queja, tocándosela—. No te pongas tan seria, prometo no volver a comportarme como un idiota.

—Últimamente lo haces muy a menudo.

—Lo sé.

Respiro con cierta dificultad al notar que baja la mano por la curva de mi espalda. No me atrevo a moverme, estoy deseando que la reconciliación sea completa, en la intimidad de cuatro paredes. Sin embargo, no me parece el sitio adecuado. Igual mi abuela está con la oreja detrás de la puerta y...

—Hmm —se me escapa cuando me aprieta el culo.

—Me encanta ese sonido —me recuerda, dándome besos por el mentón—. No pongas esa cara de agobio, Eva. Llevo toda la noche deseando hundirme en ti.

—Leo...

—No grites, simplemente no hagas ruido.

Resigo sus ojeras, su rostro somnoliento. Tengo que aguantar la respiración. Arqueo el cuello y me dejo llevar por esta tortura mañanera. Le aprieto los hombros con los dedos, controlando el traidor gemido que amenaza con delatarme.

—Te quiero, Eva. Necesito que hablemos —me pide y hunde la boca en mi cuello.

Joder, esto es delicioso. Es soñar. Es estar con Leo y con Torres.

—Tenía que hacer unas cosas en Canarias, pero no quiero apartarme de ti, no ahora —dice.

—No te vayas.

—No me voy...

Sube y baja las piernas, rozándolas con las mías. Capturándome. Me sujeta la nuca y me obliga a que lo mire. Se muerde el labio, ansioso.

—¿Te das cuentas de cómo en silencio y sin luz nos reconocemos? —Aprieta con fuerza mi mandíbula—. Quiero follarte, Eva, quiero follarte aquí y ahora.

¡Madre mía!, y yo quiero que lo haga. Este deseo es incontrolable. Nadie despierta mi libido como él. Paso el dorso de los dedos por sus húmedos labios, que me provocan eróticamente.

—Vámonos a tu casa y...

—No puedo aguantar más. —Empuja con la cadera, mostrándome su erección. Gimo bajito y se me cierran los ojos—. Te quiero demasiado como para no poder tocarte otra vez. Siendo tú, Eva. —Le araño el brazo emocionada—. Ten cuidado. Vamos a ir hablando como Dios manda. Desnudándote.

Me empieza a bajar las braguitas, mientras yo me muevo para ayudarlo, evitando separarnos. Nos miramos a los ojos, sonriendo.

—Tengo que comprar lencería nueva —susurro. Se muerde el labio—. Tirar toda la que tengo, olvidarme del negro... Rojo, para ti.

—Me sigues matando —gruñe.

Estoy nerviosa; será la primera vez que estemos juntos sin ocultarnos, sin estar bebidos y conociendo la identidad del otro.

Sin falsas excusas de por medio.

Me deshago de las braguitas y Leo me ayuda a sentarme. Él también lo hace, seguimos cara a cara. Sin paciencia, me desanuda la bata y la lanza por los aires. Suelta un suspiro, yo me agarro a sus muslos, consciente de lo alterada que estoy. Tanto que apenas me salen las palabras. Me baja un tirante, para seguir con el siguiente. Esta vez va más lento, permitiendo que la seda se deslice por mi piel hasta mi cintura. La misma que él recorre, ascendiendo y descendiendo, haciendo que me flexione. Sus ojos van a mis pechos y por un momento siento la necesidad de cubrírmelos avergonzada.

—Ni se te ocurra privarme nunca más de ti, ¿de acuerdo? No me prives de tu piel —me ordena suavemente. Se pasa la lengua por los labios, casi puedo sentirla sobre mi pezón. Me empuja contra su cara y arrima nuestras frentes—. Te amo, Eva. No tengas miedo, te lo prometí.

—Y yo, Leo —musito—. Yo también te amo.

Se descontrola. Su gesto es brutal, me come, me desea; puedo sentirlo. Hasta que por fin me asalta y con la lengua recorre el contorno de mi pezón derecho.

Me rindo, arqueando el cuerpo hacia atrás, aferrada a sus hombros. Me obligo a callarme, aunque es inevitable que mi respiración se atropelle por el placer que me inunda.

Con la mano continúa reconociendo mi cintura, mi espalda, mis muslos, se adentra entre ellos sin previo aviso. Me muero de ganas de cerrarlos, de aprisionarlo, ya que noto la temperatura alterándome. Besa, muerde mis pechos, alternándolos, sin freno.

Me aprieta contra él, me obliga a entregarme a su voluntad.

—Desnúdame, Eva, por favor —suplica. Sueno desesperado.

Le acuno la cara.

—¿Puedes...? —Dudo por los recuerdos.

—De cero —me promete sonriendo—. Nunca más sin ti. No quiero vivir en constante soledad, Eva. A la mierda todo, te lo dije, ya no más oscuridad.

—¿Qué me haces?

—Ser tuyo.

Le digo que sí, muda, quizá más tímida de lo que jamás haya estado.

Le rodeo el cuello, presionándolo contra mis pechos, implorándole en

este íntimo silencio que me haga suya. Lo libero al tirarle del pelo hacia atrás y le beso los labios con suavidad, llevándome el inferior. Bajo mis inquietos dedos y desabrocho los botones de su camisa sin alejarme de su boca. Los músculos de su pecho se tensan, igual que los de su bien perfilado vientre.

Nos comemos a besos, chupamos, jugamos.

—No pares, Eva.

Afirmo con la cabeza, quitándole la corbata, la camisa de un tirón. No tengo paciencia, él también la pierde al ayudarme. Una vez lo tengo como anhelo, contemplo su cuerpo. El que reconozco a la perfección aun sin verlo; el que, al tocarlo, se sacude ligeramente. Con las palmas bien abiertas, las arrastro por su piel.

—Eres perfecto. —Y añadido, tocándole el tatuaje sin verlo—: Mi bestia.

—No lo dudes.

Se deja de caer hacia atrás y levanta las caderas, llevándome con él. Se baja el pantalón, el bóxer y señala el beso. Una explosión de sentimientos se agolpan en mi interior, sobre todo melancolía. Por ello, no dudo en agacharme y plasmar mis labios justo donde lo hice aquella vez.

Leo gruñe y me sujeta la cabeza.

—Sellaste lo nuestro —murmura.

Yo lo beso sin parar.

—Mis orgasmos siempre serán tuyos. Sólo tuyos, Leo.

—Sí. —Sonríe—. Míos. Te he echado de menos —lo oigo añadir.

—Y yo a ti, Torres.

—Ven, demuéstramelo.

Me obligo a moverme, porque lo que quiero es que nuestros cuerpos se fundan con la intensidad de la primera vez. Con la potencia de cuando haces el amor con la persona que amas sin dudas. Me dejo caer a su lado.

Se vuelve hacia mí, con el labio metido hacia dentro por la preciosa sonrisa de su boca. Enreda las manos en mi pelo, al tiempo que cubre mi cuerpo con el calor del suyo.

La habitación se inunda de vagos sonidos que controlamos los dos.

—Ábrete para mí, Eva.

Me separa las piernas. Estoy temblando. Con la mano empuña su glorioso miembro y lo guía hacia la entrada de mi sexo, frotando con la punta. Pongo

los ojos en blanco. Qué tortura.

—¿Eres feliz? —me pregunta—. Hoy brillas como cuando te grababa a escondidas, estás increíblemente preciosa. Hoy te puedo ver como siempre he añorado.

—No puedo hablar —susurro emocionada, abrazándolo.

Leo se mueve despacio, golpeando en mi interior, que se abre para él. Estoy excitada, enamorada. Me sujeta las manos por encima de la cabeza.

—Eva...

Viene a por más, besándome los labios despacio. Me siento metida en una especie de burbuja que no me permite reaccionar.

Aprovechando mi vulnerabilidad, Leo acelera las embestidas, sin permitirme que lo toque, pues me tiene sujeta con las manos. Mis pechos se sacuden con cada empujón, hacia arriba y hacia abajo, mientras él aumenta la velocidad.

—Hmm, Leo —jadeo impresionada.

—Chis. —Sonríe con la mandíbula tensa.

—Te quiero... Te quiero

—Y yo —musita, entrelazando nuestros dedos—. Y yo.

Me abrume. Se hunde en mí, ahora despacio, tierno, dócil, sin que yo pueda evitar la emoción que siento. Los movimientos son suaves, como en una danza hasta que conectamos.

Me mira con intensidad... y yo con anhelo.

Me besa con ternura... y yo con dulzura.

Las penetraciones son tan placenteras que elevo mi cuerpo, me ofrezco aún más.

—Ven, Eva. Fuerte, ¡joder...!

Su movimiento se vuelve arrebatador, caliente. Rodeo con las piernas sus contraídos glúteos. Sí, me gusta, me asfixio. El fuego que colma la habitación abrasa mi garganta, que, impotente, ansía gritar.

Siento que el placer se expande, que me agarroto, estallando en un descomunal orgasmo que no mengua hasta que Leo se abandona detrás de mí y nos fundimos en uno solo.

—Hostia —masculla, cayendo contra mi boca, chupándome agónicamente el labio. Aprieto sus dedos, lo beso sin contención—. Nadie

como tú, Eva. Nadie. Nunca, quiero esto cada día, tus orgasmos mañaneros, que sean míos y sólo míos.

—Desde que te conocí nunca han dejado de serlo. Entiéndelo, Leo.

Afloja la presión, liberándome, con ese brillo especial en los ojos que lo caracterizaba cuando nos encontramos sin que yo supiera quién era. Me sorprende al acariciarme ligeramente la cicatriz de la ingle.

Contengo un gimoteo y él trata de disimular la emoción.

—¿Nos vamos a mi casa? —pregunta con un gemido—. ¿Te apetece volver al lugar donde todo empezó?

La dulzura de Eva

Eva asiente con la cabeza, sus labios se contraen haciendo un puchero que me conmueve y hunde la boca en mi garganta. Noto las frías lágrimas que brotan de sus ojos. Su congoja, los pequeños temblores de su cuerpo al querer evitarlo y no poder. Callado, me dispongo a secarle las mejillas sin verla. Trato de ser suave, de mantener la calma.

Por dentro estoy hirviendo. Desesperado.

No me atrevo a hablar, a molestarla. La quiero demasiado como para soportar que esté triste. Aunque creo que sus lágrimas son de emoción, la misma que me tiene a mí al borde del infarto. Cuando se calma, sale de su escondite y me sonrío...

¡Dios! La beso.

—Te quiero tanto, Eva.

—Me quiero llevar algunas cosas. —Es su respuesta, evitando el drama —. Y yo a ti.

Me besa con deseo, con ansia. ¡Hostia! Un ligero rubor cubre sus mejillas. Frunzo el cejo, con un gemido al tensarme y hacer presión dentro de ella aún. No me puedo creer que la esté viendo con tanta claridad. Hace mucho que espero, que fantaseo con este reencuentro.

—No quiero perder un solo segundo más de mi vida lejos de ti, Leo. Está

decidido.

Me enciende. No entiendo cómo se atreve a decirlo con tanta dulzura.

—¿Me estás proponiendo vivir conmigo? —Intento que la frase tenga un tono divertido, pero suena más profunda.

Hace una mueca extraña con la boca.

—Te veo cerca del trabajo, en el gimnasio, en el edificio... ¿Por qué no puedo verte por las noches mientras duermes y los fines de semana? Ir con rodeos tampoco es lo mío, tengo claro que te quiero en mi vida.

Cierro los ojos conmovido.

—No dejas de sorprenderme, Eva.

—Dime que para bien.

Su inseguridad me hacer reír, mientras le beso el lóbulo de la oreja.

—¿No entiendes que he venido a reclamar lo mío? —Se retuerce debajo de mi cuerpo, que sigue ardiendo como el suyo—. Los fines de semana... — repito, mientras me rasco la barba—. ¿Y el resto?

—Tendremos citas diarias, por supuesto.

—Vamos poco a poco entonces...

—¿Tipo novios? —bromea, echándome los brazos al cuello.

Me quedo embobado con su transformación. Hasta su voz es más melosa, como lo era cuando nos encontrábamos y decía que no pedía nada más que nos viéramos. Hoy tengo más claro que nunca que no la supe amar.

—¿Y a qué esperas? —la reto pícaro. Como respuesta recibo un impaciente beso. Madre mía... ¡joder!—. ¿Y ahora de qué te ríes?

—Antes tenemos que salir de esta habitación... y presentarte a mi padre. No es que me preocupe su reacción, pero hay que salir y hacer las presentaciones.

—¿Y? —insisto sin temores—. ¿A qué esperas?

Me empuja sonriente, quejándose al salir de ella, algo que a mí tampoco me termina de gustar. Es cálida y en ese rincón tan íntimo quiero pasar noches en vela, sin cansarme. Más aliviado, me tumbo en la cama, con las manos detrás de la cabeza, disfrutando de la vista que hoy, por fin, se me permite.

Ella corretea, entra y sale del vestidor. Nerviosa. Me pregunto qué estará pensando. Si se le ocurrirán las mismas cosas que a mí en su bien asentada

cabeza. No dejo de preguntármelo hasta que mis pensamientos se vuelven confusos, porque gatea hacia mí, nublándome los sentidos.

—Me voy a dar una ducha —murmura y me besa—. Pórtate bien.

—Tú no.

—Hmm —coquetea altiva.

—Me las pagarás, gatita.

—Estoy deseándolo, bestia.

Mostrándome su esbelta figura, camina con andares provocadores. ¿Y esto? Mi primer impulso es seguirla, hacer que aterrice contra la pared por el empujón que le daría con brusquedad; sin embargo, me recuerdo que tengo un asunto que solucionar, uno más importante que hacerle el amor, porque para eso nos sobrará tiempo desde hoy. No quiero causar una mala impresión.

Evito mirarla con un amargo carraspeo y salto de la cama, vistiéndome tal como iba cuando llegué anoche. Es más cómodo ir desnudo, aunque me temo que sería descabellado presentarme así.

Entro en el cuarto de baño sin hacer el menor ruido. Lo que no esperaba es oírla tararear nuestra canción mientras el olor a vainilla inunda el espacioso baño. Otro motivo más para volverme loco.

Me distraigo, los segundos vuelan y yo estoy absorto en su imagen. Lo que me trae otra. Una de los dos compartiendo ducha, cuando pensaba que no nos veríamos y yo... Bajo la vista y hago un esfuerzo por no entrar en la ducha con ella. Ahora, con luz, en plena mañana de enero.

Me da rabia haberla querido a medias...

Me paso las manos por el pelo, peinándomelo más o menos, y me marcho, o no podré contenerme. Con un carraspeo, salgo de la habitación, hipnotizado aún al tener conmigo a esta mujer que creía haber perdido.

Pero ¿y esto? Freno en seco.

Me llevo un sobresalto al salir y ver a la que reconozco como la abuela de Eva, apoyada en la pared de enfrente, comiéndose una naranja.

—Uy... —Traga de golpe—. ¿Tú no eres el chico del ascensor?

—Señora —digo, saludándola con educación—. Sí, Leonardo Ferrer.

—Tonta que es la niña —la oigo murmurar para sí.

Evito reírme y le tiendo la mano. Ella se adelanta, dándome dos besos, acompañados de un medio zarandeo.

—Sin formalismos, muchachito.

Justo en ese momento aparece un hombre que deduzco que es el padre de Eva. Viene directo hacia mí y esta vez soy yo quien se anticipa y le ofrezco la mano.

—Mira qué mono el novio de la niña —dice la abuela.

No me lo puedo creer.

—Leonardo Ferrer, señor —me presento.

—¿Un café? —propone él con gesto dubitativo, desconfiado.

—Por supuesto.

Me abrocho el botón del centro de la chaqueta y los acompaño en silencio. Aunque estoy nervioso por la aceptación, trato de fingir tranquilidad cuando ocupo un lugar junto a su abuela, que me vigila de cerca. El padre prefiere tenerme de frente, inspeccionándome de punta a punta.

El gato a mis pies. Una clara encerrona.

—Por encima de todo, quiero su felicidad. —El padre de Eva rompe el hielo en tono amable. Remuevo el café que me ofrece—. Ella es reservada, pero desde hace algún tiempo sé que no lo ha pasado bien. Desconozco el motivo, pero, por favor...

—Daré la cara por ella hasta el fin de mis días. —La señora silba y él se cruza de brazos sobre la mesa—. Si estoy aquí es para decirle que sí, Eva es la persona más especial que he conocido nunca y no voy a dejarla escapar.

Como advirtiéndome, su mirada se queda fija en la cicatriz de mi mejilla.

—Soy abogado, gané un juicio y una noche me atacaron los que lo perdieron —aclaro molesto, sin preámbulos ni disimulos. Doy un sorbo al café tras haber tenido que dar unas explicaciones que me hacen sentir prejuizado—. No soy peligroso, y le aseguro que Eva no estará con nadie mejor cuidada que conmigo.

—Me gustaría creerte —murmura el hombre entristecido.

—Lo va a poder ver con sus propios ojos.

—Puedes tutearme —me pide más preocupado—. Voy a creer en tu palabra, pero porque esta mañana, cuando ella nos ha dicho que había alguien importante aquí, me ha dejado claro que eras mucho más que eso.

¿Les ha hablado de mí? En algún momento de la mañana Eva se me ha escapado sin que yo me haya dado cuenta; ese detalle me hace ver, una vez

más, por qué me enamoré de ella. Por qué estoy loco por la señorita Castillo. ¿Qué pensará de la propuesta que le he hecho?

Hay unos breves intercambios de miradas entre ellos, pero yo me distraigo cuando Eva entra en la cocina, recogiendo el cabello con una cola baja al lado. Lleva un vestido negro con leggings, tacones altos de aguja y los labios con ese rojo que hace que justo ahora me tenga que aflojar la corbata.

Es preciosa. Irradia luz. Me controlo, pellizcándome la nariz.

—Supongo que ya conocéis a Leo —dice mientras me tiende la mano, destrozando mis esquemas por la normalidad con que encara la situación.

Me levanto enseguida y me pongo a su lado al tiempo que le cojo la mano. Le suda, y eso me hace reír al mirarla. Ella me devuelve el gesto y añade:

—Es el principio de algo que en realidad empezó hace mucho y que ahora estamos recuperando.

—Enamorada hasta la médula —bromea su abuela.

—Nos vamos, ¿vale? —Eva cambia de tema—. Nos vemos mañana.

—Tú disfruta, nena.

Realmente es una abuela moderna. Eva ya tiene preparada una maleta, presumo que con lo justo, lo que no sé es para cuántos días. ¿Cómo se tomará la noticia que tengo previsto darle? Creo que es lo mejor...

Al salir de la cocina se vuelve hacia mí y deja sus cosas en el suelo. ¡Señor!, sólo quiero abrazarla y que las horas vuelen. Se frota las manos antes de salir y yo le pregunto, quitándole una pestaña de la mejilla:

—¿Preparada?

—No... pero vamos.

Recuerdos...

Me ha sido imposible hablar durante el trayecto en moto que hemos hecho; menos mal que el aire en la cara y los mimos de Leo han ayudado bastante a que, con la presión que llevo encima, no terminara por los suelos.

Ahora Leo me escruta, estamos en el porche de esa casa que no ha cambiado nada. El último recuerdo queda lejos, sólo permanece la nostalgia que emana de mi cuerpo.

De pronto me acuerdo de cuando era una niña y fantaseaba con Pamela con tener una casa enorme, con suficiente espacio para animales y niños. Más tarde, ese deseo se vio empañado por lo que me había sucedido. No dejo de preguntarme si alguna vez veré mi vientre hinchado. Si seré capaz de volver a experimentar ese tierno sueño que un día, demasiado pronto, Abel me arrebató. Me advirtieron de que podría tener problemas en el futuro...

—Eva —me llama Leo, sin soltarme la mano. Incluso durante el camino hemos estado agarrados—. ¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí...

Trato de sonreír, pero no lo consigo. A mi boca asoma una mueca ridícula, en un intento fallido de disimular el impacto que me produce volver a este lugar. Vamos, un fracaso de sonrisa.

No porque no esté feliz, sino todo lo contrario.

—Ayúdame, por favor —le pido.

—Tranquila.

Leo coge mi maleta, entrelazando nuestros dedos con más fuerza. Sé que desde que se fue de aquí, ha dado carpetazo a su vida ahí dentro. En la cual no existía la libertad. Una libertad que él se impuso, sobrepasado por sus miedos.

Por el complejo que tenía debido a su cicatriz y que ya ha superado, pero que una vez lo dejó sumido en la tristeza. Un calvario que jamás debió vivir. No lo merecía.

Hoy le tiembla la mano al introducir la llave en la cerradura e, inconscientemente, se roza la mejilla.

Una sorprendida y estupefacta Carlota asoma la cabeza al oír la llave.

—¿Leo? —Y me mira—. Oh, Señor, ¿Eva?

Entiendo su estupefacción. Me lanzo a sus brazos, estrechándola con tanta fuerza que temo hacerle daño. Esa mujer me devuelve la ternura, el cariño. Sé que se alegra de tenerme aquí y que, a la vez, no entiende cómo ha sucedido.

Sin dejar de acariciarme, le cede un hueco a Leo para que se una a nosotras. Él lo hace, demostrando ese especial afecto que se tienen. Cuando al final nos separamos, no podemos evitar sonreírnos, con la emoción ganando la batalla.

—C-Cómo... —tartamudea.

—¿Dejarla escapar? —Leo chasquea la lengua—. Qué va.

Intentando chulearlo, pongo los ojos en blanco.

—A mis pies —bromeo.

Ella nos mira con las manos en la cara, sin dar crédito.

—Bueno... por favor, prepáranos algo como esto —le pide Leo, entregándole un papel que me prohíbe ver—. Estaremos donde siempre —concluye y le guiña un ojo.

—Será un placer.

Le doy un último apretón en el hombro y sigo a Leo con cautela. El hecho de que Carlota haya estado trabajando sin cobrar durante tanto tiempo dice mucho de cuánto quiere a Leo, y por eso me tranquiliza mucho que siga aquí.

Tiemblo entera mientras camino por este oscuro pasillo, ya que no sólo

revivo los momentos juntos, sino cada uno de los intensos sentimientos que Leo me hacía sentir. Los nervios, la euforia... el deseo.

Él pone la mano en el pomo de aquella puerta tan crucial para lo nuestro.

—Ahí dentro decidiste ser mía sin pedir nada a cambio —murmura en voz baja—. Ahí dentro no pude sentirme más extraño, completo y ansioso. Ahí dentro te follé, te hice el amor como no me tenía permitido, Eva.

Ha dado en el centro de la diana.

Se me aflojan las piernas y en la garganta siento finos alfileres que me prohíben hablar. Doy un paso y susurro cerca de él:

—En el fondo, creo que nunca hemos sido tan felices como ahí dentro, Leo.

—Yo no lo dudo —coincide—. ¿Entonces?

—Quiero repetirlo.

Abro la puerta sin su consentimiento, cogida de su mano. Recibo el olor de entonces, revivo las sensaciones. Me suelo dentro sin esperarlo, caminando sobre ese suelo por el que tantas veces anduve descalza. Me acerco a la cama y me siento en ella, acariciándola con nostalgia. La colcha está helada y la habitación también. Si cierro los ojos, nada ha cambiado, pero sería como retroceder y no quiero.

Estudio a Leo y presiento el evidente nudo que lo atenaza.

—Hoy puedo verte, Eva. Sin trampas.

Echo la cabeza hacia atrás.

—No tienes idea de cómo lo deseaba.

—Me temo que sí —asegura, con las manos en los bolsillos.

Me levanto despacio y doy vueltas por la habitación. Necesito soledad para grabar cada detalle, cada mueble. Todo.

La persiana está bajada, la cortina corrida. Siento que Leo se acerca, que me masajea el cuello con manos templadas, relajándome o medio consiguiéndolo. Él tampoco está en su salsa, pese a su propuesta parece temer algo. Por encima del hombro, le lanzo un dulce beso y tiro de su mano para que nos sentemos a la mesa, en la cual, a oscuras, compartimos tantos desayunos, comidas y cenas. Creo que ambos pensamos lo mismo, porque él roza la madera en absoluto mutismo.

—Necesito que hablemos, Eva. De algo muy importante.

—No me asustes —le pido sobresaltada—. Te prohíbo que ahora me digas lo contrario a esta mañana. No pienso permitirte.

—Eva... —me advierte juguetón—. No te vas a librar de mí, cariño.

—Idiota —lo insulto entre dientes.

Arrastro la silla hacia la suya, pero justo en ese instante Carlota irrumpe en la habitación sin pedir permiso, con unas copas de champán y un plato con fresas.

—Disfrutad... —Y de la misma manera que llega, se va.

Los dos nos quedamos descolocados... La pobre sigue como ida. El ambiente ya me parece más cálido y acogedor.

Leo y yo solos. Atrapados por nuestro propio e inventado pasado.

Soy incapaz de disimular mis ganas, mi ansiedad. Me retuerzo los dedos.

—¿Tienes cosas que contarme?

Él me dice que sí distraído.

—¿Y cuándo se supone que lo soltarás? Sé lo de tu proyecto en Madrid.

Sirve champán en las copas.

—Tengo algo para ti, Eva. Pero antes... —Me coge el pie, me acaricia el tobillo y me quita el zapato. Hace lo mismo con el otro—. Ponte cómoda, tenemos algo que discutir.

—No he venido a que nos peleemos.

—¿Entonces?

—No vas a escucharlo de mi boca. —Finjo cerrármela como una cremallera.

—Si te pones traviesa no podremos hacer negocios.

—¿Negocios? —Arrugo la nariz.

—Te he pillado con la guardia baja.

No le doy el gusto de verme reír.

—Vale —me dice, al saber que ha perdido—. Dame un segundo.

Se dirige hacia el fondo, donde tiene la impresora. Saca unos papeles y los deja con cuidado sobre la mesa. Me quedo mirándolos.

—Es una propuesta.

¿Cómo?

—No necesito un trabajo, Leo.

—Quiero que seas mi socia.

¿Su qué? Cojo los papeles y leo las primeras líneas... No doy crédito a lo que veo.

—Léelo todo, por favor. Es importante.

Es un contrato de trabajo como abogada para que él y yo llevemos el bufete de un tercero. Según entiendo, Leo y yo se lo estaríamos comprando.

—Sabrás hacerlo, Eva. Defenderás a gente que verdaderamente merece la pena. Deja tus miedos, estoy aquí —dice, apretándome la rodilla. No lo miro—. Una vez me revelaste tus temores, el porqué de tu decisión de abandonar la carrera. Dijiste que odiabas y sé que no es así. Sé que te apasiona.

—Es demasiada responsabilidad.

—Que tú eres capaz de asumir.

Empuja el bolígrafo hacia mí y me coloca bien la coleta, mientras sigo con la mirada perdida en los documentos.

—Dime que sí.

—Esto es demasiado, Leo. —Cuando por fin me atrevo a mirarlo, su sonrisa alumbra todo mi universo. Cojo la copa y la alzo para chocarla con la suya—. Por una nueva historia.

—Por ti y por mí —añade cariñoso.

Bebemos lo justo como para validar nuestro brindis. Luego, lo único que me apetece es estar callada, tumbada en la cama y abrazada a él. Que sin decir nada los dos nos transportemos en el tiempo. Que retrocedamos con cierta madurez en la relación.

—Ven —me invita, adiviando mis deseos—. Voy a vender la casa, Eva.

—¿C-Cómo?

—No puedo estar aquí, sabiendo lo que sucedió abajo... —Me besa la palma de la mano y me acaricia—. No me digas que esto es lo que quieres, Eva.

Se para a escasos centímetros de la cama.

—Dame sólo hasta el fin de semana para revivir...

—Pero luego nos iremos —me interrumpe y me besa—. Te amo, Eva.

—Y yo.

—Tú, ¿qué?

—¡Te amo!

No sé por qué siempre termino diciendo «Y yo».

Orgullosa, se tumba sobre la cama y abre los brazos. Yo no dudo en tirarme encima de él, en besarlo, acariciarlo, compartiendo risas. Luego, le doy la espalda para que se acurruque detrás y me confiese sus secretos. Él me rodea con los brazos, según yo tenía previsto. Pero se limita a callarse, a besarme, a acariciarme... y a susurrarme al oído las palabras que nunca pudimos decirnos. Porque no sabíamos ni que las sentíamos.

Horas más tarde, me despierto por culpa de la mezcla de voces que se elevan y vuelven a bajar de tono, se distorsionan, y no las reconozco todas. Me doy la vuelta en la cama, buscando a Leo, pero no está aquí; me aseo rápido y me visto. Con el contrato en la mano, bajo los escalones a toda prisa. ¿Discuten?

No, la situación es otra. Leo está charlando tranquilamente con su familia, exponiendo con total serenidad los cambios que va a hacer en su vida. Fuma, acompañado de Alba, junto a la ventana. Incluso intercambian alguna mirada de complicidad. Me da ternura la forma en que ella lo peina con la mano, como mostrándole apoyo. Protección.

Pienso en cuánto los debió de necesitar, lo solo que estuvo... en mi compañía. Quizá por eso nuestra unión fue mayor, buscábamos una salida que encontramos en el otro.

—Es tu oportunidad, hijo —le dice su padre.

Dudo si irme, soy una intrusa.

—Hola —me hago notar, por si acaso.

—Oh, Eva ya está aquí —exclama su madre, recibéndome con los brazos abiertos.

Al principio no sé cómo reaccionar, hasta que la saludo como pretende.

—No sabes las ganas que teníamos de verte —añade la mujer.

—Yo también.

Cuando se aparta, me pide una clara disculpa en silencio. Quizá por su comportamiento hosco de la última vez. Pero lo entiendo. Saludo al resto de la familia, incluido a Leo, con un fugaz beso en los labios, como si lo llevásemos haciendo así desde hace mucho tiempo.

A él le hace gracia.

—Hola, cariño —se regodea.

Bah. Le hago un aspaviento.

—Hace mucho que no te veía así —le dice Alba.

—Qué alegría me da, de verdad —insiste su madre—. ¿Qué hay de vuestros planes? En Canarias estamos deseando recibirnos unos días.

—Ya —interviene su padre, que me sonrío—. Pero hay que tomar decisiones.

Leo me abraza desde atrás.

—He de darte algo, cariño. —Enfatizo la última palabra con burla y señalo los papeles—. Quiero ser tu socia, Leo. Quiero formar parte de esto. Quiero salvar a inocentes de gente mala.

—Esto no es una ONG —me recuerda, mofándose, mientras cruza los tobillos y se apoya contra la pared. Yo me doy la vuelta, desafiándolo. Que no se atreva a ridiculizarme delante de su familia—. Pero me gusta la idea.

—Eres un tonto.

Los demás se ríen a carcajadas, mientras que yo, con profesionalidad, me siento y releo los papeles en silencio. Es un repaso rápido, confío en él, pero quiero picarlo. Sigue hablando con su familia sin quitarme ojo. Me mira de soslayo y sonrío con más ganas cuando nuestras miradas se encuentran.

—¿Dudando? —Me pone a prueba.

Con valentía, plasmo mi firma.

—Lo próximo que firme será en la iglesia —digo yo burlándome ahora.

Su cara es un poema. Sus ojos se vuelven penetrantes, acentuando su ceño.

—¿Para convertirte en la señora Ferrer?

—Para atarte a mí, Torres.

Su familia disfruta con nuestros piques, sin entender nuestro código, tanto ahí como en la cena que compartimos poco después. Hoy estoy más relajada que cuando los visité y ellos también parecen estarlo.

Me tratan como a una más, sin diferencias. Su madre es la persona cercana y cariñosa que Leo me ha descrito en otras ocasiones. Supongo que todo viene a causa de la ex de él, Viviana. ¿Qué será de su vida?

Nunca le ha dado importancia; de hecho, Leo me dejó bien claro lo que significó para él en el momento en que se casaron. Un parche, me recuerdo, un parche para superar lo que teníamos, al creer que yo le había fallado.

«No empieces, Eva».

Cuando acabamos de cenar y damos las buenas noches a su familia, se repite lo de la noche anterior.

Leo me acompaña a la habitación y, tan pronto como entramos, me acorrala detrás de la puerta, pegándose a mí. Entonces mis piernas se quedan sin fuerza, están flácidas. Así eran antes sus bienvenidas.

—¿Te acuerdas? —pregunta, desabrochándose los botones delanteros.

—Es bonito estar aquí.

—Hasta el domingo —me susurra al oído—. Mira allí.

Al fondo hay una cámara conectada, con el piloto rojo encendido. Que enfoca directamente hacia nosotros. Me pregunto si es morbo o...

—Me pone grabarte, Eva. Verte desde todos los ángulos. Recrearme más tarde, en este caso junto a ti, ver cómo te desenvuelves a mi lado.

Hoy, en nuestro interior, somos dos personas del todo diferentes de los que éramos. Hoy nos desnudamos sin miedos. Radiantes.

La luz ilumina la escena en la que dos personas, de forma apasionada, se aman sin ocultarse. Cierro los ojos y me dejo llevar, dichosa de estar aquí con él, con Torres. El amor de mi vida. Ya no tengo dudas.

La unión no puede ser más silenciosa, más tierna, a pesar de la postura tan caliente al estar frente a la cámara. Lo que buscamos es que se refleje la emoción de nuestros rostros mientras me hace suya por primera vez aquí. Es cariñoso, mimoso... no deja de decirme cuánto me quiere, y yo a él, estremeciéndome por los escalofríos que recorren todo mi ser cuando el estallido llega, complementándonos.

Caigo hacia adelante mientras busco el calor del frío suelo. Leo me besa la espalda, y luego baja, dejando besos y más besos por cada centímetro de mi piel.

—¿Un baño? —pregunta, posando los labios en la cicatriz.

Gimo, nostálgica, tonta... llorosa.

—Tranquila —susurra.

Me coge en brazos y me lleva hasta la bañera.

—Aquí fue, Eva, aquí —murmura, mientras nos metemos los dos en el agua y él apoya mi espalda en su pecho. Hoy sin vendas en los ojos, viéndonos—. Mañana no me apetece ir a trabajar. No vayas tú, por favor.

—Leo —gimo.

—La noche se me hará corta. —Coloca las piernas sobre mis muslos, atrapándome. Me echa agua por encima. Hmmm—. Ha sido perfecto verte aquí, Eva. Sentir el estremecimiento de tu cuerpo, oír tus controlados jadeos.

—Te necesitaba...

—La cámara ha captado tu sonrisa, sé que has llorado —musita contra mi cuello.

Otra vez tengo necesidad de acoger sus manos entre las mías. De llorar desconsolada. Su cuerpo duro se aprieta más y más, ansioso.

—Chis, a mí me pasa lo mismo, Eva. Me siento igual. Aunque yo soy más bruto y sólo sepa demostrártelo a través de caricias, de besos. Del desenfreno por querer tenerte atada a mí. Únicamente sé transmitírtelo a través de la piel.

Está muy equivocado; sólo al mirarme ya veo lo mucho que me ama.

—¿Sabes por qué? —pregunto.

Él niega, rozando con su mentón mi cabeza, desesperado, acariciándome cómo y dónde puede.

Suspiro.

—Porque somos esclavos de ella...

El eterno pesar

La contemplo sin poder creer que estemos en el mismo sitio de tantos meses atrás. Dormida, serena y apretada contra mí. Aspiro su suave respiración, contemplando su cuerpo desnudo, que deja ver sin ningún pudor.

Esto es demasiado para mí y cada vez que la miro pienso en si hago lo correcto al querer vender esta casa tan llena de recuerdos y pensar eso es lo que me ayuda a tomar la decisión. No todo es bueno, y empezar de cero significa no volver a rodearnos de lo que nos hizo daño en el pasado. Me asaltan dudas acerca de lo reflexiva que ha estado Eva en algunos momentos.

Cuando menos lo espero, la oigo murmurar entre sueños. Por un momento, mi primer impulso es taparle la boca, no oír lo que dice. Una vez, su confesión en una acalorada madrugada nos llevó a unos límites muy dañinos...

—Acaríciame aquí —balbucea con una sonrisa, tocándose el vientre. Está soñando—. Dime que podré ser madre... tengo miedo, Leo.

Mierda y mierda. ¡Lo sabía! Tenía la sensación de que algo le preocupaba.

—Aunque sea lo último que haga —le prometo en susurros, a pesar de saber que no me oye—, te daré esa ilusión, Eva. No viviremos con este eterno pesar. Porque pienso vivir mi vida contigo, incluso aunque tú te opongas.

«No podré darte lo que nos robaron, pero tendremos hijos que llenen de alegría nuestra casa. Lo prometo».

Cubro su mano y juntos palpamos su vientre.

Visita inesperada

Hoy no puedo amanecer más feliz y enamorada, absorta en este mundo.

—Aún tienes tiempo de negarte —insiste Leo por enésima vez. Yo lo ignoro, y me guardo el cepillo de dientes en el neceser—. Eva, te estoy hablando.

—Algunos tenemos obligaciones y... —Me pongo la chaqueta, analizándolo con el rabillo del ojo. Corbata, hmm—. Tengo que ir solucionándolo todo. Ya sabes, para nuestros proyectos juntos.

—¡Y qué más!

—Deja de gritar... Qué costumbre, Leo. Controla tu impaciencia.

Se acerca intimidante, acercándose el inconfundible olor de su colonia. Me pone la mano en la espalda, luego me rodea la cintura y, de un empujón, me ciñe a su cuerpo con fuerza. Yo mantengo la mirada en el espejo, fingiendo que no me tiembla el pulso, perfilándome los labios como si su toque no hiciera que mis hormonas se revolucionasen.

—Aunque me estás abandonando ahora —dice mientras se ríe—, ha sido una de las mejores noches que he pasado en mi vida.

—¿Una de las mejores?

—Por supuesto que hay más, pero supongo que adivinas con quién las pasé.

De forma natural, se me escapa un suspiro al pensar en él como Torres.

Bien, ayer Leo se sinceró y creo que es mi turno de exponer otro cambio de planes en mi vida. Uno que ya he tratado con la persona a la que directamente atañe mi decisión. No ha sido fácil, nunca lo es abandonar aquello con lo que más o menos se está contento...

Me doy la vuelta y termino de hacerle el nudo de la corbata. Me río, me sale natural el hacerlo. ¿Desde cuándo es tan normal esto? En mi interior pugna por mostrarse la mujer enamorada que haría cualquier tontería, como este detalle.

Es como si lo hubiéramos hecho siempre y fuésemos una pareja asentada, acostumbrada a cuidarnos.

—Si me tocas así... sólo quiero hacerte el amor —masculla.

—Voy a dejar Prohibido.

Sus ojos, muy abiertos, buscan los míos. Me coge de la muñeca, reclamando mi atención.

—Hoy es mi última noche —añado.

—Nunca te pediría que renunciaras a tu trabajo. —Se pone serio, incluso parece alarmado—. Aunque no me guste, Eva, lo reconozco. Supongo que no es plato de gusto ver cómo a cerdos en celo se les cae la baba contigo. Quizá suene egoísta, sin embargo no quiero que tu decisión tenga que ver con nuestra relación.

—¿Lo dices por si no sale bien? —replico enfadada, acabando con el dichoso nudo de la corbata, que se me ha resistido al agarrarme él la muñeca izquierda—. ¿Por si no encajamos o qué?

Resopla.

—Te estás equivocando. —Me pasa el dedo meñique por el contorno de los labios, para limpiar los restos de carmín—. Eva, tú y yo hemos conectado siempre. ¿Cuándo discutimos? Nunca por tonterías, siempre por cosas serias. Además, ¿qué cojones me importa? Si discutimos, pues tendremos que reconciliarnos. No te he buscado con la idea de ver si esto funciona. Tengo claro que quiero que seas la madre de mis hijos.

—Leo...

Me silencia con un dedo.

—Te lo daré todo, Eva. —Esquivo su mirada—. ¿Sigo sin poder

convencerte?

¿Cómo puede ser tan intenso? No sabe lo a punto que estoy de mandarlo todo al diablo y abrazarme a él. Aun así, me hago la dura. Es mi eterno papel. De mí emerge la malvada que llevo dentro.

—Creo que con un par de achuchones mañaneros, un vídeo subido de tono y tú un poco meloso... Hmm... —Finjo estar pensando—. No, no puedes.

—¿Estás llamando achuchones a dos polvazos?! Y adoro ese sonido. No tiene remedio. Terminó riéndome.

—No quería ser brusca. Por cierto, mi último baile estará dedicado a ti.

Sin darme cuenta, otra vez estamos pegados el uno al otro. Sus manos en la parte baja de mi espalda, afianzándose con ganas.

—¿Por qué has decidido dejarlo?

Me sorprende que su pregunta no sea de índole sexual. Ya que está muy duro, tanto que me molesta en el muslo. Opto por tratar el tema con la seriedad que requiere.

—Porque fui allí buscando experimentar sensaciones que mi cuerpo había perdido... —Respiro hondo—. Y que gracias a ti he vuelto a recuperar.

Me aprieta el culo hasta que gimo.

—Esto se merece un «te quiero», un beso, un abrazo —gruñe, mientras me acorrala contra el espejo—. Esto se merece el día libre.

¿Cómo no amarlo?

—Que no. —Lo empujo, deseando lo contrario—. Anda, pesado. Y vas a llegar tarde a llevar a tu familia al aeropuerto.

Al recordarlo, bufa.

—Deja que te acerque.

—No, prefiero coger un taxi y adelantaré algunas cosas en el camino. Resopla en total desacuerdo.

—Te veo en un rato, entonces —responde finalmente, cariñoso.

Otro beso y uno más. Qué despedida más torturadora. Gimo ansiosa.

—Te echaré de menos —susurra.

—Como yo a ti, cariño.

—Eres malvada.

—¡Te recompensaré! —grito, de camino a la puerta.

Sin muchas ganas, salgo disparada hacia mi día movidito. Me despido de la familia de él, a los que prometo ir pronto a visitarlos. Después de esto, Leo y yo necesitamos unos días solos.

¡Joder!, miro la agenda y la tengo hasta arriba. Durante el camino en taxi, le mando un mensaje a Miguel cancelando mi visita al gimnasio, o si no me faltarán horas. La mañana es para la inmobiliaria, a la hora de comer quiero invitar a Leo, porque ya lo echo de menos y porque no dejo de sonreír al pensar en él. La tarde la tengo comprometida para rematar los últimos detalles de la boda de Pam, ¡que es mañana! Y por la noche, Prohibido.

Atiendo a varios clientes. El último me pide un piso muy parecido al que Leo tiene alquilado en mi mismo edificio.

Me pregunto qué hará Leo con ese piso.

No hemos hablado de la cuestión económica, es evidente que le va mucho mejor que tiempo atrás, aunque desconozco el punto en el que se encuentra. Yo tengo ahorros. Gracias al mundo de la noche, mi vida dio un vuelco, permitiéndome una mejor situación económica, como la que tenía antes. La que mi padre echó a perder por sus vicios. ¿Qué dirá este al conocer mis planes?

Estoy segura de que se alegrará.

—Déjame confirmártelo esta tarde —le pido al cliente, tomando nota en el ordenador—. Esa zona es cara.

—Sí, lo sé.

De reojo veo que me sonrío e instintivamente miro hacia la cristalera al sentirme vigilada. Se me atasca el tabulador del teclado al descubrir a Leo apoyado en su imponente moto. Con un cigarrillo en la mano, soltando el aire muy seguido y con una expresión nada simpática.

¿Se ha puesto celoso? Es poco dado a montar numeritos. La idea que se me ocurre no es buena, qué digo, totalmente descabellada. Sabe que lo he visto y que lo ignore no le va a gustar. Me da igual, estoy en mi horario laboral y no pienso permitir que él trastoque mi trabajo.

Desvío la vista, cruzo las piernas y agito ligeramente las pestañas.

—Tengo tu teléfono, luego te llamo —digo, ignorando la presencia de Leo.

—¿Para qué? —pregunta el cliente.

Arrugo la nariz. Me he perdido.

—¿Para quedar? —añade él.

—Quiero decir para lo del piso... Yo...

Yo soy una torpe de cuidado, que por intentar llamar la atención he conseguido que la «bestia» cruce la puerta en dos zancadas.

—H-Hola, Leo.

—Cierra, que vamos a hablar —ordena y miro al cliente, que se ha quedado tan boquiabierto como yo—. Es mi novia, campeón —añade Leo.

—Muy guapa, por cierto —dice el otro, levantándose.

Bajo la cabeza, a punto de echarme a reír como una histérica. Leo tiene una expresión de «No me toques las narices o te parto la cara». Cuando cierra la puerta detrás del hombre, veo que está pálido, con ojos desorbitados y el mentón temblándole de furia.

Alertada, me levanto, dejo las gafas a un lado, rodeo el escritorio y me siento en el borde, aparentando tranquilidad.

Le pido calma con las manos. Leo se acerca a la cristalera y corre la cortina. ¿Para qué? Se pasa la mano por la nuca, muy molesto, y me señala con el dedo bien alto, firme.

—¿De qué vas?

Me sujeto al borde de la madera. ¡Joder, la que he liado!

—Nunca, Eva, ¡jamás hagas algo así! Te lo he dicho otras veces. Tengo los celos normales que cualquiera tendría con la persona que quiere, pero tú a este ¡le has coqueteado en mi cara!

—Lo siento, quería... ¡Leo!

—¡Ni Leo ni hostias!

Me abre las piernas y tira de la braguita hacia abajo, desgarrándola. No me da tiempo a reaccionar, es que ni siquiera me salen las palabras.

—Odio perder los papeles contigo —clama, mientras me acerca a su boca.

—Hmm...

—Cómo adoro ese sonido...

Tontea con mi escote. ¿Me va a desabrochar la camisa?

—¡Gilipollas! —Leo y yo nos quedamos paralizados al oír el grito—. ¡Eva, soy Pam, abre!

No hago caso de la maldición de Leo, nerviosa por los gritos que se oyen fuera, tanto de Eloy como de Pamela, y me arreglo la ropa como puedo. Me falta un detalle.

—¿Y mis bragas?

—Rotas —me recuerda Leo, caminando hacia la puerta irritado—. Recuérdalo para la próxima vez, puede que entonces no esté tan calmado. Venía muy relajado.

—Mira, Leo...

Pero él abre la puerta y una llorosa y despeinada Pamela irrumpe desesperada, lanzándose a mis brazos. Mi primera reacción es abrazarla, consolarla. No sé qué le pasa, pero ha de ser algo sumamente grave para que esté en este estado. En la puerta, y con los brazos en jarras, Eloy mira a Leo como pidiendo ayuda.

Detrás y chocando con ellos dos, llegan Rebeca y Erica.

—¡No me caso! —«Madre mía»—. ¡Que estoy más gorda me ha dicho!

—Pam, no es cierto —dice Eloy defendiéndose—. Te he preguntado que si ya habías ido a la prueba de vestido de hoy, para que mañana no falle nada.

—¡¿Fallar qué?! ¡Estaba comiendo justo cuando lo has dicho!

¿Comer? Miro el reloj de enfrente. ¡Las dos menos cuarto!

—Pídele disculpas, Eloy —ordena Leo con muy mala cara.

Lo sé, ¡lo sé!, no llevo bragas y él está como un león en celo.

—No he hecho nada para tener que pedir las.

—Eloy, que me he comprado un vestido muy mono —salta Rebeca, con su habitual naturalidad. Le hago un gesto con la cabeza; no es el momento.

—¿Qué? ¿Lo estás viendo? Y me ha llamado histérica —solloza Pamela.

—Son los nervios de la boda —susurro, acariciando a mi temblorosa amiga—. Venga, vamos a terminar lo que falta...

—¡Que no!

Tengo el pulso a mil, el corazón tan desbocado como he notado el de Leo contra mi pecho. Sin aguantar más, cojo la cara de Pamela y le advierto:

—Me estás dando una con la boda que es para matarte. Si se te ocurre cancelarla... ¡vas a vértelas conmigo, Pam!

—Eva... —balbucea asombrada.

¡Ya! No son modales, pero ¿no entienden que no han llegado en un

momento oportuno? Leo, desde la otra punta, tampoco ayuda con su manera de comerme de arriba abajo. Las bragas no se me pueden caer porque no las llevo, pero a este paso, si continúa escrutándome de esta forma tan peligrosa, las medias sí.

Me aprieto las sienes, obligándome a ver la parte positiva de esto.

—Vamos a relajarnos. —Cuento hasta diez. Leo me ofrece un cigarrillo que yo acepto ansiosa—. Esta noche terminaremos de aclarar las cosas —digo con intención.

—Y muy seriamente. Justo donde lo hemos dejado —contesta él.

Le beso la mejilla, dándole un discreto lengüetazo. Como respuesta, él me da un azote que me hace saltar y a mis amigas jadear. Y sin bragas... Tengo que apretar de forma instintiva los muslos.

—Se ha portado mal —explica Leo, robándome un beso.

«Qué gran día me espera».

Como es lógico, el ataque de pánico de mi amiga hace mella en mí. Los últimos preparativos van geniales, pero los nervios le pueden. Y yo sin bragas por los centros comerciales que visitamos, recibiendo mensajes subidos de tono de Leo... Los releo, ¡uf!

Huelen divinamente.

No te haces una idea de las ganas que tengo de verte.

Me pica todo... ¿Me ayudas?

Compra unas medias para poder romperlas esta noche con la boca, como estoy haciendo justo ahora con esas bragas que no llevas.

Encima, es mi última noche en Prohibido. Mis compañeras lloran, mis amigas, Oliver casi... Pero ¿qué pasa? ¡Nadie colabora!

Como de costumbre, hago ejercicios de relajación, calentamiento.

Todo es en vano, hasta el hermano de Pam y los amigos de Eloy han venido. ¿Qué es esto? No y no. Justo cuando me toca salir, veo a mi abuela y a mi padre en primera fila... ¡No, por Dios! Si yo sólo quiero dedicarle el baile a Leo y despedirme a lo grande. Creo que tengo taquicardia y un revuelo en el estómago que a punto estoy de vomitar los montaditos fuera de

dieta que me he comido.

Voy hacia el escenario, comprobando que cada detalle está en orden. Hoy voy de rojo, con unas plumas en la espalda sostenidas por las alas.

Una sola mirada de él, al fondo, en la barra, me basta para ganar la seguridad que absurdamente he perdido. La música empieza y una sensual melodía me invita a mover las caderas con un suave contoneo. Con un dedo cerca de la boca, camino por el escenario sin terminar de lanzarme a bailar.

Mi provocación va dirigida a Leonardo Ferrer Torres, que observa cada paso que doy. Me parece ver que se incomoda en el asiento y que aprieta la copa con fuerza.

Tiene la mirada fija en mi cuerpo. Me crezco mientras bajo los primeros escalones para interactuar con el grupo. Al llegar a su lado, demuestro a la sala entera a quién va destinada mi noche.

Leo no es como el resto, por lo que paseo las manos por su cuello, subiendo y bajando el cuerpo delante de él, dedicándole eróticas vibraciones, ondulando las caderas, el vientre. Me acerco, procurando controlarme o terminaremos... fatal.

Le susurro al oído un claro mensaje:

—Tú me vuelves loca.

Lo que sucede tras esto no sólo me deja perpleja a mí. Todo el público grita, aplaude. Los vítores y la excitación se expanden a través de todos los presentes. Pese a mi estado de *shock*, continúo con el balanceo que Leo ha iniciado contra mí. Con soltura, baja las manos por mis caderas, avanzando hacia mi costado, alterando nuestras respiraciones. Su boca se detiene peligrosamente a milímetros de la mía, y me descontrola el pulso. Pegados el uno al otro, nos olvidamos del resto del mundo y damos rienda suelta a esta locura, a la pasión, a esta esclavitud que siempre nos ha dominado.

Encadenando su piel a la mía.

Encadenando mi piel a la suya.

Su sonrisa aparece, osada, y me libera mientras me hace dar una vuelta sobre mí misma. Yo me niego a marcharme y con la cabeza ida del todo... se me ocurre despedirme de él con un beso.

Mi público aplaude. Al fondo, mi padre y mi abuela levantan las manos entre risas. Puedo leer cómo ambos articulan: «Orgullosos de ti».

Nunca pensé que esta última noche fuera a ser tan mágica y bonita. Los ojos de mis amigas son como cristales a punto de romperse. Ya arriba del escenario, mi baile se prolonga hasta que, lanzando besos, me voy retirando.

Por mi cuerpo corre la adrenalina. Los nervios.

—Hola —me susurra Leo, interceptándome en el pasillo.

Voy a hablar, pero él me lo impide con un salvaje beso.

—Chis, vamos, Eva. Sólo quiero hacerte el amor, amarte hasta que amanezca. O por mi vida que entro en combustión.

—He de desped...

—Mañana, por favor. Lo van a entender.

Se quita su chaqueta, me la echa por encima y me coge en brazos. Apoyo la cabeza en su hombro, sin oponerme, mientras sale del local conmigo en brazos y me mete en un taxi. Como si fuera una niña a la que necesita proteger. No tengo palabras.

—Yo también estoy orgulloso de ti —murmura contra mi piel—. Mi gata, completamente mía, y que no ha tenido dudas en demostrarlo delante de la gente.

Una soñadora sonrisa asoma a mis labios.

—¿No vas a decirme nada? —pregunta Leo. Digo que no. No puedo—. En casa pues...

Una vez allí, me deja caer en el sofá. Yo me rodeo las rodillas con los brazos y lo miro. Sé que se está poniendo nervioso con mi silencio; aun así, aguarda, sentado apartado de mí. Me quito los zapatos de tacón, su chaqueta. Las alas no sé en qué momento han desaparecido, pero ha debido de ser antes de que él me abrigara.

En silencio, voy desnudándome poco a poco, dejando las prendas en el asiento. Leo tamborilea con los dedos en el lateral del sofá, coge el mando a distancia y enciende el televisor. La palabra «Pausa» me acelera la respiración. Estoy en ropa interior, con su mirada felina cayendo como latigazos sobre mi cuerpo.

La escena de anoche llena la pantalla.

—Si no me tocas o me dejas entrar en ti me volveré loco —implora en un tono tan ronco que me pongo cardiaca—. Mira tu cara, Eva, la manera en la que te muerdes los labios cuando me acoges dentro.

Me acerco.

—Fresas, champán. —Señala a su izquierda—. Soy tuyo, Eva. Ven, aprovéchate, o como sea yo quien te busque... Dame las medias.

Me humedezco los labios.

—Quieta —me pide—. Dame las medias, Eva.

Se las lanzo y él las recoge al vuelo.

—Átate conmigo, ven.

Me lanzo contra su cuerpo. Leo me coge la cara, une nuestras frentes, y luego, con las medias me tapa los ojos, haciendo un nudo detrás de mi cabeza.

—Como antes, sólo siente —susurra.

No veo nada, absolutamente nada. Me dejo llevar por mi instinto, mi intuición e imaginación. Percibiendo las ardientes sensaciones de mi piel mientras él se desnuda.

—L-Leo —suplico.

—Siénteme —insiste, y me obliga a poner las manos sobre su cuerpo.

Una vez más lo reconozco, la forma de su pecho, de su cuello. Mentón.

—Espacio.

—Hmm...

—Maravilloso sonido.

Lo voy aceptando dentro de mí, perdida en la oscuridad, transportándome a aquellos misteriosos meses. Esta es la magia de lo nuestro, las emociones que desprenden los roces. Las caricias. La unión. Los intensos y sonoros besos que van acompañados de agónicos gemidos. Sé que así quiero pasar el resto de mi vida.

Leo desanuda la media, para que pueda verlo.

Tiene la frente cubierta de gotas de sudor y de su mano cuelga la máscara que, por su tacto, sé que es la que se ponía entonces.

—Jamás te amaré nadie la mitad de lo que yo te amo, con y sin esto —susurro, apretando la máscara contra mi pecho. Elevándome y bajándome—. Toda la noche, Leo, te quiero toda la noche.

Alarga la mano y coge la copa de champán, permite que unas frías gotas se deslicen por mi clavícula, por mis pezones, que él chupa desesperado. Al apartarse, me ofrece una fresa, que yo muerdo como si fuera el fruto

prohibido.

Un gutural gemido sale de su boca.

—¿La mitad? No tienes ni idea, Eva. Y yo toda la maldita vida. —Me chupa el labio con los ojos cerrados—. Pero por hoy me basta con esta noche.

Una noche en la que los prejuicios no existen para nosotros.

Nos amamos hasta el amanecer, con lentitud, febriles. Desbordando pasión. Recorriendo las cicatrices que en el pasado nos separaron. La suya, las mías. También las que él quiso grabar en su piel. Sus tatuajes.

El sol entra por la ventana. El cristal está empañado, la habitación está caliente. Con mis labios pegados a la bestia de su espalda. Estamos extrañamente entrelazados, hasta que me tumbo a su lado. Él sigue con las interminables caricias, haciéndome cosquillas en el vientre.

—Ya tenemos que levantarnos y ni siquiera hemos dormido —me quejo con un bostezo lleno de felicidad—. ¿Qué es eso que se oye?

—Llaman a la puerta —dice alertado, cubriéndome hasta la barbilla—. No bajes, Eva. Sea quien sea, no bajes.

—¿Por qué?

Me incorporo.

—En la puerta de esta casa te atacaron y no estoy tranquilo; aunque él ya esté en la cárcel, me da igual.

Se pone el pantalón a toda prisa y me besa la frente.

—Tranquila, ¿vale?

Le miento con un seco «sí» y me levanto en cuanto desaparece. No sé cómo puede pensar que lo dejaré enfrentarse solo a un posible peligro. Cojo lo primero que encuentro, una camiseta suya, que me cuelga un poco y que tapa poco más que mi trasero, y descalza corro hacia abajo.

Me detengo en los últimos escalones.

Enseguida reconozco su silueta, su postura. Es preciosa, con un pelo impresionantemente largo. Me da la espalda, pero la mirada de Leo, de cara a la escalera, se encuentra conmigo.

Sus facciones se han endurecido ante la inesperada visita.

—Viviana, ella es Eva.

Su exmujer se da la vuelta, y levanta un poco la mano, saludándome con discreción.

—Mi novia —añade Leo—. Creo que ya la conoces.

—Sí —dice sorprendida. Toma aire y lo mira.

A mí se me comen los celos al acordarme de cómo los encontré. Agito la cabeza, recordándome que empezamos de cero.

—Yo he venido por lo que te acabo de decir. Carlota me ha llamado porque ha pensado que querría comprar la casa y así es. Está en venta, ¿verdad? No quiero que nadie se me adelante. No he venido por nada más.

Su última aclaración me relaja. Tampoco la imagino con otra intención. Hasta donde sé, se ha mantenido al margen de la vida de Leo.

—¿Por qué Carlota tendría que llamarte a ti y por qué tú querrías comprarla?! No tiene sentido, Viviana. —Su nombre en sus labios suena frío. Aun así, no puedo evitar notar que se me retuercen las entrañas—. No lo entiendo. Ahora mismo voy a despertarla.

—Leo... —Lo detiene ella, cogiéndole de la mano. Él se suelta y me pide que me acerque—. Sabes que adoro este sitio. Por qué ha pensado en mí, no...

—Porque sé que no querrá borrar los recuerdos si piensa que tú te la quedas —dice Carlota, apareciendo en ese momento—. Leo, Viviana ha formado parte de tu vida, la conoces y sabes que cuidaría la casa mejor que nadie. De todos modos, incluso conociendo ese detalle, ¿crees que serás feliz sabiendo que ella sustituirá tus vivencias con las suyas?

Él me mira con ansiedad, deslizando la mano por mi mejilla.

—Es tu última oportunidad —insiste Carlota, abandonando la sala.

—No quiero causar molestias, Leo —oigo decir a Viviana.

Ahora mismo ni siquiera saber que ella existió me importa. Porque presiento que no hay nada, que entre ellos todo murió cuando yo aparecí en su vida. Estoy segura de lo que siente, pero su mirada me transmite miedos.

—Carlota sabe cómo localizarme —añade Viviana—. Pero por favor, no se la vendas a cualquier persona.

Y se va con un gesto amable.

Leo me sujeta la cara con angustia. El buen humor que teníamos arriba ya no está. Temo que la presencia de Viviana cause un distanciamiento entre nosotros.

—No vayas por ahí —me advierte; casi puedo sentir cómo su corazón

martillea contra el mío.

—Pues háblame.

—No puedo venderla, Eva. Carlota tiene razón, nuestros recuerdos, los que solamente nosotros conocemos, están aquí. Los malos también, lo sé, pero ¿acaso anoche no sentiste que estar juntos fue más especial al volver al lugar donde, de la manera más irracional, empezó nuestra intensa relación?

—Prometo dormir aquí de viernes a domingo —susurro.

Leo me coge en brazos y me da vueltas y vueltas hasta marearme. Me río a carcajadas, con lágrimas cayendo por mis mejillas, que él chupa mientras me baja por su cuerpo para dejarme en el suelo.

—Quiero que te quedes la casa, Leo. Aquí soy feliz más allá de lo malo, ya no hay fantasmas del pasado. Sólo tú y yo...

—De momento sí. —Descansa su frente en la mía—. Solos los dos.

—De momento —repito con un puchero—. Porque con la boda va a haber mucha gente. Dentro de nada.

Maldice.

—Después de esto, tú y yo nos perderemos en la isla, Eva. Y allí puede pasar cualquier cosa —me amenaza ronco.

—¿Cómo qué?

Me empieza a quitar la camiseta.

—Prefiero demostrártelo, cariño.

Enséñame cómo sería

El percance de la visita de Viviana no empaña nuestro día. Tenemos claro que no permitiremos que por cualquier inseguridad lo nuestro se resquebraje. Es más, lo afrontamos todo con más ambiciones. Cómplices, acaramelados. Viviana no significa nada para mí ni en mi vida, y menos ahora, con Eva a mi lado.

Por fin ha acabado todo.

Le doy mi más sincera enhorabuena a mi amigo Eloy, la persona que ha conseguido que yo vuelva a tener ánimo para emprender de nuevo mis negocios. Que ha apostado por mí.

Ahora he remontado, no me falta de nada. No será fácil volver a empezar de cero como abogado, pero tengo confianza gracias a Eva.

La miro, se está abrazando con Pamela. La rubia no ha dejado de llorar en toda la ceremonia, emocionada. Me ha permitido conocer a un Eloy que no esperaba. Calmado, sí, y enamorado hasta las trancas.

—Que viene —me avisa este con un apretón de manos—. Felicidades, tío.

—Igualmente, Eloy.

Dejo la copa en la mesa, sin que me suponga ya un problema beber alguna. Hoy quiero disfrutar. Aquí está Eva. Con los brazos abiertos recibo a

mi acelerada novia que, cómo no, ha llorado con Pamela.

—Está preciosa. ¿Y has visto? La novia de mi padre es genial. ¿Y aquellos? —Señala a Omar y a Rebeca—. Cuánto me alegro de que hayan vuelto. Lo de Erica y Miguel se ve venir... ¡cómo se están mirando! Por cierto, mi abuela te llama y...

—Eva. —Intento calmarla con un beso—. Ey, olvida los nervios. Sólo disfruta. —Y añado con discreción—: De todo. Un día tendrás lo que siempre has deseado.

Frunce el cejo e, instintivamente, se aprieta el vientre.

—¿Qué sabes tú?

—Mucho más de lo que te imaginas —bromeo. No le cuento que conozco su mayor preocupación. Anoche, en el espejo, se miraba el vientre de perfil y se lo redondeaba con la mano—. Yo te lo puedo dar todo, cariño.

—¿Como qué?

Eva me hace carantoñas y me saca de mis pensamientos.

—Estate quieta. ¿Te gustan las bodas?

—Son preciosas, pero casarme lo veo una gilipollez.

Le pellizco la mejilla y me muerdo la lengua. Cuántas ganas de abalanzarme y arrancarle ese vestido rosa pálido que realza su figura con elegancia.

—Estamos de acuerdo; si amas a una persona, sobran los formalismos.

—Como tú a mí. —Parece necesitar oírlo constantemente—. ¿No?

—Como yo te amo a ti, querida Eva —le aseguro abrazándola—. Como yo a ti.

—¡Ya estoy lista! ¡Gatita, atenta! —grita Pamela con el ramo en la mano. Eva se retira y me empuja con ella—. ¡Tramposa!

—¡Suerte al resto!

No puedo parar de reír. Veo que la abuela de Eva caza el ramo de flores.

—Esta mujer siempre está preparada —masculla Eva.

—¿Y tú? —Le levanto el mentón y la miro a los ojos. Sonríe, le brillan. Me contengo y susurro con la misma voz que utilizaba antaño. La misma que sé que le da escalofríos—. Y tú, Eva, ¿estás preparada para una vida a mi lado?

Traga saliva y suelta un gemido.

Leo se saca el reloj de arena de la chaqueta, el mismo objeto precioso que un día yo casi no me atreví a tocar. Él abre la palma de la mano como entonces, ofreciéndomelo.

—Enséñame cómo sería —susurro, aceptándolo.

Porque el tiempo ya no corre en nuestra contra, la arena puede caer y caer... y nosotros simplemente le daremos la vuelta para seguir contando y recibiendo juntos los días.

Me tiembla el labio cuando él afirma:

—Eva... ahora el tiempo es nuestro.

Epílogo

Ordeno los documentos y los guardo en una carpeta. Miro a mi socio de soslayo, parece absorto en su trabajo. Aunque ya hemos acabado... Entiendo que el caso que estamos llevando en común no es fácil. Somos rivales, luchando por los beneficios de nuestros respectivos clientes, una pareja en plena separación. Estamos intentando llegar a un acuerdo razonable que nos cueste divertidos piques diarios.

—Señor Ferrer —lo llamo con profesionalidad—. ¿Qué le queda?

—Muy poco, si sigo así, muy poco, señora Castillo.

¿Por qué me parece ver un deje de burla en su expresión?

Paso cerca de él y sonriendo segura de mí misma y de lo nuestro, sin hacerme la pregunta como me la hice hace unos años, le doy la vuelta a la réplica del reloj de arena. Porque este no es el mismo que tengo en casa, este es más grande, para que parezca que la arena cae más lenta... Un reloj que Leo me regaló con mucha ilusión hace seis años, cuando esperábamos un día especial que no terminaba de llegar. Pero llegó...

Antes parecía como si constantemente el tiempo corriese en nuestra contra.

Como cuando nos conocimos en la oscuridad y ambos sabíamos que aquello no podía seguir así para siempre.

O cuando me pidió una sola noche...

Luego descubrí que era la persona que yo amaba.

Y más tarde el tiempo siguió contando para retomar nuestra intensa relación y hasta que me confirmó que ese mismo tiempo era nuestro... transcurrió otra larga espera.

Un sueño que vi realizado.

Me planto a su lado, en el escritorio. Pero es un canalla. Está editando un vídeo que grabamos ayer aquí mismo, espontáneo. Los papeles por el suelo y yo tirada sobre una mesa. Mis bragas, rojas, cerca de su boca... Tras confesar él que una de las noches que tan mal estábamos se había tocado... Canalla.

—Estamos en horario de trabajo —lo reprendo con un empujón. Está excitado, no puedo creérmelo—. Conque te quedaba poco, ¿eh? Tu cliente lo tiene muy crudo, cariño. Voy a por todas.

—Acabo ya o me corro.

Es que es una bestia salvaje. Le cierro el portátil. Riéndome.

—Los billetes de tus padres y hermana están sacados. Llegan mañana por la tarde. Mi abuela te manda besos, cómo no, y esta noche cena con mi padre y con Ana. Creo que no me olvido de... —Me muerde la oreja—. Leo...

—Sí, vamos a casa o terminaremos como ayer.

Se ajusta la corbata y me da mi casco. Menos mal que hoy llevo pantalón, precisamente por esto. Por nuestras escapadas matutinas.

Me agarro a su cintura, disfrutando de la velocidad a la que vamos. De memoria repaso la agenda. Hoy Leo y yo tenemos gimnasio a media tarde, dentro de un rato hemos quedado con Rebe y Omar ¡y tengo que llamar a Erica! Hoy a Miguel y a ella les decían el sexo del bebé.

No me puedo olvidar de revisar un contrato de papá en la inmobiliaria, que se ha hecho un poco de lío con las exigencias del arrendador.

—Nos esperan, gatita —me dice Leo, bajándome de la moto y sonriendo mientras señala hacia nuestro recién decorado porche—. Se parece a mí.

—¡Mami! —Mi pequeña de cinco añitos corre hacia nosotros—. ¡Papi!

Leo y yo nos ponemos en cuclillas, preparados para recibirla. Ella se lanza hacia nosotros llorando. Leo no sabe dónde acariciarla para calmarla. Yo la inspecciono de arriba abajo, por si se ha hecho daño; ¡no sé qué le pasa!

—Pero ¿qué tienes, Esther? —pregunto alarmada.

—¡Robbie no viene!

Oh. Le coloco bien la trenza que le he hecho esta mañana para llevarla al colegio y miro a Leo.

—Claro que viene, ahora mismo llamo a la tía Pamela y a Eloy para que

traigan al primo pero ya —interviene Leo, acariciándole la espalda—. Que tenéis que jugar a Frozen.

—¡Si no tengo el disfraz!

Yo doy palmitas, riendo emocionada, y cojo la bolsa con lo que he comprado esta mañana. Leo sujeta a Esther por los hombros y me guiña un ojo.

—¡Tachán! —grito y saco los trajes de Elsa y Olaf—. ¡Para los dos!

Mi princesa me arranca los disfraces, enganchada a mi cintura. Madre mía, todavía hoy me emociono cuando veo su carita, calcada a la de Leo, irradiando tanta felicidad. Recuerdo cuando Pam me vino diciendo que estaba embarazada y yo ya llevaba cinco meses intentándolo... Lloré mucho, creí que su bebé sería lo más cerca que estaría de mi sueño, y al mes siguiente, fui yo la sorprendida...

—¿Qué? —me preguntó Leo, mientras esperábamos el resultado del test acariciando el reloj con el que contábamos los días para conocer la noticia—. Será esta vez, cariño. Estás muy quisquillosa con los olores.

—¿Y qué sabrás tú de eso?

Sacó cinco libros.

—Uno por mes; y ahora dime, ¿me vas a hacer padre?!

Temerosa, miré aquel Predictor que marcó un antes y un después en mi vida.

Con cada mes que pasaba, me sentía más especial. Mi vientre crecía y crecía como había soñado tantas veces. De un hijo de él... de Torres. De Leo. Mi bestia.

Llenando un vacío que dolía. Mi sueño hecho realidad.

—¿Para cuándo el próximo? —me susurra Leo al oído, sin quitarle ojo a la peque de la casa, que intenta probarse la corona sin éxito. Esther se arrima distraída, buscando cobijo entre nosotros.

—Hace seis años me preguntaste si estaba preparada para toda una vida a tu lado y te pedí que me lo enseñaras...

Leo asiente cariñoso. Compartiendo miradas con la niña y conmigo.

—Me hiciste promesas que has ido cumpliendo. Te amo, Leo. Gracias por este maravilloso sueño que has construido para mí. Para nosotros.

Me roza con el pulgar el labio superior.

—Cariño, así será siempre. ¿Sabes por qué? —Acaricio la mano de Esther y, mimosa, le digo que no a Leo—. Porque fui, soy y seré esclavo de tu piel.

Suspirando, lo corrijo:

—Somos, Leo. Atados de por vida y... esclavos de la piel. Del amor.

Su boca busca la mía, sin tregua.

Sellando esta intensa historia de amor que un día él empezó a contar y que hoy termino yo, con nuestro más violento y enamorado beso.

—L-Leo. —Intento apartarme por la nena—. Leo...

Pero él me acerca contra su cuerpo y susurra sonriendo esa frase tan nuestra:

—No me prives de tu piel.

Yo suspiro emocionada.

—Nunca, cariño... —Lo miro a los ojos, rindiéndome a su boca—. Jamás.



PATRICIA GELLER (Cádiz, España). Nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional con algún relato en el mundo de las letras. Las obras que conforman la trilogía «La chica de servicio» son sus primeras novelas, y ya tiene en marcha nuevos proyectos editoriales.

Encontrarás más información de la autora y su obra en y lachimadelservicio.blogspot.com.es